

LA
BÚSQUEDA
DE LA NOVIA DEL
Caballero

DEBORAH HALE

La búsqueda de la novia del caballero

Deborah Hale

Derechos de autor © 2014 Deborah Hale

Publicado originalmente en una versión modificada por Harlequin Books S.A. Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede reproducirse ni retransmitirse sin el permiso por escrito de la autora. Esta es una obra de ficción. Cualquier referencia a acontecimientos históricos, personas reales o lugares verdaderos se utiliza de manera ficticia. Otros nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia, totalmente.

Portada de The Killion Group Inc

Dedicatoria Para Robyn y Deidre, mis valientes y brillantes hijas, y para David, quien luchó contra un Goliath moderno.

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Dedicatoria</u>	
<u>Capítulo uno</u>	
<u>Capítulo dos</u>	
<u>Capítulo tres</u>	
<u>Capítulo cuatro</u>	
<u>Capítulo cinco</u>	
<u>Capítulo seis</u>	
<u>Capítulo siete</u>	
<u>Capítulo ocho</u>	
<u>Capítulo nueve</u>	
<u>Capítulo diez</u>	
<u>Capítulo once</u>	
<u>Capítulo doce</u>	
<u>Capítulo trece</u>	
<u>Capítulo catorce</u>	
<u>Capítulo quince</u>	
<u>Capítulo dieciséis</u>	
<u>Epílogo</u>	

Capítulo uno

Valle del Edén, norte de Inglaterra.

Julio de 1817.

—¡Está en casa! ¡Papá está en casa! —Matthew Chase, de diez años, y su hermano menor, Alfie, corrieron hacia la entrada de Amberwood Hall, gritando la noticia de la llegada de su padre, a todos los que estuvieran al alcance del oído.

Una poderosa ola de alivio invadió a Evangeline Fairfax, acompañada de una erizada corriente subyacente de molestia. Chase debería haber regresado de Manchester hace varios días para comenzar sus vacaciones de verano con su familia. Sus invitados llegarían pronto y ella había estado angustiada por la preocupación que él no estuviera allí para darles la bienvenida.

Los invitados no eran exactamente suyos, se recordó Evangeline. La suegra del señor Chase había extendido las invitaciones, a instancias de ella. Le llevó semanas de planificación y trabajo organizar esta fiesta en casa, que podría significar mucho para su futuro. No quería que nada lo estropeará, y mucho menos su obstinado y obsesionado jefe.

Tenía que admitir que esa descripción no encajaba con la de Jasper Chase, cuando entró por la puerta, detrás de sus hijos mayores. Su empleador viudo parecía haber dejado al testarudo propietario de una fábrica de algodón en Manchester para convertirse en el afable y cariñoso padre de cinco hijos. Su hija menor, Rosie, cabalgaba sobre sus hombros, charlando, mientras Owen, de siete años, se aferraba a su mano. Emma, la mayor de los niños, caminaba junto a su padre, mirándolo fijamente con una mirada de adoración.

Ver a sus queridos pupilos tan felices hizo que una sonrisa apareciera en los labios de Evangeline, y le hizo olvidar el malestar latente, debido al tiempo que los negocios del señor Chase lo mantuvieron alejado de ellos.

—¡Mira, papá! ¡Perdí un diente! —Alfie hizo una mueca para mostrar el vacío en su sonrisa traviesa.

—¿Cómo hiciste eso? —preguntó el señor Chase, bajando a Rosie de sus hombros—. ¿Te caíste del techo?

—¡No! —Alfie se rió de la sugerencia burlona de su padre—. Era solo un árbol. Y antes de eso el diente se estaba moviendo.

Evangeline recordó la última calamidad del niño, sufrida mientras intentaba rescatar un nido lleno de pajaritos, temiendo que hubieran sido abandonados por sus padres.

Mientras su hijo hablaba, el señor Chase lanzó una mirada perpleja al vestíbulo de la entrada. El mismo estaba mucho más ordenado que de costumbre y abarrotado, no solo de sus hijos sino también de criadas y lacayos, cargando bultos de ropa de cama y haciendo una limpieza de último momento.

—¡Bienvenido a casa, querido Jasper! —La señora Thorpe lanzó una mirada ansiosa a Evangeline, mientras saludaba a su yerno—. Te ves muy bien.

—Gracias madre. —El señor Chase se agachó para besar a su suegra en la mejilla—. Espero que todo este alboroto no sea por mí. ¡Odiaría pensar que soy un invitado en mi propia casa!

Entonces, tal vez él debería vivir aquí y visitar Manchester, y no al revés. Evangeline se mordió la lengua para no decir esto, a pesar que lo había pensado tantas veces.

—¡No es para ti, papá! —gritó Alfie, antes que su abuela pudiera responder—. Es para los verdaderos invitados. ¡Vamos a hacer una fiesta!

—¿Una fiesta? —Una nota aguda se deslizó en la voz profunda del señor Chase, la cual era típica en el norte del condado—. ¿Qué tipo de fiesta?

—Una fiesta en casa, por supuesto —respondió la señora Thorpe, en un tono alegre tan forzado como su sonrisa. Últimamente le preocupaba que su yerno no aprobara sus planes—. Apenas es una muy pequeña... Un puñado de amigos, a quienes les gustaría pasar unas semanas en este hermoso campo.

A juzgar por la expresión de su rostro, la señora Thorpe había predicho correctamente su reacción.

El señor Chase vio a Evangeline y la fulminó con una mirada que podría haber hecho llorar a su suegra.

—¿Sabía usted acerca de esto, señorita Fairfax?

Evangeline se negó a dejarse intimidar. Durante sus miserables años de niñez en la escuela Pendergast, una institución para hijas huérfanas atendidas por el clero, a menudo se había enfrentado a maestros duros y abusadores, que habían maltratado a sus amigas. Había aprendido a no revelar ningún signo de debilidad, que los demás pudieran explotar. Pero la furia controlada en los ojos grises azulados de Jasper Chase le recordó al mar del Norte, antes de una tormenta.

—Por supuesto que lo sabía. —Ella inclinó la barbilla de una manera desafiante—. ¡La fiesta en casa fue idea mía!

Debajo de su intrépida fachada, Evangeline intentó reprimir un inesperado escalofrío de miedo.

¿Qué había provocado eso? Ella cuestionó su propia respuesta inusual. El señor Chase era un hombre alto de hombros anchos, que lucía una constitución poderosa. Su cabello negro y sus abundantes cejas oscuras fácilmente podrían darle un aspecto severo. Sus facciones eran hermosas, pero de una forma tosca, que no parecía del todo civilizada.

Sin embargo, ¿esperaba que su empleador estallara en violencia porque lo había molestado? ¡Difícilmente! En los seis años transcurridos desde que había llegado a Amberwood para enseñar a sus hijos, Evangeline nunca lo había visto perder los estribos. Ni siquiera con los chicos mayores, que a veces podían ser un problema. Tal vez fue ver que su control amenazaba con perderse lo que la sacudió.

O posiblemente, esto fue algo aún más inesperado, ya que vio la ira en sus ojos. Él la miró como si ella lo hubiera traicionado.

—El reverendo señor Brookes vendrá. —Las manos de la señora Thorpe revoloteaban, como un par de pájaros pequeños y pálidos—. Y el señor Webster. ¡Debes recordarlos! Estoy segura que estarán encantados de volver a verte, querido Jasper.

Claramente, su suegra esperaba que estas revelaciones aliviaran el enfado del señor Chase, al saber que su viejo amigo y socio comercial de su difunto marido estaría entre los invitados. Evangeline apreció sus esfuerzos por suavizar las cosas.

Esto pareció funcionar. Al menos le dio al señor Chase un momento para recuperar la compostura. Parte de la ardiente intensidad se desvaneció de sus ojos.

—Claro que recuerdo a Piers Webster, madre. Solía verlo bastante a menudo en Manchester... Señorita Fairfax, ¿puedo hablar con usted en privado?

Otros podrían haberse acobardado, ante la amenaza de una entrevista privada con su disgustado empleador, pero Evangeline se relajó un poco. El señor Chase podía criticarla todo lo que quisiera, siempre y cuando sus hijos no estuvieran cerca para oírla y enfadarse. Owen y las chicas estaban un poco ansiosos.

—Por supuesto, señor —ella contestó, en un tono imperturbable, esperando tranquilizar a

los jóvenes. Luego, le hizo una señal a la niñera—. Niños, vayan a la guardería con Jane, lávense las manos y la cara para tomar el té. Estaré con ustedes tan pronto como termine de hablar con su padre.

Emma arrastró a Rosie hacia las escaleras.

—¿Vas a tomar el té con nosotros, papá? —ella preguntó.

—Por supuesto mi amor. —Todo rastro de molestia desapareció de su rostro, reemplazado por una sonrisa reconfortante, por lo que Evangeline estaba agradecida—. No me lo perdería. ¡Espero que haya mucho para comer! El largo viaje al aire libre me ha abierto el apetito.

Esta no era la primera vez. Una vez más, Evangeline se preguntó por qué un hombre, quien obviamente adoraba a sus hijos, podía pasar tanto tiempo lejos de ellos. Ella era solo la institutriz, pero la idea de abandonar a sus jóvenes alumnos era la única plaga para sus estimulantes planes del futuro.

Los niños se alejaron, Alfie y Matthew corrieron precipitadamente, mientras los otros tres los seguían a un ritmo más tranquilo.

La sonrisa se desvaneció rápidamente de los labios del señor Chase, mientras daba la vuelta y caminaba hacia su estudio. Evangeline marchó tras él con la espalda erguida y la cabeza en alto. Después de todo, ¿qué era lo peor que podía hacerle su empleador? ¿Acaso la despediría? ¡Había estado intentando irse de Amberwood Hall durante casi dos años!

Cuando entró en el estudio del señor Chase, él ya se había colocado detrás de su escritorio con las manos entrelazadas detrás de la espalda y mirándola con el ceño fruncido.

Evangeline cerró la puerta del estudio y empezó a hablar inmediatamente, antes que su jefe tuviera la oportunidad.

—Espero que quiera conversar conmigo sobre mi reemplazo, señor. Prometiste fielmente, en la Pascua, que contratarías lo antes posible una nueva institutriz para tus hijos. Eso fue hace más de tres meses.

—Sé muy bien cuándo fue la Pascua, señorita Fairfax. —Sus palabras parecieron quitarle un poco de vapor a ese motor sobrecalentado—. Pero, no recuerdo haberle hecho a usted tales promesas. ¡Soy un hombre muy ocupado! La industria británica todavía está tratando de recuperarse después de la guerra, y entre la mala cosecha del año pasado y esas mal concebidas leyes del maíz...

—Esa es una razón de más por la que se necesita desesperadamente una nueva escuela benéfica. —Hacía mucho tiempo que Evangeline ya no simpatizaba con las dificultades comerciales del señor Chase—. Los patrones del colegio han sido muy pacientes conmigo, como yo he intentado serlo con ustedes. Pero, no podemos demorarnos indefinidamente, mientras haya niños que necesiten nuestra ayuda.

En el momento en que recibió la carta de su vieja amiga Hannah Fletcher, Evangeline supo que esta nueva escuela benéfica, a la que la habían invitado a fundar, era su vocación. Su difunta madre le había dicho a menudo que la Providencia tenía un gran propósito reservado para ella. Cuando la enviaron a la escuela Pendergast, con tantas privaciones y una mezquina tiranía llamada “caridad”, esas experiencias habían ayudado a Evangeline a mirar hacia el futuro. Había tratado de pensar en cada punzada de hambre, escalofrío y castigo como una lección, entrenándola para el trabajo que emprendería algún día.

No obstante, le había resultado más difícil seguir creyendo en su propósito futuro, después de dejar la escuela para trabajar como una humilde institutriz. Seguramente, ese no podía ser el gran proyecto que su madre había previsto para ella: enseñar a los hijos mimados de familias adineradas algunos conocimientos superficiales. Aunque al criar a los hijos Chase, después de la

lamentable muerte de su madre, esto sí le había hecho sentir que por fin encontró su verdadera vocación. Sin embargo, cuando ella se enteró de los planes de sus amigas de donar para establecer una nueva escuela benéfica, supo que eso debía ser para lo que se había estado preparando toda su vida. Ya no podía posponer su destino para adaptarlo a la conveniencia de Jasper Chase.

Esa voz ronca masculina irrumpió en sus pensamientos.

—Hay niños en esta casa que la necesitan, señorita Fairfax. ¿O no le importa su bienestar?

—¡Por supuesto que sí me importa! —Una oleada de afecto y protección surgió en el corazón de Evangeline—. Al menos a mí me parece que es así. Por eso, le di a usted tanto tiempo para que contratara a una nueva institutriz. Su negativa a utilizar ese tiempo me hace cuestionar su compromiso con sus hijos, así como su respeto por mí.

—¡Te respeto! —insistió el señor Chase—. De lo contrario, no te habría confiado el cuidado de mis hijos. Es porque te respeto y valoro como su institutriz, y no quiero que mis hijos estén sin usted.

¿Eso era cierto? Su respuesta tomó a Evangeline por sorpresa. Todo este tiempo, ella había asumido sus retrasos como una señal que él no consideraba sus necesidades dignas de su atención. Sin embargo, él afirmó lo contrario.

—Yo también lamentaré abandonarlos. —Las palabras se atascaron en su garganta como diminutas y afiladas espinas de pescado. Aunque esperaba con ansias la importante responsabilidad de fundar una nueva escuela, había tratado de no pensar en la perspectiva de abandonar a sus jóvenes alumnos.

—Entonces, eso está arreglado. ¡Te quedarás! —El alivio que Evangeline escuchó en la voz del señor Chase casi la hizo desear que eso fuera verdad—. ¡Y te aumentaré el salario!

—¡No quiero más dinero! —Ella levantó las manos—. Y no creo que sea difícil encontrar a una sustituta. ¿Lo has intentado, en absoluto?

La vacilación de su empleador le dio la respuesta que sospechaba.

—¿Usted no ha hecho ni una sola consulta entre los demás propietarios de las fábricas ni siquiera un aviso en el periódico?

—Seguía esperando que cambiaras de opinión. —Esa mirada de remordimiento le recordó a Evangeline cómo era el hijo Alfie, por lo que le resultó difícil permanecer enojada con él... hasta que el señor rápidamente cambió de tema—. Pero, eso no es lo que le pedí que discutiéramos aquí, señorita Fairfax. ¿Usted sería tan amable de explicarme qué le impulsó a invitar a un grupo de extraños, a quedarse en mi casa, cuando yo intento disfrutar de unas vacaciones tranquilas con mis hijos?

Ella se había preguntado cuánto tiempo le llevaría llegar a esa conclusión. Una parte de ella lamentaba haberse entrometido en el escaso tiempo que los niños pasaban con su padre, pero se recordó a sí misma que había sido él, quien la había llevado a tomar medidas tan desesperadas.

—No todos son extraños. Ya oyó a la señora Thorpe. Al menos dos caballeros conocidos suyos estarán entre el grupo.

—¡No ande con rodeos, señorita Fairfax! Usted sabe lo que quiero decir. Estas personas no son de la familia.

Eso era cierto, reconoció Evangeline para sí misma. Sin embargo, ella esperaba sinceramente que una de las invitadas, a esta fiesta, se convirtiera en miembro de la familia Chase.

—Estoy decepcionado de usted, señorita Fairfax. —Jasper sacó los brazos de detrás de su espalda para cruzarlos frente a su pecho.

Ese comentario la hizo sobresaltarse. Una complicada mezcla de emociones jugó sobre sus vívidos rasgos. Sus labios carnosos y rojos se comprimieron en un ceño obstinado, pero una sombra de culpa oscureció sus cálidos ojos marrones.

—¿Le ruego me disculpe?

Él debería andar con cautela porque la dama podría preparar sus maletas y marcharse, dejándolo varado y a los niños desamparados. Pero le molestó la forma en que ella le había devuelto la discusión, y luego evadió su pregunta con una objeción sobre su observación.

—Nunca en los seis años que llevamos conociéndonos, habías sido menos que directa y sincera conmigo.

—Yo no lo he sido, señor.

—A veces, digo las cosas directamente, tal vez. —Por mucho que lo intentó, Jasper no pudo evitar que una comisura de sus labios se arqueara ligeramente—. Pero, prefiero eso, a que me engañen...

—¿Engañarlo? ¡Yo nunca...! ¿Cómo usted puede acusarme de...? —Sus expresivas cejas oscuras se arquearon.

Esa indignación no influyó en Jasper, ya que él sintió que la dama estaba protestando demasiado.

—Se le olvida, señorita Fairfax, que he pasado muchos años en el mundo del comercio. He aprendido a reconocer cuando una persona me oculta algo. Sospecho que has adquirido la misma habilidad en el aula...

Cuando él terminó de hablar, ella se había calmado nuevamente. Quizás ella reconoció la inutilidad de intentar ocultar algo que él quería saber.

—Creo que sí, señor.

Su mirada cayó, ese era un signo seguro de una conciencia intranquila.

—Hay algo que no me estás contando sobre esta fiesta en casa. —Jasper no lo planteó como una pregunta sino que lo afirmó como un hecho—. Ahora, por favor, ahórrenos tiempo a ambos... diciéndome lo que quiero saber.

—¡Oh, muy bien! —Ella respiró hondo y luego levantó la cabeza para encontrarse con su mirada—. No es gran cosa, así que es mejor que lo escuches.

Antes que ella pudiera decir algo más, ambos fueron interrumpidos por un insistente golpe en la puerta del estudio. La señorita Fairfax miró hacia el sonido y luego volvió a observar a Jasper con las cejas arqueadas en una pregunta silenciosa.

—¡Adelante! —Gruñó, impaciente por la inoportuna intrusión—. ¡Estoy aquí!

Él abrió la puerta para dejar paso a un lacayo de aspecto nervioso.

—Le ruego que me disculpe, señor Chase, pero la señora Thorpe me pidió que lo fuera a buscar inmediatamente. Los invitados han comenzado a llegar.

No eran sus invitados. Jasper apenas reprimió un comentario brusco en ese sentido. Quizás pasarían las siguientes tres semanas bajo su techo, pero él no los había invitado y no estaba ni mucho menos seguro de quererlos allí.

—Dígale a la señora Thorpe que estaré con ustedes tan pronto como termine de hablar con la señorita Fairfax.

Claramente, esa no era la respuesta que quería el lacayo.

—La señora Thorpe insistió mucho, señor.

Su suegra era una criatura de buen corazón, pero Jasper sabía lo poco que hacía falta para

ponerla nerviosa y el esfuerzo que requería calmar sus nervios después.

—¡Oh, bien! —murmuró, mientras caminaba hacia la puerta.

Y al pasar junto a la institutriz de sus hijos, añadió:

—Este asunto no está resuelto, señorita Fairfax, solo se pospone.

En su camino de regreso al vestíbulo de entrada, Jasper intentó arreglar sus rasgos en una cordial sonrisa de bienvenida, pero su expresión se resistió. Por muy bien intencionados que fueran los motivos de la señorita Fairfax y su suegra, le molestaba la perspectiva de compartir sus vacaciones familiares con un grupo de extraños.

Aún así, nada de eso era culpa de sus invitados. Ellos venían a Amberwood Hall, creyendo que él los había invitado. No merecían sentirse incómodos o no bienvenidos. Con esa alteración consciente de su actitud, sus rasgos se relajaron un poco.

Cuando Jasper vio a un caballero larguirucho conversando con su suegra, sus labios se abrieron en una sonrisa natural.

—¡Norton! Bienvenido a Amberwood. Ha pasado demasiado tiempo, viejo amigo.

Norton Brookes y él habían crecido juntos, cuando Norton era alumno del padre adoptivo de Jasper. Aunque provenía de una familia de clase y educación superiores, nunca había superado a Jasper, como algunos de los otros chicos. Jasper deseó haberse mantenido en contacto más cercano con su viejo amigo desde sus días escolares.

Eso le hizo lamentar la dureza con la que había cuestionado los motivos de Evangeline Fairfax para organizar aquella fiesta en casa. Quizás simplemente había decidido que él podría necesitar algo más en su vida que trabajo y sus hijos. Si lo había hecho, le debía agradecimiento, en lugar de sospechas.

Miró hacia el pasillo y vio a la señorita Fairfax deteniéndose al pie de las escaleras de servicio, observando su reunión con su amigo. Jasper captó su mirada y asintió con tristeza que la misma esperaba que diera una disculpa. Tan pronto como pudiera, la buscaría y le pediría perdón por desconfiar de ella. Debería haber sabido que una mujer que cuidaba tan bien a sus hijos no podía hacerle ningún daño.

Ella reconoció su asentimiento con una sonrisa fugaz que transmitía alivio. Luego subió las escaleras.

—Jasper. —Norton Brookes tomó su mano y la estrechó cálidamente—. ¡Qué bueno volverte a ver y qué amable fue tu suegra al invitarnos! ¿Recuerdas a mi hermana Abigaíl?

Volteó hacia una dama alta con rizos oscuros y un rostro alargado, pero atractivo, que se parecía al de su hermano.

—Sí me acuerdo. —Jasper se inclinó sobre su mano—. Aunque me temo que nunca la habría reconocido, señorita Brookes. La última vez que nos vimos todavía estabas en la guardería.

Los ojos verdes de Abigaíl Brookes brillaron con vivacidad y picardía.

—Estaba fuera de ahí más a menudo que, como recordarás, vagando por el campo como una verdadera pequeña salvaje. Pero, desde entonces he sido civilizada. No tienes que preocuparte que te introduzca de contrabando, en tu casa, en el bolsillo de mi delantal.

Jasper se rió de buena gana.

—Mis hijos no se opondrían si lo hicieras.

—En ese caso, me gustaría mucho conocerlos —replicó Abigaíl—. ¿Cuántos tienes y cuántos años...?

—Cinco en total. Emma tiene once años, Matthew más de nueve y Alfie ocho. Owen tiene más de seis años y Rosie, la menor, cinco.

Ellos eran demasiado jóvenes para prescindir de la mujer que los había cuidado durante los últimos años. De alguna manera, él debía persuadir a la devota institutriz de sus hijos para que no los abandonara.

Una ráfaga de actividad en la puerta señaló la llegada de más invitados.

La suegra de Jasper saludó a una mujer pequeña de su edad con un cariñoso abrazo, y luego le hizo una seña para que se acercara para presentarla.

—Debe haber oído hablar de mi querida amiga, la señora Leveson... Martha... ¿puedo presentarte a mi yerno, Jasper Chase?

—Bienvenida a Amberwood, señora. Espero que usted disfrute de su visita. —Él hizo una reverencia.

—Es un placer conocerlo por fin, señor Chase, después de todo lo que he leído sobre usted en las cartas de Hilda.

Mientras la señora Leveson hablaba, Jasper tuvo la incómoda sensación que lo estaba examinando. No podía estar seguro si lo habían considerado como confiable.

A continuación, su suegra trajo a una joven no mucho más alta que la señora Leveson. Su cabello castaño dorado estaba recogido en dos mechones de elegantes rizos, que parecían salchichas de manera absurda. Aunque Jasper calculó que su edad era mayor de veinte años, ella se sonrojó y se rió como una niña, cuando él se inclinó ante ella.

—Ella es la hija de la querida Martha... Gemma.

Jasper saludó a la señorita Leveson, y luego dio la vuelta para presentarles a ella y a su madre a los Brookes. La señorita Leveson también pareció evaluar a su amigo. Gemma Leveson sonrió tontamente cuando Norton preguntó si habían tenido un viaje agradable.

Mientras tanto, los ojos danzantes de Abigaíl advirtieron a Jasper que estaba en peligro de reírse. Le costó mucho reprimir una sonrisa.

—Debemos mostrarles sus habitaciones para que puedan descansar de su viaje. —Jasper luchó por recordar los deberes esperados de un anfitrión, que no se había visto obligado a realizar desde hacía bastante tiempo—. La conversación adicional puede esperar hasta la cena.

Tan pronto como se marcharon sus invitados, llegaron más.

—Señor Webster, ¡bienvenido! —Jasper estrechó la mano del socio comercial de su difunto suegro, un hombre fortachón y corpulento, cuyo aire afable ocultaba una habilidad astuta para el comercio—. Debes sentirte tan fuera de tu elemento en el campo, como yo a veces. Confío en que el negocio prospere en Red Gate Mills.

Piers Webster meneó la cabeza, aunque su sonrisa no flaqueó.

—¡Bestial y cada vez peor! Pero, le prometí a Margaret que intentaría sacármelo de la cabeza durante nuestra visita... Te acuerdas de mi hija, ¿no?

—Señorita Webster, por supuesto —Jasper saludó a la dama rubia con una mancha de pecas doradas en su bonita nariz—. Espero que no hayas tenido demasiadas dificultades para sacar a tu padre de su molino.

—Ninguna en absoluto —replicó ella—. Fue papá, quien insistió en que aceptáramos tu invitación.

Jasper y su suegra hablaron un poco más con los Webster hasta que el lacayo regresó para mostrarles sus habitaciones.

—Quizás esta fiesta en casa no fue tan mala idea, después de todo, madre —dijo Jasper, cuando sus invitados estuvieron fuera del alcance del oído. No estoy seguro acerca de las mujeres Leveson, pero Norton y Abigaíl Brookes serán una buena compañía, al igual que los Webster.

—Me alegra oírte decir eso, mi querido muchacho. —La señora Thorpe lo miró con una mirada que parecía mezclar alivio y... ¿lástima?—. No se puede estar de duelo para siempre. La vida continúa y hay que pensar en los queridos niños.

¿Qué quiso decir ella con eso? Jasper no tuvo oportunidad de preguntar porque en ese momento llegaron más invitados. La primera en entrar fue una dama alta y llamativa con un elaborado sombrero sobre su cabello oscuro cuidadosamente peinado. En contraste, la mujer que la seguía era pequeña y de aspecto ratonil, claramente condenada a una soltería de por vida.

Algo en esa impresión inquietó a Jasper.

La elegante dama besó a su suegra en ambas mejillas, exclamando sobre la encantadora casa y el hermoso paisaje.

La señora Thorpe le hizo una seña a Jasper para presentársela.

—Sin duda me habrás oído hablar de mi ahijada, Penélope Anstruther.

La dama le tendió la mano a Jasper para que se inclinara.

—Es un placer conocerlo por fin, señor Chase. Fue muy amable de su parte invitarme.

—¿El placer es mío, señorita Anstruther y señorita...? —Jasper se inclinó hacia la otra mujer, quien se sobresaltó ante su saludo e hizo una tímida reverencia.

—¡Oh! —La señorita Anstruther pareció sorprendida al recordar que había alguien con ella—. Señora Dawson, mi acompañante. Me han informado que es dueño de una fábrica de algodón, señor Chase. ¡Suenan fascinante! Usted debe contarme todo al respecto.

Su interés en su negocio sorprendió a Jasper, porque no podía imaginar a nadie que pareciera más fuera de lugar en una fábrica de algodón.

Entonces, la señorita Anstruther le dirigió una mirada gris que solo podía describir como... depredadora. De repente, todo lo que le preocupaba acerca de esta fiesta en casa chocó en su mente con los comentarios anteriores de su suegra. Aunque tenía poca experiencia en este tipo de reuniones, creía que era costumbre invitar a un número igual de damas y caballeros. Solo había dos invitados masculinos, mientras que cuatro eran mujeres, candidatas para casarse... cinco si contaba a la señora Dawson, que debía ser una joven viuda.

¡Vaya, esta fiesta no era más que un plan apenas disimulado de emparejamiento para encontrarle una nueva esposa! Y la institutriz de sus hijos fue claramente la mente maestra detrás de esto.

¡Pronto le dejaría claro a Evangeline Fairfax que no quería tener nada con un matrimonio!

Capítulo dos

El señor Chase había descubierto el motivo de esta fiesta en su casa. Evangeline se dio cuenta por la forma en que la sorprendió, mirándola cuando acompañó a los niños para tomar el té.

La guardería de Amberwood era una cámara grande y bien iluminada que servía de aula, comedor y sala de juegos para los niños. Por un extremo conducía al dormitorio de los niños y por el otro, a la habitación de las niñas y su institutriz. Anteriormente, cada vez que el señor Chase visitaba la guardería, apenas parecía darse cuenta de la presencia de Evangeline, excepto para preguntarle sobre la salud de sus hijos o sus estudios. Toda su atención se había centrado en Emma, Matthew, Alfie, Owen y Rosie, como para compensar el tiempo que había perdido con ellos.

Para ser justos, Evangeline tuvo que admitir que el señor Chase probablemente pasaba tanto tiempo con sus hijos e hijas en el transcurso de un año, como muchos padres que vivían bajo el mismo techo. Eso no significaba que fuera suficiente, se recordó a sí misma, viendo la forma en que sus rostros se volvían continuamente hacia él, como flores hacia el sol. Sin su madre, los jóvenes Chase requerían más tiempo de su padre. Alfie y Matthew podrían utilizar su cariñosa, pero firme guía para frenar su bullicio. Mientras que los tranquilos Emma y Owen necesitaban que él les asegurara que eran notados y amados. Y la pequeña Rosie solo anhelaba más besos y abrazos.

Si su padre estaba demasiado ocupado con su negocio para brindarles la atención que necesitaban, tal vez una madrastra cariñosa podría proporcionar algo de lo que les faltaba. Mejor aún, la señora podría persuadir a su marido para que dedicara un poco menos de tiempo a su molino y más a su familia.

Esas justificaciones pasaban por la mente de Evangeline, cada vez que encontraba una mirada de reproche por parte de su empleador. Sin embargo, no calmaron del todo su conciencia. Ella siempre había sido una persona abierta y directa. ¿Qué pensaría su difunta madre de los métodos clandestinos que había utilizado para convencer a Jasper Chase que se volviera a casar?

No le había dejado otra alternativa. Evangeline le devolvió la mirada desafiante con la suya propia. Además, su plan de emparejamiento no haría daño a nadie. Si tenía éxito, el resultado beneficiaría a su empleador, a sus hijos y a ella... sin mencionar a una afortunada dama.

Cuando terminaron de comer y la niñera recogió la mesa, el señor Chase se dirigió a Evangeline.

—Necesitamos tener otra pequeña charla, señorita Fairfax.

—Como usted desee, señor. Pero, primero tengo que llevar a los niños a jugar al jardín y luego prepararlos para ir a dormir.

Para entonces, se esperaba que su padre cenara con sus invitados y ella estaría dormida, mucho antes que la fiesta terminara por la noche.

—Entonces me reuniré con usted en el jardín. —El señor Chase sonrió a Rosie, que se aferró a su pierna—. ¿Te gustaría eso, mi amor?

Rosie asintió vigorosamente, haciendo bailar sus rizos rojos y dorados.

¿Quería confrontarla en presencia de sus pupilos? El ánimo de Evangeline se hundió. ¿Les diría lo que ella había hecho? ¿Cómo podían entenderlo los niños, especialmente Emma, que apreciaba el recuerdo de su difunta madre?

—¡A mí también me gustaría, papá! —gritó Alfie—. ¿A qué jugaremos?

Los niños discutieron afablemente sobre la elección del juego, mientras se dirigían al jardín.

—Juguemos al escondite —dijo Chase, poniendo fin al debate—. Entonces escóndanse... señorita Fairfax... yo los buscaré... Si ya se van, nos quedaremos aquí de espaldas... para que no podamos ver a dónde van.

—No mires, papá —resaltó Matthew, mientras salía corriendo.

—Ven conmigo, Rosie. —Emma tomó a su hermana pequeña de la mano—. Ayúdame a encontrar un buen escondite.

Su padre bajó la voz, hablando solo para los oídos de Evangeline:

—¿Emparejamiento, señorita Fairfax? Nunca pensé que caerías en semejante tontería.

—No es una tontería —respondió ella en un susurro enfático, enojada con él por confrontarla ahora, justo cuando debía vigilar cada palabra por temor a ser escuchada—. Tus hijos necesitan una madre, y ya es hora de que encuentres a una. Como, usted tiene pocas oportunidades de cortejar, pensé en ponértelo más fácil, reuniendo a varias damas elegibles. ¡Deberías agradecerme esto!

—¿Agradecerte? —Jasper Chase tronó, luego recordó dónde estaban y trató de disimular su arrebató con un tono de falsa cordialidad—. Quiero decir... gracias... Señorita Fairfax, por recordarme que es hora de buscar a mis hijos escondidos.

Mientras fingían registrar el jardín, él continuó con un murmullo casual, que no pudo ocultar su exasperación:

—Si te hubieras molestado en consultarme, podría haberte ahorrado la molestia de arreglar todo esto. Ya terminé con el matrimonio. No tengo tiempo para nada más que mi molino y mis hijos.

¿Había hecho todo este esfuerzo en vano? La posibilidad hirió a Evangeline, al igual que una desconcertante punzada de lástima por Jasper Chase.

—Acaso, ¿tienes algo de tiempo para ellos? —murmuró, mientras pasaba junto a él para llamar a Matthew. El niño nunca podía quedarse quieto el tiempo suficiente para ganar en este tipo de juego.

El señor Chase pronto encontró al resto de sus hijos, aunque le tomó un tiempo descubrir a Owen, escondido entre los arbustos y el muro del jardín. El pequeño y tranquilo parecía muy contento de jugar un juego en el que podía sobresalir.

—Ahora todos deben esconderse —Owen les indicó que se alejaran con un movimiento de su brazo—. Ustedes también, papá y la señorita Fairfax.

—Vamos, señorita Fairfax. Ya escuchaste a mi hijo. Debemos encontrar un escondite. —Su empleador tomó a Evangeline de la mano de la misma manera que Emma tomó a la pequeña Rosie. Sabía que su motivo era muy diferente al de su hija... al igual que su reacción.

A su fuerte voluntad le molestaba que él se hiciera cargo con tanta fuerza, pero otra parte de ella respondió a la calidez y la fuerza contenida de su agarre.

Un momento después, el señor Chase y ella estaban agazapados detrás de un pequeño cobertizo, donde el jardinero guardaba algunas de sus herramientas.

Su empleador volteó hacia ella y continuó en un susurro contundente:

—Paso todo el tiempo que puedo con mis hijos y al mismo tiempo gano lo suficiente para brindarles una buena vida. ¿No crees que preferiría volver a casa con ellos todas las noches cuando termino mi trabajo? Hay veces que los extraño tanto que... es como si alguien me hubiera hecho un gran agujero sangrante en el corazón. Pero este, es el hogar que siempre han conocido y este valle es un lugar saludable para que crezcan. Así que hago lo que tengo que hacer y lo aprovecho al máximo.

De repente, le pareció recordar que todavía sostenía su mano. La soltó abruptamente con una mueca de pesar.

Aunque le hormigueaban los dedos por haber sido agarrada con tanta fuerza, Evangeline estaba demasiado aturdida por su arrebató como para prestarle mucha atención. El crudo arrepentimiento en su mirada gris azulada le hizo imposible dudar de su sinceridad.

Durante los últimos seis años, había sido muy consciente de cuánto añoraban sus jóvenes alumnos a su padre ausente. Ella había sufrido esos mismos sentimientos, después de la muerte de sus padres, por lo que su corazón rápidamente simpatizó con los niños Chase. Nunca se había detenido a considerar cómo se sentiría su padre al separarse de ellos.

—No me di cuenta, señor. —Deseó que él no le hubiera soltado la mano, porque en ese momento le hubiera gustado darle un apretón reconfortante—. Siempre regresas a Manchester sin ningún signo de malestar.

—Mi trabajo es importante para mí. —Una nota defensiva se deslizó en su profunda voz de nativo del norte—. Usted, más que nadie, debería comprender que se trata de algo más que ganar un salario. Pero, le aseguro que salgo de Amberwood con mucha mayor decepción de la que muestro. Los niños no necesitan que los haga sentir peor por mi partida.

Su explicación asestó un doloroso golpe a la conciencia de Evangeline. A la vez, ella luchó contra el desconcertante deseo de consolarlo como lo haría con uno de los niños.

—¡Los encontré! —La voz de Owen irrumpió en los confusos pensamientos de Evangeline—. ¡Fue fácil porque los escuché hablando! Deben guardar silencio si no quieren que los atrapen.

—¡Excelente consejo! Hijo. —Jasper Chase salió de detrás del pequeño cobertizo—. Haré lo mejor que pueda para recordarlo después de esto.

Evangeline lo siguió, todavía sintiéndose desequilibrada por el drástico cambio en su percepción de su empleador.

Mientras Owen buscaba a sus hermanos, ella se dirigió al señor Chase:

—Le pido perdón, señor, por ser tan insensible a sus verdaderos sentimientos. Pero, no puedes negar que antes solías venir a casa con mucha más frecuencia...

Ella dudó, estaba reacia a hablar de la muerte de su esposa porque los niños estaban cerca.

El señor Chase pareció entenderla. Él asintió brevemente y le advirtió que no había necesidad de seguir hablando. Luego, exhaló un suspiro.

—No puedo negarlo. Por mucho que disfruto estar nuevamente con mis hijos, regresar a Amberwood siempre me recuerda nuestra pérdida.

Por un instante de descuido, el dolor que tan bien ocultaba a ella y a los niños parpadeó en su mirada.

Aunque se le hizo un nudo en la garganta por la compasión, Evangeline se negó a permitir que eso la silenciara. En cambio, eligió sus palabras con cuidado y las pronunció tan suavemente como pudo:

—¿No es esta una razón más para considerar la posibilidad de volver a casarse, por el bien de los niños y el de usted? El tipo de esposa adecuada podría aliviar tus recuerdos infelices, y ayudarte a llenar el vacío en tu vida, que intentas completar con tu trabajo.

El señor Chase respiró profundamente y se detuvo antes de responder.

—Creo que usted tiene buenas intenciones, señorita Fairfax, pero le sugiero que considere cómo se sentiría si nuestras posiciones fueran al revés. ¿Qué pasaría si invitara a una casa llena de solteros elegibles a Amberwood para cortejarla?

—¡Los encontré a todos! —exclamó Owen—. Ahora es el turno de Emma de buscar...

La pregunta de su jefe golpeó a Evangeline con la fuerza de un entrenador de correo

desbocado. ¿Cómo reaccionaría, si alguien la presionara para casarse? Ella había experimentado eso en el pasado y juró que nunca dejaría que volviera a suceder.

Los otros niños se dispersaron, mientras Rosie corría hacia su padre y lo tomaba de la mano.

—¿Me ayudarás a encontrar un escondite, papá?

El señor Chase no esperó una respuesta de Evangeline sino que respondió a su pequeña hija:

—Por supuesto, mi amor. Ven conmigo.

—¿Señorita Fairfax?

Evangeline salió de su preocupación y encontró a Emma mirándola.

—¿No te vas a esconder?

—Sí, claro. —Se alejó sin apenas darse cuenta de hacia dónde se dirigía.

Le debía al señor Chase una respuesta a su pregunta. Evangeline ahora se preguntaba si no le debía más que eso.

* * *

¿Cómo reaccionaría la señorita Fairfax, si él intentara buscarle un pretendiente? Cuando la pregunta cruzó por primera vez por la mente de Jasper, estaba cargada de indignación. Pero cuanto más pensaba en ello, más sinceramente sentía su curiosidad por saber la respuesta. Le hizo preguntarse por qué una mujer tan atractiva, inteligente y consumada no había conseguido un marido hacía mucho tiempo.

No tuvo oportunidad de preguntarle, aunque se hubiera atrevido, porque los juegos de los niños requerían más atención. Más tarde, mientras su institutriz preparaba a los niños para acostarse, Jasper tuvo que apresurarse y vestirse para la cena. Regresó a la guardería el tiempo suficiente para escuchar las oraciones de los niños, antes de acostarse y darles un beso de buenas noches.

—¡Oh, papá! —gritó Emma, cuando lo vio vestido para cenar con sus invitados—. ¡Te ves tan apuesto! ¿No es así, señorita Fairfax?

La pregunta de su hija pareció poner nerviosa a su institutriz de una manera que Jasper nunca había visto antes. Rosas de color rosa brillante florecieron en sus mejillas, haciéndola parecer mucho más joven de lo que era. La vista le hizo preguntarse, una vez más, cómo podía permanecer soltera. Obviamente, ella no tenía fortuna y no pasaría su vida, criando a los hijos de otras personas. Aunque seguramente su bella apariencia, buen carácter y logros deberían haber atraído el interés de hombres lo suficientemente sabios, como para preocuparse por algo más que el dinero.

—Muy apuesto, por cierto —confirmó la señorita Fairfax, aunque solo lo miró por un instante—. Ahora, debemos dejar que tu padre se vaya a cenar con sus invitados.

Por alguna razón, el brusco cumplido de la señorita Fairfax hizo que Jasper se sintiera cohibido. Estaba acostumbrado a considerarse un hombre de negocios práctico, un viudo con cinco hijos, no un joven galán ardiente que hacía temblar las rodillas de las damas. Oír que lo llamaban apuesto era... inquietante.

Una vez que los niños estuvieron acostados para pasar la noche, Jasper sintió que su institutriz quería hablar con él.

—¿Qué sucede, señorita Fairfax?

Él tenía una mirada severa. Si no fuera por su intromisión, podría haberse retirado a su estudio para pasar una tarde tranquila o salir a dar un paseo solitario. Ahora tendría que entretener a un grupo de invitados, algunas de las cuales podrían aspirar a convertirse en la próxima señora Chase.

Ella abrió la boca para hablar justo cuando sonó el reloj de la guardería:

—Puede esperar, señor. —Parecía aliviada por el retraso—. No debes hacer esperar a tus invitados.

—¡Eso no es suficiente! —Su voz era ronca y mostraba sarcasmo, mientras se alejaba.

Cuando llegó al salón, Jasper prácticamente se estaba ahogando por el malestar, ante la situación en la que Evangeline Fairfax lo había atrapado. La visión de su amigo Norton Brookes alivió ligeramente sus irritados sentimientos. Pero la forma en que la señorita Anstruther intentaba atraerlo a la conversación, a cada paso, le ponía los dientes de punta, casi tanto como las incesantes risitas de la señorita Leveson. Se preguntó si las damas eran conscientes del propósito de esta fiesta en casa. Si esto era así, Abigaíl Brookes y Margaret Webster no dieron señal de ello, porque parecían más interesadas en hablar entre ellas que con él.

En el momento en que se anunció la cena, la señorita Anstruther lo agarró del brazo.

—Como me sentaré a su lado, señor Chase, deberíamos entrar juntos.

Jasper apenas logró contener un suspiro exasperado. Casi había olvidado las ridículas reglas de precedencia que regían tales reuniones. Como anfitrión y anfitriona, él y su suegra se sentaban en extremos opuestos de la mesa del comedor con la dama de rango superior sentada a su derecha, y el caballero correspondiente a la derecha de la señora Thorpe. El resto de invitados se alinearían a ambos lados, ocupando los más humildes el centro.

Eso alejaría a Norton Brookes de Jasper y lo colocaría entre la señorita Anstruther y la señora Leveson.

Jasper añadió esto a su lista de agravios de la institutriz de sus hijos, y se obligó a sonreírle a la señorita Anstruther.

—Será... un honor acompañarla.

Miró a su suegra y recibió un sutil gesto de aprobación, cuando ella aceptó el brazo de Norton Brookes.

Cuando el señor Webster hizo una reverencia a la señora Leveson y le pidió el honor de acompañarla a cenar, Jasper contuvo la respiración, esperando su respuesta. Este grupo era una mezcla precaria de nobleza menor y empresarios prósperos. Algunas personas con pretensiones de nobleza hacían todo lo posible para evitar a cualquiera en el comercio, sin importar cuán grande fuera su fortuna. Aunque la señorita Anstruther parecía dispuesta a ceder en ese sentido, Jasper no estaba seguro que la señora Leveson fuera tan liberal.

Para su alivio, ella aceptó la invitación del señor Webster sin el menor escrúpulo.

Abigaíl Brookes se acercó a la señorita Webster.

—En ausencia de más caballeros, ¿entramos juntas?

Margaret Webster no pareció preocupada por la escasez de invitados masculinos.

—Creo que podemos arreglárnoslas.

Gemma Leveson soltó una risita.

—Creo que eso nos deja a usted y a mí, señora Dawson.

La compañera de la señorita Anstruther miró ansiosamente a los demás invitados, como si la intimidara la más mínima atención.

—Vamos, Verity —le pidió la señorita Anstruther en tono impaciente—. No nos demores con tu timidez.

La señora Dawson se sonrojó y corrió para reunirse con la señorita Leveson.

Procedieron a cenar, y Jasper se alegró de descubrir que la reunión estaba planificada y bien preparada. ¿Fue todo esto obra de su suegra, o la señorita Fairfax había trabajado entre bastidores para asegurarse que la fiesta en casa fuera un éxito? Jasper no podía imaginar dónde había

encontrado el tiempo. Cualquier familia con cinco hijos estaba obligada a mantener ocupada a su institutriz, especialmente cuando a menudo debía actuar como padre y madre para ellos. Por otra parte, la señorita Fairfax había demostrado ser una mujer de singular ingenio.

¿Le había mostrado a la institutriz de sus hijos, cuánto apreciaba su extraordinaria devoción? La pregunta preocupó a Jasper. ¿Podría ser esa parte de la razón por la que la señorita Fairfax quería dejar su empleo, porque lo había dado por sentado?

En ese momento, él se dio cuenta que la conversación en la mesa había quedado en silencio.

—¿Le ruego me disculpe? —le preguntó a la señorita Anstruther, que lo miraba expectante.

—Le pregunté por sus hijos —repitió la dama con una mirada de ávido interés—. ¿Cómo se las arregla usted solo con tantos y con su negocio operando además...?

Algunos de los otros invitados reanudaron sus conversaciones por separado, con las voces en silencio, como para estar atentos a la respuesta de su anfitrión.

—No estoy solo. —Señaló con la cabeza a la señora Thorpe—. Su abuela ha sido de gran ayuda para mí. Y su institutriz es un tesoro. Ahora, ya sé cómo habríamos pasado los últimos años sin ella.

La señorita Anstruther asintió.

—Qué bendición es tener sirvientes confiables.

Su comentario condescendiente irritó a Jasper. Todavía estaba molesto con Evangeline Fairfax por haber organizado aquella fiesta de emparejamiento sin siquiera pedirle permiso. Pero oír que se referían a ella como una simple sirvienta lo irritaba aún más. Era evidente que la señorita Anstruther no tenía idea del alcance de los deberes de la señorita Fairfax ni de lo mucho que significaba para su familia.

Antes que pudiera decir algo de lo que pudiera arrepentirse, la señorita Anstruther añadió:

—Espero que tengamos la oportunidad de ver a los pequeños queridos, mientras estemos aquí. Siempre me han gustado mucho los niños, ¿verdad, Verity?

—Con mucho cariño —repitió su compañera, como una erudita aburrida, dando una respuesta de memoria.

—Mi Gemma adora a los niños. —La señora Leveson miró a Penélope Anstruther desde el otro lado de la mesa, como si se tratara de una contienda en la que la señorita hubiera reclamado una ventaja injusta.

Jasper podía imaginar lo que pensarían sus hijos mayores al ser llamados pequeños queridos, pero sospechaba que a Rosie le encantaría la atención.

—Les aseguro que todos verán mucho a mis hijos y también los escucharán.

—Los escuché antes de cenar, jugando en el jardín —dijo Abigaíl Brookes—. Sonaban como si estuvieran pasando un rato agradable. Si no hubiera estado vestida, pude haberme escabullido para unirme a sus juegos.

—Eso habría sido divertido, ¿no? —Gemma Leveson le lanzó una sonrisa traviesa a Abigaíl—. Quizás tengamos otra oportunidad, mientras estemos aquí.

La señorita Webster había estado muy callada, pero ahora miró a Jasper desde el otro lado de la mesa.

—Sus hijos tienen suerte de tener una institutriz tan excelente, señor Chase. Yo estaba dedicado a lo mío. Me rompió el corazón cuando se me quedaron pequeñas las lecciones y ella se fue a un nuevo puesto. Cuéntenos más sobre sus hijos. ¿Qué edad tienen? ¿Qué mezcla de niños y niñas?

La señorita Anstruther resopló ofendida.

—Estaba a punto de preguntar eso. Díganoslo, señor Chase...

Jasper nunca pensó que se cansaría de hablar de sus hijos, pero al final de la comida lo habían interrogado tan exhaustivamente sobre el tema que estaba ansioso por explorar un nuevo tema de conversación. Con una sensación de alivio, observó a las damas retirarse al salón.

—Tendremos que permanecer unidos, caballeros —Se levantó de su silla y caminó hacia el extremo opuesto de la mesa, tomando el asiento de su suegra—. Me temo que nos superan en número.

Los dos hombres se rieron entre dientes: Piers Webster con un bajo retumbante y Norton Brookes con un tenor sonoro.

—No me opongo a estar rodeado de mujeres. —El señor Webster se reclinó en su silla—. Siempre que no sea su presa.

Norton esbozó una sonrisa arrepentida.

—No es probable que un vicario pobre sea objeto de interés para ninguna dama. Creo que puedes elegir, Jasper... La única dificultad será elegir.

—No quiero elegir. —Jasper esperaba que no se sintieran ofendidos en nombre de sus mujeres—. Esta fiesta en casa no fue idea mía.

—¿Entonces recibiste un empujón de tu suegra? —El señor Webster asintió.

—Algo así —murmuró Jasper.

—Bueno, no fingiré que no te daría la bienvenida a mi familia. —El señor Webster cruzó sus grandes manos sobre un amplio chaleco—. No me estoy haciendo más joven y sería un alivio dejar mi molino en manos competentes, hasta que un nieto tenga edad suficiente para hacerse cargo de él.

Jasper apreció la franqueza del hombre mayor.

—Margaret es una buena muchacha, si me permites decirlo —continuó el señor Webster—, afortunadamente, tiene la buena apariencia de su madre y una cabeza sensata sobre sus hombros.

—¿Que ella obtuvo de ti? —preguntó Jasper.

El mayor se encogió de hombros.

—Me gusta pensar que sí.

—Cualquier hombre sería afortunado de conquistar a una mujer como su hija. —Jasper esperaba no haber ofendido al señor Webster al parecer despreciarla—. Pero, tengo las manos ocupadas con mis hijos y mi molino. Además, no estoy seguro de estar preparado para volver a casarme.

—No estaba ansioso por pensar en volver a casarme durante mucho tiempo después que mi esposa falleciera. —El señor Webster sacudió la cabeza—. Ahora, desearía no haberlo dejado demasiado tarde. ¡No cometas ese error, muchacho!

Jasper vislumbró una sombra de profundo arrepentimiento en los ojos de Piers Webster, que le hizo preguntarse si sería prudente seguir el consejo de ese hombre mayor.

* * *

Evangeline se frotó los ojos y soltó un profundo y cansado bostezo. Desde su posición, a unos pocos pasos de la escalera de servicio, podía escuchar voces provenientes del salón, separadas de vez en cuando por oleadas de risas.

Ella deseó poder oír quién hablaba, qué decía y quién provocaba las risas. Entonces, tal vez podría evaluar si sus planes de emparejamiento tenían alguna esperanza de éxito. ¿Se estaba uniendo el señor Chase a las risas o estaba sentado en un silencio sepulcral, demasiado molesto por su intromisión, como para hacer algún esfuerzo por divertirse?

Después de todo lo que había hecho para organizar esta fiesta, le irritaba quedarse atrás y

dejar que los acontecimientos siguieran su curso. Desde pequeña había estado acostumbrada a hacer que las cosas sucedieran y su trabajadora madre la había animado a actuar así.

—Hay algunas personas que afirman que la Providencia ayuda a quienes se ayudan a sí mismos. —A Evangeline le pareció oír las palabras de aliento de su madre—. Pero, creo que ayuda a quienes ayudan a otros. Los que creemos debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para hacer de nuestro mundo un lugar mejor.

—Lo haré, mamá —susurró fervientemente.

Las niñas huérfanas, al igual que sus amigas de la escuela, necesitaban que ella les proporcionara el tipo de santuario seguro, amoroso y estimulante que merecían. Los niños Chase necesitaban que ella les encontrara una nueva madre que hiciera de Amberwood el tipo de hogar, al que su padre querría regresar más a menudo.

Sin embargo, por mucho que esos objetivos la obligaran, Evangeline no podía dejar de pensar en lo que Jasper Chase le había dicho en el jardín. ¿Cómo se sentiría, si él intentara obligarla a casarse, organizando una fiesta como esta con varios caballeros elegibles como invitados? Ella conocía muy bien la respuesta a esa pregunta. Se sentiría manipulada y traicionada. Así mismo, consideraría que sus deseos no tenían importancia, y que sus planes para el futuro no les importaban a los demás.

A pesar que se había levantado desde temprano, en la mañana, y había pasado un día completo con los niños, Evangeline sabía que no podría dormir hasta que se disculpara con el señor Chase, incluso si eso significaba acechar en las escaleras de servicio, esperando que la fiesta se dispersara por la noche.

Como si fuera una señal, escuchó que se abría la puerta del salón y que el reverendo Brookes se disculpaba por ser el primero en retirarse. Su hermana afirmó que ella también estaba cansada, pero tal vez solo se sintió obligada a irse cuando lo hizo su hermano.

Evangeline escuchó que la puerta se cerraba, seguida de pasos que se detuvieron un poco más lejos.

—Quizás fue un error de nuestra parte venir. —El reverendo Brookes parecía tan cansado como se sentía Evangeline.

—¿Qué te hace decir eso? —Su hermana soltó una risita irónica—. Solo porque la señorita Anstruther parece haber recibido mejor instrucción que yo, la señorita Leveson es más joven y la señorita Webster más bonita y rica, ¿crees que no tengo ninguna posibilidad de atrapar a tu guapo amigo?

De algún modo, a Evangeline le molestaba oír a la señorita Brookes llamar guapo a Jasper Chase. Se dijo a sí misma que no debía ser ridícula. Quería que todas las damas elegibles admiraran a su empleador, y estuvieran ansiosas por casarse con él, si se lo pedían.

—¡Tonterías! —manifestó el vicario—. Tienes muchas buenas cualidades para recomendarte y Jasper es el tipo de hombre que las aprecia. Para él eso es más que una cara bonita y unos buenos ingresos. ¿Conoces esa fábrica de algodón que tiene en Manchester...?

—¿Qué pasa con eso?

La señorita Brookes y su hermano debían estar subiendo la escalera principal. Sus voces se estaban volviendo más débiles. Pero el comentario del vicario había despertado la curiosidad de Evangeline. Aunque su conciencia la reprendió, diciendo que era de mala educación escuchar a escondidas, subió sigilosamente las escaleras de servicio y se esforzó por captar el resto de la conversación.

—¡Qué admirable! —Escuchó decir a la señorita Brookes cuando llegaron al piso superior—. ¡No tenía ni idea!

—No mucha gente la tiene —replicó su hermano—. Mi amigo prefiere hacer sus buenas obras en secreto. El señor Webster me lo contó. Creo que considera todo el plan como una excentricidad inofensiva de Jasper.

¿De qué esquema estaban hablando? La curiosidad que Evangeline había esperado saciar solo se intensificó. Sin duda, este era su justo castigo por escuchar a escondidas.

Claramente, eso tenía algo que ver con la fábrica de algodón del señor Chase. Pero, ¿qué podría haber de admirable en eso? A menudo, durante los últimos seis años, había pensado todo lo contrario sobre el negocio de su empleador, que tanto lo mantenía alejado de sus hijos. Fuera lo que fuese, ¿por qué él nunca se lo había contado?

La curiosidad volvió a luchar contra su conciencia, solo que esta vez ganó esta última. Evangeline se obligó a bajar las escaleras con todo el sigilo que pudo. A cinco pasos del final se sentó y reanudó su vigilia. Los breves fragmentos de la conversación que había escuchado pasaron por su mente, mientras intentaba descubrir la parte crucial que se había perdido.

Un rato después, se despertó sobresaltada y se encontró desplomada contra la pared. ¡Gracias al Cielo que no se había ido hacia adelante y no cayó por las últimas escaleras!

Al oír voces, más fuertes y distintas, se dio cuenta de lo que la había despertado. ¡Ahora, sí! La fiesta parecía estar disolviéndose por la noche.

—Ha sido una velada muy agradable —dijo el señor Webster—. A pesar de la paliza que recibí de las damas en el whist. Espero que podamos volver a jugar, señora Leveson.

—Espero que tengamos muchas oportunidades —replicó la señora—. Dormiré bien. Estoy segura que lo haré, después de una cena tan buena.

Los demás desearon buenas noches al señor Webster y a su hija, y luego las damas Leveson se quedaron con el señor Chase, la señorita Anstruther y su acompañante. Las dos parejas de mujeres no se dirigieron ni una palabra, más bien mantuvieron una conversación forzada con su anfitrión. Evangeline sintió que ninguna quería ser la primera en irse a la cama, dejando que las demás prolongaran su conversación con él.

El señor Chase también debió haberse dado cuenta y decidió que sería él quien pusiera fin al impasse.

—Lamento tener que darles las buenas noches, damas. Hay una pequeña tarea esperándome en mi estudio, que debo terminar esta noche... Espero verlas mañana...

Un cambio sutil en su voz hizo que Evangeline dudara de su sinceridad, pero no creía que las damas lo conocieran bien como para darse cuenta.

¿Lo conocía ella después de seis años en su empleo? Evangeline se frotó los ojos y se puso de pie tan silenciosamente como pudo.

Ahora que no habría ninguna ventaja en sobrevivir, unas a otras, las damas le dieron las buenas noches a su anfitrión y subieron por la escalera principal.

El señor Chase se alejó en dirección a su estudio. Pero en lugar de pasar rápidamente a un lado de las escaleras de servicio, como esperaba Evangeline, se dirigió hacia las mismas y empezó a subir por allí.

Al encontrarse inesperadamente, cara a cara, ambos retrocedieron de un salto, dejando escapar gritos ahogados de alarma.

—¡Señorita Fairfax! —Su patrón se agarró el ancho pecho—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí a esta hora?

¿Qué podría decirle ella? El corazón de Evangeline latía dolorosamente contra sus costillas.

Era una reacción natural ante semejante susto, se dijo. Seguramente, no podría haber otra razón para que su corazón se comportara de esa manera.

Capítulo tres

La última persona que Jasper esperaba encontrar en la escalera de atrás era la institutriz de sus hijos. En todo el tiempo que Evangeline Fairfax había estado empleada en Amberwood, él nunca la había visto por la casa, después que los niños ya estaban acostados para pasar la noche.

De hecho, no había pensado que se encontraría con nadie en las escaleras. Esperaba poder llegar a su dormitorio rápida y silenciosamente, antes que las damas llegaran al segundo piso. Su repentino encuentro con la señorita Fairfax le provocó una sacudida de alarma, magnificada por la vergüenza de su comportamiento furtivo. Luchó por recuperar el aliento.

Era evidente que le había dado a la institutriz de sus hijos tanto miedo como ella a él. Ella saltó hacia atrás, un chillido ahogado brotó de sus labios.

—¡Señorita Fairfax! —Jasper se llevó una mano al pecho en un esfuerzo por calmarse—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí a esta hora?

Ella pareció rehuir su pregunta, pero antes que pudiera responder, se le ocurrió una posibilidad alarmante.

—¿Le pasa algo a uno de los niños? ¿Alfie? ¿Se ha vuelto a lastimar?

Su agitación pareció tranquilizarla.

—No señor, nada de eso. Todos los niños duermen profundamente, después de jugar en el jardín. Estoy aquí para disculparme por organizar esta fiesta en casa sin su permiso, y por presionarlo para que se volviera a casar.

—¿Para eso estás...? —Esa admisión sorprendió a Jasper, casi tanto como su presencia. La señorita Fairfax era una mujer decidida y no estaría dispuesta a dar marcha atrás. ¿Qué la había hecho cambiar de opinión?

Ella asintió convulsivamente.

—Pensé en lo que usted me dijo: cómo me sentiría si nuestras situaciones fueran al revés, y usted estuviera tratando de buscarme una pareja. Por supuesto, me opondría en los términos más enérgicos posibles... Pero, sigo creyendo que esto lo beneficiaría a usted y a sus hijos, si se volviera a casar, pero estuvo mal por mi parte forzarlo de esta manera. Por eso, le pido perdón.

—¿A usted no le gustaría casarse? —Jasper nunca había reflexionado mucho en el asunto hasta ahora. Nunca pensaba mucho en ella. Pero, por lo que había notado en la institutriz, la señorita Fairfax podría haber sido un activo atractivo y útil en su casa. Nunca había considerado cómo podría sentirse ella o qué podría querer.

La dama sacudió vigorosamente la cabeza.

—No todas las mujeres están desesperadas por conseguir un marido. Para muchas, el rol de esposa es algo que les resulta muy adecuado, pero yo siempre he querido hacer algo más con mi vida. Algo importante que mejorará la vida de los demás. Quizás eso le parezca una tontería.

—No, por nada. —De hecho, su ferviente declaración hizo eco de una profunda convicción en su alma.

Quizás la señorita Fairfax lo percibió y se dio cuenta que podría utilizar eso a su favor.

—Establecer una escuela de caridad es mi vocación en la vida, señor. Estoy segura de esto. Y esa vocación no es compatible con el matrimonio. Un hombre podría continuar con el trabajo de su vida con una esposa que lo mantenga, pero no creo que sea cierto lo contrario.

Jasper quiso contradecirla pero descubrió que no podía. ¿Qué hombre podría soportar que su esposa dedicara todo su tiempo y energía a una causa, por noble que fuera, si eso significaba

descuidar a su familia?

Ese pensamiento le preocupaba. ¿Por qué una mujer debería verse obligada a renunciar a la comodidad y el amor de una familia para servir a una vocación superior, mientras que un hombre podría tener ambos beneficios? Eso era tan injusto, a su manera, como que una clase de personas tuviera demasiadas ventajas, mientras que otra contara con muy pocas. También le hizo preguntarse si había descuidado a su familia, al servicio de su causa.

—Mis hijos te necesitan tanto. —Jasper estaba acostumbrado a dar órdenes, no a suplicar. Pero si pudiera mantener a la señorita Fairfax en Amberwood, no sentiría que les había fallado a sus hijos—. Puede que no les falten bienes materiales, pero no tienen madre.

—¡No! —Evangeline Fairfax lo señaló con un dedo acusador—. No dejaré que me retengas aquí con la culpa. Le doy un mes de antelación para que les busque a sus hijos una nueva institutriz. Después de eso, tengo la intención de irme y la responsabilidad de su cuidado recaerá sobre tus hombros, no sobre los míos.

¿Un mes? Si buscaba durante un año, Jasper dudaba que pudiera encontrar a alguien capaz de reemplazar verdaderamente a la señorita Fairfax.

—Pero... pero... ¿cómo puedo buscar a una nueva institutriz y pasar tiempo con mis hijos, mientras entretengo a una casa llena de invitados?

Algo le dijo que ella sí podría lograr tal hazaña si fuera necesario. Le irritaba admitir que él era menos capaz. Pero si fuera necesario por el bien de sus hijos, lo haría.

—¿Invitados? —Su mano cayó lentamente, pero no antes que Jasper vislumbrara un ligero temblor en ella—. Pensé que los despedirías o regresarías a Manchester hasta que se fueran.

Él sacudió la cabeza.

—Puede que no sea un gran caballero, pero tengo mejores modales que eso. No fue idea mía invitar a estas personas, pero ahora que están bajo mi techo, son mis invitados y les brindaré mi hospitalidad.

—Eso es muy bueno de su parte, señor.

¿Se sorprendió al saber que él sabía comportarse bien? Ella no lo expresó de manera convincente.

Jasper se encogió de hombros.

—Aún me queda el problema de encontrar una oportunidad para buscar una nueva institutriz. Sé que es culpa mía por desperdiciar el tiempo que me diste. ¿Qué haría falta para quedarte dos meses, hasta el final del verano? Te doy mi solemne palabra de que no pediré más tiempo después de eso.

—¿Qué haría falta? —ella repitió—. No quiero más dinero, si a eso te refieres. Pero, si prometes conocer a estas damas y mantener la mente abierta sobre la posibilidad de volver a casarte, extenderé mi aviso hasta el final del verano. Pero, ni un día más...

Jasper no respondió de inmediato, pero reflexionó sobre su propuesta tan cuidadosamente como lo haría con cualquier acuerdo comercial. Lo que ella estaba pidiendo podría tener un efecto profundo en su futuro y el de sus hijos. Un mes más le daría más tiempo para contratar una nueva institutriz... o tiempo durante el cual podría intentar convencer a la señorita Fairfax para que se quedara. Si fracasaba, tal vez ella tuviera razón y debería considerar volver a casarse.

—¿Me darás la noche para dormir y reflexionar en mi decisión? —él preguntó—. No es algo en lo que quiera apresurarme.

—Eso suena justo. —Ella estuvo de acuerdo—. Puedes decirme tu decisión mañana y partiremos de ahí.

Jasper apreció su franqueza. Fue un cambio refrescante después de pasar una velada en

compañía de la señorita Anstruther y la señora Leveson. Cada vez que hablaban, sus palabras parecían cargadas de un significado oculto, que él no podía comprender. Es cierto que la señorita Fairfax había organizado esa fiesta a sus espaldas, pero cuando él la enfrentó, ella realmente pareció arrepentirse de sus acciones. Y no podía negar que sus tácticas dilatorias la habían obligado a tomar medidas desesperadas.

—Mañana. —Jasper no pudo reprimir un bostezo—. Ahora, creo que será mejor que ambos durmamos un poco. Ha sido un largo día.

Eso fue quedarse corto. Se levantó con las primeras luces del día y había salido de la posada de Kendal, donde había pasado la noche, después de cabalgar todo el día anterior. Desde que llegó a casa, había cenado y jugado con sus hijos, agasajado a un grupo de invitados y pasado más tiempo conversando en privado con la señorita Fairfax que en los últimos meses juntos.

—De hecho, señor. —Ella también luchó por reprimir un bostezo, sin mayor éxito que él—. Pues, buenas noches, que descanse bien.

Comenzó a subir las escaleras, solo para voltear y mirar a Jasper con una mirada inquisitiva, mientras él la seguía.

—Es posible que las damas se queden en el pasillo, dándose las buenas noches —él explicó—. Necesito que sigas adelante y compruebes si no hay moros en la costa.

Ella exhaló un fuerte suspiro de exasperada diversión.

—¡Vamos! Entonces, con gusto exploraré el terreno por ti.

—Gracias, señorita Fairfax. —Jasper le dio una sonrisa cansada, que dudaba que ella pudiera ver en las sombras de la escalera apagada—. Sé que siempre puedo confiar en ti.

Una punzada de arrepentimiento lo atravesó, mientras pronunciaba esas palabras. Solo deseaba haberse dado cuenta antes de cuánto habían llegado a depender sus hijos y él de Evangeline Fairfax, pero ya se enfrentaba a perderla.

* * *

A la mañana siguiente, un murmullo de voces, proveniente de la guardería, despertó a Evangeline. Obligándose a abrir sus pesados párpados, miró hacia su reloj y descubrió que se había quedado dormida casi una hora.

Arrastrándose fuera de la cama, se vistió con dedos torpes, mientras se reprendía por su lentitud. Por lo general, ella se levantaba aproximadamente una hora antes que los niños, lista para comenzar el día. Si tan solo no se hubiera quedado despierta hasta tan tarde anoche para hablar con el señor Chase. Seguramente su disculpa y su ultimátum podrían haber esperado hasta el próximo día.

—No, no pude —murmuró, ante su reflejo, mientras se recogía el cabello con alfileres para ese día—. Entre los niños y sus invitados, ¿cuándo más habría encontrado un momento privado para hablar con él?

Un chorrito de agua fría en su rostro desterró lo peor de su somnolencia. Esperaba con anhelo el café del desayuno.

—¿Qué es todo este alboroto? —protestó, cuando entró en la habitación de los niños, y encontró a Rosie corriendo en camisón, mientras Alfie y Matthew se arrojaban medias enrolladas.

—Lo siento, señorita. —La niñera se apartó un mechón de pelo, que se le había escapado de la gorra—. Traté de mantenerlos callados, pero están muy emocionados de tener a su padre en casa.

—No te preocupes, Jane. —Evangeline detuvo la pelea de medias de los niños con una

mirada firme, a la que hacía tiempo que habían aprendido a prestar atención—. Ve a buscarnos el desayuno... ¡Restauraré el orden aquí!

—Gracias, señorita. —La joven exhaló un suspiro de alivio—. Seré lo más rápido que pueda.

Mientras Jane se alejaba apresuradamente, Evangeline se dirigió a sus alumnos:

—Muchachos, lávense y vístanse de inmediato... ¡No más payasadas o habrá consecuencias! ¿Entienden eso?

—Él empezó. —Matthew señaló a su hermano.

—No lo dudo. —Evangeline miró a Rosie y asintió hacia el dormitorio que compartía con Emma—. Pero, eres mayor. Deberías saber que no debes incitarlo. ¡Vete ahora!

Al oír abrirse la puerta de la habitación detrás de ella, se preguntó con qué rapidez Jane había ido a buscar el desayuno. Pero antes que pudiera voltear para mirar, Rosie corrió por el piso de la habitación de puntillas, sin tener medias, y gritó:

—¡Papá!

—Buen día, mi amor. —El señor Chase tomó a su pequeña hija en brazos para darle un cálido abrazo. Luego, se inclinó para abrazar a Owen y Emma, quienes habían estado vestidos y leyendo libros en silencio durante el tumulto anterior—. ¿Cómo durmieron todos? He venido a desayunar contigo y a ayudar a la señorita Fairfax, si me necesita.

Miró a Evangeline con una sonrisa que la hizo olvidar su somnolencia y el trastorno de la rutina de la guardería.

Su primer instinto fue insistir en que todo estaba bajo control, pero el señor Chase pudo comprobar por sí mismo que eso no era cierto. Además, sería bueno para él experimentar algo de lo que implica llevar una guardería ordenada para cinco niños. Esto podría ayudarle a elegir sabiamente una nueva institutriz... y tal vez una nueva esposa.

—Gracias, señor. —Hizo una seña a Rosie para que se acercara—. Si te encargas que los niños mayores se vistan con el mínimo esfuerzo, yo cuidaré de esta joven.

Una vez que todos los niños estuvieron vestidos, se reunieron alrededor de la mesa de la guardería. Con la cabeza inclinada en señal de penitencia, los jóvenes Chase parecían modelos de buen comportamiento.

—¡Amén! —Alfie y Matthew corearon con entusiasmo después de que Owen terminó de pedir la bendición para el desayuno.

Mientras los niños saboreaban sus gachas y crema con abundante apetito, y Evangeline degustaba su café, Jasper Chase preguntó:

—¿Qué piensan de esta fiesta en casa que organizó su abuela... con la ayuda de la señorita Fairfax?

Aunque ayer habían ventilado el asunto a fondo, Evangeline todavía se retorció un poco, ante la mención de su comportamiento inédito.

Como siempre, Matthew fue el primero en decir una palabra.

—Me pareció muy divertida, papá.

La boca de Alfie estaba demasiado llena para permitirle hablar, pero manifestó su acuerdo con un vigoroso movimiento de cabeza.

—Me gustan las fiestas —dijo Rosie—. ¿Habrá pastel?

—Tal vez. —Su padre intentó reprimir una sonrisa—. Aunque no es ese tipo de fiesta. ¿Qué dices, Owen? ¿Emma?

Owen se encogió de hombros.

—Todo estará bien, supongo.

Emma removió lentamente sus gachas.

—¿Tendrás tiempo para visitarnos o tendrás que pasarlo todo con los visitantes?

El señor Chase se estremeció y su sonrisa se desvaneció. Pero él contestó con una respuesta que pareció complacer a su hija.

—Prometo que no los descuidaré en favor de nuestros invitados. Son bienvenidos a unirse a nuestra diversión y juegos, pero, si deciden no hacerlo, serán sus propios vigilantes.

—Espero que así sea —dijo Alfie, quien finalmente había limpiado su plato—. ¡Cuantos más, mejor!

Las palabras del niño parecieron devolverle el buen humor a su padre. Le guiñó un ojo a Alfie.

—¡Así es el buen humor, hijo!

—¿Eso significa que podemos ir a pescar hoy? —preguntó Owen.

El señor Chase asintió.

—Eso suena como una buena idea. Informaré a nuestros invitados, durante el desayuno, y preguntaré quién quiere venir con nosotros.

—¿Vas a desayunar dos veces al día, papá? —Los ojos de Matthew brillaron de alegría—. Tendrás que tener cuidado de no engordar.

Todos los demás niños se rieron. El señor Chase los acompañó, al igual que Evangeline. A ella le resultaba difícil imaginar que su alto y musculoso jefe engordara de más. Siempre parecía estar en movimiento como Alfie y Matthew.

—Si vamos a ir a pescar —ella expresó cuando su alegría se calmó—. Necesitaremos cebo. ¿Por qué no vamos a desenterrar algunos gusanos, mientras tu padre y los invitados desayunan?

Todos los chicos estuvieron de acuerdo con entusiasmo, mientras Emma y Rosie arrugaban la nariz.

—Bien pensado, como siempre, señorita Fairfax. —El padre levantó su taza de café hacia ella, como si estuviera brindando—. Le preguntaré a la señora Gilman, si puede prepararnos un almuerzo tipo picnic con té y pasteles.

Los niños aprobaron de todo corazón su sugerencia. Una vez que terminaron de desayunar, Evangeline los envió a lavarse y recoger sus gorros.

Al salir de la guardería, el señor Chase se detuvo cerca de ella y le habló en voz baja:

—He decidido aceptar este plan suyo de emparejamiento, pero solo con la condición que mis hijos participen lo más posible en todas las actividades de mis invitados. Lo último que quiero es que esta fiesta en casa me quite tiempo con ellos.

—Por supuesto, señor. —A Evangeline le molestó la sugerencia que ella propondría cualquier cosa que pudiera limitar la oportunidad de sus alumnos de pasar tiempo con él—. Eso te dará la oportunidad de observar cómo se lleva cada una de las damas con tus hijos. De esa manera, usted podrá seleccionar a la mejor madre posible para ellos.

Una mirada de tristeza ensombreció los ojos de Jasper Chase, pero asintió con resignación. Tal vez no deseaba volver a casarse, pero parecía darse cuenta de la necesidad, por lo que Evangeline estaba agradecida.

* * *

Un rato después, Jasper miró alrededor de la mesa del comedor a sus invitados, que estaban desayunando. Los caballeros y la señorita Brookes comieron con gran apetito, mientras las otras damas se alimentaban con más delicadeza.

Tras darle a la señorita Fairfax su palabra que mantendría la mente abierta, a la hora de

volver a casarse, consideró a cada una de las damas elegibles como una posible futura esposa.

La señorita Anstruther era una de las más elegantes, sin duda alguna, lo que le hizo preguntarse por qué seguía soltera, cuando no debía estarlo, a los treinta años. Él no consideró su madurez como un impedimento sino todo lo contrario. De hecho, la prefería al aire vertiginoso y juvenil de la señorita Leveson. Ella había estado bajo su techo menos de veinticuatro horas, pero sus incesantes risas ya habían comenzado a irritarle los nervios.

Abigaíl Brookes tenía una risa mucho más atractiva, robusta y contagiosa. Era la menos bonita de las damas más jóvenes, pero aún así era bastante llamativa a su manera. Como era hermana de un vicario, Jasper esperaba que ella aprobara su trabajo.

Margaret Webster había permanecido callada hasta el momento, prefiriendo dejar que quienes la rodeaban hablaran. Jasper sostenía eso tanto a su favor como su dorada apariencia. También estaba la cuestión de su fortuna, ya que algún día heredaría la próspera fábrica de algodón de su padre y otros intereses comerciales. A Jasper eso le importaba un bledo. Sin embargo, por el bien de las familias que dependían de él, esto podría marcar una gran diferencia. Si pudiera persuadir a Piers Webster para que reformara su fábrica, otros propietarios podrían darle una oportunidad a las ideas radicales de Jasper.

La señorita Weber levantó la vista y vio a Jasper mirándola. Ella se sonrojó y agachó la cabeza.

Esto no pasó desapercibido para la señorita Anstruther, que había estado charlando, mientras Jasper fingía escucharla.

—Mi querida señorita Webster, ¡creo que usted ha logrado una conquista! Nuestro anfitrión ha estado contemplando tu belleza durante mucho tiempo. Usted tiene la suerte de tener un gusto excelente, señor Chase.

Aunque ello habló en tono de broma, Jasper sintió que había algo más detrás de eso.

Solo había cortejado a una mujer en su vida y sería más cierto decir que ella lo había perseguido. No es que le importara, pero era todo lo contrario. Sin embargo, eso significaba que tenía poca experiencia en las costumbres de las mujeres, aparte de su difunta esposa y su madre. Si aprovechara el plan de emparejamiento de la señorita Fairfax para encontrar una novia, ¿sería capaz de conseguir a la dama de su elección?

—¡Tonterías! —gruñó, bajando la mirada hacia su desayuno—. No sería tan irrespetuoso.

—¡De hecho, no lo sería! —La señora Leveson resopló—. El señor Chase podría haber estado mirando a Gemma con la misma facilidad. ¡No debería hacer estas travesuras, señorita Anstruther!

—¡Oh, mamá! Ella solo estaba bromeando. —Gemma Leveson se rió, y en esta ocasión a Jasper no le importó—. Estoy segura que el señor Chase lo sabe.

—Por supuesto. —Por el bien de la paz, Jasper fingió una sonrisa—. Muy divertido, señorita Anstruther.

Eso no apaciguó del todo a la señora Leveson, quien parecía haber tomado antipatía por Penélope Anstruther.

—Las señoritas en mi época no eran tan atrevidas como para animar a sus anfitriones —murmuró.

Desde el otro extremo de la mesa, la suegra de Jasper llamó su atención. Él sintió que ella quería que él cambiara de tema, antes que las hostilidades apenas disimuladas escalaran.

—Hablando de cosas divertidas... —Jasper levantó la voz para incluir a todos sus invitados—. Mis hijos están ansiosos para que los lleve a pescar esta tarde. Si alguno de ustedes quisiera ir con nosotros, sería bienvenido. En caso contrario, mi casa, jardines y establos están a su

disposición.

Ante su primera mención de la pesca, la señorita Anstruther frunció el ceño, como habían hecho Emma y Rosie, ante la perspectiva de cavar lombrices. No obstante, cuando Abigaíl Brookes y Gemma Leveson dijeron que parecía una salida alegre, ella estuvo de acuerdo.

—Cuénteme también entre su grupo —dijo Norton Brookes—. Apenas recuerdo la última vez que fui a pescar. Supongo que fue durante nuestra infancia.

—Dejaré la pesca a los jóvenes. —Piers Webster secó los últimos restos de huevos, en su plato, con un trozo de pan—. Pero, si la señora Thorpe y la señora Leveson quisieran acompañarme en un paseo por esta hermosa campiña, sería un honor para mí.

Ambas damas aceptaron fácilmente su invitación.

—¿Qué hay de usted, señorita Webster? —preguntó la suegra de Jasper—. ¿Prefieres pescar o dar un paseo en carruaje?

—Ella irá a pescar, por supuesto —dijo Piers Webster, antes que su hija pudiera responder.

—¿Y usted, señora Dawson? —preguntó Jasper, cuando se dio cuenta que una vez más habían pasado por alto a la acompañante de la señorita Anstruther.

—La verdad es que ella vendrá a donde quiera que yo vaya —anunció la señorita Anstruther—. Después de todo, ¿de qué sirve contratar a una compañera, si no se tiene su compañía?

La señorita Leveson soltó una risita, pero su madre frunció el ceño, al igual que Norton Brookes.

Abigaíl volteó hacia la señora Dawson con una sonrisa alentadora.

—¡Estoy segura que será muy divertido!

La tímida joven viuda se animó visiblemente, ante la amistosa abertura.

—Gracias, señorita Brookes. Creo que así será.

Si bien Jasper apreció la muestra de bondad de Abigaíl, no estaba seguro de poder estar de acuerdo con lo que ella había dicho. Una simple salida de pesca con sus hijos se había convertido en una especie de audiencia para encontrar a una nueva esposa.

* * *

Una hora después que los hijos y los invitados del señor Chase bajaran en tropel al arroyo con sus cañas de pescar y nasas, Evangeline finalmente tuvo un momento para recuperar el aliento.

La señorita Brookes y la señorita Webster estaban bromeando con Alfie y Matthew, canalizando el buen humor de los niños y manteniéndolos alejados de verdaderas travesuras. La señorita Leveson se había encariñado mucho con la pequeña Rosie, mimaba a la niña y se dirigía a ella con lenguaje infantil. Las dos se sentaron en el césped, junto a la orilla del río, encadenándose coronas de flores silvestres para el cabello.

El señor Chase y su amigo, el señor Brookes, le estaban mostrando a Owen cómo lanzar su caña al agua, mientras que la señorita Anstruther rondaba cerca, pidiéndole ayuda con frecuencia al señor Chase, al jugar con su caña de pescar. Emma y la señora Dawson estaban sentadas en el borde del banco, a cierta distancia de las demás. Hablaban en voz baja, mientras sostenían sus cañas y esperaban pacientemente a que el pez mordiera.

Con los niños debidamente supervisados, Evangeline aprovechó la oportunidad para extender las alfombras de picnic y desempaquetar las enormes cestas de comida que la cocinera había enviado.

No llevaba mucho tiempo en su tarea, cuando la señorita Brookes se acercó y se dejó caer en una de las alfombras con una risa sin aliento.

—¿Puedo molestarla con una copa, señorita Fairfax? Mantenerse al día con esos dos jóvenes caballeros es un trabajo que da mucha sed.

—Con mucho gusto. —Evangeline le entregó una taza y quitó el tapón de una jarra de sidra —. Usted y la señorita Webster parecen estar divirtiéndose con los niños.

La señorita Brookes asintió.

—No había pasado un momento tan alegre desde que solía acompañar a mi hermano y sus amigos cuando éramos jóvenes. Ahora que soy hermana de un vicario, todos en la parroquia de Norton piensan que debo ser recatada y correcta, y nunca divertirme en lo más mínimo. Se olvidan de lo que dicen las Escrituras acerca de hacer un ruido alegre.

Evangeline sonrió, mientras servía la espumosa sidra marrón en la taza de la señorita Brookes. La hermana del vicario le recordaba mucho a su amiga Leah Shaw. Se preguntó hasta qué punto la rebelde y alegre Leah se adaptaría al escrutinio de ser la duquesa de Northam. La señorita Brookes podría ser la mujer ideal para devolver más alegría a la vida del señor Chase, como lo había hecho Leah con Lord Northam y su hijo pequeño. Si bien ese pensamiento le dio a Evangeline una sensación de esperanza, también le infligió un sutil pinchazo que la desconcertó.

Abigaíl Brookes tomó un largo trago de su taza y luego miró a su alrededor con una sonrisa melancólica.

—Le envidio su posición aquí, señorita Fairfax. Muchas veces he pensado que sería maravilloso ganarse la vida de forma independiente.

—No estoy segura que la mayoría de las institutrices estén de acuerdo contigo. —Evangeline recordó las dificultades que habían pasado sus amigas durante sus carreras como institutrices—. Pero, aprecio lo afortunada que soy de trabajar en Amberwood. Todos los niños son muy bondadosos, y el señor Chase y su suegra nunca interfieren en mi gestión de la guardería.

—Mi hermano no se enterará si encuentro trabajo como institutriz. Nuestra madre tenía una antes de casarse y dejarla afectó su salud. ¡Lamento ser una carga para el pobre Norton! Su vida no es suficiente para mantener a una hermana y una esposa... —La señorita Brookes hizo una mueca—. Le pido perdón por hablar tanto. No estoy acostumbrada a tener otra mujer con quien hablar.

—No hay necesidad de disculparse —le aseguró Evangeline—. Es muy amable de tu parte confiar en mí como a un igual en lugar de darme órdenes como a una sirvienta.

Abigaíl Brookes miró a la señorita Anstruther y puso los ojos en blanco.

—Me pregunto si ella perseguiría al señor Chase con tanto vigor, si supiera qué uso hace de su fortuna.

El comentario casual hizo que a Evangeline se le erizara la nuca. ¿Podría ser esta su oportunidad para descubrir qué habían estado hablando la señorita Brookes y su hermano la noche anterior?

—Uno nunca lo sabe. La señorita Anstruther podría considerarlo... admirable.

La señorita Brookes soltó una carcajada poco femenina.

—Me sorprendería que ella lo considerara. ¿Te imaginas a un hombre que desperdicia las ganancias de su negocio en sus trabajadores, en lugar de exprimir hasta el último centavo de su trabajo? Sospecho que ella insistiría en que pusiera fin a semejante tontería.

Evangeline intentó no dejar traslucir su asombro. Sin embargo, una parte de ella no estaba del todo sorprendida. Recordó su conversación nocturna con Jasper Chase, y cómo él no se había burlado de su sueño de hacer algo importante al servicio de los demás.

La señorita Brookes tomó otro trago de sidra.

—Debes estar orgullosa de trabajar para un hombre tan caritativo. Me gustaría ver las viviendas que ha construido para sus trabajadores. Mi hermano me dice que el señor Chase patrocina todo tipo de actividades recreativas para que sus empleados sean menos propensos a gastar sus salarios en la taberna. Si tan solo más hombres en su posición fueran tan progresistas.

Evangeline intentó aparentar que nada de aquella información le había sorprendido. Esto debía requerir un gran esfuerzo hacer tanto por el bienestar de sus trabajadores, además de administrar su fábrica de manera lo suficientemente rentable, como para sustentar a su familia. Su interior se tensó de vergüenza, al recordar cómo lo había reprendido por el tiempo que pasó lejos de sus hijos.

—Gracias por la sidra. —La señorita Brookes le devolvió la taza—. Ahora tengo que ver si los niños han espantado a todos los peces con su ruido.

Ella se fue corriendo, dejando que Evangeline comprendiera esta revelación sobre Jasper Chase.

¿Por qué él no le había dicho que estaba haciendo algo más que amasar una fortuna para su uso personal? ¿Pensó que ella no lo entendería o no le importaría? ¿O pensaba tan poco en ella, que nunca se le ocurrió decirle nada importante?

La indignación creció dentro de ella, alimentada por una desconcertante sensación de estar herida. Pero su conciencia rápidamente la desinfló. ¿Le había dado a Jasper Chase alguna razón para creer que podría estar interesada en su trabajo? Todo este tiempo ella había vivido bajo su techo y criado a sus hijos, pero en muchos sentidos apenas se conocían.

Quizás fuera mejor así, Evangeline pensó de esa manera, mientras observaba a su jefe conversar con la señorita Anstruther. Ya sería bastante difícil dejar a los niños por quienes tanto había llegado a preocuparse. No necesitaba otras ataduras, que le impidieran emprender la tarea que el destino le tenía destinada.

Sin embargo, no podía negar que conocer mejor al señor Chase podría ser una ventaja para ayudarlo a decidir cuál de las damas sería la mejor esposa para él.

Capítulo cuatro

Posiblemente, esta fiesta en casa no fue tan mala idea, reflexionó Jasper, mientras ayudaba a Owen a echar su hilo de pescar, durante esa agradable tarde de verano. Cuando logró olvidar el objetivo final de la fiesta, en realidad se encontró disfrutándola. ¿Cuánto tiempo hacía que no pasaba tiempo libre en compañía de otros adultos? Él brindaba sus trabajadores muchas oportunidades de recreación, pero ese era un lujo que rara vez se permitía.

Había una ventaja inesperada en tener tantas personas alrededor, él se dio cuenta, mientras su mirada recorría por la gente en la orilla del río. Cada uno de sus hijos tenía alguien que les prestaba especial atención. Los chicos mayores retozaban con la señorita Webster y la señorita Brookes. Emma estaba conversando tranquilamente con la señora Dawson, mientras la señorita Leveson mimaba a Rosie. Eso dejó a Jasper libre para pescar con Owen, quien a veces parecía perderse entre sus hermanos.

Era algo que debería hacer más a menudo. Jasper decidió pasar más tiempo con cada uno de sus hijos, en lugar de estar siempre con todo el grupo a la vez.

—¿Papá? —La voz de Owen estaba cargada de una emoción reprimida—. Siento que algo tira de mi línea.

Jasper notó la tensión en el hilo y la forma en que la punta de la caña de pescar de su hijo se hundía hacia el agua.

—Creo que tienes un bocado ahí, muchacho.

—¿Qué tengo que hacer? —El niño agarró la vara con tanta fuerza que le temblaron los brazos—. He ido a pescar antes, pero nunca he pescado nada.

—No me extrañaría, con tus hermanos cerca. —Jasper le dio a su hijo una palmadita en el hombro para animarlo—. Es probable que las truchas escuchen a Alfie y Matthew acercarse a una milla de distancia, y naden río abajo. Este pez tuyo debe tener problemas de audición.

Owen se rió entre dientes y la tensión en sus hombros se relajó.

—No tires demasiado fuerte —le aconsejó Jasper—. O tu hilo podría romperse. Intenta llevar el pez hacia la orilla. Si nada en sentido contrario, déjalo ir lo más lejos que puedas y luego tráelo de regreso. Ten paciencia y lo cansarás.

Le llevó un tiempo y más entrenamiento, pero al final Owen consiguió que una trucha fina y gorda se acercara lo suficiente a la orilla para que Jasper la metiera en una red.

Eso hizo que Alfie y Matthew se acercaran velozmente.

—¡Atrapaste un pez de verdad! ¿Cómo lo hiciste, Owen?

Con aire de tímido orgullo, el niño contó detalladamente cómo había conseguido su captura. Sus hermanos escucharon con ávido interés y no interrumpieron tanto como de costumbre.

La señorita Fairfax también se acercó para admirar la captura de Owen. Hoy ya no parecía una institutriz. Tal vez porque había invitados presentes, había renunciado a su habitual vestido muy sencillo, cambiándolo por un vestido blanco adornado con diminutas flores azules. Su fajín y el adorno de su sombrero eran de un tono azul. Se adaptaba a su tez y provocaba intrigantes destellos de color ámbar en sus ojos marrones. Un extraño podría haberla confundido con una de las invitadas.

Jasper se encontró comparándola con las otras damas. Era tan bonita como la señorita Anstruther sin ser consciente de su aspecto. Tenía mucho más sentido común del que jamás tendría la señorita Leveson. Poseía más ánimos que la pobre señora Dawson, o incluso que la

tranquila señorita Webster. También parecía más capaz y autónoma que la señorita Brookes. La había aceptado, desde la muerte de su esposa, confiando en ella para criar sus cinco mayores tesoros sin apreciar plenamente sus excelentes cualidades. A pesar de su insistencia en lo contrario, él estaba seguro que no sería tarea fácil encontrar a alguien que la reemplazara. Por lo tanto, sería un uso mucho mejor de sus energías persuadirla de permanecer en Amberwood.

La señorita Fairfax escuchó con paciente interés, mientras Owen contaba, una vez, más cómo había realizado su primera pesca.

—¡Bien hecho! —Ella sonrió con orgullo por el logro de su joven pupilo—. Cuando lleguemos a casa, debes llevarle el pescado a la señora Gilman y pedirle que lo fría para tomar el té.

—Papá debe tener algo —insistió Owen—. Él me ayudó a atraparlo.

—Solo te di un pequeño consejo. —Jasper apoyó su mano sobre el hombro de su hijo—. Tú fuiste quien lo enganchó y aterrizó.

Levantó la vista y encontró a la institutriz de Owen, mirándolos con un brillo tierno en sus ojos marrones que lo sorprendió un poco. Nunca había dudado de que la señorita Fairfax les brindara a sus hijos el mejor cuidado e instrucción posibles, pero ahora se daba cuenta que ella realmente los amaba. ¿Era consciente que sus sentimientos por sus alumnos eran tan profundos? Si era así, ¿cómo podría pensar en dejarlos?

La señorita Anstruther se acercó y habló con Jasper.

—Qué inteligente es su pequeño para pescar, señor Chase. No he tenido suerte en absoluto. ¡Debes mostrarme el secreto!

Owen frunció los labios con el ceño fruncido, tal vez porque se refería a él como un niño pequeño. Mientras tanto, la señorita Fairfax se retiró para admirar la corona de flores silvestres de Rosie.

—No hay ningún gran secreto —Jasper intentó reprimir su impaciencia por la interrupción. Sabía que debía aprovechar esta oportunidad para conocer mejor a la dama, como le había prometido a la señorita Fairfax—. Todo se reduce a un poco de suerte y mucha paciencia, que Owen tiene en abundancia.

—¡Owen! —repitió la señorita Anstruther—. Qué nombre tan interesante. ¿Por casualidad sus antepasados fueron galeses, señor Chase?

Jasper negó con la cabeza.

—Como todos los habitantes de Cumbria, que yo sepa, mi hijo lleva el nombre de un amigo mío. Robert Owen comparte mis ideas sobre la responsabilidad de los empleadores de brindar a sus trabajadores una vida digna. Creemos que tiene sentido tanto desde el punto de vista moral, como desde el punto de vista empresarial.

—¿En efecto? —La señorita Anstruther fingió una mirada de interés, pero Jasper se dio cuenta que no se sentía cómoda con sus ideas radicales—. Me pusieron el nombre de mi abuela. Ella era una Hervey.

Jasper intentó parecer impresionado, porque estaba claro que Penélope Anstruther estaba orgullosa de esa relación. Sin embargo, él no tenía idea de quiénes podrían ser estos Hervey.

—¿Vienes de una familia numerosa? —le preguntó, mientras Owen tomaba su caña y lanzaba de nuevo.

—Por desgracia, no. —La dama exhaló un suspiro—. Envidio a tus pequeños, a todos sus hermanos. Mis padres formaron su familia, a una edad avanzada. Yo era su única hija y ahora estoy completamente sola en el mundo.

Jasper sabía cómo se sentía eso. Aquello le hizo sentir una simpatía por la señorita

Anstruther que no esperaba.

—¿Te enseñó cómo lanzar un hilo? —Él se ofreció a ayudarla.

El rostro de la dama se iluminó, haciéndola lucir aún más atractiva.

—¿Podría usted hacer eso? Me temo que soy todo uso de pulgares, cuando se trata de actividades al aire libre. Pero, tengo muchas ganas de aprender.

—Eso es lo más importante. —Jasper tomó su caña de pescar y le mostró dónde colocar sus manos para tener el mejor control.

La señorita Anstruther hizo un esfuerzo, pero él tuvo que admitir que ella había dicho la verdad acerca de ser “todo pulgares”. Al menos, la dama pudo reírse de sus errores, a lo que él se sumó. Cuando finalmente pudo sujetar justamente el hilo, él la felicitó.

Para su sorpresa, Jasper se dio cuenta de cuánto extrañaba la compañía femenina. Quizás, después de todo, conocer a las otras damas no sería una prueba tan difícil.

Con eso en mente, miró hacia Evangeline Fairfax, que estaba convocando a todos para comer. Cuando sus ojos se encontraron brevemente, él le ofreció una amplia sonrisa para hacerle saber que ya no le molestaban sus esfuerzos de emparejamiento. Independientemente del resultado de esta fiesta en casa, él sabía que ella tenía en mente sus mejores intereses y los de sus hijos.

Esperaba una sonrisa de respuesta o tal vez un gesto de aprobación. En cambio, la señorita Fairfax parecía vagamente molesta, aunque no podía imaginar por qué. Acaso, ¿no había nada que agradara a esa mujer?

* * *

¿Qué me está pasando? Se preguntó Evangeline, mientras sentaba a todos, y servía el almuerzo campestre con la ayuda del lacayo y una de las criadas.

El señor Chase estaba haciendo precisamente lo que ella le había pedido: conocer mejor a una de las damas. Debería sentirse complacida, esperanzada o tener alguna otra emoción positiva. En cambio, cuando vio a su jefe, hablando y riéndose, con la señorita Anstruther, una sensación desconocida estalló en su interior, haciendo que se le apretaran las entrañas y le ardieran las mejillas. Ninguna apelación a la razón pudo desterrar este sentimiento perverso para consternación de Evangeline.

Afortunadamente, todos los demás parecían estar disfrutando de su excursión. Los niños estaban claramente encantados con la atención que se les prestaba.

—Mira lo que hicimos, Emma. —Rosie mostró el círculo de flores silvestres enclavado en sus rizos de color rojo dorado.

—¡Qué bonito! —gritó su hermana—. Te hace parecer una princesa del bosque.

—O una novia —sugirió Verity Dawson.

Quizás no había querido expresar ese pensamiento. Cuando los demás la miraron, ella agachó la cabeza y murmuró algo sobre damas que llevaban coronas de flores el día de su boda.

—Muy bien —declaró la señorita Brookes. ¿Estaba intentando deliberadamente desviar la atención de la señora Dawson?—. Muchas de las novias que se casan en la iglesia de mi hermano llevan coronas nupciales sobre el velo. A menudo me llaman para que actúe como testigo.

La mención de bodas pareció poner pensativas a todas las damas. ¿Cada una de ellas se imaginaba de pie, ante el altar, con Jasper Chase a su lado?

Rosie prestó poca atención a la conversación de los mayores.

—Hicimos uno para ti también, Emma. —Se levantó de un salto y colocó un anillo de flores en el cabello castaño dorado de su hermana, recibiendo un abrazo de agradecimiento.

Alfie y Matthew hicieron muecas, expresando su desdén por toda la charla sobre flores y bodas.

—¡Oh, papá! —dijo Matthew—. La señorita Brookes nos contó las cosas que tú y el vicario solían hacer cuando tenían nuestra edad.

Alfie hizo una pausa en su consumo de un muslo de pollo frío.

—¡Imaginen un vicario atrapando renacuajos y volando cometas!

—¡Alfie! —Evangeline y Jasper Chase hablaron a la vez, en el mismo tono de advertencia—. ¡Cuida tus modales!

Aunque el reverendo Brookes se rió.

—Que yo sepa... era un campeón en vuelo de cometas, en ese entonces, amo Alfred, y no tenía ninguna idea de convertirme en vicario cuando fuera mayor. ¡Quizás algún día seas vicario!

Todos los niños se echaron a reír, ante tan escandalosa idea, pero Evangeline no la descartó por completo. Sabía el corazón amoroso que tenía Alfie, a pesar de su buen humor juvenil. Fue el primero en consolar a sus hermanos, si estaban tristes o heridos. Quizás la iglesia sería su llamado en la vida.

—Deberíamos hacer cometas y volarlas —sugirió Matthew—. Allá arriba, en Red Hill.

Abigaíl Brookes no tardó en aprobar la idea.

—Eso suena divertido, ¿no es así, Norton?

El vicario asintió.

—¿Qué dices, Jasper? ¿Vamos a ver si todavía conservamos nuestra vieja habilidad?

—Parece una idea genial. —El señor Chase cogió un pastelito de carne redondo de la fuente—. ¿Puedes encontrar los materiales necesarios para construir cometas, señorita Fairfax?

—Por supuesto, señor.

El extraño sentimiento, que antes se había apoderado de Evangeline, parecía haber disminuido. Ahora saboreaba la satisfacción de un plan bien ejecutado. Todos parecían estar de buen humor. Incluso la señorita Anstruther parecía menos altiva y la señora Dawson menos tímida. Lo mejor de todo es que el señor Chase parecía más relajado y feliz que en años anteriores. Seguramente, se lo merecía después de todo el tiempo que había pasado atendiendo su molino y a sus hijos.

Una vez que hubieron almorzado con abundante apetito, el grupo pescó un poco más hasta que el viento comenzó a soplar en un banco de nubes amenazadoras.

Evangeline ayudó a limpiar, después del picnic, y luego envió los platos y las sobras a la casa con los sirvientes. Una vez hecho esto, se acercó al señor Chase, y le sugirió que sería prudente que buscaran refugio.

Él miró hacia el cielo.

—Lo estaba pasando demasiado bien como para darme cuenta. Tenemos suerte que usted está prestando atención, señorita Fairfax.

El comentario de su jefe provocó en Evangeline un atisbo de satisfacción. Era gratificante saber que él valoraba hasta las más pequeñas contribuciones al buen funcionamiento de su hogar.

—¡Vengan todos! —ella los llamó—. Empaquemos nuestro equipo y regresemos a la casa, antes que nos atrape un diluvio.

Siguió una oleada de actividad y pronto el grupo partió de regreso a Amberwood. Alfie y Matthew corrieron adelante, llamando a la señorita Brookes y a la señorita Webster para que los persiguieran. Owen caminaba penosamente junto al vicario, con quien conversaba en tono grave. Emma y la señora Dawson se tomaron de la mano y caminaron juntas en silencio, mientras la señorita Anstruther permanecía cerca del señor Chase, que llevaba a Rosie sobre sus hombros.

Eso dejó a la señorita Leveson sola. Pronto se puso a la altura de Evangeline, que iba a la retaguardia del grupo.

—Está claro que el señor Chase piensa mucho en usted, señorita Fairfax. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él?

—Seis años. —Evangeline agradeció el cumplido—. Me contrataron para enseñar a Emma y Matthew, pero después que su madre falleció... asumí la supervisión del cuidado de los niños más pequeños.

—Has hecho un buen trabajo. Son niños encantadores, se portan bien sin estar atrasados.

—Gracias, señorita Leveson. —Si había algo a lo que Evangeline no podía resistirse eran los elogios hacia sus alumnos—. Son el grupo de niños más inteligentes y bondadosos que jamás haya conocido, aunque no puedo pretender ser imparcial.

—Su padre debe confiar mucho en su juicio —continuó la señorita Leveson—, supongo que busca tu consejo sobre muchas cosas.

—Algunos, tal vez, cuando tienen que ver con los niños.

La dama asintió enfáticamente.

—Ya me lo imaginaba. Estoy segura que usted les da excelentes consejos sobre cualquier cosa que pueda mejorar su bienestar.

—Lo intento. —Evangeline se preguntó a dónde llevaría esta conversación—. ¿Por qué lo preguntas?

—Pensé que tal vez quieres ser advertida. —La señorita Leveson señaló con la cabeza a Jasper Chase, que caminaba a cierta distancia delante de ellos con Rosie sobre sus hombros, mientras Penélope Anstruther se apresuraba a seguirles el paso.

—¿Advertida de qué? —preguntó Evangeline.

La señorita Leveson aminoró el paso y bajó la voz.

—Seguramente, usted debe estar de acuerdo en que sería muy desafortunado para tus pupilos, si esa mujer logra hundir sus garras en su padre. Afirma que le gustan mucho los niños, pero hoy no les prestó la menor atención. Estaba demasiado ocupada adulando a su padre.

Eso era cierto, se dio cuenta Evangeline. Sin duda, eso explicaba su extraño antagonismo, cuando vio a la señorita Anstruther y al señor Chase juntos.

Gemma Leveson bajó aún más la voz.

—La oí hablar con Verity Dawson, a quien trata abominablemente, ¡pobre criatura! La señorita Anstruther dijo que las niñas y el niño eran tolerables, pero que los niños mayores eran un par de rufianes bulliciosos.

El vago rechazo que Evangeline había sentido hacia Penélope Anstruther estalló en una indignación defensiva. ¿Cómo se atrevía a decir esas cosas sobre Alfie y Matthew, cuando no había intercambiado una palabra con ninguno de ellos? Es cierto que Matthew estaba en constante movimiento, siempre hablando y haciendo preguntas, pero esos eran signos de su rápida inteligencia y su curiosidad ilimitada. Alfie a veces podía ser un torito en una cacharrería, pero tenía el corazón más abierto y afectuoso. ¿Rufianes?

Su indignación la ahogó, pero la señorita Leveson pareció confundir su silencio con duda.

—La señorita Anstruther siguió diciendo que los niños deberían haber sido enviados a la escuela hace mucho tiempo. No dudo que eso sea exactamente lo que hará si gana alguna influencia sobre su padre.

Ella no podía hacer eso, ¿cierto? La mirada furiosa que Evangeline lanzó a la distante figura de Penélope Anstruther podría haber prendido fuego al elaborado sombrero de la dama. Fue decisión de su padre educar a los niños en casa durante el mayor tiempo posible. Como su madre

se había ido y él estaba tan lejos, quería que sus hijos tuvieran compañía mutua. También se mostraba reacio a que se mezclaran con jóvenes aristócratas, que podrían rechazarlos por tener a un padre comerciante, o alentarlos en valores falsos como el orgullo y el egoísmo.

Evangeline apoyó plenamente esa decisión. Aunque sabía que una buena escuela para niños no estaría sujeta a las privaciones de la institución benéfica, en donde a ella la habían tratado tan mal. Pero las noticias que había oído sobre esos lugares, por parte de los hermanos de sus antiguos alumnos, no le inspiraban confianza. Temía que la escuela equivocada pudiera sofocar la curiosidad de Matthew y quebrantar el espíritu de Alfie.

—Pensé en mencionártelo —concluyó la señorita Leveson—. Ya que pareces tan devota de los hijos del señor Chase.

—Por supuesto —respondió Evangeline de manera bastante distraída. Sus pensamientos iban tan acelerados que apenas era consciente de la otra mujer—. Gracias por esta información.

—Sentí que era mi deber. —La señorita Leveson parecía convencida de su virtud—. Me han gustado mucho estos pequeños tan queridos.

Dicho esto, ella se apresuró a alcanzar a Emma y la señora Dawson, dejando a Evangeline, siguiendo al resto del grupo, perdida en sus pensamientos.

Si lo que le ella le había dicho era cierto, sería una calamidad para los niños Chase que su padre se casara con la señorita Anstruther. Por otra parte, los tortuosos chismes de la señorita Leveson tampoco la presentaban bajo una luz halagadora.

Por primera vez, desde que se le ocurrió la idea de organizar una fiesta casamentera, Evangeline se preguntó si, después de todo, esto era un plan tan inteligente. ¿Qué pasaría si el señor Chase eligiera a la mujer equivocada, como su segunda esposa? ¿Podría soportar que ella fuera responsable de eso?

* * *

—Creo que le debo una disculpa, señorita Fairfax —dijo Jasper, mientras sus hijos se lavaban para tomar el té.

—¿Me debe una, señor? —La institutriz parecía distraída desde que regresaron de su expedición de pesca.

Jasper se preguntó si había algo que la preocupaba.

—Sé que me cuesta admitir que estoy equivocado. Pero, en este caso debo hacer una excepción. Estoy empezando a pensar que esa idea tuya de celebrar una fiesta en casa no era tan mala después de todo.

Una mirada bastante dolorosa apareció en los vívidos rasgos de la dama.

Él lo intentó de nuevo:

—De hecho, parece que ha sido... ¡muy buena! Me preocupaba que se les quitara atención a los niños, pero en cambio se les ha proporcionado más. Disfruté más hoy, que en mucho tiempo. Por eso, ¡te debo mi agradecimiento!

Su expresión se iluminó y se calentó en respuesta a sus palabras, aunque a él le pareció que una sombra permanecía en sus ojos marrones aterciopelados.

—Me alegro que haya pasado un rato agradable, señor. Usted se lo merece, después de todo lo que hace por los demás.

Jasper sintió un “pero” implícito, y se preguntó qué podría ser eso. ¿O solo estaba imaginando cosas?

—Realizaste un excelente trabajo, haciendo que todo transcurriera sin problemas durante nuestra salida... para que todos pudiéramos relajarnos y disfrutar...

—Gracias, señor. —Ella lucía satisfecha por sus elogios, pero su mirada parecía evitar la de él, como si hubiera hecho algo mal en lugar de hacerlo todo bien—. Era lo menos que podía hacer después de toda mi intromisión en su vida. Tenía buenas intenciones, pero, ahora me pregunto...

—No te preocupes. —Jasper intentó tranquilizarla—. A veces, una persona hace bien en interferir cuando ve a un amigo que necesita ayuda. Especialmente si ese amigo no se da cuenta que necesita ayuda.

La señorita Fairfax todavía no parecía convencida. Quizás la situación exigiera más que palabras. Él extendió la mano, juntó sus manos y les dio un suave apretón.

—¡Ha funcionado de la mejor manera! Gracias por preocuparte lo suficiente por mi familia, como para arreglar todo esto.

Su gesto de gratitud pareció poner nerviosa a la obstinada institutriz de sus hijos de una manera que nunca antes había visto. ¿Había sido tan negligente al expresar su agradecimiento, que ella no supo aceptar los elogios?

Antes que pudiera pensar qué más decir, Rose entró corriendo desde el dormitorio que compartía con Emma.

—Estoy lista para el té, papá. ¿Vamos a comer el pescado de Owen?

Jasper soltó las manos de la institutriz y dio la vuelta para levantar a su hija menor.

—Hoy no, pequeña. La señora Gilman necesita limpiarlo y filetearlo. Le prometió a Owen que lo tendría listo para mañana. Ojalá se me hubiera ocurrido traer un sartén para freír nuestras capturas al fuego, y comerlas con nuestro almuerzo. El pescado siempre sabe mejor así.

—Entre tantos de nosotros, solo habríamos recibido un pequeño bocado cada uno —dijo Matthew, apareciendo de repente al lado de su padre—. No era un pez muy grande.

—Mucho más grande de lo que atrapaste. —Jasper le guiñó un ojo a su hijo para mostrarle que solo estaba bromeando—. Además, deberías recordar la historia de los panes y los peces. A veces, cuando estamos dispuestos a compartir lo que tenemos, se multiplica más de lo que jamás imaginaríamos.

Lo sabía por experiencia. Las ganancias de la fábrica, que podrían haberse evaporado para pagar lujos, podrían brindar una buena vida a muchas más familias trabajadoras, cuyo trabajo mantenía su negocio en funcionamiento. A su vez, él creía que sus empleados trabajaban más duro y más eficientemente que los miserables hambrientos contratados por sus competidores. Esperaba algún día convencer a los demás propietarios que los principios caritativos y los buenos negocios podían ir de la mano.

Pronto llegaron los otros niños y todos se sentaron a tomar un alegre té. Cada uno de los jóvenes estaba ansioso por contar lo que habían hecho o discutido con los invitados de Jasper esa tarde... incluso Emma.

—Me gusta más la señora Dawson —respondió, cuando su padre se propuso sacarla del tema—. Ella no hace un escándalo ni me trata como a una bebé.

Jasper miró a la señorita Fairfax y descubrió que se estaba mordiendo el labio para evitar sonreír. Sabía que ambos estaban pensando en cómo la señorita Leveson arrullaba y balbuceaba sobre Rosie. Jasper apretó los labios con fuerza y apartó la mirada de la institutriz por temor a que pudiera ofender a su hija con una carcajada.

—La señora Dawson está completamente sola en el mundo, ¿lo sabes? —continuó Emma, en un tono de suave lástima—, se casó con un soldado pero lo mataron en Waterloo. Creo que todavía lo extraña.

Acaso, ¿esa era la forma en que Emma todavía extrañaba a su madre? La idea le dio a

Jasper una punzada. Recordó cómo su difunta esposa había adorado a su primer hijo, un bebé tan tranquilo y contento.

—Estoy segura que sí —habló la señorita Fairfax, luego que los recuerdos de Jasper la dejaron en silencio—. Pero, creo que hoy se divirtió, y estaba feliz de tener a una nueva amiga.

Sus palabras parecieron consolar a la niña y animarla a centrarse en cómo podía ayudar a la señora Dawson, en lugar de pensar en la tristeza de su duelo.

Owen miró hacia la ventana del cuarto de los niños, donde gruesas gotas de lluvia salpicaban el cristal.

—Es una lástima que no podamos jugar al escondite en el jardín después del té.

Los otros niños murmuraron decepcionados, pero su institutriz se apresuró a sugerir una alternativa:

—¿Qué pasa si jugamos abajo, antes que los invitados bajen a cenar?

Los hijos de Jasper inmediatamente se animaron y recibieron la idea con entusiasmo.

—Necesitaremos el permiso de tu padre, por supuesto. —La señorita Fairfax le lanzó una mirada suplicante—. Y debemos prometer tener mucho cuidado y no romper nada.

—¡Nosotros lo prometemos!

—¿Podemos, papá? ¡Por favor!

—No veo por qué no. —Jasper se encogió de hombros alegremente.

Los niños vitorearon y su institutriz le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Quizás deberíamos pedirle a la señorita Brookes que participe en nuestros juegos —sugirió—. Ella me dijo que deseaba haber podido jugar con nosotros anoche.

Alfie asintió.

—Pienso que deberíamos. Ella me gusta.

—Sí me gusta —dijo Matthew—. También la señorita Webster... ¿Podemos pedirle que juegue, papá?

—Si te gusta. —Jasper se preguntó si los otros niños querrían invitar a sus amigas en particular.

Antes que cualquiera de ellos lo sugiriera, la señorita Fairfax se levantó de su lugar.

—Primero, vamos a poner todo en orden. Rosie, ¿cómo diablos conseguiste ponerte mermelada en la nariz?

Jasper se dirigió a la niñera, que había comenzado a recoger los platos.

—Jane, ¿tendrías la amabilidad de informar a la señorita Brookes y a la señorita Webster que los niños jugarán abajo durante la próxima hora, si quieren acompañarnos?

—Sí, señor Chase. —La muchacha hizo una reverencia—. En seguida, señor.

Quizás esta sería una oportunidad para conocer mejor a alguna de las otras damas. Jasper reflexionó sobre la idea, mientras Jane se apresuraba a transmitir su invitación. Sin la señorita Anstruther cerca para monopolizar su atención, podría ser más fácil entablar conversación con Abigail Brookes o Margaret Webster.

Sin embargo, de alguna manera, no podía descartar la sensación que las damas estarían invadiendo su tiempo familiar con los niños y la señorita Fairfax.

Capítulo cinco

El cuarto día de la fiesta en casa, Evangeline se despertó incluso más temprano que antes. Después de comprobar que la lluvia de ayer había parado, se vistió, arreglándose el pelo con más cuidado de lo habitual. Mezclarse con los invitados del señor Chase la había hecho consciente de su apariencia. Después de todo, no quería ser una vergüenza para su empleador.

Una vez que estuvo lista, salió sigilosamente a la guardería, donde Jane ya había encendido un pequeño fuego, dejando una jarra de café. Evangeline acababa de servirse una taza, cuando la puerta de la habitación se abrió y Jasper Chase miró adentro. Ella no se sorprendió al verlo. El día anterior, le había preguntado si habría algún momento en el que pudiera hablar con ella sin que los niños estuvieran presentes. Ella le había dicho que existía esa hora de la mañana y otra, mucho más tarde, después que sus alumnos se hubieran acostado para pasar la noche. El señor Chase insistió en que no quería hacerla esperar despierta.

Ahora entró en la guardería con pasos silenciosos y cerró la puerta suavemente detrás de él. Evangeline le sirvió una taza de café, mientras él se sentaba junto a ella, en la mesa redonda del cuarto de los niños. Por supuesto que sería más fácil hablar en voz baja, si se sentaban cerca, ella se dijo a sí misma.

—Buenos días —susurró—. Espero que hayas dormido bien.

Ella asintió.

—Muy bien gracias. Espero que no estés cansado por tener que levantarte a una hora tan temprana.

El señor Chase sacudió la cabeza, mientras tomaba un sorbo de su café.

—Cuando estoy en Manchester, estoy acostumbrado a levantarme temprano. Lo que me resulta peculiar son las tardes sentadas en compañía.

—Creo que debería ser un buen día —Evangeline se preguntó cuándo el señor Chase explicaría el motivo de su visita matutina—. Hace un poco de viento, pero eso no será malo si quieres volar cometas en Red Hill.

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro de su empleador, comenzando en una comisura de sus labios y extendiéndose hasta la otra.

—Será mejor que lo hagamos, ¿no lo crees? Después de todo el trabajo que tuvimos ayer, esa fue una actividad perfecta para mantener ocupados a los niños en un día lluvioso.

Evangeline se esforzó por reprimir una sonrisa de respuesta.

—Algunos de sus invitados parecían disfrutar de la construcción de cometas tanto como los niños, el señor Brookes y su hermana, por ejemplo.

—De hecho. —Él estuvo de acuerdo—. Creo que ambos aprecian este escape de las restricciones de la vida en la vicaría. Ojalá los hubiera invitado a Amberwood antes. No seré tan negligente en el futuro.

El reverendo Brookes podría visitarlo con mucha más frecuencia si su hermana fuera la señora de la casa. Evangeline estuvo tentada de mencionarlo, pero algo la detuvo.

En cambio, formuló una pregunta que la había atormentado desde que el señor Chase sugirió esta reunión.

—Le pido perdón, señor, pero los niños pronto se despertarán. ¿Qué es lo que usted desea discutir conmigo?

—¡Oh, eso! —Jasper Chase sonaba como si hubiera olvidado el motivo de su presencia allí

—. Es posible que hayas notado el esfuerzo que he estado haciendo para conocer mejor a las damas.

—Sí, señor, y lo aprecio —replicó Evangeline.

Parecía conocer ya bastante bien a la señorita Brookes. Durante la fabricación de cometas de ayer, los dos hablaron mucho sobre varias visitas, que él había hecho a su casa cuando era niño. Aunque Evangeline se sintió aliviada al ver que su atención se desviaba de la señorita Anstruther, quien no se había sentido tan complacida como debería, al presenciar esa fácil camaradería con Abigail Brookes.

El señor Chase parecía bastante cohibido.

—El hecho es que necesito discutir los méritos de cada dama y buscar consejo sobre cuál podría ser la pareja más adecuada. Sería incómodo abordar el tema con mi suegra. Dudo que Norton Brookes pueda ser imparcial, ya que su hermana es una de las damas en cuestión. Eso la deja a usted, señorita Fairfax. Tú me conoces a mí, a mis hijos y a mi familia. Confío en tu juicio, como en pocas personas.

Evangeline agachó la cabeza y bebió un sorbo de café para cubrir su intensa satisfacción al escuchar eso.

—Además —él continuó—, esta fiesta fue idea tuya para buscarme una esposa. Así que creo que me debes tu ayuda.

—Supongo que sí, señor. —Ella reconoció su afirmación con un gesto de tristeza—. Estaré encantada de ayudarle en todo lo que pueda, si usted me dice cómo.

—Me gustaría saber tu opinión sobre las damas. Para empezar, la señorita Anstruther. ¿Crees que ella sería adecuada para mí y yo para ella? ¿Sería una buena madre para mis hijos?

Evangeline quiso gritar “¡No, no, no!”, a todo pulmón, pero logró contenerse por miedo a despertar a los niños y tal vez ofender a su padre. ¿Se había enamorado de la señorita Anstruther, y quería que ella confirmara la sabiduría de su elección? La advertencia de Gemma Leveson pasó por sus pensamientos, pero se resistía a expresar su oposición con demasiada fuerza. Un hombre de carácter fuerte como Jasper Chase podría apegarse más obstinadamente a una dama a la que ella desaprobaba.

En cambio, intentó ser lo más diplomática posible.

—La señorita Anstruther es una dama muy bien educada. No tendría problemas para llevarse bien con tu suegra. Pero, no estoy segura que tenga mucho interés en los niños. Casi no ha hablado con ninguno de ellos desde que llegó.

—Estoy de acuerdo. —El señor Chase asintió con decisión.

Una poderosa oleada de alivio invadió a Evangeline. ¿Cómo podría haber vivido consigo misma, si sus acciones terminarían infligiendo esa desagradable mujer a sus queridos alumnos?

—No es culpa de ella —él siguió hablando—, la señorita creció sin hermanos ni hermanas. No estoy seguro que haya tenido contacto con niños antes. Una familia tan numerosa debe parecerle bastante desconcertante.

—¡Eso no es excusa! —La discreción de Evangeline la abandonó—. Yo era hija única de mis padres y me convertí en institutriz.

Eso no era testimonio de amor por los niños, protestó su conciencia. Se había visto obligada a ganarse la vida e impartir la enseñanza porque esta era una de las pocas formas respetables en que una dama podía mantenerse.

Afortunadamente, el señor Chase no se ofendió por su silencioso arrebató. En cambio, sus ojos grises azulados brillaron.

—Pero, no podemos esperar que una simple mortal como la señorita Anstruther esté a la

altura de un modelo como la señorita Fairfax.

Su broma hizo que Evangeline se sonrojara furiosamente.

—¡No soy un modelo! ¡Qué aburrido sería eso!

—En comparación con Penélope Anstruther, lo eres. —Hizo una mueca graciosa que hizo sonreír a Evangeline, a pesar de su vergüenza—. Además, esa es la paradoja de los modelos. Si una dama cree que lo es, no es posible que lo sea. Pero, si ella lo niega, es probable que ella sea la auténtica.

Había oído al señor Chase emplear este tipo de bromas con sus hijos, pero nunca las había usado con ella hasta esa mañana. No estaba segura de cómo se sentía al respecto.

—Sal de esa idea. —Ella fingió una mueca burlona—. Solo me estás halagando para que cambie de opinión acerca de dejar Amberwood.

—Quizás un poco —admitió—. Pero, eso no lo hace menos cierto. Estoy tratando de compensar todas las veces que debería haberte elogiado en el pasado. Si pensara que los halagos te convencerían de quedarte, lo aplicaría con una paleta.

Sus ojos bailaron con una picardía que a ella le recordó a Alfie. Se preguntó si él había sido como su hijo durante su juventud. No pudo evitar divertirse con la imagen de él arrojando grandes cantidades de elogios de la misma manera que un cantero usa el mortero.

—Pero, volvamos a mi problema —continuó el señor Chase—, estamos de acuerdo en que puedo eliminar a la señorita Anstruther de mi lista de posibles novias. Creo que la señorita Leveson también. A Rosie le gusta, pero no estoy seguro de los otros niños. Y me temo que esa risa suya me volvería loco dentro de un año.

Evangeline se dijo a sí misma que debería estar consternada que el señor Chase hubiera rechazado casualmente a la mitad de las damas con las que esperaba que se casara. Aunque más bien se sintió eufórica. Debía ser un alivio poder confiar en que no formará una pareja inadecuada. Por lo tanto, debería haber tenido más fe en su juicio.

—Incluso si la dama fuera más de mi agrado... —Jasper Chase hizo una mueca—. Me temo que no podría tolerar tener a la señora Leveson como suegra.

Evangeline se tapó la boca con una mano para contener una risa indecorosa, que podría despertar a los niños. Pronto se despertarían solos. Por ahora disfrutaba de esta rara oportunidad de hablar en privado con su padre.

—¿A quién deja eso? —Levantó cuatro dedos y luego bajó dos—. Abigaíl Brookes. Creo que a ella sinceramente le gustan los niños.

Evangeline no podía negar eso.

—No puedo negar que me gusta —indicó Jasper Chase, quien siguió hablando—. De niña era una pequeña y salvaje pícara, pero parece haber madurado hasta convertirse en una mujer muy agradable.

Todo eso era cierto, reconoció Evangeline. Abigaíl Brookes no era altiva ni exigente como la señorita Anstruther. Tampoco tenía la fachada voluble de la señorita Leveson que enmascaraba una naturaleza más calculadora. La señorita Brookes quería ser institutriz, lo que sugería afinidad por los niños. Sus acciones de los últimos días lo confirmaron.

Entonces, ¿por qué Evangeline se sintió deprimida cuando Jasper Chase profesó su cariño por la dama?

* * *

Mientras estaba sentado en la acogedora y tranquila guardería, hablando de posibles novias con la señorita Fairfax, Jasper no podía evitar la sensación que él era un fraude.

A pesar del esfuerzo que había hecho por mantener la mente abierta sobre el tema, todavía no estaba convencido de querer volver a casarse. ¿Eran los defectos que había encontrado en la señorita Anstruther y la señorita Leveson solo excusas que podrían haber pasado fácilmente por alto, si hubiera querido sinceramente tomar una segunda esposa?

Seguramente, si hubiera estado ansioso por casarse, no se habría sentido tan complacido, cuando la señorita Fairfax estuvo de acuerdo en que ninguna de las dos damas probablemente le convenía.

Ahora, él planteó la posibilidad de Abigaíl Brookes. Estaba seguro que su hermano aprobaría tal unión. A su vez, estaría encantado de tener a Norton como cuñado. Pero, ¿podría Abigaíl preocuparse por él o solo por sus hijos? Jasper se dijo a sí mismo que tal vez esto último sería lo mejor. Así ella no se sentiría abandonada, cuando él se viera obligado a ausentarse tanto por los negocios.

¿Adivinó la señorita Fairfax los pensamientos que pasaban por su mente? Tal vez, porque su sonrisa se desvaneció y una mirada ansiosa apareció en sus ojos.

—La señorita Brookes es, como usted dice, muy agradable. Alfie y Matthew están bastante cautivados por ella. Si fueran veinte años mayores, podrías tener un par de rivales por su mano.

Parecía como si la señorita Fairfax tuviera el corazón puesto en que él se casara con Abigaíl Brookes. Jasper lamentó decepcionarla, pero algo en él se resistió a sus esfuerzos por elegirla como esposa.

—Me gusta Abigaíl, como si fuera mi hermana o una amiga, pero temo que mis sentimientos nunca puedan ser más que eso.

Esperaba que la señorita Fairfax le revelara su frustración hacia él, pero estaba claro que la dama poseía incluso más autocontrol de lo que él creía. La tensión en sus rasgos disminuyó, soltando un suave y lento suspiro.

—No estés demasiado seguro. Los afectos de las personas pueden cambiar, ¿lo sabes?

—Tal vez. —Jasper no pudo ocultar sus dudas—. Eso deja solo a la señorita Webster. Parece bastante agradable, aunque hemos tenido pocas oportunidades de conocernos. Si no lo supiera, diría que me está evitando.

—Estoy segura que no es así. —La institutriz sacudió la cabeza.

—Al menos, eso supone un cambio refrescante en comparación con el hecho que me persigan descaradamente. —Jasper se encogió de hombros.

—O acechado en secreto —murmuró la señorita Fairfax en voz baja.

—¿Cree que sería justo para la señorita Webster que intentara cortejarla? —preguntó—. Cualquier chispa romántica que alguna vez tuve fue apagada hace mucho tiempo por mis responsabilidades con mi familia y mi negocio.

—¿Estás completamente seguro? —La señorita Fairfax lo miró con una media sonrisa burlona—. Quizás solo usted ha estado hibernando y es necesario despertarlo.

Su desafío pareció estimular algo en Jasper, que había estado en barbecho durante mucho tiempo.

En ese momento, Matthew asomó la cabeza fuera del baño de niños y Rosie del baño de niñas. Cuando vio a su padre sentado a la mesa de la guardería, Rosie cruzó corriendo la habitación y se subió a su regazo.

—¡Buenos días, papá! —Ella le rodeó el cuello con sus brazos llenos de hoyuelos y le dio un apretón afectuoso—. ¿Qué estás haciendo despierto tan temprano?

Jasper le devolvió el abrazo a su pequeña hija con igual calidez.

—Quería unos minutos para hablar con la señorita Fairfax, antes que se ocupara de todos

ustedes.

Rosie contorsionó su rostro en una simpática expresión de perplejidad.

—¿De qué querías hablar con ella... de nosotros?

En parte para evitar responder la pregunta de su hija, Jasper le abrió un brazo a Matthew. Se alegró cuando su hijo respondió a la invitación, corriendo hacia él y dándole un abrazo entusiasta. Temía que el niño pronto se considerara demasiado mayor para tales gestos de afecto.

—¿Podemos volar nuestras cometas hoy, papá? —preguntó su hijo.

Jaspe asintió.

—He consultado a la señorita Fairfax y ella está de acuerdo en que las condiciones parecen ideales para volar cometas.

—¿Podemos traer un picnic otra vez? —preguntó Rosie, quien parecía haber olvidado su pregunta anterior.

—Creo que eso podría arreglarse. —Le dio un golpecito juguetón en la nariz con el dedo índice—. Después del desayuno, ¿por qué no le preguntas a la señora Gilman? Parece que ella no puede negarte nada.

Su conversación pronto despertó a los otros niños. Owen salió a trompicones, frotándose los ojos, mientras Alfie bostezaba y se estiraba. Emma se asomó, como una tímida criatura del bosque desde su guarida, pero se aventuró a salir con más valentía, cuando Jasper sonrió y le hizo una seña.

La señorita Fairfax se levantó de su silla para comenzar con sus tareas del día.

—Matthew, deberías vestirme.

Y se acercó a Jasper con los brazos abiertos.

—Ven conmigo, Rosie, vamos a elegir un vestido para el día.

La niña le dio a Jasper un beso de despedida en la mejilla y luego dejó que su institutriz la levantara y se la llevara.

Mientras los otros niños se acercaban para recibir algo de atención, Jasper se dio cuenta que la señorita Fairfax había quitado sutilmente a Matthew y Rosie para darles espacio. Disfrutando del calor de su afecto, reflexionó sobre la forma en que sus invitados parecían preferir a uno u otro de sus hijos. ¿Sería capaz de encontrar una esposa capaz de amarlos a todos, por diferentes que fueran?

Una vez que Matthew y Rosie terminaron de vestirse, la señorita Fairfax llamó a los otros niños para que se vistieran. Cuando todos estuvieron vestidos y peinados, la niñera ya había llegado con el desayuno.

—¿Daré la bendición esta mañana, señor Chase? —preguntó la institutriz, mientras se sentaban a comer.

Otras guarderías podrían tener una pequeña oración particular que los niños decían antes de las comidas, tal vez una rima corta que se volvía rutinaria y se escapaba de la lengua sin pensarlo mucho. A Jasper le gustó la forma en que la señorita Fairfax eligió a uno de sus hijos para que pidiera la bendición con sus propias palabras. A veces tenía que morderse el labio con fuerza para evitar sonreír, ante las cosas que Alfie y Rosie decían, pero eso nunca dejaba de recordarle que debía estar agradecido por las abundantes bendiciones que había recibido.

—Muy bien. —Observó a los niños cruzar las manos y cerrar los ojos—. Padre Celestial, te damos gracias por este buen desayuno. Te agradecemos por el sol afuera y el viento para volar nuestras cometas. Te agradecemos por los nuevos amigos, los viejos amigos y el amor que llena esta casa. Ayúdanos a ser conscientes de nuestras bendiciones y a compartirlas con los que menos tienen. Amén.

—Amén —murmuraron los niños. Luego agarraron las cucharas y se comieron las gachas.

—No tanta azúcar, Rosie —advirtió la señorita Fairfax a la pequeña hija de Jasper—. Eres lo suficientemente dulce, tal como estás.

Rosie esbozó una amplia sonrisa y solo espolvoreó la mitad de la cucharada colmada de azúcar sobre su papilla.

Matthew comenzó a contarles a sus hermanos sobre los planes para su excursión a Red Hill, mientras Rosie le pedía a Emma que la llevara a la cocina, después del desayuno, para consultar con la cocinera. La señorita Fairfax seguía sus animadas conversaciones, a veces respondiendo preguntas, o haciendo algún comentario para elogiar o corregir gentilmente a uno de los niños. Mientras Jasper observaba todo esto, no pudo evitar sentir que ella era parte de esta familia tanto como él, si no más.

¿Podría algún día encontrar a una institutriz o a una esposa capaz de ocupar su lugar? ¿Y por qué esta escuela que ella quería fundar era más importante que el bienestar de sus hijos?

* * *

El sol y el viento habían secado la hierba, cuando el grupo de Amberwood partió hacia Red Hill, aunque el camino todavía estaba embarrado. El señor Chase, el señor Webster y el reverendo Brookes iban a caballo, al igual que la señorita Anstruther, vestida con un elegante traje de montar. Las otras damas se apiñaron en dos carruajes con los niños. Evangeline compartió uno con la señorita Brookes, la señorita Webster y los tres niños, mientras que la señora Leveson y su hija viajaron con la señora Thorpe, Verity Dawson y las niñas.

Aunque el señor Chase afirmó que no tenía intención de cortejar a la señorita Anstruther, a Evangeline le molestó ver lo cerca que la dama mantenía su caballo del suyo, aprovechando cada oportunidad para entablar conversación con él. La señorita Brookes y la señorita Webster parecieron darse cuenta también, pero parecieron encontrar esa descarada persecución de su anfitrión más divertida que molesta.

—Supongo que necesitaré que alguien la ayude a bajar de la silla, cuando lleguemos a nuestro destino. —Los brillantes ojos azules de Margaret Webster brillaron de alegría.

—¡Ay de mi pobre hermano! ... Si se ofrece a hacer los honores. —Abigaíl Brookes soltó una risa contagiosa—. Podría recibir la punta de su bota de montar en las costillas por sus dolores.

—¿Te refieres a la señorita Anstruther? —preguntó Owen, en tono de grave desconcierto—. ¿Por qué patearía al vicario, si él intentara ayudarte? Eso sería cruel.

Las dos damas se miraron y luego vieron a Evangeline con muecas de disculpa. Alfie y Matthew estaban sentados con el conductor, sin prestar atención a los demás pasajeros. Era evidente que la señorita Brookes y la señorita Webster habían pensado que Owen era demasiado joven para prestar atención a sus bromas.

Ahora, la señorita Webster pasó su brazo alrededor de los hombros del niño.

—Tienes toda la razón, Owen. No sería amable, y me temo que no lo fuimos nosotras, al hacer una broma tonta sobre algo así. Pero, ¡eso fue todo! Un poco de diversión irreflexiva. Estoy seguro que usted es demasiado caballero para repetirlo, y arriesgarse a herir los sentimientos de alguien.

Las acciones de la señorita Webster le aseguraron la buena opinión de Evangeline por dos razones. Primero, que ella había reconocido francamente su error. En segundo lugar, se había fijado en el tranquilo y pequeño Owen, como ninguna otra dama lo había hecho.

—¿Quieres decir que debería mantenerlo en secreto? —preguntó el chico.

Por su tono, quedó claro que a Owen le desagradaba la perspectiva. Y eso debería ser así, en opinión de Evangeline. Sus experiencias en la escuela Pendergast le habían enseñado que cuando los adultos animaban a los niños a guardar secretos, a menudo se creaba un ambiente sombrío, en el que prosperaba la corrupción.

—No exactamente. —La señorita Webster pareció darse cuenta que él estaba fuera de su alcance. Le lanzó a Evangeline una mirada que suplicaba ayuda.

—Creo que lo que la señorita Webster quiere decir, Owen, es que confía en tu discreción. ¿Recuerdas qué es eso?

—Significa saber cuándo hablar y cuándo guardar silencio. Como dice en el libro de Ecc-lis... Ecc-lisy... —El chico asintió

—*Eclesiastés*. —Evangeline pronunció la palabra con cuidado, segura que él acertaría la próxima vez—. Y tienes razón. Para todo hay una temporada.

La señorita Webster sonrió en señal de agradecimiento a Evangeline, y luego volvió a centrar su atención en Owen.

—Algo me dice que tienes mucha discreción, que es una cualidad esencial en un caballero.

Owen parecía complacido con los elogios de la dama y debido a que se dirigió a él, como si fuera mucho mayor de su edad. Evangeline se había dado cuenta que él evitaba a la señorita Leveson y a su madre, después que lo acariciaron debajo de la barbilla y le arrullaron lo lindo que era.

—Usted es un buen juez de carácter firme, señorita Webster. —Evangeline aprovechó la oportunidad para hablar con la dama—. Owen es uno de los jóvenes más discretos por naturaleza que conozco. Puedes confiar en que él nunca avergonzará a nadie con una palabra imprudente.

Se alegró que este incidente le hubiera dado la oportunidad de conocer mejor a la señorita Webster. Si el señor Chase nunca pudo sentir nada más cálido que un respeto fraternal por la señorita Brookes, eso dejaba a Margaret Webster como la única dama posible restante.

Pero, ella no lo perseguía tan descaradamente como la señorita Anstruther. Acaso, ¿esto significaba que no tenía ningún interés en el señor Chase? ¿O esto era como comparar a Alfie y Owen, en sus reacciones ante la gente? Los sentimientos de Alfie eran muy enfáticos, y nunca hizo ningún esfuerzo por ocultarlos, mientras que los de Owen eran más difíciles de adivinar, a partir de la observación. Eso no significaba que los sintiera menos profundamente, sino todo lo contrario. Quizás la señorita Webster, al igual que Owen, simplemente no mostró su corazón y lo guardaba bajo la manga. Evangeline esperaba que, al conocer mejor a la dama, podría decidir si la señorita Webster aceptaría una propuesta del padre de Owen.

—Ha enseñado bien a sus alumnos, señorita Fairfax —manifestó la dama—. Son la familia más encantadora que jamás haya conocido. Debes estar tan orgulloso de ellos, como su padre.

—Estoy muy orgullosa —replicó Evangeline, muy dispuesta a cualquiera que elogiara a sus jóvenes alumnos—. No puedo empezar a atribuirme el mérito de todas sus excelentes cualidades. Solo espero haberles ayudado a aprovechar al máximo sus habilidades naturales. Si se me permite decírselo, usted tiene una forma natural con los niños. ¿Vienes de una familia numerosa?

—Ya no. —La señorita Webster meneó la cabeza con aire de arrepentimiento—. Tenía dos hermanos, pero el menor estaba enfermizo y murió de tisis. El mayor se unió al ejército y murió en la guerra.

Evangeline estaba a punto de disculparse por provocar recuerdos tan dolorosos, cuando Owen intervino:

—Mi mamá murió. ¿Recuerdas a tus hermanos? No puedo recordar a mi mamá. Emma sí y Matthew tal vez, pero fue hace mucho tiempo, cuando yo era pequeño. ¡Ojalá pudiera recordarla!

—Estoy segura que sí. —La señorita Webster estrechó una de las manos de Owen. —Nunca antes pensé en la bendición que es recordar a mis hermanos y a mi madre.

Evangeline intentó pensar en algo que decir que pudiera consolar al niño, pero la señorita Webster parecía haberlo logrado bastante bien, al reconocer su tristeza y hacerle saber que lo entendía. Quizás ella sería la madre adecuada para los niños Chase.

—Mi tía tenía una familia grande —dijo la señorita Webster, volviendo a la pregunta de Evangeline—. Quizás eso lo explique. La mayoría de sus hijos eran mucho más jóvenes que yo. Cada vez que los visitaba, disfrutaba cuidando a los más pequeños. Espero ser bendecida con una familia propia algún día, una familia grande y alegre como la de Owen.

¿De verdad era así? Parecía como si la señorita Webster no fuera tan indiferente hacia el señor Chase como él creía.

Unos minutos más tarde, el grupo de Amberwood llegó al pie de Red Hill, la prominencia más alta en esta parte del Valle del Edén, entre las montañas de Cumbria, repletas de lagos y bordeando los Peninos, que algunos llamaban “la columna vertebral de Inglaterra”. Mientras los jinetes desmontaron y el resto del grupo salía de los carruajes, Evangeline se mantuvo ocupada vigilando que ninguno de los niños se alejara o se acercara demasiado a los caballos. Mientras tanto, repartió las coloridas cometas que habían construido con trozos de correas ligeras y seda, encontrados en un viejo baúl, en el ático. Finalmente, hizo arreglos para que subieran las cestas de picnic y las alfombras colina arriba.

Mientras observaba a los demás seguir su camino por el sinuoso camino, Evangeline se sobresaltó, cuando escuchó la voz profunda de su empleador detrás de ella.

—¿Cómo nos las arreglaríamos sin usted, señorita Fairfax? Tú organizas todas nuestras festividades y te aseguras que todo transcurra sin problemas. ¿Es tan pequeño tu esfuerzo como lo haces parecer?

—¡De hecho no lo es! —Su sorpresa y otros sentimientos rebeldes encontraron alivio en un estallido de risa, mientras volteaba para mirarlo—. Siempre parece haber una docena de cosas que hacer a la vez... además de vigilar a los niños, lo cual puede ser complicado por sí solo.

—¿Lamentas haberte tomado tantas molestias para encontrarme una esposa? —Cuando hizo la pregunta, Jasper Chase ladeó la cabeza, tal como lo hacía Matthew. Su sonrisa brillaba con descaro, pero había una calidez atractiva en ella.

—Por supuesto que no. —Ella inclinó la barbilla y lo miró a los ojos—. ¡Disfruto de los desafíos!

Él asintió como diciendo que también.

—Has estado a la altura admirablemente. Debes estar muy ansiosa por escaparte y empezar esa escuela tuya.

—¡Lo estoy! —Evangeline mantuvo su voz firme y positiva, sin el más mínimo temblor de duda. Si el señor Chase la oía dudando, temía que pudiera ejercer presión, en ese punto débil, para persuadirla que se quedara.

Pero cuando ella no reveló nada que él pudiera explotar, Jasper Chase simplemente sacudió la cabeza y repitió sus palabras anteriores, con un cambio menor, pero significativo.

—¿Cómo nos las arreglaremos sin usted, señorita Fairfax?

Capítulo seis

Él debía afrontar el hecho que Evangeline Fairfax iba a dejar Amberwood dentro de dos meses y no podía hacer nada para impedirlo.

Esa tarde, mientras bandadas de nubes lanudas se perseguían, unas a otras, a través del cielo de verano sobre Red Hill, el grupo de Amberwood disfrutó de otra animada salida. Mientras tanto, Jasper se dio cuenta que había algunas cosas que ni siquiera su fuerte voluntad podía cambiar y esta era una de ellas.

—¿Por qué tienes un aspecto tan solemne, viejo amigo? —preguntó Norton Brookes, con la voz entrecortada por correr al levantar cometas para Emma, la señora Dawson y su hermana—. Gracias a ti todos lo estamos pasando bien. Sería injusto que tú no...

Jasper forzó las comisuras de su boca hacia arriba.

—Me complace que Abigail y usted están disfrutando de su visita. Supongo que no asistes a muchas fiestas en casa.

—He asistido a varios bailes... en el pasado —replicó su amigo—. Pero, no fueron de mi agrado. Todo era beber demasiado, jugar mucho y llegar tarde a casa. Más bien, pescar, volar cometas y la compañía de tus encantadores hijos me sienta mucho mejor. Estoy seguro que regresaré a mi parroquia con mi fe rejuvenecida.

—Estoy encantado de escucharlo. —La sonrisa de Jasper se volvió más sincera. Parecía que de esta fiesta en casa podrían surgir muchas cosas buenas. ¿Resultaría en un segundo matrimonio para él?—. Ahora, ¿deberíamos mostrarles a mis hijos lo experto que puede ser un vicario en volar cometas?

Norton localizó una cometa sin usar y sujetó el rollo de cuerda, mientras Jasper la subía hasta la cima de la colina. Allí una fuerte brisa la atrapó y se la arrebató de la mano. Su amigo mantuvo la tensión suficiente en la cuerda, desenrollándola, poco a poco, hasta que la cometa se elevó muy por encima de las demás. Alfie y Matthew aplaudieron, al igual que la señora Dawson.

Por el rabillo del ojo, Jasper pudo ver a la señorita Fairfax y a la señorita Webster de pie, cerca de Owen, observando al niño volar su cometa. Las dos mujeres parecían enfrascadas en una conversación, que Jasper dudaba que tuviera algo que ver con las cometas. De vez en cuando, alguna de las damas miraba en su dirección. Fingió no darse cuenta, cuando, en realidad, era intensamente consciente de su escrutinio. Deseó saber lo que decían de él.

Mientras observaba el vuelo de varias cometas, sus pensamientos volvieron a la perspectiva que la señorita Fairfax se marcharía. Había intentado apelar a su afecto por sus hijos, tratando de demostrarle su tan esperado agradecimiento por todo lo que ella había hecho por su familia. No estaba orgulloso del hecho de haber intentado hacerla sentir culpable, si los abandonaba. ¡Nada había funcionado! En todo caso, ella parecía más decidida que nunca a perseguir lo que claramente creía que era su vocación en la vida.

Él entendió su determinación más de lo que ella podría imaginar. Cualquiera que intentara obligarlo a abandonar su trabajo en New Hope Mills encontraría una resistencia similar. Lo sabía porque su difunta esposa lo había intentado. Sus esfuerzos solo habían logrado tensar su matrimonio, y hacerle cuestionar, si un hombre con sus responsabilidades podría ser un buen marido.

—¡Papá! —El grito de Rosie lo sacó de sus cavilaciones. Ella corrió hacia él, seguida por la

señorita Leveson—. Nunca adivinarás lo que encontré...

Jasper notó la mancha de color rojo brillante alrededor de la boca de su hija.

—¿No serán por casualidad fresas silvestres?

—¿Cómo lo supiste? —Rosie abrió su puño con hoyuelos y reveló un puñado de bayas rojas bastante aplastadas, ninguna más grande que una pepita de naranja—. ¿Te gustaría una?

—¿Qué? ¡Gracias! —Le arrancó una baya de la mano y se la metió en la boca, saboreando su saludable dulzura—. Soy muy partidario de las fresas.

—Su hija es una criaturita encantadora —dijo efusivamente la señorita Leveson—. La pasamos muy bien juntas, ¿verdad, Rosie?

La niña asintió, mientras se metía el resto de las bayas en la boca. Cuando las hubo comido, anunció:

—Me gusta esta fiesta. ¡Deberíamos tener más!

Jasper le dio un tirón juguetón al ala de su sombrero.

—Quizás lo hagamos. Ahora creo que deberías ir a ver a la señorita Fairfax y lavarte las manos, antes que se arruine tu vestido.

—Sí, papá. —Rosie se dirigió hacia su institutriz.

Después de dudar por un momento, la señorita Leveson siguió a su hija, para alivio de Jasper. Observó cómo Rosie se acercaba a su institutriz y le tendía la mano manchada de bayas. Entre el soplo del viento y los gritos de Alfie y Matthew, no pudo entender lo que decía la señorita Fairfax. Por su tono y sus gestos se dio cuenta que no la regañó, sino que hizo una seña a Rosie para que se acercara a un pequeño grupo de árboles, que daba sombra a las alfombras de picnic, y procedió a limpiarla.

La señorita Webster le hizo algún comentario a la niña que hizo reír a su institutriz y a la señorita Leveson, pero no desvió completamente su atención de Owen.

El deseo de su esposa había sido que sus hijos crecieran en la saludable belleza del Valle del Edén. Jasper había aceptado esto de todo corazón, aunque eso significaba largos viajes de ida y vuelta desde Manchester, y una sensación constante de ser arrastrado en dos direcciones diferentes. Con el nacimiento de cada nuevo bebé, Susan le había instado más enérgicamente a dejar el manejo de su molino a un supervisor, y pasar más tiempo con su creciente familia.

Había tratado de explicarle lo importante que era para él su trabajo: no solo era hilar y tejer, comprar y vender para beneficio personal, sino hacer que la fábrica fuera un éxito que contribuyera con sus trabajadores. Ni siquiera por ella y sus hijos podía abandonar el trabajo que creía que debía realizar.

¿Cómo podía esperar que Evangeline Fairfax renunciara al suyo?

Si los niños debían perder a su querida institutriz dentro de dos meses, ¿no les debía llenar parte del vacío que ella dejaría con una nueva madre?

* * *

—Ahí tienes, Rosie. —Evangeline examinó la boca y las manos de la niña, que había limpiado con un paño húmedo—. Si quieres recoger más bayas, te daré una taza para que las recojas.

La señorita Leveson tomó a la niña por una de sus manos recién lavadas.

—¡Ven, querida Rosie! ¿Qué debemos hacer ahora?

—¿Por qué no intentas volar cometas? —sugirió la señorita Webster, ganándose así el cariño de Evangeline.

Aunque le alegró ver que Rosie recibía una atención especial, temía que las quejas y los mimos de la señorita Leveson pudieran malcriar a la niña. Si así fuera, tendría poco tiempo para

corregir la situación, antes de renunciar a su puesto.

—Puedes volar la mía por un tiempo —dijo Owen, tendiéndole la cuerda a su hermana—. ¡Es divertido!

Con más apoyo de su hermano y la señorita Webster, Rosie accedió a intentarlo. La señorita Leveson andaba por allí con cara de mal humor. Quizás no le interesaba compartir la atención de su pequeña mascota.

El señor Chase observaba desde lejos, aunque parecía bastante perdido en sus pensamientos.

Al recordar lo que él había dicho sobre cómo se las arreglaría su familia sin ella, Evangeline sintió que su decisión de dejar Amberwood comenzaba a debilitarse. ¿Podría ser por eso que había permitido que el señor Chase descartara tres posibles coincidencias sin una palabra de un argumento confiable? En el caso de la señorita Anstruther y la señorita Leveson, ella lo había alentado positivamente.

No debía permitir que eso le sucediera a la señorita Webster, de quien Owen tanto quería. A los chicos mayores también les agradaba y ahora ella estaba mostrando interés en Rosie. Todas las demás damas parecían tener sus favoritos entre los niños, excepto la señorita Anstruther, a quien no parecía importarle ninguno de ellos. Los niños Chase necesitaban una madre, que pudiera amarlos a todos por igual, como lo hacía su padre.

Si tan solo la señorita Webster le prestara un poco de atención al padre de los niños. Afirmó que la dama lo estaba evitando, pero Evangeline no podía imaginar por qué. Quizás no quería dar un espectáculo persiguiéndolo, como lo hacían otros miembros del grupo.

Evangeline miró hacia la señorita Anstruther, que seguía acercándose al señor Chase, mientras hacía un gran escándalo por las dificultades para mantener su cometa en el aire. Sin duda, ella estaba tratando de llamar su atención y animarlo a que ofreciera su ayuda. Claramente, ella no logró reconocer que él no era uno de esos hombres que encuentran cualidades entrañables en la debilidad y la ineptitud en una dama.

De repente, Evangeline se dio cuenta que el señor Chase la estaba mirando. ¿Se preguntaba por qué ella había estado boquiabierta durante los últimos minutos?

Para disimular su vergüenza, se acercó a la señorita Webster, que estaba supervisando a los niños más pequeños, mientras se turnaban con la cometa de Owen.

—Es muy amable con tu hermana pequeña. —La señorita Webster miró a Owen con cariño—. Mis primos jóvenes discuten entre ellos todo el tiempo.

—También hay un poco de eso en nuestra guardería —admitió Evangeline—. Pero, en general se llevan bien juntos. Ojalá pudiera atribuirme el mérito, pero creo que los niños han heredado el buen carácter de su padre.

—El señor Chase parece un caballero muy amable. ¿Cuál de los niños se parece más a él? —La señorita Webster parecía sinceramente interesada, lo que animó a Evangeline.

Ella pensó por un momento.

—Ninguno de ellos es exactamente igual a él, pero cada uno tiene algunos de sus rasgos. Emma tiene su intensa lealtad y sentido de responsabilidad. ¿Debes haber notado cómo cuida a los más jóvenes?

—Sí —respondió la señorita Webster—. Emma me recuerda a su querida madre. En carácter, quiero decir. Rosie se parece mucho más a ella.

—Eres muy observadora. Creo que Matthew y Owen tienen la inteligencia de su padre y su disfrute ante los desafíos. Alfie tiene el humor del señor Chase y su preocupación por los demás. Rosie heredó su sentido de la justicia. —Evangeline asintió.

Los niños también compartían algunos de los defectos de su padre, pero Evangeline no vio

ninguna razón para mencionarlos. Después de todo, estaba intentando causar una buena impresión a la señorita Webster. Además, tanto en los niños como en su padre, los pequeños defectos eran más que compensados por sus buenas cualidades.

—Son una buena familia. —La señorita Webster lanzó una cálida mirada a todos los niños—. No es de extrañar que el señor Chase sea tan devoto de ellos.

—Él no muestra ninguna parcialidad hacia uno u otro —añadió Evangeline—, tiene un cariño especial por cada uno.

La señorita Webster miró hacia Jasper Chase, que estaba intentando ayudar a Emma y a la señora Dawson a desenredar sus cometas.

—Así debe ser en las familias. Estoy segura que la señora Chase estaría contenta de lo bien que han crecido sus hijos. La conocí cuando nuestros padres eran socios. Aunque yo era más joven, ella siempre fue amable conmigo.

Esta era la segunda vez que la señorita Webster mencionaba a la madre de los niños. ¿Podría ser eso lo que le impidió tener un interés romántico por el señor Chase? Se preguntó Evangeline. ¿Pensó que sería desleal a su difunta esposa?

—Creo que a la señora Chase le habría gustado que sus hijos tuvieran una nueva madre, que los cuidara tanto como ella. El señor Chase la amaba mucho. Los últimos años han sido muy solitarios para él, aunque hace todo lo posible para mantener el ánimo de los niños en alto.

—Pobre hombre. —La mirada de la señorita Webster se suavizó—. Debe haber sido muy difícil para él.

—Creo que sí. —Esa idea le provocó a Evangeline un remordimiento de conciencia.

Ella había estado tan preocupada por los niños e impaciente con su padre, por no pasar más tiempo con ellos, que no había pensado mucho en su dolor. Cuando el señor Chase volvía a casa de visita, estaba tan decidido a hacer agradable el tiempo, que pasaba con los niños, que rara vez dejaba traslucir ningún atisbo de tristeza. Su comportamiento le dio a Evangeline la impresión que la muerte de su esposa no le había afectado mucho. Solo ahora, mientras hablaba del asunto con la señorita Webster, sospechó lo equivocada que estaba.

—El señor Chase parece estar disfrutando de esta fiesta en casa. —Margaret Webster asintió hacia él.

Después de muchas maniobras cuidadosas, logró desenredar la cometa de su hija y la de la señora Dawson sin que ambas cayeran al suelo. Recibió un aplauso del vicario y un abrazo de Emma.

—Creo que le ha hecho bien mezclarse con otras personas. —Evangeline se felicitó por haberlo logrado—. Necesita mirar hacia el futuro y empezar a vivir su vida de nuevo.

—Es muy afortunado —dijo la señorita Webster—, de tener a alguien que piensa tan bien en él para criar a sus hijos.

Evangeline no estaba segura qué pensar del comentario de la dama. Sus elogios no fueron como el esfuerzo transparente de la señorita Leveson por congraciarse, pero, ¿podría haber algún otro motivo detrás de ellos?

—Todos los que trabajan para el señor Chase tienen una buena opinión de él. Es un empleador bueno y justo. Estoy segura que sus trabajadores dirían lo mismo de él y mejor.

—¡Ah! Sí. El molino del señor Chase. —La señorita Webster sacudió la cabeza, como si estuviera desconcertada—. Los otros propietarios dicen que es un tonto porque mima a sus trabajadores. Creen que les dará ideas peligrosas. Pero, no veo por qué puede estar mal mostrar respeto a la gente y tratarla bien.

Escuchar a Jasper Chase llamado tonto encendió una llamarada de indignación en

Evangeline. Estaba a punto de lanzarse a una vigorosa defensa de él, cuando un fuerte tirón en su mano la hizo mirar hacia abajo.

Rosie la miró fijamente.

—¿Ya es hora de comer? Tengo hambre.

—Yo también —dijo la señorita Webster, antes que Evangeline tuviera la oportunidad de replicar—. Todo el aire fresco y caminar me han abierto el apetito.

Le tendió la mano a la niña.

—¿Vamos a preguntar a los demás, si están listos para comer?

Rosie asintió y tomó la mano de la dama. Mientras las dos se alejaban juntas, Evangeline notó que Gemma Leveson y su madre lanzaban miradas oscuras a la señorita Webster, como si la dama le hubiera robado su juguete favorito.

Pronto quedó claro que la mayoría de los invitados estaban tan ansiosos por comer como Rosie. Recogieron sus cometas y luego descendieron sobre las cestas de picnic. Durante la siguiente media hora, Evangeline estuvo ocupada repartiendo comida y bebidas. Todos se alimentaron con tal apetito que apenas quedó un trozo.

—¿Podemos volar nuestras cometas un poco más? —Alfie le suplicó a su padre, cuando se atiborró de embutidos, queso, bollos y huevos encurtidos.

—¡Adelante! —dijo el señor Chase—. Pero, solo hasta que todo esté empacado para ir a casa.

Los invitados se dispersaron, mientras Evangeline empezaba a guardar los platos, los cubiertos y la ropa de cama en los cestos. El señor Chase se demoró un poco y luego se dispuso a ayudarla.

—Hace un rato usted y la señorita Webster parecían tan sigilosas como ladronas. ¿Deberían haberme ardido los oídos?

—Tal vez. —Evangeline no pudo resistirse a burlarse de él, como hacía a veces con los niños—. ¿Se supone que a una persona le arden los oídos solo cuando la critican a sus espaldas, o cualquier tipo de comentario producirá ese efecto?

El señor Chase fingió una mirada severa.

—Nunca he analizado un cuento de viejas chismosas, en particular. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque... —Evangeline se encontró disfrutando de sus bromas—. La señorita Webster y yo solo estábamos diciendo cosas buenas sobre usted.

—¿Qué tipo de cosas? —El señor Chase parecía dudar.

¿No se dio cuenta de todo lo bueno que había que decir sobre él?

—No puedo decírselo. —Evangeline devolvió los últimos platos al cesto y los cubrió con servilletas—. Eso podría volverlo vanidoso.

Soltó una risita autocrítica.

—Eso nunca serviría, ¿verdad?

—Ciertamente, no —respondió ella con aspereza—. No puedo soportar a los hombres vanidosos. Le diré una cosa: la señorita Webster tiene una buena opinión de usted, le gustan mucho sus hijos y aprueba su inteligente manera de abordar los negocios.

—¿Inteligente? —El señor Chase pareció saborear la palabra—. ¿Ella dijo eso?

—No lo dijo. —Por mucho que Evangeline quisiera hacer una unión entre el señor Chase y la señorita Webster, no podía mentir—. Ella expresó algo similar, pero no recuerdo sus palabras exactas. La cuestión es que estoy segura que agradecería sus atenciones, si usted pudiera evadir a la señorita Anstruther el tiempo suficiente para hablar con ella.

—¿De quién es la culpa que la señorita Anstruther se me pegue como una tiritita? —Él

detuvo su broma juguetona.

—Tuya, por supuesto —ella contestó—. Por ser tan guapo y encantador.

Jasper Chase se rió tan fuerte que se balanceó sobre sus talones.

—¡Touché, señorita Fairfax! ¿Cómo es que nunca me di cuenta de lo divertida que puedes ser?

Evangeline aceptó el cumplido, aunque él no estaba bromeando.

* * *

Dos días después de su excursión a Red Hill, Jasper entró en la guardería de sus hijos, a primeras horas de la mañana, y esperó con impaciencia a que su institutriz se levantara.

Esta fiesta de emparejamiento suya no iba como debería, y él sintió una necesidad apremiante de discutirlo con la única persona capaz de arreglar las cosas. Después de todo, Evangeline Fairfax había hecho un trabajo extraordinario al criar a sus hijos. Ayudarlo a conseguir una esposa adecuada debería ser fácil en comparación con eso.

Después de varios minutos que parecieron mucho más largos, la señorita Fairfax salió para empezar el día. Preocupada por insertar un último alfiler en su cabello castaño, al principio no notó a Jasper.

Cuando de repente lo vio, la institutriz se sobresaltó violentamente.

—Señor Chase, ¿quieres acostumbrarte a visitar la guardería a todas horas?

Jasper se encogió de hombros, como si preguntara por qué no debería hacerlo.

—Esta es la única vez que puedo estar bastante seguro de hablar en privado con usted. Dada la situación actual, lo considero necesario. Y como usted es responsable de la situación, creo que debería complacerme.

—Supongo que debería. —Una vez más, ella tomó asiento a su lado para que pudieran hablar en voz baja, y aún así escucharse el uno al otro—. ¿Qué es lo que deseas discutir?

La frustración que había estado creciendo dentro de él, durante los últimos dos días, se alivió con la anticipación de desahogarse ante ella.

—Esto no está funcionando... con la señorita Webster, quiero decir. Su padre sigue dando amplias insinuaciones sobre la buena idea que sería que me casara con ella, pero no consigo más que asentir con la dama... Cada vez que me acerco a ella, siento una barrera impenetrable entre nosotros... ¡No puedo hablar con ella con la facilidad con la que hablo con usted!

La señorita Fairfax pareció sorprendida, pero se apresuró a ofrecer una explicación:

—Eso se debe a que usted ha comenzado a preocuparse por la señorita Webster, y se siente incómodo cuando intenta conversar con ella. Puedes relajarte a mi alrededor porque nos conocemos desde hace mucho tiempo, y no soy objeto de tu afecto.

—Tal vez. —Jasper descartó un persistente susurro de duda—. Aunque no creo que todas las dificultades estén de mi lado. ¿Está usted segura que no le desagrado a la señorita Webster?

—Todo lo contrario —insistió la institutriz—. Ella no tenía más que cosas buenas que decir cuando hablamos de ti, el otro día. Tal vez usted solo está imaginando esa hostilidad.

—Ella no es hostil. —Jasper intentó explicar lo que sentía por Margaret Webster—. Y no estoy exactamente asustado. Cauteloso podría ser la mejor manera de describirlo, como si pensara que podría representar un peligro para ella.

Las cejas oscuras de la institutriz descendieron sobre sus grandes ojos castaños.

—Posiblemente, ella tenga miedo de parecer ridícula, si muestra demasiado interés en ti, como lo hace cierta dama. O tal vez, sea reacia a poner en peligro su corazón al apegarse a ti cuando hay tanta competencia por tus favores.

—No hay competencia seria. —Jasper se burló, una vez más, descartando un escrúpulo de duda. Le parecía ridículo pensar en sí mismo, como un premio por el que competirían las damas.

—Usted y yo lo sabemos —replicó la señorita Fairfax—. Pero, ¿cómo puede saberlo la señorita Webster? Quizás no te estés acercando a ella de la manera adecuada.

—¿De qué manera es esa? —La frustración hizo que su pregunta sonara más fuerte de lo que pretendía—. Ha pasado mucho tiempo desde que cortejé a una dama y aún así...

—Incluso, ¿entonces...? —Ella lo impulsó a continuar, con un brillo ámbar de curiosidad en sus ojos—. Seguramente, debes recordar lo que hiciste para ganarte el afecto de tu esposa.

—Eso es lo que estoy tratando de decirte —admitió Jasper—. No tuve que hacer nada en particular para ganarme a Susan.

Estaba claro que la señorita Fairfax no tenía idea de lo que él quería expresar. ¿Cómo podría aconsejarle adecuadamente, si no entendía esto?

—Antes de conocer a mi esposa, estaba demasiado ocupado con mi trabajo, como para pensar en vínculos románticos. Por mi esfuerzo y dedicación fui nombrado supervisor de la fábrica del señor Thorpe. Un día lo visitaron su esposa y su hija. Quedé encantado, en ese momento, pero nunca pensé en ser tan audaz como para perseguir a la hija del amo.

El recuerdo de la primera vez que vio a Susan Thorpe brilló suavemente en su mente.

—Apenas podía creerlo cuando sus padres me invitaron a cenar con ellos. Cuando descubrí que le gustaba tanto como yo a ella, pensé que debía estar soñando.

Esos días parecían haber pasado mucho tiempo atrás. ¿A dónde se habían ido? ¿Susan se había arrepentido alguna vez de haberse casado con ese joven motivado? ¿Alguna vez deseó haberse conformado con uno de los pretendientes que sus padres querían para ella, un hombre que podría haberse dedicado por completo a ella y no preocuparse por nada más?

—Entonces, ¿fue amor a primera vista? —La señorita Fairfax habló como lo habría hecho con uno de los hijos, que había caído enfermo o despertado de una pesadilla.

—Dado que yo era reacio a enojar a su padre y arriesgarme a perder mi puesto, ella tenía que tomar la iniciativa, si algo iba a surgir, eso sería de nuestros sentimientos mutuos. —Él asintió.

Jasper se recordó a sí mismo que no le estaba contando todo esto a la señorita Fairfax simplemente para confiárselo. Tenía un sentido.

—Ya lo ves, nunca he tenido que cortejar a una dama. Por eso, no tengo idea de cómo empezar con la señorita Webster. ¡Necesito tu ayuda!

—¿Qué más puedo hacer? Ya le hablé de ti. ¡Te alabé hasta los Cielos! —Evangeline Fairfax se retorció en su asiento.

Jasper tenía una respuesta lista para ella.

—¡Eres una excelente maestra! Les has enseñado a mis hijos de todo, desde música hasta historia natural. ¡Quiero que me enseñes la forma adecuada de cortejar a la señorita Webster!

Capítulo siete

¿Enseñarle al señor Chase cómo cortejar a su futura esposa? La boca de Evangeline se abrió, cuando todos los músculos de su rostro se aflojaron por el shock.

—¿Lo harás? —preguntó, mientras ella permanecía muda—. Tú eres la que está tan ansiosa para que me vuelva a casar. Yo diría que me debes toda la ayuda que puedas brindarme.

Sus palabras atravesaron su desconcierto y provocaron una respuesta:

—¿Te has vuelto loco? ¡Esa es la idea más absurda que jamás he oído!

—¡Mantenga la voz baja! —Él exigió en un susurro feroz, mirando desde la puerta del dormitorio de sus hijos hasta la de sus hijas—. Te aseguro que tengo todo mi ingenio sobre mí. ¿Puedo preguntar por qué mi sugerencia te parece absurda?

¿Realmente no entendió? A Evangeline le resultaba difícil de creer esto.

—¿Por dónde empiezo? Supongo que debería sentirme halagada por tu confianza en mis habilidades, pero la razón por la que puedo instruir a sus hijos, en ciertas materias, es porque las he estudiado yo misma. Sé mucho menos sobre apegos románticos que usted. ¿Cómo podría enseñarle algo?

Una parte de ella deseaba que los niños despertaran y pusieran fin a esta insensata conversación. La ponía nerviosa pensar en enseñarle a su jefe el arte de cortejar. Ella quería que él se volviera a casar, pero había límites en lo que ella estaba dispuesta a hacer para lograrlo. Desafortunadamente, los niños Chase deben haber estado completamente cansados de todas sus recientes excursiones. Ningún sonido procedente de los dormitorios sugería que pudieran despertarse pronto.

Después de un momento, a su padre se le ocurrió una respuesta a su desafío.

—¿Nunca un caballero le ha prestado atención romántica? Me cuesta creer que una dama tan atractiva como usted no haya tenido tantos admiradores.

La precipitación de sus palabras sugería que eran sinceras, lo que las hacía aún más gratificantes. Evangeline luchó por reprimir una pequeña y deliciosa emoción. Se recordó a sí misma que la susceptibilidad a los halagos era una debilidad tan grande como el miedo al fracaso o al ridículo.

Ella puso los ojos en blanco y fingió ignorar su comentario.

—¿Qué lecciones podría enseñarle a un adulador tan hábil? En cuanto a mi falta de pretendientes, podría afirmar lo mismo que usted: que he sido demasiado dedicada a mi trabajo para buscar vínculos románticos. Ya se lo dije... no tengo ningún deseo de casarme.

—En primer lugar, no estaba tratando de halagarte. —Parecía ofendido que ella lo acusara de tal cosa—. En segundo término, incluso si usted no estuviera interesada en el matrimonio, no veo por qué eso debería impedir que caballeros decididos intentaran hacerle cambiar de opinión.

—Hubo uno que hizo el intento —confesó Evangeline con cierta apatía. No quería insistir en la única vez que había sido objeto de una persecución romántica—. Pero, ¡finalmente, puse fin a sus tonterías! Pero, él se negó a prestar atención a mis esfuerzos por desanimarlo. Trató de persuadirme que debería dedicarme al rol de esposa y madre, que le corresponde a una mujer...

Y esos esfuerzos por convertirla en el tipo de esposa dócil, que deseaba, pronto destruyeron su incipiente afecto por él. Eso le había hecho darse cuenta que sus maestros tenían razón al afirmar que ella no estaba hecha para casarse.

—La única lección que puedo sacar de sus esfuerzos sería qué acciones evitar, si deseas

encontrar el favor de una dama.

Jasper Chase no pareció más intimidado por sus objeciones que el señor Preston.

—Eso sería al menos un comienzo. Además, eres una mujer. Seguramente, puedes imaginar algunas formas en que un caballero podría ganarse tu consideración.

Ella se dio cuenta que su empleador había tomado una decisión. Si hubiera decidido que necesitaba que ella le enseñara cómo ganarse el afecto de Margaret Webster, seguiría insistiendo hasta que esa dama aceptara. También podría dar su consentimiento de inmediato y ahorrarse la discusión. Y pronto él descubriría lo poco que ella sabía sobre temas románticos. Entonces, dejaría de molestarla y descubriría por sí mismo la mejor manera de acercarse a la señorita Webster.

—Muy bien. —Ella dejó escapar un suspiro con fuerza para dejar claro que estaba de acuerdo bajo protesta—. ¿Cuándo se supone que debo impartir estas lecciones de cortejo? Supongo que usted no desea quitarles tiempo a los niños más que yo. Después que se van a dormir, usted está ocupado con sus invitados.

—¿Qué te pasó esta vez? —preguntó—. Ambos somos madrugadores, y no tenemos a más nadie hasta que los niños se despierten.

Mientras consideraba su sugerencia, Evangeline se sintió dividida. Por un lado, disfrutaba de esta tranquila soledad al comienzo del día y se resistía a renunciar a ella. Por otra parte, estas conversaciones privadas con el señor Chase le resultaban agradables de un modo diferente.

—¡Acordado! —Ella asintió enérgicamente—. Ahora, ¿cómo esperas que te presente estas lecciones? ¿Usted necesitará una conferencia? ¿Debería asignar ejercicios de práctica?

El señor Chase ignoró su tono irónico.

—Nada de conferencias... Pensé que usted podría sugerir algunas medidas que debería tomar y luego podríamos discutir por qué es importante y cómo hacerlo correctamente. Pero, ¡los ejercicios de práctica son una idea espléndida! Después que practiquemos juntos, puedes sugerir formas en las que podría mejorar. Más tarde, ese mismo día, puedo probar mi nueva habilidad con la señorita Webster. A la mañana siguiente, puedo informar mi progreso y usted puede ofrecer más sugerencias...

—Eso podría funcionar. —Evangeline no podía ocultar sus dudas, aunque el señor Chase tenía una manera de hacer que una propuesta tan absurda pareciera casi razonable.

—Comencemos entonces. —Él se enderezó en su silla y la miró con una mirada expectante.

—¿Le ruego me disculpe?

—Será mejor que empecemos ahora, ¿no crees? —Jasper Chase hizo un amplio gesto para indicar la guardería vacía—. Quedan poco más de quince días para que se vayan los invitados. Debo empezar a hacer algunos progresos con Margaret Webster pronto, si quiero tener alguna esperanza de conquistarla.

Evangeline no podía estar en desacuerdo con eso. ¿Pero debían empezar en este mismo momento? Esperaba tener tiempo para hacer una sugerencia, que tal vez no sonara del todo ridícula. Por otra parte, una lección mal preparada podría hacer que el señor Chase se diera cuenta de su locura al solicitarle un consejo romántico.

—Si insistes. —Intentó recordar cualquier cosa, que sus amigas de la escuela le hubieran escrito sobre su temprana relación con sus maridos.

Quizás el señor Chase podría invitar a la dama a dibujar una imagen suya, como había hecho el vizconde Benedict con Rebecca Beaton. Por supuesto, eso solo funcionaría si la señorita Webster fuera una artista tan hábil como Rebecca. Sufrir una lesión para que la señorita Webster tuviera que supervisar su convalecencia no sería práctico, a pesar que eso pudo haber unido a

Hannah Fletcher y Lord Hawkehurst.

Después que Evangeline pasó varios minutos pensando, el señor Chase empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa.

—¡Vamos, señorita Fairfax! Seguramente, se le ocurre algo.

—Se me ocurren muchísimas cosas —ella espetó—. Eso no significa que tendrán algún valor.

—¡Déjame ser el juez de eso! —Hizo un gesto de señal con la mano—. Fuera de eso, lo primero que me viene a la mente...

—Pregúntale sobre ella misma. —Las palabras salieron, antes que Evangeline tuviera la oportunidad de pensar en ellas—. Pero, eso debe ser obvio.

El empleador asintió desanimado.

—Lo es... ya lo he probado sin éxito... Le he preguntado sobre su casa, su familia, su opinión sobre diversos temas. Ella siempre da la respuesta más breve, que no deja lugar a más conversaciones... Luego se aleja, antes que se me ocurra otra pregunta que hacer.

Evangeline podía imaginarse el intercambio frustrante e infructuoso.

—No quiero decir que debas pedirle información superficial sobre ella. Intenta descubrir algo que le interese profundamente. Si le das la oportunidad de conversar sobre el tema, estoy segura que lo aprovecharás.

El señor Chase seguía dudoso.

—¿Cómo voy a descubrir este gran interés suyo, si ella no me habla el tiempo suficiente para decírmelo?

—¿Por qué no preguntarle a su padre? —sugirió Evangeline—. Dijiste que parece ansioso por fomentar una unión entre ustedes. ¡Quizás esté feliz de ayudarlos!

—Puede que usted haya descubierto algo, señorita Fairfax. —Jasper Chase asintió, lentamente al principio y luego con creciente vigor—. Sabía que mi fe en ti no sería injustificada.

Sus elogios por sus habilidades agradaron a Evangeline, más que su anterior aclamación por su apariencia. Se dijo a sí misma que la satisfacción que sentía debía provenir de dar un paso más para encontrarle una esposa a su jefe.

—Ahora a practicar mi lección. —El señor Chase dirigió toda su mirada hacia ella—. Cuéntame todo acerca de esta escuela que estás tan ansiosa por establecer. ¿Por qué es tan importante para ti?

El entusiasmo por hablar sobre su escuela hizo que Evangeline abriera la boca, pero una renuencia profundamente arraigada a hablar de su pasado pareció paralizar sus cuerdas vocales. ¿Podría un hombre rico y exitoso como Jasper Chase comprender lo que ella y sus amigas habían soportado en la escuela Pendergast, y el entusiasmo que había despertado en ella por brindar a otras niñas una alternativa más compasiva?

* * *

¿Qué había hecho mal? Se preguntó Jasper, mientras esperaba alguna respuesta de la señorita Fairfax. Supuso que ella estaría dispuesta a hablar sobre el proyecto que era más importante para ella que sus hijos. ¡En cambio, la dama parecía como si la hubiera amenazado con un arma cargada!

—¿Hay algún problema? —preguntó—. Pensé que tu escuela era una materia que te importaba mucho.

—¡Lo es! —Incluso cuando las palabras salieron de ella, Jasper sintió su resistencia—. Pero, dudo que sea de interés.

—Lo será... —él insistió.

Esto era más que simplemente la oportunidad de practicar una habilidad que necesitaría para cortejar a la señorita Webster. Incluso esto fue una ocasión para conocer mejor a la persona más importante en la vida de sus hijos. Jasper se arrepintió de no haberlo hecho antes.

—Por favor. —Él la miró con una mirada suplicante, que ella parecía reacia a enfrentar.

Su apelación funcionó. Después de un momento de vacilación, la señorita Fairfax respondió:

—Será un lugar para educar y cuidar a las hijas huérfanas de los clérigos. Asistí a una escuela así, cuando era niña, pero era el lugar más sombrío, duro y represivo: todo lo contrario de lo que se necesitaba. ¡Quiero hacerlo correctamente!

Jasper tuvo que buscar muy atrás en su memoria para recordar un sitio sombrío, duro y represivo. Pero cuando lo hizo, las imágenes cobraron vida, provocando emociones poderosas. Nunca se le había ocurrido que la señorita Fairfax, decidida y controladora, pudiera albergar recuerdos similares y tal vez llevara cicatrices similares en su corazón.

—Cuéntame más sobre tu antigua escuela —la instó—. ¿Dónde está? ¿Cuándo te enviaron allí?

Ella volvió a dudar, lo que ahora él podía entender. Pero, por fin empezó a hablar:

—La escuela Pendergast está en Lancashire. Fui allí a la edad de nueve años, después de la muerte de mi padre. Los administradores de la escuela se enriquecían con las donaciones, dejando solo una miseria para operar la institución. Siempre nos faltaba carbón para el fuego. La comida era escasa y de pésima calidad. Los profesores estaban mal pagados y con exceso de trabajo, por lo que muchos de ellos descargaron su frustración con las niñas.

Sus palabras encendieron una llamarada de indignación dentro de Jasper, como siempre lo hacían la injusticia y el abuso. Podría haber desahogado esos sentimientos con algunos comentarios concisos, pero Evangeline Fairfax no le dio la oportunidad. Ahora que había comenzado a hablar, brotaron más palabras.

Quizás sintiendo la simpatía de Jasper, le habló de la humedad y el hacinamiento que habían engendrado enfermedades. Ella le habló del acoso, lo cual era una consecuencia deplorable de cualquier grupo que tuviera muy pocas necesidades satisfechas, en la vida.

—¡Eso es monstruoso! —Jasper gruñó, cuando ya no pudo contener su indignación—. Si alguna vez hubo una situación calculada para aplastar a los espíritus jóvenes, ese lugar vil así lo parece. ¿Cómo lograste salir tan bien?

Sus palabras parecieron liberar a la señorita Fairfax de las garras de sus oscuros recuerdos. Pero antes que pudiera responder, una pequeña voz se escuchó desde la dirección del dormitorio de sus hijos.

—¿Qué monstruos, papá? —preguntó Owen, mientras se frotaba el sueño de los ojos—. ¿Te estaba contando la señorita Fairfax un cuento de hadas?

—Algo como eso. —Jasper le hizo una seña a su hijo menor para que se acercara a él—. Afortunadamente, como en la mayoría de los cuentos de hadas, al final todo sale bien, gracias a la valentía y la bondad de la heroína.

Mientras hablaba, se le ocurrió cuántos cuentos de hadas eran historias de niñas, a menudo huérfanas, que tuvieron que superar grandes dificultades para conseguir el final feliz que tanto merecían. Evangeline Fairfax hizo que todos los ingredientes de una heroína de un cuento de hadas cobraran vida. Y él solo había oído el comienzo de su historia. Ahora Jasper ansiaba saber más, pero tendría que esperar.

Owen se acercó a la mesa y se subió al regazo de su padre.

—La señorita Fairfax cuenta buenas historias. ¡Me hacen ver imágenes en mi cabeza! Ella dice que eso se llama “maginación”.

Sin duda, su institutriz podía evocar imágenes dramáticas del sufrimiento de los personajes, basándose en su propia experiencia.

El niño se acurrucó en los brazos de Jasper y le preguntó a su institutriz:

—¿Podrías comenzar la historia de nuevo, por favor, para que pueda escucharla?

—Me temo que eso tendrá que esperar hasta la hora de acostarse. —La señorita Fairfax extendió la mano y acarició con cariño el cabello castaño dorado del niño—. Ahora, debo despertar a tus hermanos. Todos han dormido hasta tarde esta mañana.

Se levantó y se dirigió al baño de niñas con su acostumbrada compostura recuperada. Pero Jasper había vislumbrado a la oprimida alumna de caridad, que la señorita Fairfax mantenía tan bien escondida, tanto como al sobrecargado carretero, que lo representaba a él. Hubo algunos que podrían menospreciar a la dama por sus primeras desgracias, pero el conocimiento de lo que había superado solo aumentó la estima de Jasper.

* * *

Mientras despertaba a los otros niños para pasar el día y se refugiaba en la rutina familiar de la guardería, Evangeline intentaba llevar sus recuerdos de la escuela Pendergast a los rincones más profundos de su memoria. Aunque esas experiencias la habían ayudado a convertirse en la persona que era, y la habían impulsado a establecer una escuela mejor en su lugar, rara vez se permitía pensar en los recuerdos más oscuros de aquellos años arruinados.

Al ayudar a Emma y Rosie a vestirse para el día, recordó los vestidos monótonos y mal hechos que las alumnas de Pendergast se habían visto obligadas a usar, todos idénticos. ¿Qué había sido peor: la tela endeble que ofrecía poca protección contra el frío húmedo y penetrante, o la forma en que una uniformidad tan estricta buscaba sofocar cualquier destello de individualidad?

Viendo a los niños desayunar gachas con pasas rellenas, seguidas de huevos con mantequilla y muffins, Evangeline sintió náuseas al recordar unas gachas aguadas, que no tenían ningún sabor, a menos que el cocinero dejara que una parte se quemara hasta el fondo de la olla. Por poco apetecible que fuera, las había devorado para aliviar el dolor punzante que rara vez abandonaba su vientre.

Mientras los jóvenes Chase bromeaban con su padre, Evangeline se mostraba más indulgente que de costumbre con ellos, recordando los frecuentes castigos, que habían sido una forma de vida en la escuela Pendergast. La más mínima infracción de numerosas normas, a menudo contradictorias, merecía penas que iban desde azotes hasta estar de pie en una silla, durante horas, o la privación de comidas, ya de por sí inadecuadas.

Jasper Chase tenía razón. Había sido una situación calculada para quebrantar a los espíritus jóvenes.

Mientras lo veía intercambiar una sonrisa cariñosa con Emma y respondía pacientemente una serie de preguntas de Matthew, Evangeline se dio cuenta que el señor Chase realmente parecía entender lo que ella había soportado. Su indignación había sido tan tangible, que casi podía sentir su filo. De alguna manera, su irritación por el sufrimiento de ella alivió los sentimientos turbulentos que sus recuerdos provocaban.

Se dijo a sí misma que valdría la pena su angustia, si las cosas que le había contado a su empleador le hicieran entender por qué era tan vital para ella establecer una nueva escuela. Al mismo tiempo, sus recuerdos le reprochaban haberle permitido retrasar su misión tanto tiempo,

como ella lo había hecho. Había niñas, tal vez no mayores que Rosie, que sufrían las mismas dificultades que ella y sus amigas habían soportado, cuando ella podría haberlas evitado. Eso no fue culpa del señor Chase, sino de ella.

Evangeline salió abruptamente de sus pensamientos inquietantes y se encontró con que sus alumnos la miraban fijamente.

—¿Me has oído? —preguntó Matthew—. ¿Vamos a hacer otra salida hoy?

—Yo... no tengo idea —respondió ella—. Tendrás que preguntarle a tu padre sobre eso.

Alfie se volvió inmediatamente hacia el señor Chase.

—¿Podemos, papá? ¡Por favor! Fue muy divertido ir a pescar y volar cometas.

—¡Así fue! —El señor Chase estuvo de acuerdo. Pero, no estoy seguro que la pobre señora Gilman esté dispuesta a preparar un almuerzo campestre todos los días. ¿Por qué no nos quedamos hoy en casa, y buscamos formas de divertirnos aquí?

Los niños no pudieron ocultar su decepción, especialmente Rosie y los niños mayores. Pero cuando su padre les sugirió que jugaran al pall-mall y otros juegos al aire libre, se entusiasmaron aún más.

—¿Podemos salir a caminar, mientras papá, la abuela y los demás desayunan? —le preguntó Owen a Evangeline.

—Eso suena como una buena idea. Puedes traer tu cazamariposas, en caso que veamos algún ejemplar interesante. —Ella asintió

Un paseo rápido con los niños le vendría bien. El aire fresco de la mañana y el movimiento podrían ser justo lo que necesitaba para sacar sus pensamientos del lugar oscuro en el que habían caído.

Mientras los niños se apresuraban a prepararse para el paseo, el señor Chase se inclinó hacia ella y le habló en voz baja:

—Lamento haber sacado a relucir todo ese asunto sobre tu juventud. No tenía idea de cuán profundamente personal sería para usted establecer esta nueva escuela. Si lo hubiera sabido, habría intentado ayudarte en lugar de dar largas y poner obstáculos en tu camino.

Extendió la mano sobre la mesa y cubrió sus manos cruzadas con una de las suyas. Se sintió protector, pero comprensivo y alentador.

—Espero que puedas perdonarme.

—Por supuesto. —Tuvo que obligarse a pronunciar las palabras, no por renuencia a hacer lo que él le pedía, sino porque se le había hecho un nudo en la garganta—. Debería habértelo dicho hace mucho tiempo...

Quizás debió haberlo dicho. Pero nunca se le había pasado por la cabeza que a él le pudieran importar las circunstancias de su niñez. Además, nunca antes había confiado lo suficiente en nadie, como para revelar esta faceta vulnerable de su carácter, y mucho menos en su dinámico y exitoso jefe.

—Ojalá lo hubieras hecho. —Jasper Chase le dio unas palmaditas en las manos y luego le apartó la espalda—. Pero, ahora que conozco parte de tu historia, estoy ansioso por escuchar el resto. Te estaré esperando mañana por la mañana.

La idea de ese encuentro hizo que Evangeline quisiera huir tan rápido y lejos como pudiera llegar, en veinticuatro horas. Sin embargo, otra parte de ella apenas podía esperar a que llegara el día siguiente por la mañana.

* * *

Temprano, a la mañana siguiente, Jasper volvió a sentarse en la guardería, bebiendo una taza de

café fuerte y caliente, mientras esperaba que Evangeline Fairfax se reuniera con él.

Después de lo de ayer, no la culpaba, si se negaba a salir hasta que oyera a sus hijos moverse. Una cosa había sido aceptar darle lecciones de cortejo, pero él no esperaba que ella recordara las peores experiencias de su vida. En su lugar, él habría querido enterrar esos recuerdos, aún más profundamente. Sin embargo, allí estaba sentado, esperando que ella le contara más sobre el miserable pasado, que había dado forma a la mujer en la que se había convertido.

Su anticipación se había agudizado, cuando escuchó que la señorita Fairfax comenzaba a moverse silenciosamente en su habitación. Por fin salió, con un aire que mezclaba entusiasmo y desgano.

—Buen día. —Le sostuvo una silla—. No estaba seguro que me acompañarías esta mañana.

—Ni yo. —Ella se dejó caer en la silla—. Pero, no pude resistir el olor del café.

Jasper soltó una risita baja y retumbante, mientras volvía a sentarse y le servía una taza de la bebida amarga pero vigorizante.

—Es usted una mujer conforme a mi corazón, señorita Fairfax. ¡Espero que hayas dormido bien!

—Lo suficientemente bien. —Acercó la taza e inhaló el aroma que emanaba de ella. Luego tomó un sorbo y cerró los ojos, como para degustar el sabor—. Los niños lo pasaron genial ayer. Noté que logró una conversación más larga con la señorita Webster. Quizás no necesites lecciones de mi parte, después de todo...

Jasper negó con la cabeza.

—¡Todo lo contrario! La única razón por la que la señorita Webster habló conmigo fue porque seguí su consejo. Le pregunté a su padre sobre sus intereses y me dijo que tiene mucha afición a la música. Así que le pregunté si podría invitarnos a dar un recital alguna noche.

—¿Qué dijo ella a eso? —Evangeline Fairfax parecía menos cohibida, ahora que hablaban de la señorita Webster.

—Ella afirmó que se sentiría incómoda, siendo el centro de atención durante todo ese tiempo. Pero, ella sugirió que podríamos organizar un pequeño concierto, en el que todos tuvieran la oportunidad de actuar. ¿Qué opinas?

La señorita Fairfax pareció sorprendida que la consultaran, pero no dudó en dar su opinión:

—¡Parece una buena idea! Cuanto más oigo hablar de su señorita Webster, más me gusta. Creo que será una muy buena esposa para ti.

Él asintió distraídamente. Margaret Webster no era suya. Además, no era de la señorita Webster de quien quería hablar ahora.

—Me pregunto si los niños podrían participar. Sé que les has estado enseñando música y pensé que les gustaría entretener a nuestros invitados.

—De hecho, podrían hacerlo —ella respondió—. Avísame cuando decida realizar este concierto y haré todo lo que pueda para ayudar a la señorita Webster.

—¿Enseñaban música en tu antigua escuela? —Jasper aprovechó la oportunidad para volver a ese tema.

—Me preguntaba cuándo podrías indagar sobre eso. —La señorita Fairfax lo miró como a veces miraba a Alfie, cuando él se portaba mal, como si supiera que debía regañarlo, pero encontraba sus payasadas demasiado divertidas.

Jasper intentó imitar la encantadora sonrisa de su hijo.

—No pensaste que lo olvidaría, ¿verdad?

Ella apretó los labios, en un ceño fruncido, que él sintió que era difícil de mantener.

—Pensé que después de su conversación con la señorita Webster, tendría cosas más rentables en las que pensar.

—En la vida hay más que ganancias. —Las palabras surgieron por reflejo porque se las decía muy a menudo a los otros propietarios de fábricas de Manchester, quienes parecían considerar el sentimiento como una blasfemia—. Cuéntame más sobre cómo lograste escapar de esa miserable escuela con tu espíritu intacto.

—No quiero insistir en las dificultades de mi juventud —destacó Evangeline Fairfax, en tono firme—. Las dejé atrás hace mucho tiempo y ahí es donde quiero que se queden. ¡Me niego a darles el poder de molestarme más!

Él más que nadie debería entender eso, pero Jasper no pudo ocultar su decepción.

Quizás verlo tan claro en su rostro la hizo ceder un poco.

—Supongo que puedo decirle qué hizo que esas condiciones fueran soportables y qué me ayudó a superarlas. Fue mi fe y el apoyo de mis amigas. Cinco de nosotras nos unimos, tan unidas como hermanas. Cada uno de nosotras aportó alguna cualidad o habilidad especial al grupo, que nos enriqueció a todas, y nos hizo más fuertes juntas de lo que podríamos haber sido por nuestra cuenta.

Sus ojos adquirieron un brillo ferviente, mientras hablaba de sus amigas. Su relato fascinó a Jasper, que nunca había experimentado un vínculo tan fuerte, ni siquiera con Norton Brookes.

Se inclinó hacia adelante, con la barbilla apoyada en la palma de la mano.

—¿Qué tipo de cualidades aportó cada uno de ustedes al grupo?

El tenso ceño de la dama se suavizó. Estaba claro que necesitaba menos presión para hablar sobre esa parte de su pasado.

—Rebecca Beaton es inquebrantablemente leal. Podríamos contar con ella para alentarnos, cuando nuestro ánimo estuviera decaído. Leah Shaw siempre podía hacernos reír, sin importar lo sombrías que parecieran las cosas.

Jasper asintió con aprobación. Esos eran rasgos excelentes que debían poseer los camaradas, especialmente en tales circunstancias. Se alegraba que la joven Evangeline Fairfax hubiera sido bendecida con amigas así.

—Hannah Fletcher es concienzuda y capaz. —Su tono se volvió más cálido, mientras hablaba de sus amigas—. Ella estaría encantada de hacer cualquier cosa para ayudar a una de nosotras. Grace Ellerby es bondadosa y comprensiva. Siempre podríamos confiar en ella y saber que obtendríamos una buena respuesta.

—¿Qué pasa con Evangeline Fairfax? —él preguntó, cuando ella hizo una pausa—. ¿Qué aportó ella a este grupo de amigas? Algo igualmente valioso, estoy seguro...

La señorita Fairfax le lanzó una mirada dudosa.

—Las otras chicas me llamaron su “líder intrépida”, lo cual sospecho que era una forma amable de decir que era insoportablemente autoritaria.

Hace una semana, podría haber estado de acuerdo con ella. Pero en aquel momento Jasper no podía soportar que criticaran a Evangeline Fairfax... ni siquiera ella misma.

—El liderazgo implica mucho más que eso. Considero que es una cualidad tan valiosa y admirable, como esas otras que mencionaste.

Mientras tomaba otro sorbo de café, la señorita Fairfax lo miró con un aire de gratitud, que lo impulsó a él a agregar:

—El liderazgo adecuado inspira a un grupo con un propósito. Resalta las habilidades individuales de cada miembro y las une en una fuerza poderosa para el bien de todos.

—Haces que la calidad suene admirable.

—Porque lo es. Solo digo lo que creo que tus amigas dirían de ti. Creo que has hecho lo mismo por mis hijos. Ustedes han cultivado sus cualidades especiales y se han convertido en una verdadera familia, amorosa y leal entre sí. Por eso, todos tenemos una gran deuda contigo.

La señorita Fairfax bajó la mirada.

—Es muy amable de su parte decirlo, especialmente porque ha experimentado el otro lado de mi liderazgo: decidir qué es mejor para los demás e imponerles mi voluntad, incluso cuando no están de acuerdo.

Jasper se encogió de hombros con tristeza.

—No siempre es fácil para las personas reconocer qué es lo mejor para ellas. Mis hijos, por ejemplo, si tuvieran la opción, no comerían más que dulces y permanecerían despiertos toda la noche. Insistir en que se alimenten adecuadamente, mantengan horarios regulares y aprendan sus lecciones no es tiranía sino bondad, incluso si no siempre pueden reconocerlo como tal.

—Suenas mucho mejor cuando lo dices de esa manera. —La señorita Fairfax tomó la cafetera y sirvió lo que quedaba en las dos tazas—. Supongo que ser institutriz proporciona posibilidades para ejercer el liderazgo.

—Esa habilidad te convertirá en una excelente directora de tu escuela. —Jasper asintió

—Hablando de eso —ella replicó—. No debemos olvidar el motivo por el que viniste aquí esta mañana. He pensado un poco en qué otras lecciones podrían ser útiles para conquistar a la señorita Webster. Creo que el siguiente tema en el que deberíamos concentrarnos es contarle más sobre ti y las cosas que te interesan. Después de todo, ella querrá saber si eres el tipo de hombre con el que le gustaría pasar el resto de su vida.

—Supongo que eso es lógico. —Jasper podía adivinar a dónde podría llevarle esa lección, y era una dirección que hubiera preferido evitar.

Pero, ¿cómo podría resistirse, cuando la señorita Fairfax le había dejado entrever su doloroso pasado?

—¿Eso significa que usted estaría dispuesto a contarme sobre su extraordinaria fábrica de algodón y por qué es tan importante para usted operarla como lo hace? —ella preguntó.

—Dispuesto podría ser una palabra un poco fuerte para describirlo. —Se bebió lo último de su café—. Pero, creo que lo que es salsa para la oca es salsa para el ganso.

—¿Vamos a comer ganso? —Rosie cruzó corriendo el suelo de la guardería y saltó al regazo de su padre—. Pero, aún falta mucho para la Navidad.

—¡Así es! —Jasper abrazó a la niña con una risa estruendosa nacida tanto de alivio como de diversión—. Entonces, supongo que la gallina tendrá que esperar.

Mientras se inclinaba y frotaba la nariz de su pequeña hija, se dio cuenta de lo rápido que ella y los demás estaban creciendo. Sabía que la señorita Fairfax quería que pasara más tiempo con sus hijos para que no pareciera que sus años de juventud desaparecerían tan rápidamente.

Seguramente, le debía a ella explicar por qué no podía hacerlo.

Capítulo ocho

¿Por qué el señor Chase se mostraba reacio a hablarle de su fábrica?

Evangeline consideró las posibilidades, ese domingo por la mañana, mientras preparaba a sus alumnos para la iglesia.

Seguramente, no creía que ella desaprobaba sus innovaciones, como lo haría la altiva señorita Anstruther. Quizás fue la modestia lo que le hizo dudar a la hora de proclamar su admirable trabajo, aunque ella no lo creía así.

—Recuerden —advirtió a los niños, mientras hacía una inspección final de su apariencia, antes de partir hacia la iglesia—. Deben portarse lo mejor posible esta mañana para que sean un honor para su padre y su abuela.

—Lo intentaré. —Matthew suspiró—. Pero, es mucho tiempo estar sentado y sin nada que hacer.

Alfie asintió con la cabeza.

—Podrías intentar escuchar lo que dice el vicario. —Evangeline decidió tomar la precaución de no dejar que los hermanos se sentaran juntos, donde podrían incitarse mutuamente a hacer travesuras. En cambio, colocaría uno a cada lado de ella, donde podría vigilarlos de cerca—. ¿Por qué no lo convertimos en un juego? Después de la iglesia, haré tres preguntas sobre el servicio. Habrá un regalo especial para todos aquellos que puedan responder una o más correctamente.

—¿Puedo jugar yo también? —preguntó Emma—. ¿O el juego es solo para Alfie y Matthew?

—Todos ustedes son bienvenidos a jugar. —Evangeline acomodó el lazo en el sombrero de Emma y reflexionó sobre cuánto había crecido la niña desde que llegó por primera vez a Amberwood—. Sin embargo, creo que algunos de ustedes pueden encontrarlo menos desafiante que otros.

Emma y Owen intercambiaron una mirada significativa. Siempre estaban atentos y se portaban bien durante los servicios dominicales, mientras que los niños mayores se irritaban por la quietud y la solemnidad. Rosie permaneció bastante callada, pero solo porque observaba a los demás fieles para ver qué hacían y qué vestían.

Después de intentar alisar un mechón de cabello de Alfie, que insistía obstinadamente en levantarse, Evangeline dijo:

—¡Vamos! No hagamos esperar a los invitados de tu padre.

Se marcharon con Emma a la cabeza y sujetando la mano de Rosie. Los chicos mayores los siguieron, mientras Evangeline y Owen cerraban la marcha.

El señor Chase sonrió de orgullo cuando sus hijos aparecieron en el vestíbulo de entrada.

—Una familia muy hermosa, por así decirlo.

—De hecho lo son —coincidió la señora Thorpe—. Buenos días, queridos.

Los niños saludaron a su abuela con decoroso afecto, sin duda conscientes de la presencia de varios invitados. Evangeline se aseguró de llamar la atención de cada uno de sus alumnos, y de darles una discreta sonrisa o un gesto de aprobación.

—Ahora que estamos todos reunidos. —El señor Chase señaló hacia la puerta—. Creo que nuestros carruajes están esperando.

Alfie miró a su alrededor con el ceño fruncido.

—No todos están aquí, papá. ¿A algunos de ellos se les permitió faltar a la iglesia?

Su padre soltó una risita indulgente.

—Nadie se perderá nada. El señor Brookes salió hace algún tiempo porque nuestro vicario le pidió que lo ayudara con el servicio. Y como la mañana es tan agradable, la señora Dawson, la señorita Webster y la señorita Brookes decidieron caminar hasta la iglesia.

Alfie examinó a los invitados restantes y pareció satisfecho que todos estuvieran contabilizados.

—Está bien entonces. ¡Podemos ir!

Él parecía desconcertado cuando los mayores se rieron.

Mientras el grupo se dirigía a los carruajes, Jasper Chase miró a Evangeline por encima de la cabeza de su hijo y sonrió.

Con el vicario y tres de las damas por delante, los demás pudieron amontonarse en dos carruajes para el corto viaje. Los tres miembros mayores del grupo compartieron uno con Emma, Owen y Rosie. Evangeline tuvo el dudoso placer de meterse en el otro con el señor Chase, sus hijos mayores, la señorita Anstruther y la señorita Leveson.

En el camino a la iglesia, las damas competían entre sí para entablar conversación con su anfitrión. Cuando una lo lograba, la otra no ocultaba su enfado. Evangeline envidiaba sinceramente a las tres que habían insistido en caminar, aunque deseaba que la señorita Webster hubiera podido viajar con su grupo. Confinada en el carruaje, se habría visto obligada a conversar con el señor Chase. Evangeline podría haber observado qué podría estar haciendo mal. Luego podría aconsejarle cómo corregir su comportamiento en lecciones futuras.

Los carruajes pasaron junto al trío de caminantes, justo antes de llegar a St. Oswald. Los niños llamaron a las damas, quienes los saludaron y les respondieron.

Tan pronto como llegaron, las campanas de la iglesia comenzaron a sonar y todos se apresuraron a entrar. Evangeline se alegró de ver al señor Chase sosteniendo de la mano a sus dos hijos menores. Ella tenía a los dos niños mayores, mientras Emma acompañaba a su abuela.

La señorita Anstruther y la señorita Leveson parecían muy ansiosas por conseguir un lugar lo más cerca posible del señor Chase, pero Evangeline logró frustrarlas. Empujó a su jefe hacia el banco, en el que se había sentado la señorita Webster y luego ella, Alfie y Matthew se apretujaron para llenar el espacio restante.

Se imaginó las miradas indignadas dirigidas a ella, pero las ignoró. En cambio, se concentró en el señor Chase y la señorita Webster. Para su satisfacción, comenzaron una conversación susurrada por encima de la cabeza de Rosie, que se acurrucaba entre ellos. Desafortunadamente no tuvieron mucho tiempo para hablar, porque pronto comenzó el servicio religioso.

—No olviden nuestro juego —susurró Evangeline a los niños.

Su distracción funcionó tan bien que deseó haberlo pensado antes. Alfie y Matthew se concentraron en cada palabra del servicio como si sus jóvenes vidas dependieran de ello. Quizás también marcó la diferencia que uno de los clérigos estuviera invitado en su casa, quien había ido a pescar con ellos y los había ayudado a construir cometas.

Cuando llegó el momento de orar, Evangeline suplicó en silencio al Señor que impulsara sus planes, abriendo los ojos de Margaret Webster a todas las excelentes cualidades del señor Chase.

* * *

Estaba empezando a hacer algunos progresos con la señorita Webster, reflexionó Jasper, cuando se despertó temprano el lunes por la mañana con una inexplicable sensación de urgencia. Parte

de su éxito se debió a Evangeline Fairfax, quien se las arregló para que se sentara junto a la dama en la iglesia. Recordando sus lecciones de cortejo, había entablado una breve conversación con la señorita Webster sobre sus himnos favoritos.

Rosie también había hecho su parte. Apretada entre ellos, su pequeña hija había apoyado la cabeza en el brazo de la señorita Webster. Con frecuencia, durante el servicio, intercambiaba sonrisas con la dama. Al final, estaban tomados de la mano. Después, la señorita Webster le habló largamente sobre Rosie y los otros niños. Independientemente de lo que ella pudiera sentir acerca de él como pretendiente, Jasper intuyó que Margaret Webster no se opondría a convertirse en madrastra de cinco hijos.

Cuando volteó y descubrió que la señorita Fairfax los observaba, ella recompensó su éxito con una sonrisa de aprobación que lo calentó de pies a cabeza. Una oleada de gratitud surgió dentro de él por la paciencia que ella había mostrado el año pasado, soportando a sus hijos, a pesar de sus egoístas demoras. Ella podría haberle dado un aviso en cualquier momento, dejándolo para que luchara por encontrar un reemplazo, mientras se iba a fundar la escuela que tanto significaba para ella.

Al dirigirse a la guardería, a la mañana siguiente, Jasper deseó haber pensado en preguntar mucho antes por qué la escuela era tan importante para ella. Si lo hubiera hecho, habría descubierto que podía simpatizar con sus motivos mucho más que la mayoría de la gente. Entendió su imperiosa necesidad de purgar los males del pasado y tratar de corregirlos para el futuro.

Cuando llegó a la guardería, encontró a la señorita Fairfax esperándolo. Mientras tomaba sorbos de café, elogió su progreso con la señorita Webster y luego sugirió que continuaran con su siguiente lección.

Jasper asintió hacia la puerta.

—Si usted no tiene objeciones, pensé que podríamos llevar mis estudios al exterior, donde no habrá peligro que los niños escuchen.

Antes que ella pudiera protestar, él añadió:

—Le pedí a Jane que supervisara la guardería hasta que volviéramos. Estoy seguro que un paseo al aire libre nos hará bien a ambos.

—Parece que lo tienes todo arreglado. —La señorita Fairfax no parecía muy contenta que él se hiciera cargo de la situación sin consultarla—. Supongo que no hay nada que hacer más que ir a buscar mi sombrero.

Cuando regresó, Jane había venido a vigilar la guardería.

—No tardaremos —le dijo la señorita Fairfax—. Pero, puedes darles el desayuno a los niños, una vez que estén todos despiertos.

Jasper y ella apenas intercambiaron una palabra al salir. Se preguntó cuántos de los sirvientes notaban su paso, mientras realizaban silenciosamente sus tareas matutinas. Esperaba que este capricho suyo no expusiera a la señorita Fairfax a los chismes debajo de las escaleras.

Esos pensamientos se desvanecieron de su mente, cuando emergieron al campo verde y salpicado de rocío, típico del amanecer. Jasper inhaló una refrescante bocanada de aire matutino, y luego hizo una seña a la señorita Fairfax hacia el sendero que conducía al arroyo. No quería quedarse demasiado cerca de la casa, donde sus voces pudieran despertar a los invitados dormidos, o alguien pudiera mirar por la ventana y verlos juntos.

El camino era más estrecho de lo que había pensado. Por él podían caminar dos adultos, uno al lado del otro, pero a esa hora tenían que mantenerse muy juntos para evitar que las faldas y las botas se empañaran de rocío.

—¿Me vas a hablar de tu molino? —preguntó la señorita Fairfax—. ¿O simplemente me trajiste aquí para disfrutar del aire de la mañana?

Jasper se arriesgó a mirar a la institutriz solo para encontrar su mirada fija en el camino que tenía por delante.

—Estaba tratando de decidir cómo empezar.

—Sé que tu fábrica es más que una empresa comercial. —Su tono sonó casi acusador—. ¿Proporcionas alojamiento y comida a tus trabajadores?

—Les vendo comida. —Jasper tuvo cuidado de hacer la distinción—. Pueden comprarme a mí o en los almacenes, si lo prefieren, porque les pago en efectivo, no con miserables fichas. La mayoría de ellos compran los alimentos que les pongo a disposición porque la calidad es mejor y el precio es más barato que el que pueden encontrar en otros lugares.

—¿Fichas? —Evangeline Fairfax parecía desconcertada—. ¿Está usted diciendo que algunas fábricas no pagan a sus trabajadores en chelines y peniques?

Jasper asintió bruscamente.

—No solo en algunas, la mayoría... Pagan con fichas que no tienen valor fuera de los talleres y tiendas de la empresa. Los alimentos y productos que venden allí son de mala calidad y demasiado caros... así los propietarios pueden ganar más dinero con sus trabajadores.

Contemplar tal avaricia, a expensas de aquellos que trabajaron tan duro por tan poco, encendió una llamarada de justa ira dentro de Jasper.

—Una cosa que me niego a vender son bebidas alcohólicas. No impido que mis trabajadores las compren en otro lugar, si es necesario, pero me enorgullece decir que pocos lo hacen. La vida que tienen en New Hope Mills es lo suficientemente agradable como para que no estén dispuestos a buscar escape en un tarro de ginebra.

—¿Pienso que no todos los patronos son como usted! —La señorita Fairfax resopló indignada—. Sus trabajadores deben sentirse bendecidos de tener un empleador que se preocupa por su bienestar, como usted. ¿Cómo llegó a ser propietario de New Hope Mills? Dijiste que eras supervisor del señor Thorpe, cuando conociste a tu esposa.

—¿Así es! —El gran interés en su voz intensificó la inclinación natural de Jasper a hablar sobre el trabajo que era tan importante para él—. Me abrí camino hasta llegar a supervisor. El señor Thorpe era un buen empleador. Dirigía su fábrica mejor que la mayoría, y recompensaba el trabajo duro y la iniciativa. Después de casarme con su hija, lo convencí de hacer algunos cambios en la forma en que hacíamos negocios. Murió unos años más tarde y yo me hice cargo del molino. Fue entonces cuando construí viviendas para nuestros trabajadores y amplí mis esfuerzos para fomentar la templanza entre ellos. Mientras tanto, hice todo lo que estuvo a mi alcance para mantener la operación rentable para que otros propietarios vieran que es posible ganar dinero sin tratar injustamente a los trabajadores.

—¿Bien hecho! —dijo la señorita Fairfax—. Muy bien hecho, por cierto.

Cuando Jasper la miró, la sorprendió viéndolo con ojos brillantes. Estaba tan acostumbrado a que lo ridiculizaran por sus ideas radicales que su obvia admiración lo hizo sentirse un pie más alto. Sin embargo, le preocupaba pensar que lo que estaba haciendo debería considerarse como extraordinario.

—No es más que lo que debería hacer cualquier empleador si tiene conciencia. Nadie que vea las condiciones laborales en la mayoría de las fábricas de Manchester puede creer que así debe ser la vida.

—Ojalá me hubieras dicho todo esto hace mucho tiempo. —Los pasos de la institutriz se desaceleraron—. No habría sido tan crítica con el tiempo que pasaste fuera de casa, si hubiera

sabido que usted tiene un propósito mucho más elevado que simplemente hacer fortuna.

Alivió su conciencia al saber que ella comprendía la importancia de lo que él estaba tratando de hacer, y comprendía los sacrificios que estaba obligado a hacer en su vida familiar.

—Supuse que ya usted debía haber sido informada por mi esposa o su madre. Usted y yo nunca hemos tenido mucho tiempo para hablar de otra cosa que no sean los niños.

—¡Eso es cierto!

Siguieron caminando en silencio, durante unos momentos, y luego la señorita Fairfax volvió a hablar:

—¿Qué te hizo preocuparte tanto por mejorar las vidas de tus trabajadores?

Ahí estaba la pregunta que él sabía que ella haría. Aquella que no quería que sus hijos le oyeran responder. Si Evangeline Fairfax no le hubiera confiado sus terribles experiencias en la escuela Pendergast, Jasper no estaba seguro de poder haberle respondido ahora. Pero ella había confiado en él y él debía devolverle el favor.

—Toda mi familia trabajaba en una fábrica de algodón, cuando yo era niño. Era una vida dura, pero era todo lo que conocíamos. Tuvimos la suerte de no tener más bocas que alimentar y que mi padre no era un borracho. Quería una vida mejor para mí, así que me envió a una escuela sabática dirigida por Parson Ward.

Ya habían llegado al arroyo. El suave murmullo del agua tranquilizó a Jasper, permitiéndole hablar sobre el peor día de su vida.

—Cuando yo tenía la edad de nuestra Emma, hubo un incendio en el molino. Con toda la pelusa de algodón flotando, el aire mismo pareció estallar en llamas. Mamá corrió a buscar a mi hermana Rose y papá me agarró. Era un caos: todos se pisoteaban, unos a otros, en un pánico ciego por salir. Las puertas pronto se llenaron de cadáveres. Papá me levantó y me arrojó por encima de las cabezas de la multitud. Sabía que si perdía el equilibrio me atropellarían y aplastarían. De alguna manera, logré salir con vida...

Su voz se apagó, su garganta estaba tan ahogada como las puertas de ese molino en llamas. En lugar de aire fresco del campo, olía a infierno sulfuroso. Le escocieron los ojos y comenzaron a lagrimear, como si fuera por el humo espeso y las brillantes olas de calor que consumían todo a su paso.

—¿Tus padres? —Evangeline Fairfax, murmuró mientras sus pasos se hacían más lentos—. ¿Tu hermana?

Jasper solo pudo negar con la cabeza y luchar por mantener la compostura.

La señorita Fairfax lo apoyó, al continuar hablando:

—Ahora entiendo por qué no querías que tus hijos nos escucharan. Lamento haberte devuelto todo esto. ¡No debería haber husmeado en tu pasado!

—¡No! —La negación surgió de Jasper—. Mereces saberlo después de lo que me dijiste sobre el tuyo. No puedo fingir que disfruté reviviendo esos recuerdos, pero en cierto modo, eso es un alivio, como abrir la válvula de un motor para reducir la presión que se acumula en su interior.

—Tendré que confiar en tu palabra. —La señorita Fairfax intentó aligerar el ambiente, lo que Jasper agradeció—. Soy lamentablemente ignorante sobre todo lo que tenga que ver con maquinaria. Pero, entiendo lo que quieres decir con sensación de alivio. Yo también lo he sentido desde que hablé contigo. Quizás poner en palabras las peores cosas nos da un poco de poder sobre ellas. Nos recuerda que hemos sobrevivido y nos hemos fortalecido en el proceso...

—Tal vez. —Su explicación parecía tan razonable como cualquier otra cosa.

Por acuerdo tácito, dieron media vuelta y regresaron a la casa. Los niños probablemente

estaban despiertos y sentían curiosidad por la ausencia de su padre y la institutriz.

—¿Qué fue de ti, después del incendio? —La preocupación en la voz de la señorita Fairfax era inconfundible. Sabía lo que le podía pasar a un niño huérfano. Sin duda, también se dio cuenta de que su experiencia, por difícil que hubiera sido, no era lo peor que podía pasar. ¿Se imaginaba a Matthew o Alfie en esa situación?

Jasper quería tranquilizarla.

—Tuve suerte. Parson Ward me acogió temporalmente. Cuando descubrió que no tenía otra familia, me adoptó y me educó con Norton Brookes y varios otros niños de nuestra edad. Algunos podrían decir que la muerte de mis padres me trajo una vida mejor y un futuro más brillante del que ellos podrían haberme brindado, si hubieran vivido. Pero daría cualquier cosa por haber podido evitar ese incendio.

—Por supuesto que lo hubieras hecho. —Evangeline Fairfax parecía entenderlo, como pocos podían comprenderlo.

Jasper deseó haber hablado de todo esto con ella hace mucho tiempo.

—Cuando terminé mis estudios, comencé a trabajar para el señor Thorpe. Me uní a la sociedad filosófica y literaria, y a un comité de la junta de salud. Allí conocí a Robert Owen y otras personas deseosas de promover mejoras en la seguridad y las condiciones laborales en la industria algodonera. Sentí que le debía a mi familia hacer lo mejor que pudiera para cambiar las cosas.

Observó la forma en que la señorita Fairfax asentía. Transmitía más que un simple acuerdo. Le aseguró su simpatía por sus ideales. Desde que su amigo Robert Owen partió hacia Escocia, Jasper no había sentido tanta afinidad con otra persona con respecto a este importante aspecto de su vida.

—Deberías decírselo a tus hijos —sugirió Evangeline Fairfax—. No sobre el incendio, por supuesto, sino sobre New Hope Mills: por qué lo operas de la forma en que lo haces y por qué es un trabajo tan importante.

Con cualquier otra persona, Jasper habría estado en total desacuerdo. Pero con Evangeline Fairfax no pudo, porque sabía que ella creía en su trabajo y amaba a sus hijos.

—¿Por qué dices eso? —preguntó—. Tú y yo aprendimos desde muy pequeños lo duro que puede ser el mundo. Quiero proteger a mis hijos durante el mayor tiempo posible. Ese es el otro objetivo por el que he trabajado tan duro.

—Ahora lo sé. —Parecía arrepentida, pero decidida a persuadirlo—. No es solo del ruido, la aglomeración y el humo de Manchester de lo que quieres protegerlos. ¡Así es como mucha gente se ve obligada a vivir! Pero, ¡tus hijos deben aprenderlo algún día! Si entienden lo que estás tratando de hacer y por qué, puede que no les importe tanto que tengas que pasar tanto tiempo fuera de casa.

Jasper no podía negar la verdad de lo que la señorita Fairfax había dicho y eso le preocupaba.

—¿Piensan mis hijos que no los quiero, que quiero estar lejos de ellos con tanta frecuencia?

Su institutriz conocía a sus hijos mejor que nadie. Se había mostrado dispuesta a decir lo que pensaba, especialmente en lo que se refería a su bienestar. Jasper confiaba en que ella le diría la verdad sin importar lo difícil que le resultara escucharla.

—Ellos saben que los amas. —La señorita Fairfax calmó uno de sus mayores temores—. Nadie que te vea con ellos puede dudarlo. Pero, hay ocasiones en las que temo que se culpan a sí mismos o a otros por tus largas ausencias. Se preguntan si ellos se portaran mejor o fueran una compañía más entretenida, usted estaría dispuesto a pasar más tiempo en casa.

Aunque sus palabras fueron ofrecidas en un tono de gentil compasión, las mismas traspasaron el corazón de Jasper a una profundidad peligrosa. Esto fue peor de lo que había temido. Preferiría que sus hijos lo consideraran un mal padre, incapaz de amarlos como se merecían. No podía soportar que dudaran o se culparan por sus ausencias.

—Nunca se me ocurrió que pudieran sentirse así. —Sus hombros cayeron—. Tiene razón, señorita Fairfax. Debo hablar con los niños inmediatamente y tratar de hacerles entender. ¿Me ayudarás?

—¿A mí? —Su paso se tambaleó ligeramente, como si se hubiera atrapado el pie en un terreno irregular—. ¿Qué puedo hacer?

Jasper extendió la mano para estabilizarla, pero ella evitó su mano de manera intencional. Ella podría estar dispuesta a ayudarlo, pero estaba claro que le resultaba sumamente difícil aceptar la ayuda de los demás. ¿Podría ser eso una consecuencia de sus años escolares, cuando la habían llamado a ser una fuente de fortaleza y liderazgo para sus amigas?

—Espero que pienses en algo —respondió—. Conoces muy bien a mis hijos. Si encontramos una manera de explicarles la importancia de mi trabajo, tal vez eso les ayude a entender por qué usted también está obligada a dejarlos, cuando llegue el momento.

Había pensado que ella comprendería su razonamiento y aprobaría la idea. No esperaba que la señorita Fairfax se estremeciera y dejara escapar un grito ahogado, como si él la hubiera golpeado.

* * *

Jasper Chase no era un hombre cruel. De hecho, él era todo lo contrario. Incluso cuando Evangeline había cuestionado en privado su compromiso con la paternidad, nunca había dudado de su bondad básica.

Ahora, cuando regresaban a la casa, después de su paseo matutino, supo que él no tenía intención de angustiarla. Pero cuando habló de su partida y de cómo la misma podría afectar a los niños, sus palabras parecieron dejarla sin aire.

Intentó decirse a sí misma que él estaba equivocado. Por supuesto, sus hijos lamentarían verla partir, pero no se sentirían responsables de su decisión de irse. ¿Lo harían?

—¿Se encuentra bien, señorita Fairfax? —Esta vez, cuando el señor Chase extendió la mano para estabilizarla, Evangeline estaba demasiado preocupada por los niños como para rechazarla—. Es la segunda vez que usted pierde el equilibrio. Quizás no debería haberte arrastrado a dar un paseo, antes del desayuno. Espero que perdone mi desconsideración.

—¡Tonterías! —Ella sacudió la cabeza y trató de ignorar la agradable sensación de esa mano en su brazo—. En el pasado, trabajaba mucho a primera hora de la mañana y nunca me sentía peor por ello. Estoy segura de que tú también debes haberlo hecho.

Se lo imaginó trabajando en el suelo de una fábrica de algodón a la edad en que ella hacía las tareas domésticas en las habitaciones húmedas y frías de la escuela Pendergast. Nunca había sospechado que los dos pudieran tener tanto en común. Por su bien, deseó que no hubiera sido así.

—Eso es bastante cierto —él replicó en un murmullo arrepentido—. Entonces, ¿qué te hizo vacilar? ¿Acaso fue el hambre?

Una parte de ella quería inventar alguna otra excusa, cualquier cosa menos la verdad, que Jasper Chase pudiera utilizar para persuadirla de quedarse en Amberwood. Después de haber intercambiado confidencias tan dolorosas con él recientemente, ahora era difícil ser menos sincera.

—Si quieres saberlo, fue lo que dijiste acerca de decirles a los niños que me iré. Nunca pensé que pudieran culparse a sí mismos. Fue un shock, pero me he recuperado. Soy capaz de caminar el resto del camino sin ayuda.

—Por supuesto. —El señor Chase le soltó el brazo un dedo a la vez, como si hacerlo requiriera algo de esfuerzo.

Una vez que su mano rompió el contacto con su brazo, la dejó caer a su costado y emprendió el regreso hacia la casa. Evangeline se apresuró a alcanzarlo y se preparó para que él aprovechara su reticente confesión. Para su sorpresa, no lo hizo.

—No necesitamos mencionar tus planes hasta que se acerque el momento. Pero me gustaría hablar con los niños sobre mi situación lo antes posible. Una vez que terminemos de desayunar, deberíamos hablar con ellos juntos. Le explicaré sobre mi trabajo en New Hope Mills lo mejor que pueda. Detenme cuando creas necesario para ayudarlos a comprender mejor. ¿Puedes hacer eso por mí?

—Estoy segura que Matthew te interrumpirá con muchas preguntas, pero, yo haré mi parte. —Evangeline asintió.

—Gracias. —Jasper Chase captó su mirada, que ella había estado tratando de evitar—. Sé que puedo confiar en ti.

No había ningún cumplido máspreciado que pudiera hacerle. Evangeline apartó la mirada rápidamente, pero no pudo ocultar su satisfacción.

Mientras se acercaban a la casa, a punto de entrar por la entrada lateral más cercana a la guardería, se encontraron con el señor Brookes al salir, acompañado por Verity Dawson. Ambas parejas se sobresaltaron y luego fingieron que no lo habían hecho.

—Más madrugadores disfrutando del aire de la mañana, ¡excelente! —El tono cordial del vicario sonó hueco.

—De hecho lo es —replicó el señor Chase, como si no hubiera nada inusual en que se encontraran así—. Si te diriges hacia el río, mantente en el camino porque el pasto está muy mojado en este momento.

—Quizás deberíamos limitar nuestro paseo al carril. —La sonrisa forzada del vicario parecía todo menos feliz—. ¿Le parece bien, señora Dawson?

—¡Perfectamente! —La respuesta de la señora fue apenas audible. Su mirada cambiante la hacía parecer tan culpable, como si el señor Brookes y ella hubieran sido sorprendidos cometiendo un robo en la carretera.

—¡Disfruten su paseo! —El señor Chase le dio paso a Evangeline. Claramente, estaba tan ansioso, como su amigo, por poner fin a esta incómoda reunión—. ¡Los veré en el desayuno!

Mientras los otros dos se alejaban, a toda prisa, Evangeline dudaba que alguno de ellos mencionara su encuentro matutino durante el desayuno. El señor Chase y ella no hablaron más de camino a la guardería. Pero cuando pasaron junto a un espejo en el pasillo, ella se quedó consternada al vislumbrar una expresión furtiva en su rostro, idéntica a la de Verity Dawson.

No tenía motivos para avergonzarse, protestó su conciencia. Ella solo estaba hablando de sus alumnos con su padre. Sin duda, la señora Dawson y el señor Brookes tenían una razón igualmente inocente para dar un paseo temprano juntos. Sin embargo, su reacción sugirió que podrían tener algo que ocultar.

¿El vicario y Verity Dawson sospechaban lo mismo del señor Chase y ella?

Capítulo nueve

—¿Dónde han estado? —preguntó Matthew, cuando su padre y la institutriz regresaron a la guardería.

Los niños estaban agrupados alrededor de la mesa desayunando. Los cinco levantaron la vista con expresiones que hacían eco de la pregunta de Matthew.

—Jane no nos dijo a dónde fueron —protestó Alfie.

—Yo tampoco lo sabía —aclaró la niñera.

—Estábamos preocupadas. —El silencioso reproche de Emma golpeó duramente a Jasper.

—Eso no era necesario. —La señorita Fairfax apoyó las manos sobre los hombros de Emma en un gesto de tranquilidad—. No podríamos meternos en ningún problema en Amberwood... al menos no sin la ayuda de Alfie.

Los niños se rieron de eso, y Alfie fue el que se rió más fuertemente. La tensión que Jasper había sentido en la habitación disminuyó.

—Tu padre y yo teníamos algunos asuntos que discutir —explicó la señorita Fairfax—. No queríamos que nos interrumpieran ni despertarlos, así que salimos. Espero que no se hayan comido toda la papilla. Nuestro paseo me ha abierto el apetito y supongo que tu padre también tiene hambre.

—Ahora que lo mencionas, lo estoy... —Jasper intentó infundir en su voz la gratitud que sentía. Su actitud tranquila y afectuosa parecía haber aliviado los temores de sus hijos.

Se dejó caer en una silla entre Alfie y Rosie, mientras la señorita Fairfax se sentaba entre Matthew y Owen. Ella sirvió una generosa ración de gachas en un cuenco y se la pasó.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó Matthew.

Jasper negó con la cabeza.

—No lo había pensado. El clima parece bueno, así que tal vez algo al aire libre. ¿Tienen alguna sugerencia?

Apenas las palabras salieron de su boca, cuando su hijo respondió:

—¿Podríamos dar un paseo en bote por el río, como lo hicimos el verano pasado?

Los hermanos de Matthew rápidamente respaldaron la idea.

Jasper consideró la sugerencia de su hijo.

—Eso requerirá un poco de planificación para acomodar a todos nuestros invitados. Pero tan pronto como pueda arreglarlo, nos iremos.

Los niños parecieron satisfechos con eso.

—La feria parroquial es el sábado —dijo Emma—. ¿Podemos ir?

—¡Por favor, papá! —Rosie le dirigió su mirada más atractiva—. ¡Es muy divertida!

Jasper sonrió a sus hijas.

—Eso suena como una buena idea.

Los niños aplaudieron.

Para entonces todos habían terminado su desayuno. Jasper se apresuró a limpiar su cuenco.

—Antes de hacer cualquier otra cosa, hay algo de lo que me gustaría hablar con ustedes.

—¿Qué pasa, papá? —Por una vez, Rosie se le adelantó a Matthew en la pregunta.

Jasper vaciló. El instinto paternal lo impulsó a proteger a su hija menor, como la delicada flor que le dio nombre, de la plaga de la dura realidad. Miró a Evangeline Fairfax, cuyos vívidos rasgos irradiaban aliento.

—¿Por qué no se sienta en la silla, señor? —Ella señaló con la cabeza un gran sillón tapizado, junto a la chimenea de la guardería, donde a menudo se sienta a leerles a sus alumnos—. Los niños pueden reunirse a tu alrededor.

—¡Esa es una idea excelente! —Jasper tomó a Rosie en sus brazos y la llevó a la silla. Se sentó con su pequeña hija sobre sus rodillas.

Los demás lo siguieron. Matthew y Emma estaban a ambos lados de la silla, mientras que Alfie y Owen se sentaban en un taburete frente a ella. Todos lo miraron expectantes.

—Se trata de mi molino. —Buscó las palabras adecuadas—. Nuestro molino, debería decir...

La señorita Fairfax pensó que él debería saber más al respecto.

—¡Verán! Se gestiona de manera bastante diferente a otras fábricas de algodón en Manchester.

Repitió algo de lo que le había dicho a su institutriz sobre los peligros y las dificultades que enfrentaban los trabajadores textiles, incluidos muchos niños de su edad.

Mientras hablaba, los niños respondieron de diferentes maneras según sus temperamentos. Matthew comenzó a inquietarse. Los ojos de Alfie brillaron. Emma y Owen lo miraron en silencio pensativo. Rosie empezó a chuparse el dedo. Parecía desconcertada, como si Manchester fuera un lugar muy extraño que no pudiera entender. Sin embargo, en otros aspectos sus hijos estaban completamente de acuerdo: su simpatía por los trabajadores y su indignación, ante las injusticias. Se hizo eco de los sentimientos de Jasper y conmovió su corazón. Nunca se había sentido tan cerca de sus hijos. Sintió un vínculo que unía a la familia, que había perdido hacía tanto tiempo.

—¡Eso no está bien! —Alfie estalló por fin, como si la indignación que se gestaba en su pequeño y cálido corazón ya no pudiera contenerse—. Esos niños deberían jugar y aprender como lo hacemos nosotros, no trabajar todo el tiempo.

Con la mayor delicadeza que pudo, Jasper explicó cuántas familias necesitaban los pequeños salarios de sus hijos para poder salir adelante. Les dijo que algunos asistían a escuelas sabáticas, como él lo había hecho.

La señorita Fairfax había ayudado a Jane a recoger la mesa del desayuno, pero ahora se había reunido con la familia. Se dejó caer en el suelo junto al taburete y rodeó a Alfie con el brazo.

—Hábleles de New Hope Mills, señor, y de todo lo que ha hecho para mejorar las vidas de las personas que trabajan para usted. Estoy segura que estarán muy interesados y muy orgullosos.

Los niños asintieron y murmuraron su acuerdo. Todos se fijaron en él con miradas de admiración y cariño.

Jasper les contó cómo había abolido el pago con fichas, además de construir mejores viviendas para sus trabajadores. Los niños parecían más interesados en escuchar acerca de las actividades recreativas que ofrecía, desde eventos deportivos hasta conciertos y una pequeña biblioteca que presta los libros.

Rosie se quitó el pulgar de la boca.

—Me gustaría ir a un concierto. ¿Me llevarás a Manchester la próxima vez que haya uno, papá?

Antes que pudiera responder a su pregunta, el resto clamaba por ir también.

Jasper le lanzó a su institutriz una mirada que pedía su ayuda.

Ella no le falló.

—No necesitarás ir hasta Manchester para ver un concierto, Rosie. A la señorita Webster le

gusta mucho la música y su padre le ha pedido que organice un concierto aquí en Amberwood. ¡Espero que todos participen en ello!

—¡Lo haré! —Rosie saltó emocionada sobre la rodilla de Jasper—. Quiero cantar esa canción sobre el pajarito.

Los chicos se apresuraron a sugerir piezas que podrían interpretar y pronto todos estaban hablando sobre el concierto. La idea de visitar Manchester parecía haber sido olvidada, por lo que Jasper estaba profundamente agradecido.

Cuando los niños la dejaron hablar, la señorita Fairfax sugirió que fueran a la sala de música y practicasen, mientras su padre acompañaba a sus invitados para desayunar.

—Antes que se vayan —dijo Jasper, recordando el propósito de esta charla—. Hay una cosa más que me gustaría decirles.

Se callaron y le prestaron toda su atención una vez más.

Jasper miró el rostro de cada querido joven, tratando de transmitirles su punto.

—No es una tarea fácil administrar New Hope Mills, como lo hago y al mismo tiempo gano dinero con ello. Pero, creo que es un trabajo importante que es necesario hacer.

Alfie asintió enfáticamente, mientras los demás murmuraban su acuerdo.

—Es por eso que debo pasar tanto tiempo en Manchester —continuó Jasper—, cuando sería mucho más agradable estar aquí con ustedes.

Los niños parecieron aceptar su explicación, decepcionados por lo que significaba para ellos, pero entendiendo la necesidad. Jasper se felicitó a sí mismo.

Entonces Owen habló:

—Creo que deberíamos irnos a vivir contigo a Manchester, papá. Entonces podrías vernos todo lo que quieras, y podremos ayudarte con tu trabajo.

Alfie y Matthew estuvieron de acuerdo rápidamente, al igual que Rosie. Emma parecía dividida ante la elección entre dejar su amado hogar y ver más a su padre.

—Esa es una oferta muy amable, hijo. —Una vez más, Jasper apeló en silencio a la señorita Fairfax para que lo rescatara—. Pero, Manchester no es un lugar tan agradable como el Valle del Edén. Y además... ¿qué haría tu abuela sin ti?

—Ella podría venir a visitarnos —dijo Alfie.

—Y todos podríamos venir a Amberwood para Navidad y verano —añadió Matthew.

—Supongo... pero... —La desesperación se apoderó de Jasper por el cuello—. Quizás cuando seas mayor... Señorita Fairfax, dígales a los niños por qué es mejor que se queden aquí en Amberwood.

Esperó con confianza a que ella lo ayudara.

En lugar de eso, le dio una palmada en el hombro a su hijo menor.

—Creo que es una idea maravillosa. ¡Bien hecho, Owen!

Su respuesta golpeó a Jasper como un cuchillo entre los omóplatos. Después de años de respetuosa tolerancia, pensó que los dos finalmente se habían convertido en aliados. ¿Cómo pudo Evangeline Fairfax haber elegido este momento crítico para traicionarlo?

* * *

—¿Qué te impulsó a fomentar esa loca idea que mis hijos se mudaran a Manchester? —Jasper Chase miró a Evangeline desde detrás de su escritorio, unas horas más tarde.

Ella había sentido que su empleador no estaba contento con ella, después de su conversación con sus hijos, pero no habían tenido oportunidad de discutir el asunto hasta que él la llamó desde la sala de música a su estudio. Su rostro tenía un tono lívido y cada rasgo estaba

tan tenso, que parecía como si algo fuera a romperse.

—No creo que sea una idea descabellada en absoluto. —Evangeline se esforzó por calmar al señor Chase, hablando en tono tranquilo—. Owen es un chico extraordinariamente sensato para su edad. Creo que a usted y a los niños les vendría bien vivir como una familia, en lugar de recibir visitas ocasionales. Dado que tiene un trabajo importante que requiere su presencia en Manchester, tiene sentido que estén con usted.

Le desconcertaba por qué él no podía entender eso y por qué la sola idea parecía enfurecerlo.

Él respiró hondo e hizo un evidente esfuerzo por mantener la compostura.

—Después de nuestra charla de esta mañana, pensé que lo habías entendido. Una gran ciudad industrial no es un lugar adecuado para formar una familia joven. Mis hijos están mejor aquí en el campo.

—¿Es por ellos? —Aunque intentó mantener la calma, Evangeline sintió que se enojaba.

Sintió también algo más que la consternó. Desde que llegó a Amberwood, su actitud hacia Jasper Chase había sido, en el mejor de los casos, de cautelosa neutralidad, aunque había trabajado duro para ocultárselo a los niños. Como consecuencia, se había sentido libre de decirle lo que quisiera, sin importar si él quería escucharlo. Sin embargo, en un tiempo peligrosamente corto, su actitud había sufrido un cambio drástico. Había llegado a admirar a su empleador y a simpatizar con él. Como consecuencia, a ella sí le importaba que él estuviera enojado con ella. Pero, ¿por qué debería estarlo? Ella solo quería lo mejor para él y sus hijos... y su nueva esposa. Seguramente, la dama esperaría ver a su marido más a menudo de lo que le permitía la distancia entre Amberwood y Manchester.

No obstante, aunado a esto, la imagen de la familia Chase con Margaret Webster en el centro ya no atraía a Evangeline tanto como antes.

Esas emociones confusas y exacerbadas la hicieron perder el equilibrio, poniéndola a la defensiva.

—¿Están mejor sus hijos separados de su padre? Los escuchaste esta mañana. Se preocupan por tus trabajadores y quieren ayudar. Si realmente usted desea que su trabajo continúe y se difunda, creo que tiene mucho más que esperar de sus hijos, que de los demás propietarios de fábricas. Pero, debes actuar pronto para involucrar a los niños, antes que comiencen a resentirse por tu trabajo como rival por tu atención.

Sus argumentos no influyeron en Jasper Chase, excepto quizás en la dirección opuesta. Sus cejas oscuras y pobladas se juntaron sobre unos ojos centelleantes. Una mano poderosa cortó el aire, exigiendo su silencio.

—¡Ya es suficiente, señorita Fairfax! Como estás decidida a abandonar a mis hijos, has perdido el derecho a opinar sobre cómo decido criarlos. De ahora en adelante, le agradeceré que no los animes a pensar que deberían vivir conmigo en Manchester.

Sus palabras se clavaron en el corazón de Evangeline del mismo modo que los interruptores de sus maestros le habían mordido las manos. Se encontró vulnerable a las críticas de Jasper Chase, como nunca antes lo había sido. Le desconcertaba por qué debería ser así. Una cosa que sí sabía era que no podría soportarlo.

Inclinó la barbilla y puso rígida la columna, deseando ser capaz de hacerse físicamente más alta.

—¡Eres muy bueno para hablar que abandonaré a tus hijos! He estado con ellos, día y noche, durante los últimos seis años, cuidándolos cuando estaban enfermos... consolándolos cuando estaban tristes o asustados... Usted solo volvía a casa el tiempo suficiente para llevarlos a

salir y jugar. Su trabajo en Manchester es importante, pero sus hijos necesitan saber que usted estará con ellos tanto en los buenos como en los malos momentos.

—¡Quiero evitarles malos momentos! —Su mano cayó sobre el escritorio con fuerza atronadora—. ¿No puedes ver eso? ¡Quiero protegerlos de la miseria, la fealdad y la miseria de la misma manera que mi padre me protegió a mí del humo y las llamas a costa de su propia vida!

El dolor de ese recuerdo pareció drenar el poder de su ira, incluso de la misma manera que un fuego absorbía todo el aire de una cámara cerrada. Sus hombros se hundieron y sus ojos se oscurecieron con toda una vida de lágrimas no derramadas.

—Estar lejos de mi familia me cuesta más de lo que usted imagina, señorita Fairfax. ¡Quizás por eso quiero que el tiempo que pasemos juntos sea lo más feliz posible!

La pena y el arrepentimiento de Jasper Chase afectaron a Evangeline de una manera que su hostilidad nunca podría hacerlo. Fluyó bajo sus defensas, debilitando los cimientos hasta que amenazaron con desmoronarse. ¿Tendría más éxito en llegar a él si cambiara su enfoque?

Haciendo un esfuerzo consciente por suavizar su voz, ella preguntó:

—¿Podría ser que te sientes impulsado a proteger a la familia que tienes ahora porque no pudiste proteger a la que perdiste?

Ella no lo dijo como una acusación, más bien como una posible idea de sus acciones.

Jasper Chase no respondió su pregunta con el ánimo esperado. Su cabeza se echó hacia atrás, como si le hubieran dado un fuerte golpe. Él la miró con una mirada profundamente agraviada.

—Le agradeceré que no especule sobre mis motivos, señorita Fairfax. He tratado de hacer lo mejor que puedo por mi familia, y al mismo tiempo, me esfuerzo por marcar una diferencia positiva en las vidas de personas a las que pocos prestan atención.

Evangeline intentó reunir las palabras para asegurarle que no cuestionaba sus sentimientos por sus hijos ni la vital importancia de su filantropía. Pero la mirada de miseria grabada en sus rasgos atrevidos y atractivos le paralizó la lengua. Sus palabras habían sembrado el dolor en esos ojos y en aquel corazón. Ella temía empeorar las cosas, si decía algo más.

El señor Chase exhaló un profundo suspiro.

—Quizás usted tenga razón al creer que es imposible realizar un trabajo importante y criar una familia adecuadamente. No tengo más remedio que intentarlo. Si tienes algún respeto por mí o amor por mis hijos, por favor haz lo que te pido. Ya sea que ellos o usted se den cuenta... mi familia está mejor aquí.

¡Por supuesto que ama a sus hijos! Evangeline se enfureció ante la mera sugerencia que sus sentimientos pudieran ser diferentes. Aunque su respeto por él había aumentado tanto durante los últimos diez días que casi podría confundirlo con un sentimiento completamente diferente.

—Por favor, señor... —¿Podría hacerle entender cuando no estaba segura de entenderse a sí misma? Durante demasiado tiempo, ella había cuestionado sus sentimientos hacia su familia. Pero ella se había equivocado. Ahora que conocía su trabajo y su pasado, había empezado a valorar a Jasper Chase, como él lo merecía. Eso no significaba que estuviera equivocada acerca de la importancia que él pasara más tiempo con sus hijos.

—Creo que ya ha dicho suficiente, señorita Fairfax. —Se alejó de su escritorio y se paró frente a la ventana. Allí se inclinó para mirar hacia afuera—. Probablemente, yo también he dicho demasiado... Si no le resulta posible complacerme, tal vez debería considerar abandonar Amberwood, antes de lo que hablamos.

¿La amenazó cortésmente con despedirla, si ella se negaba a obedecerlo? Evangeline no podía decidir si estaba más agraviada o indignada. De repente, su cabeza se sintió demasiado

apretada para contener sus furiosos pensamientos, al igual que su pecho para contener su tormentoso corazón.

—De hecho, señor —lo dijo con precisión cortante y desesperada por mantener la compostura—. Creo que usted ha dicho demasiado...

Con eso, ella salió de su estudio sin pedirle permiso para irse. No confiaba en sí misma para quedarse un minuto más sin correr el riesgo de estallar en lágrimas humillantes.

* * *

¿Qué había hecho? Jasper se reprendió a sí mismo, esa noche, cuando estaba calmado. Lo último que quería era que Evangeline Fairfax abandonara Amberwood, después de haber gestionado tan hábilmente su guardería durante los últimos seis años. Deseaba que ella no tuviera que ir dentro de dos meses para abrir su escuela de caridad. No podía soportar la perspectiva que ella se fuera inmediatamente.

Durante toda la tarde, mientras sus hijos e invitados se divertían en el jardín, había hecho todo lo posible por mantenerse alejado de la señorita Fairfax. Una parte de él temía que pudiera decir algo que la provocara a hacer las maletas esa misma noche. A otra parte le preocupaba que él pudiera retroceder y humillarse en un esfuerzo por persuadirla que se quedara.

No pudo evitarla cuando fue a la guardería para escuchar las oraciones de sus hijos y arroparlos para pasar la noche. Sin embargo, de alguna manera logró mantener una distancia segura entre ellos sin revelar ningún indicio de discordia a sus jóvenes alumnos. Esperaba que los niños lo asediaran con más súplicas para que fuera a Manchester, pero nadie dijo una palabra al respecto. Jasper se preguntó si la señorita Fairfax les habría hablado del tema y qué había dicho. Pero hubiera preferido saltar del tejado, antes que preguntárselos. Salió de la guardería y se dirigió a cenar envuelto en una niebla de desconcierto.

Agradeció no tener que conversar mucho durante la comida esa noche. Dejó que la señorita Anstruther siguiera hablando, con ocasionales interjecciones cáusticas de la señora Leveson, mientras él asentía a intervalos apropiados. Sin embargo, sus pensamientos regresaban, una y otra vez, a su inquietante entrevista con Evangeline Fairfax.

Había sido excesivamente severo con ella, cosa que lamentaba. Un mes atrás, no le habría sorprendido ni preocupado estar en desacuerdo con ella. Podrían haber discutido por su diferencia de opinión, pero él no habría sentido el dolor de la traición personal. Tampoco habría arremetido contra ella con tanta fiereza.

En aquel entonces, él no se habría atrevido a comentar la experiencia más dolorosa de su vida, a la señorita Fairfax, y ella no habría sabido nada al respecto. Ahora, ¿había sido tonto al confiar ciegamente en ella, dándole municiones para usar contra él, si así lo deseaba? La cautela y el sentido de privacidad de Jasper coincidieron en que esto había sido un grave error, pero una parte de él todavía no estaba convencida. Confiarle su pasado a alguien capaz de comprender el efecto que tenía en su carácter y sus elecciones presentes pareció aligerar una carga, que no sabía que llevaba.

Pero si Evangeline Fairfax lo entendió, más bien lo desafió injustamente, ¿significaba eso que él tenía razón acerca de sus razones para querer mantener a sus hijos lejos de Manchester? ¿Y fueron esas razones lo suficientemente buenas como para justificarlo?

Mientras sus invitados comían y conversaban a su alrededor, sus pensamientos seguían dando vueltas, siempre con más preguntas que respuestas. Siguió los movimientos típicos al cenar, sin apenas darse cuenta de lo que se llevaba a la boca. Fue una sorpresa cuando su suegra se levantó y se llevó a las otras damas. Si Jasper esperaba que lo dejaran reflexionar en paz, Piers

Webster pronto lo desengañó de esa idea.

Mirando de Jasper a Norton Brookes, el hombre mayor sacudió la cabeza.

—¿Qué les pasó a ustedes dos? Apenas dijeron dos palabras durante la cena. Parecía como si sus mentes estuvieran a cien millas de distancia. Espero que no sean malas noticias desde Manchester... Desde la guerra, no ha habido más que conflictos laborales...

¿Entonces Norton también se había distraído durante la cena? Jasper se preguntó si tendría algo que ver con la señora Dawson.

Aunque no quería discutir con Piers Webster, Jasper estaba ansioso por desviar la conversación de la cuestión qué les había preocupado a su amigo y a él.

—Si los trabajadores recibieran un mejor trato no habría necesidad de tantos conflictos... A menos que se haga algo para mejorar las condiciones... esto solo conducirá a más violencia.

Esa era otra razón por la que quería mantener a sus hijos lo más lejos posible del corazón industrial. Con los trabajadores cada vez más desesperados, había disturbios y asesinatos, maquinaria destruida y fábricas quemadas. La respuesta del gobierno había sido aumentar la represión, prohibiendo las grandes reuniones y castigando con la horca los destrozos de equipos industriales. En opinión de Jasper, eso era como agregar combustible a una caldera, y luego bloquear la válvula de presión. Una explosión era prácticamente inevitable.

—Puede que tengas razón —admitió el señor Webster con evidente desgano—. Ninguno de ustedes estuvo involucrado en la marcha de los blanketeers, en la primavera, y aún así no están arruinados.

Esta pizca de respeto por su trabajo hizo que Jasper se olvidara de Evangeline Fairfax... al menos temporalmente.

—No obtengo tantas ganancias como otros, pero puedo brindar una buena vida a mi familia. ¿Qué más puede pedir un hombre? —Apeló a su amigo—. No podemos llevarnos nuestro dinero cuando dejemos esta vida, ¿verdad, Norton?

—De hecho no. —Norton Brookes salió de su abstracción lo suficiente como para citar las Escrituras—. Acumulen los tesoros en el Cielo, donde ni la polilla, ni la orina corrompen, y donde los ladrones no excavan ni hurtan. Porque donde esté tu tesoro, allí también se encontrará tu corazón.

Jasper pensó que las palabras de su amigo terminaron con una nota melancólica.

—Elimina las fichas y reforma tu taller —Jasper recitó su respuesta, ansioso por aprovechar la inesperada receptividad de Webster.

Siguió una animada conversación, en la que el hombre mayor cuestionó varias de sus ideas, mientras Jasper disputaba la antigua forma de hacer negocios. Pensó que estaba logrando algunos avances para persuadir al socio de su difunto suegro que, después de todo, sus ideas radicales tenían algún mérito.

—Esto es fascinante —comentó finalmente Norton Brookes, en un tono que contradecía sus palabras—. ¿Pero no es hora que acompañemos a las damas?

Jasper hubiera preferido seguir discutiendo sus ideas, pero el señor Webster se puso de pie, en un salto.

—Muy bien, vicario. No debemos hacer esperar a las mujeres justas.

Los tres hombres intercambiaron algunas palabras más sobre negocios, mientras se dirigían al salón.

—Debes contarle a Margaret sobre este sistema tuyo. —El señor Webster miró alrededor de la sala donde algunas de las damas estaban charlando.

No había ni rastro de la señorita Webster entre ellos. Su padre preguntó a la señora Thorpe

su paradero y lo dirigieron a un rincón. Haciendo un gesto a Jasper para que lo acompañara, el señor Webster caminó hacia allí y encontró a su hija trazando una sombra de Verity Dawson.

Margaret Webster les dirigió a su padre y a Jasper una sonrisa burlona.

—Así que ustedes, caballeros, han decidido por fin honrarnos con su presencia. —Les mostró su trabajo para que lo inspeccionaran: un calco del perfil de la señora Dawson. Había sido plasmado en una hoja de papel con una lámpara especial—. Es un hermoso parecido, ¿no creen? Verity tiene un perfil tan encantador y delicado. Ahora solo me falta transferirlo a papel negro y recortarlo.

—Hiciste un buen trabajo. —Su padre empujó a Jasper hacia adelante—. Ahora, debes rastrear a uno de nuestros anfitriones. Puede que su perfil no sea delicado, pero creo que es bastante atractivo.

La señora Dawson no perdió el tiempo en captar la indirecta. Ofreció a la señorita Webster unas cuantas palabras de agradecimiento sin aliento y luego abandonó la alcoba.

—¡Papá! —protestó Margaret Webster—. ¡No debes dar órdenes a todos, a tu gusto! Al señor Chase podría resultarle aburrido quedarse sentado tanto tiempo. Quizás preferiría disfrutar más de la conversación de la señorita Anstruther... Él parecía bastante concentrado en otros asuntos durante la cena.

La dama se divertía a su costa. Jasper se preguntó si eso podría ser una señal de interés romántico.

Él se rió entre dientes para hacerle saber que su ironía no se le había escapado.

—He tenido el monopolio de la conversación de la señorita Anstruther durante el tiempo suficiente... para una sola noche. Como estoy seguro que tu padre te lo podrá decir, un poco de competencia sana es mejor para los negocios.

La señorita Webster se rió.

—Entonces, esta unión debe estar prosperando, porque hay mucha competencia por su atención, señor.

Su padre parecía satisfecho con ambos.

—Ustedes, los jóvenes, parecen llevarse bien. Siéntate, muchacho, y deja que Margaret siga tu sombra. Ella es experta en cualquier cosa artística.

Jasper hizo lo que él le pidió.

—Le agradecería que lo realizara, señorita Webster. A mis hijos quizás les gustaría tener un perfil mío para colgar en su guardería. ¿Tendrías la amabilidad de complacerme por su bien?

—Ciertamente. —Ella colgó una hoja de papel en blanco en el caballete y cogió su lápiz de dibujo—. Ahora mira en esa dirección y trata de mantenerte lo más quieto que puedas. Intentaré no tardar demasiado.

—No te apresures —le aconsejó su padre—. Haz un buen trabajo. Ahora, debo disculparme. La señora Thorpe quiere que forme un cuarteto en la mesa de juego.

Después que él se apresuró a irse, su hija se puso a trabajar.

—No se preocupe por papá, señor Chase. Es el mejor de los hombres, pero no más sutil que un ladrillo.

¿Era por eso que la señorita Webster parecía incómoda con él? Se preguntó Jasper. ¿Acaso ella estaba avergonzada por los descarados esfuerzos de su padre por unirlos? No podía culparla por no querer parecer ridícula.

—La sutileza no siempre es una virtud. —Intentó no mover demasiado la boca, mientras hablaba—. Cuando la gente se muestra clara, sabes cuál es tu posición.

El lápiz de la señorita Webster raspó suavemente el papel.

—Para mí estaba claro que tenía algo en mente durante la cena y no era la conversación de la señorita Anstruther.

Jasper necesitó mucha fuerza de voluntad para evitar voltear para mirar a la dama. Aunque ella no le había preguntado con tantas palabras qué le preocupaba, no podía haber duda de su curiosidad. Si bien evitaba contarle su desacuerdo con la institutriz de sus hijos, le pareció oír a Evangeline Fairfax instándolo a hablar de sí mismo con la señorita Webster.

—Eres muy perspicaz —respondió, sin dejar de mirar al frente—. De hecho, hay algo que me preocupa. Mis hijos quieren venir a vivir a Manchester. ¿Qué piensa usted de eso?

—¿Manchester? —Su tono chisporroteó con desprecio—. ¿Por qué querrían vivir allí?

Hasta ese momento, Margaret Webster había sido solo la menos objetable de las damas seleccionadas por la señorita Fairfax como posible pareja para él. Ahora había descubierto algo importante que podrían tener en común.

—¿No te gusta la ciudad? —Trató de no influir en ella, traicionando su propia opinión.

—¿Por qué me debería gustar? —Su lápiz sonó más fuerte, mientras se movía sobre el papel—. ¡Tan llena de gente, tan sucia y con ese olor! Sus hijos tienen suerte de tener una casa tan bonita en el campo. La única ciudad en la que me gustaría vivir es Bath. Voy allí tan a menudo como puedo.

La tensión en los hombros de Jasper disminuyó. Qué agradable era conversar con alguien que coincidía con él. Sabía que debía aprovechar ese tiempo con la señorita Webster, mientras estaban casi solos. ¿Qué le aconsejaría hacer su casamentera residente?

—Nunca he tenido el placer de visitar Bath. —Él le lanzó una mirada de reojo—. ¿Puedo convencerte de que me lo cuentes? ¿Qué lo convierte en un lugar tan superior?

—Estaré encantada de hacerlo —ella respondió—. La única dificultad será decidir por dónde empezar. Admiro su historia y su elegancia...

Mientras la dama se entusiasmaba con el tema, Jasper se felicitó por haber logrado un progreso real con ella. A pesar de su anterior pelea con Evangeline Fairfax, esperaba poder entregarle un informe completo.

Capítulo diez

A la mañana siguiente, los pájaros, que estaban afuera de su ventana, despertaron a Evangeline con su alegre canto. Ella deseó que todos se fueran volando y la dejaran dormir, ya que había descansado poco en las horas anteriores. Por mucho que había intentado sacar de su mente la discusión con Jasper Chase, fragmentos de ella habían pasado por sus pensamientos, una y otra vez, provocando que le doliera la cabeza y le revolviera el estómago.

Su empleador no había mencionado más que ella dejara Amberwood. Por otra parte, había tenido pocas oportunidades con los niños siempre presentes. Él debía saber tan bien, como ella, cómo reaccionarían ante tal anuncio. A ella le molestaba su intento de intimidarla de esa manera. Le recordó cómo los maestros de Pendergast las habían obligado a ella y a Leah a obedecer, amenazando con castigar a sus amigas más sensibles.

La táctica había funcionado en ambos casos. En sus últimos años en la escuela, Leah y ella habían sido menos abiertamente rebeldes. Después de su entrevista con el señor Chase, Evangeline había advertido a los hijos que no mencionaran ir a Manchester hasta que su padre se acostumbrara a la idea. Aunque, después de la forma en que había reaccionado, dudaba que alguna vez la aceptara.

Quizás fue mejor que hubieran tenido esta pelea, reflexionó Evangeline, mientras se arrastraba fuera de la cama para afrontar el día. Últimamente se había vuelto demasiado cercana a él para su tranquilidad. Había comenzado a preguntarse si a alguien más le iría igual de bien, fundando una nueva escuela benéfica, mientras que a la familia Chase le resultaría imposible reemplazarla a ella.

No sería la primera vez que su gusto por un hombre de carácter fuerte la tentaba a abandonar sus planes para el futuro. Afortunadamente, había recobrado el sentido cuando el señor Preston intentó convertirla en su ideal de esposa sumisa perfecta, tal como ahora ella estaba compenetrándose con los Chase. Sus maestros se habían equivocado en muchas cosas, pero habían acertado al advertirle que solo conseguiría un marido, si refrenaba su fuerte voluntad. Los hombres como Jasper Chase siempre insistirían en salirse con la suya, ¡incluso cuando su manera era incorrecta y la de ella era la correcta!

Con ese pensamiento, Evangeline se clavó profundamente el último alfiler en el pelo y salió de la habitación tan silenciosamente como pudo. Solo la consideración hacia sus alumnos dormidos le impidió cerrar de golpe la puerta de su dormitorio tras de sí.

La visión de Jasper Chase, sentado en la mesa del cuarto de los niños, la hizo saltar hacia atrás con un grito apenas ahogado atrapado en su garganta.

—¿Qué te tiene tan nerviosa esta mañana? —preguntó en un áspero susurro—. ¿Usted ha estado leyendo novelas góticas, antes de acostarse?

Evangeline se inclinaba a considerar la pregunta como un insulto deliberado hasta que recordó que su difunta esposa había disfrutado leyendo esos libros. Además, él le estaba sirviendo café, un servicio por el que ella estaba dispuesta a perdonarle muchas cosas.

—No esperaba verte aquí esta mañana. —Ella hizo valer su dignidad tanto como pudo después de su estúpido susto.

El señor Chase pareció desconcertado por un momento y luego sorprendido.

—¿Quieres decir eso por nuestra charla de ayer? Pensé que el problema se resolvió de la manera más satisfactoria.

Mientras tomaba asiento frente a él, Evangeline resopló burlonamente.

—¿Quizás sea satisfactorio para usted! No respondo bien cuando me acosan, especialmente cuando se amenaza a otros con el daño.

Habría dicho más, pero era imposible resistirse al rico aroma del café. Se conformó con mirar a su empleador con un ceño feroz, mientras se llevaba la taza a los labios.

—¿Acosada? —farfulló, claramente en apuros para mantener la voz baja—. ¿Amenazada? Yo no hice tal cosa.

Las cejas de Evangeline se arquearon.

—Entonces, ¿qué quisiste decir con que debo irme de Amberwood de inmediato, si no disuadía a los niños de pedir ir a vivir contigo a Manchester? ¿Fue tal vez una broma que no entendí bien?

Aunque su presencia inesperada la había molestado y estaban discutiendo de nuevo, Evangeline se sintió extrañamente complacida de estar nuevamente en su compañía. Puede que no siempre estuvieran de acuerdo, pero al menos Jasper Chase la trataba como a una persona digna de su confianza.

—No fue una broma —murmuró. Al principio, Evangeline asumió que él estaba enojado con ella. Pero cuanto más hablaba, más sentía ella que él podría estar molesto consigo mismo—. Pero, tampoco fue del todo serio. Ciertamente nunca fue una amenaza. Solo quería transmitirte la profundidad de mis sentimientos al respecto.

—Ciertamente hiciste eso. —Quería seguir enfadada con él, pero eso no era fácil. Quizás había sido más contundente de lo necesario en sus argumentos. Y tal vez debería haberlo consultado, antes de alentar la idea de Owen de ir a Manchester.

—Supongo que recibiste amenazas a menudo en esa miserable escuela a la que asististe. —Jasper Chase se inclinó para tomar un sorbo de café. De alguna manera parecía una reverencia de contrición.

—Cuando los maestros descubrieron que algunas de nosotras no podíamos dejarnos intimidar por el ridículo, las privaciones o el cambio, recurrieron a castigar a nuestras amigas inocentes por nuestros actos de desafío. Eso fue muy efectivo, desde su punto de vista, pero lo consideré perversamente injusto. —Evangeline asintió.

Los rasgos atrevidos y atractivos de su empleador se oscurecieron y sus dedos apretaron el asa de su taza. Evangeline creyó vislumbrar un destello de vergüenza en sus ojos grises azulados.

—¿Tienes intenciones de incitar a mis hijos a ir a Manchester, otra vez, ahora que sabes que no te despediré por ello?

—¡No! —Incluso si no le hubiera importado despertar a los niños, Evangeline apenas podía lograr que su voz pasara de un susurro. Su conciencia la reprendió como traidora al bienestar de sus alumnos—. Sigo creyendo que tengo razón, pero tú eres su padre y no deseo causar conflictos entre ustedes. Especialmente con los cambios que pronto enfrentarán.

—Gracias. —Extendió la mano sobre la mesa y, por un instante que fue confuso, Evangeline pensó que pretendía estrechar la de ella.

Aunque la precaución y el decoro le advirtieron que no respondiera a la convincente invitación, no pudo evitar que su mano se acercara, poco a poco, a la de él.

Afortunadamente, antes de alcanzarla, el señor Chase señaló su taza.

—¿Puedo traerte más café?

—¡Sí, por favor! —Casi volcó la taza en su prisa por empujársela hacia él.

Si se había dado cuenta que ella le agarraba la mano, el señor Chase era lo suficientemente caballero como para fingir lo contrario.

—Sé que crees que los niños deberían estar cerca de mí, pero no soy el único que opina que la ciudad no es un lugar para ellos. La señorita Webster está de acuerdo conmigo.

¿Por qué su comentario casual la atravesó como un destello candente? Por el contrario, la respuesta de Evangeline fue tan fría que se preguntó si su aliento no helaría el aire.

—¿Con ella? ¿Hablaste del asunto con ella?

—Anoche, después de cenar. Ella notó mi preocupación y preguntó la causa. Fue muy amable por su parte, ¿no lo crees? —Jasper Chase volvió a asentir.

—Muy amable. —Evangeline sintió como si su rostro estuviera paralizado por una máscara insípida, que no guardaba relación alguna con las emociones que se agitaban en su interior.

Hasta ahora, había considerado a Margaret Webster como una buena futura madrastra para sus pupilos y una excelente esposa para su padre. Si la señorita Webster aceptaba casarse con su empleador, Evangeline se sentiría libre de dejar Amberwood con la conciencia tranquila, sabiendo que la familia estaba en manos capaces y afectuosas. No obstante, el relato de Jasper Chase sobre su conversación con la señorita Webster cambió todo eso.

—Hablamos un rato —continuó—, mientras ella seguía mi sombra... Hizo un retrato excelente.

Evangeline asintió con fingido interés. Mientras tanto, no podía evitar pensar que trazar el contorno de la sombra de una persona podía requerir habilidad y mano firme, pero no talento especial. Su amiga Rebecca pudo esbozar un retrato que no solo capturaba una imagen precisa, sino también un vistazo a su corazón y alma.

—Le hablé de los niños que anhelaban ir a Manchester —Jasper Chase siguió, ajeno a la reacción de Evangeline—, dijo que no podía entender por qué alguien querría vivir allí, cuando tenía la suerte de tener un lugar en el campo.

—Lo veo. —Evangeline obligó a su boca congelada a trabajar.

—Admito que al principio era escéptico ante este plan tuyo de emparejamiento, pero estoy empezando a ver tu sabiduría. Mis hijos necesitan una madre. Si tienen una, espero que estén felices de quedarse en Amberwood con ella y renunciar a cualquier idea de vivir en Manchester. —Nuevamente, él asintió de la misma manera.

¿Estarían felices? Evangeline no estaba tan segura. Si el señor Chase se casaba con la señorita Webster, la dama sería poco más que una agradable extraña para sus hijos. Evangeline era lo más cercano a una madre que la mayoría de los jóvenes Chase habían conocido. Sin embargo, todavía anhelaban pasar más tiempo con su padre, como una verdadera familia. ¿Creía que los niños se apegarían más a la señorita Webster, que a ella, hasta el punto de que ya no extrañarían su presencia habitual en sus vidas?

Ese pensamiento le dolió. También lo hizo su desacuerdo con esa dama sobre dónde deberían vivir los niños. Al menos su padre tenía razones altruistas para expresar su opinión. ¿La señorita Webster favoreció que los niños permanecieran en el campo porque ella prefería vivir allí? ¿Buscaba ganarse el favor del señor Chase, estando de acuerdo con él? ¿O era una de esas mujeres que creían que las ideas de un hombre siempre eran correctas?

Ninguna de esas posibilidades le granjeó cariño a Evangeline. Hizo oídos sordos, cuando su empleador elogió la superioridad de la comprensión de la señorita Webster, pero su atención revivió porque él le dijo:

—Creo que usted estará orgullosa de mí.

Evangeline ya estaba orgullosa de la vida que él se había forjado desde el comienzo más humilde y el compromiso que había asumido para mejorar la vida de los demás.

—¿Por qué?

—Porque —respondió y siguió hablando—, seguí tu consejo. Le conté a la señorita Webster algo sobre mí y la animé a hablar sobre algo que le interesara. Tuvimos una conversación muy satisfactoria.

—Me alegra oírlo. —Esa falsedad pesaba mucho en la lengua de Evangeline.

—Pensé que así sería. —Jasper Chase se parecía absurdamente a su hijo Alfie, cuando el niño recibía sus elogios—. Por eso vine aquí esta mañana.

Evangeline esbozó una sonrisa arrepentida.

—¿Para alardear de tu conquista?

Él se rió entre dientes, como si creyera que ella tenía la intención de divertirlo.

—Aún no he conquistado a la señorita Webster. Pero, con más de tus excelentes lecciones, espero hacerlo.

¿Quería su ayuda para ganarse la mano de una mujer, sobre la cual ella ya no estaba segura que fuera la esposa adecuada para él? Evangeline luchó por tragarse esa ironía, la cual le pareció mucho más amarga que el café.

* * *

La señorita Fairfax no parecía tan entusiasmada por ayudarlo como al principio. Jasper encontró su cambio de actitud bastante molesto, considerando que este asunto del emparejamiento había sido idea suya.

Al principio, él se había resistido, pero últimamente había empezado a cambiar de opinión. ¿Ocurriría lo mismo alguna vez con la afirmación de la señorita Fairfax que los niños pertenecían a él en Manchester? Jasper no quería creerlo, pero no podía estar del todo seguro. Por eso había estado tan agradecido a Margaret Webster por estar de acuerdo con él.

Había mucho más en la dama para recomendarla como futura novia. Tenía una personalidad agradable y se llevaba bien con todos sus hijos. Su origen era similar al de su difunta esposa y prefería vivir en el campo. Además, su padre parecía ansioso por un matrimonio entre ellos. Si estuvieran relacionados por matrimonio, Piers Webster podría estar dispuesto a probar algunas de las reformas de Jasper.

¿Era eso suficiente para construir un matrimonio? El corazón de Jasper se lo preguntó. ¿No debería sentir algo más por una mujer a la que consideraría hacer su novia?

Quizás no, trató de persuadirse a sí mismo. El matrimonio basado en sentimientos románticos era para los jóvenes. Tenía responsabilidades hacia su familia y su trabajo, que debían anteponerse a los sentimientos. No quería preocuparse tanto por ninguna mujer que sus sentimientos por ella pudieran distraerlo de su trabajo.

En respuesta a su petición de más lecciones de cortejo, la señorita Fairfax se movió en su silla, como si de repente se hubiera vuelto incómoda.

—No estoy segura de tener nada más que enseñarle, señor Chase.

—Seguramente, usted debe saber más —él apeló—. Dos lecciones sobre cualquier tema no constituyen un curso de estudio adecuado. Aunque tus dos primeras lecciones resultaron muy valiosas.

Evangeline Fairfax evitó su mirada.

—Dormir más, probablemente le proporcionaría más beneficios que venir aquí tan temprano todas las mañanas para consultarme.

Ella podría tener razón, pero Jasper se sentía reacio a abandonar esas charlas matutinas. Incluso cuando la señorita Fairfax lo instó a hablar sobre el pasado que preferiría olvidar, esta vez con ella pareció darle un buen comienzo al día. Era como el café que compartían. La bebida

podía ser amarga o demasiado picante, pero siempre era estimulante y le hacía desear más.

—¿Por qué de repente estás predispuesta a no ayudarme? —preguntó—. Pensé que querías que me casara con la señorita Webster lo antes posible para que pudieras irte y establecer tu escuela.

Ahora que entendía sus motivos para querer asumir esa tarea, ya no lamentaba su necesidad de abandonar Amberwood.

—Por supuesto que sí —insistió—. Es solo que...

A Jasper le habían dicho tantas mentiras en su vida, que podía reconocer una cuando la escuchaba.

—¿Ya usted no aprueba a la señorita Webster porque está de acuerdo conmigo en que los niños están mejor aquí que en Manchester?

En respuesta a su contundente pregunta, la institutriz lo miró a los ojos de frente.

—No puedo negar que ella me ha hecho dudar.

—¿Por qué? —él exigió respuestas—. ¿Por qué quieres dejarme una candidata que actuará y creará igual que tú, incluso si eso la pone en desacuerdo conmigo? ¿Es esa alguna manera de asegurar la felicidad de mis hijos, teniendo a sus padres en constante desacuerdo?

La señorita Fairfax se estremeció ante sus preguntas, lo que hizo que Jasper sospechara que ella no había considerado el asunto desde esa perspectiva.

—No quiero tal cosa. Pero, tampoco quiero que tus hijos tengan una madre que nunca cuestione las decisiones de su padre, y siempre crea que él sabe mejor sobre todo. Un arreglo así podría contribuir a la paz en el hogar, pero, ¿a qué precio? Sé que quieres lo mejor para tus hijos, pero tu juicio no es más infalible que el de cualquier otro hombre o mujer.

Incluso cuando pensaba que él se había burlado de ella, Evangeline Fairfax tenía una habilidad especial para desafiarlo de una manera que le resultaba difícil de refutar. Jasper no podía decidir si estar indignado o divertido. Quizás un poco de ambos con una dosis de admiración a regañadientes en buena medida.

—Nunca dije que era infalible. —No pudo reprimir una sonrisa burlona—. Solo quiero una esposa que comprenda la importancia de mi trabajo y me apoye con el mismo. No una que lo vea como un rival y busque constantemente distraerme de esto.

En el momento en que las palabras salieron de su boca, Jasper supo que había dicho demasiado, especialmente en la guardería, donde uno de sus hijos podría despertarse y escucharlo. Lanzó una mirada furtiva hacia las puertas del dormitorio.

Aliviado al no ver señales que los niños se movieran, decidió cambiar de tema.

—¡Vamos! ¿Me darás otra lección de cortejo o debo seguir adelante solo? ¿Qué más pruebas necesitas para convencerte que no me considero infalible?

—Quizás no sobre este tema. —La resistencia de la dama parecía estar menguando—. ¡Muy bien entonces! Tengo una sugerencia o dos más que podrían ayudarte.

—¡Excelente! —Ganar su cooperación le alegró mucho—. Los días pasan y necesito progresar más con la señorita Webster, antes que se vaya.

La señorita Fairfax asintió concisamente. Aunque ella había accedido a ayudarlo más, Jasper sintió que no había superado por completo su dejadez.

—No te rías —ella le advirtió—. Pues mi siguiente sugerencia puede parecer cansinamente obvia. Deberías elogiar a la dama. No con halagos superficiales de su apariencia, aunque un cumplido ocasional de ese tipo podría no estar de más. Expresa tu aprobación por su comprensión, su conversación, su manera de tratar a los niños... su talento artístico.

¿Fue su imaginación o esa última sugerencia sonó más bien irónica?

—Cualquiera que sea la cualidad o habilidad que elogies —continuó la señorita Fairfax—, asegúrate de ser sincero. Quizás ella pueda darse cuenta, si usted no lo es, y eso sería tan malo como un insulto.

—Es bastante obvio, pero sigue siendo importante. Considero que debería esforzarme más en elogiar a la gente, no solo a la señorita Webster, sino también a mis hijos y a mis trabajadores. Ahora, ¡a practicar mi lección! —Jaspe estuvo de acuerdo.

—Eso no será necesario. —A pesar de su brusca respuesta, la señorita Fairfax se sonrojó un poco—. No tengo ninguna duda que puedes hacerlo, siempre que lo recuerdes.

—¡Tonterías! —Jasper rechazó su objeción—. Cualquier habilidad se beneficia con la práctica, aunque encontrar cualidades que elogiar no representa un gran desafío.

—¿Lo ves? —La señorita Fairfax parecía casi severa, pero el color cada vez más intenso de sus mejillas contaba una historia diferente—. ¡Ya eres un hábil adulador! Ese tipo de sutileza debería hacer que usted le agrade a la señorita Webster.

—No estaba tratando de halagarte. —La idea ofendió a Jasper de alguna manera—. Solo digo la verdad. Seguro que sabes cuánto hay que admirar de ti... Tu fuerza de carácter para haber sobrevivido a esa miserable escuela con tu espíritu intacto... Tu generosidad al forjar tu círculo de amigas, cuando hubiera sido más fácil cuidar de ti misma.

Mientras él tomaba aliento para continuar, la señorita Fairfax lo interrumpió:

—¡Bien hecho! Obviamente, usted ha dominado la lección. No hay necesidad de continuar.

Jasper podía imaginarla adoptando ese tono, mientras examinaba una de las composiciones de sus hijos.

—No he terminado —replicó, como lo habría hecho, si uno de sus trabajadores lo interrumpiera—. Has sido paciente conmigo durante los últimos dos años... En lugar de agradecer tu paciencia, la impuse hasta un grado imperdonable... Estaba justificado para darte un ultimátum... Usted ha hecho todo lo que estuvo a su alcance para asegurar que mis hijos sigan recibiendo el cuidado adecuado... Si no es así, la responsabilidad será mía, no suya.

Le desconcertó que Evangeline Fairfax reaccionara a sus palabras con creciente agitación en lugar de placer. Cuando él terminó de hablar, ella saltó de su asiento, como si el mismo estuviera lleno de brasas.

—Gracias, señor, pero eso es suficiente. No quiero que ninguno de los niños lo escuche. Estoy segura que los oigo moverse.

Jasper no pudo detectar ningún sonido en las habitaciones de los niños, que sugiriera que podrían estar despiertos. Quizás seis años de cuidar a sus hijos habían agudizado el oído de su institutriz.

Ella corrió hacia la puerta de las chicas y la abrió.

—Tal como lo pensaba, Rosie está despierta y ansiosa por ver a su papá.

Entró al dormitorio y regresó un momento después con la niña en brazos. Rosie bostezó y se frotó los ojos. Por extraño que pareciera, Jasper sospechaba que su institutriz había despertado a su hija para evitar que él la elogiara más.

Realmente, ¿él había dominado su última lección sobre el cortejo, se preguntó Jasper, o no había logrado comprenderla en absoluto?

* * *

¿Por qué no podía soportar oír a Jasper Chase decir cosas tan amables sobre ella?

Evangeline continuó reflexionando sobre ese acertijo más tarde ese día, cuando el grupo de Amberwood realizó una excursión en bote por el río Edén. ¿Todas las críticas que recibió en la

escuela Pendergast le habían impedido aceptar cualquier tipo de elogio?

De alguna manera, ella no creía que esa fuera la respuesta. Ella y sus amigas siempre habían tratado de desarrollar la confianza mutua, más allá del poder que ostentaba cualquier maestro o abusador para derribarlas. Había funcionado mejor para algunas chicas que para otras, pero estaba razonablemente segura que no pensaba de sí misma peor de lo que merecía. En todo caso, sus experiencias en la escuela podrían haberla hecho hacer caso omiso demasiado rápido de las críticas, sin tomarse el tiempo para considerar si podría haber algo de verdad en ellas.

Entonces, ¿qué la había puesto tan nerviosa acerca de las cosas que Jasper Chase le dijo esa mañana? La intuición le advirtió que sería mejor no saberlo.

Mientras ayudaba a sentar a los niños en la barcaza que el señor Chase había alquilado para su viaje, Evangeline descubrió que su mirada se dirigía hacia su empleador y la señorita Webster mientras conversaban. Una inexplicable punzada de dolor atravesó su corazón, cuando lo vio mirar a la dama a los ojos y murmurarle algunas palabras.

Todo lo que dijo complació claramente a la señorita Webster. Ella lo miró a través de su coqueto flequillo de pestañas, y dio una respuesta que Evangeline no pudo entender. Él respondió con una risa, luego de repente miró, y vio a Evangeline observándolos.

Un ridículo espasmo de vergüenza la impulsó a apartar la mirada y fingir que no los había estado observando. Pero al señor Chase no pareció molestarle su interés. En cambio, levantó sus atrevidas y oscuras cejas de una manera que sugería que buscaba su aprobación. Debió haberle hecho un cumplido a la señorita Webster y sentirse satisfecho por su sonrisa tonta.

¿Sonriendo tontamente? Evangeline se reprendió a sí misma por pensar tan duro. La señorita Webster había reaccionado, como lo haría cualquier mujer, cuando recibía elogios de un hombre atractivo. Era precisamente la forma en que ella debería querer que respondiera la señorita Webster, del mismo modo que él se estaba comportando, como ella quería que lo hiciera. Pero en lugar de satisfacción y aprobación, Evangeline se sintió invadida por emociones más oscuras que no entendía.

El señor Chase hizo una seña a sus hijas para que acompañaran a la señorita Webster y a él. Tomó a Emma sobre sus rodillas, mientras Rosie subía a las de la dama. Evangeline los observaba con tanta atención que no se dio cuenta que la hermana del vicario se inclinaba hacia ella.

—Parece que nuestro apuesto anfitrión ha tomado su decisión. —El alegre susurro de la señorita Brookes hizo que Evangeline se sobresaltara violentamente.

—¡Pee-erdóname! —ella tartamudeó—. Mis pensamientos estaban en otra parte.

Si Abigaíl Brookes adivinó dónde podría haber estado ella, no dio ninguna señal.

—No puedo culparlo. Es la mejor unión de todas. Pero mi pobre hermano se sentirá decepcionado. Si pudiera dejar de preocuparse por mí, tal vez podría permitirse tener a una esposa.

El resto del grupo estaba hablando, por lo que nadie pareció escuchar el murmullo confidencial de la señorita Brookes. Tampoco notaron su sutil movimiento de cabeza hacia la popa de la barcaza. Allí estaban sentados el vicario y Verity Dawson, a ambos lados de Owen. Hablaron en voz baja con el niño, señalándole lugares de interés, a lo largo de la orilla del río. Pero cuando sus miradas se encontraron por encima de la cabeza del niño, Evangeline sintió que se estaba produciendo otra conversación silenciosa.

Su corazón estaba con ellos, aunque su simpatía iba acompañada de una inoportuna punzada de anhelo.

—¡Me gustan los barcos! —Matthew no anunció a nadie en particular—. Siempre te llevan

a algún lugar nuevo. ¡Quiero ser capitán de barco cuando sea mayor!

La mirada de Evangeline se dirigió al padre del niño. Ante las palabras de su hijo, los rasgos de Jasper Chase se contrajeron en un ceño arrepentido, que estaba segura de poder interpretar. Claramente, esperaba que sus hijos continuaran con su trabajo, una vez que fueran mayores. Pero, ¿cómo podía esperar eso, a menos que los educaran desde una edad temprana para que comprendieran su compromiso de mejorar las vidas de los trabajadores de las fábricas y sus familias?

Mientras los otros niños intervinieron para decir lo que les gustaría hacer en el futuro, Evangeline aprovechó la oportunidad para responderle a Abigaíl Brookes.

—¿No te arrepientes en lo más mínimo por tu propia cuenta?

¿Debería haber hecho más para animar al señor Chase a considerar a Abigaíl como esposa?

La hermana del vicario meneó la cabeza.

—He llegado a la conclusión que algunas mujeres no son aptas para el matrimonio. Creo que usted y yo pertenecemos a ese grupo, señorita Fairfax.

¿Eso era cierto? Una parte de Evangeline estuvo de acuerdo enfáticamente. Tenía un trabajo importante que hacer que no era compatible con la vida familiar. Además, nunca podría ser feliz sometiendo su fuerte voluntad para ajustarse a los deseos de su marido.

Y, sin embargo, mientras observaba a Jasper Chase, hablando y riéndose con la señorita Webster, otra parte de ella (una que era débil y tonta, sin duda) deseaba ser un tipo diferente de mujer. Una que podría contentarse con el amor de un buen hombre... si fuera capaz de ganárselo.

Capítulo once

Después de su excursión en el bote, el tiempo se volvió lluvioso durante unos días. A nadie en Amberwood pareció importarle, mientras se ocupaban de preparar su concierto bajo la dirección de la señorita Webster con la competente ayuda de la señorita Fairfax.

Ver a las dos mujeres en acción le divirtió a Jasper. Aunque la institutriz parecía ceder ante la señorita Webster en todos los aspectos, él sospechaba que ella era la fuerza impulsora detrás del proyecto. Ella ayudó en la elección de las piezas, ayudó a organizar el orden del programa y se aseguró que todos los involucrados tuvieran suficiente práctica.

Según la experiencia de Jasper, las cualidades que hacían a un líder fuerte, a menudo, no incluían la compasión o el sentido de justicia, pero Evangeline Fairfax poseía ambas en abundancia. Los alumnos de su escuela benéfica serían realmente afortunados de tenerla a cargo de su cuidado. Intentó no lamentar lo que sus hijos se perderían.

Mientras Margaret Webster se sumergía en los preparativos para el concierto, Jasper se alegró al descubrir que ella ya no lo evitaba. Cuando estaban juntos, ella parecía más tranquila, deseando poder contar con más entusiasmo por su compañía. Era una dama atractiva y agradable, que encajaba perfectamente con él. Sin embargo, no sintió gran arrepentimiento por no poder estar con ella. Seguía esperando que sus lecciones matutinas con la señorita Fairfax le sugirieran una cura para su extraña apatía, pero se resistía a plantearle el tema.

El día antes de la feria parroquial, los niños comenzaron a preocuparse que la continua lluvia les impidiera ir, pero por fin salió el sol, con todo indicio que volvería al día siguiente.

Cuando se levantó temprano, en la mañana de la feria, Jasper se alegró de no ver ni una sola nube en el cielo perlado del amanecer. Tarareando la melodía de una de las piezas del concierto, se vistió, afeitó y corrió a la guardería. Evangeline Fairfax ya estaba levantada y esperándolo. Sus expresivos ojos brillaron con anticipación, mientras sus carnosos labios se inclinaban en una ansiosa sonrisa, que era bastante contagiosa.

Al tomar café, ellos hablaron sobre la próxima feria.

Luego, cuando Jasper esperaba que ella comenzara su siguiente lección, la señorita Fairfax hizo una pregunta que él no esperaba:

—¿Usted está seguro que no se ha precipitado al descartar a la señorita Brookes como posible esposa?

—¿Abigaíl? —Jasper comenzó a reunir sus argumentos en contra de semejante unión.

Pero antes que pudiera pronunciar una sola palabra, Evangeline Fairfax lanzó su refutación:

—Sé que puede parecer bastante... bulliciosa a veces. Pero, eso se debe únicamente a que ha sido liberada del escrutinio de los feligreses de su hermano. Como un motor sobrecalentado que suelta un poco de vapor, ¿no te parece?

—Quizás. —Jasper estuvo de acuerdo—. Pero, mira aquí...

La señorita Fairfax no estaba preparada para ver nada hasta que hubiera dado su opinión.

—Creo que la señorita Brookes podría amar a sus hijos con tanta sinceridad como a su querida madre. Y estoy seguro de que ella sería la que dirigiría su casa con mayor capacidad.

¿Por qué de repente estaba presionando a Abigaíl Brookes, cuando él había decidido hacía días que Margaret Webster sería la opción más adecuada? ¿Tuvo algo que ver con su diferencia de opinión acerca de que los niños vinieran a vivir a Manchester? Pensó que todo eso también estaba arreglado.

Jasper levantó la mano para indicar su deseo de hablar.

—Lo que usted dice es verdad, pero como le dije, mis sentimientos hacia Abigaíl son demasiado fraternales para casarme. Además, me temo que ella podría tener una voluntad demasiado fuerte para ser una pareja armoniosa para mí. Ya me cuesta bastante luchar contra la tradición, la avaricia y los prejuicios entre los demás propietarios de fábricas. ¡No necesito conflictos en casa!

Esperaba que la señorita Fairfax entendiera su razonamiento, pero en lugar de eso, su opinión pareció irritarla.

—Me resulta difícil comprender por qué un hombre que trabaja tan duro para que sus trabajadores estén menos oprimidos está tan ansioso por someter a su esposa.

—Estás tergiversando mis palabras, señorita Fairfax. Es porque no deseo someterla que rechazo la posibilidad de una unión con Abigaíl. La señorita Webster, por otra parte, no necesita ser sometida, ya que sus opiniones armonizan naturalmente con las mías. —La acusación de ella ofendió su sentido de justicia

—¿Por qué de repente estás tan preocupada por Abigaíl? —continuó, antes que ella pudiera discutir—, no objetaste, cuando descarté por primera vez la idea de cortejarla.

—Eso se debe a que no estaba plenamente consciente de su situación —contestó la señorita Fairfax—. Y la felicidad futura de muchas personas depende que ella encuentre un marido.

—¿Cuáles personas? —él exigió una respuesta—. ¿Y por qué esa felicidad depende que Abigaíl se case?

—Su hermano y Verity Dawson, por supuesto. —La señorita Fairfax parecía impaciente por su falta de percepción—. El vicario no puede permitirse el lujo de tomar una esposa, mientras tiene que mantener a su hermana. Es evidente que él y la señora Dawson están enamorados, pero la pobre mujer no tiene fortuna.

Jasper se preguntó cómo no se había dado cuenta de lo que a la señorita Fairfax le parecía tan obvio.

—Hablaré con Norton y le preguntaré qué puedo hacer para ayudar... salvo casarme con su hermana, claro está.

Cuando la señorita Fairfax pareció querer seguir discutiendo, él la interrumpió:

—No servirá, querida. Por mucho que me importe mi amigo, no puedo cambiar su felicidad por la de mis hijos.

—No creo que sus hijos no estén contentos con Abigaíl Brookes como madre. —Su tono hizo que la declaración pareciera más un hecho que una opinión.

Jasper negó con la cabeza.

—Los niños no pueden ser felices, si sus padres están siempre en desacuerdo, especialmente los niños sensibles como Emma y Owen. Puede que no lo entiendas, si tus padres se llevaban bien, pero te aseguro que es verdad.

—¿Tus padres no se llevaban bien... antes...? —La institutriz se estremeció, como si le hubiera arrojado a la cara los restos de su café frío.

Él soltó un gruñido de risa tan amarga como la bilis. Luego, miró fijamente el charco negro en el fondo de su taza.

—Peleaban como perros y gatos por todo y por nada. ¡Ser pobres solo empeoró las cosas!

Hacía años que él no pensaba en eso. La devastación del incendio parecía haber corrido un telón entre sus primeros años de vida y todo lo que vino después. No estaba seguro qué era lo que le recordaba ahora, excepto que no quería que Evangeline Fairfax lo considerara irrazonable. Confiaba en que ella, entre todas las personas, comprendería las profundas cicatrices que las

primeras experiencias podían dejar en el corazón de una persona.

Ella no respondió de inmediato. Quizás estaba intentando digerir lo que él le había dicho.

Finalmente, en voz muy baja, preguntó:

—¿Es esa parte de la razón por la que usted intenta aliviar la carga de la pobreza sobre sus trabajadores, para así aliviar la tensión sobre sus familias?

Jasper asintió lentamente.

—Nunca lo pensé de esa manera, pero supongo que sí. Es irónico que tratar de aliviar esa tensión sobre mis trabajadores condujera a más presión en mi matrimonio.

La mirada desconcertada de la señorita Fairfax lo obligó a él a decir más de lo que pretendía:

—Mi suegro ya había hecho su fortuna, cuando nació Susan. Estaba decidido a darle todo lo que nunca había tenido, lo que la acostumbró a salirse con la suya.

Había amado a su difunta esposa y le dolía hablar mal de ella, pero necesitaba que Evangeline Fairfax entendiera por qué estaba decidido a tener un tipo diferente de matrimonio esta vez.

—Quizás no recuerdes la tensión entre nosotros durante ese último año. Intenté en la medida de lo posible ocultar nuestros desacuerdos a los niños. Una persona es más capaz de hacer eso en una casa de este tamaño que en una pequeña cabaña de molino.

—¿Hacer qué, papá? —preguntó Matthew, desde la puerta del dormitorio de los niños.

La pregunta de su hijo hizo que el corazón de Jasper se le subiera a la garganta hasta que se dio cuenta que el niño no podía haber escuchado mucho más allá de esa última frase. Se reprendió a sí mismo por hablar de asuntos que los niños podrían escuchar, como lo habían hecho más de una vez.

Buscó una respuesta plausible y benigna, pero antes que se le ocurriera alguna, la señorita Fairfax acudió en su ayuda:

—¡Vaya! Organizar una fiesta para tantos invitados, ¡por supuesto! ¿Estás deseando que llegue la feria, Matthew? Creo que tendremos un buen día para ello.

El niño asintió, mientras se limpiaba el sueño de los ojos.

—La abuela dijo que nos daría a cada uno seis peniques para gastar.

Mientras su hijo charlaba sobre los planes que Alfie y él habían hecho para deshacerse de su pequeña ganancia inesperada, Jasper y la señorita Fairfax intercambiaron una larga mirada. Trató de transmitirle su gratitud por su ayuda. Esperaba que ella se diera cuenta que su desacuerdo con ella era precisamente el tipo de discordancia del que intentaba proteger a sus hijos.

* * *

Organizar a cinco niños emocionados para que asistan a la feria parroquial mantuvo a Evangeline demasiado ocupada, lo cual le impidió pensar mucho en lo que el padre de ellos le había dicho esa mañana. Pero cuando el pequeño desfile de carruajes partió de Amberwood hacia el parque del pueblo, sus pensamientos volvieron a la conversación de primera hora de la mañana.

El señor Chase tenía razón: ella no era consciente de ninguna tensión, en su matrimonio, cuando asumió por primera vez el puesto con su familia. Aunque había notado que la señora Chase se enfadaba cuando su marido se iba a Manchester. Pero cualesquiera que fueran las peleas o súplicas que hubieran tenido lugar, antes de su partida, ella nunca lo había sospechado.

Quizás su empleador haría bien en buscar una esposa que compartiera sus opiniones, una con quien pudiera tener un matrimonio plácido. ¿Sería peor para sus hijos mantenerse alejados de Manchester que criarse en un hogar lleno de conflictos, como el de él? Poseer unos ingresos

cómodos no garantizaba una vida familiar armoniosa; solo aliviaba algunas tensiones y hacía que las diferencias fueran más fáciles de ocultar.

De una manera extraña, a Evangeline le reconfortaba saber que Jasper Chase no buscaba dominar a la mujer con la que se casaría. Solo quería proteger a sus hijos de los conflictos domésticos que había sufrido cuando era niño.

Hoy nadie adivinaría esa parte de su pasado, si lo vieran bajar a sus hijos del carruaje. Evangeline notó la forma protectora en que los abrazaba, y el tono de afecto en su voz, cuando les hablaba.

Cuando le llegó el turno de bajar, el señor Chase le ofreció la mano.

—¡Vamos, señorita Fairfax! Será mejor que tengas una última palabra con los niños, antes que se dispersen por los cuatro rincones del recinto ferial.

Él habló cálidamente y le sonrió como si nunca hubieran conocido un momento de desacuerdo. Él agarró su mano con una fuerza firme que prometía evitar que cayera, pero no la apretó demasiado. Su toque encendió una calidez chispeante que la recorrió. Cuando la soltó, sintió como si le hubieran quitado algo tan vital como la luz o el aire.

¡Debía poner fin a esta tontería! Con un esfuerzo decidido, Evangeline se puso erguida y se imaginó vestida con una armadura invisible. Jasper Chase le había dicho claramente que no podía interesarse por una mujer de carácter fuerte como ella y le había dicho por qué. Aunque simpatizaba con sus razones, no podía cambiar su naturaleza ni por él, ni por ningún hombre. Además, tenía un trabajo importante que hacer.

—¡Niños! —Dio una palmada para convocar a sus alumnos... y tal vez para apagar las últimas brasas de calidez que el toque de su padre había encendido—. No quiero que ninguno de ustedes se vaya solo. Asegúrense de permanecer en compañía de al menos uno de nuestros huéspedes en todo momento. ¡Ahora diviértanse!

Los niños se dispersaron como hojas de otoño, ante un fuerte viento. Junto con los invitados de su padre, revoloteaban de un puesto adornado con banderines a otro.

Evangeline recorrió tranquilamente el recinto ferial, vigilando a tantos niños como fuera posible. Ella disfrutaba indirectamente de ellos, incluso cuando intentaba ignorar a su padre. Jasper Chase acompañó a la señorita Webster por las distintas exhibiciones, junto con Emma y la señorita Anstruther.

Esta última parecía desesperada por desviar la atención del señor Chase de su compañera elegida, por cualquier medio que fuera necesario. Hizo un gran escándalo por Emma, quien pareció encontrarse incómoda por ese fingido interés. Al final, la niña se fue con Rosie y la señorita Leveson, a ver un espectáculo de marionetas. La señorita Anstruther no mostró ningún interés en acompañarla, sino que continuó siguiendo al señor Chase y a la señorita Webster como una perfecta grosella.

Evangeline juró que nunca haría el ridículo, persiguiendo a un hombre que claramente no tenía ningún interés en ella. No debería prestarle la más mínima atención a Jasper Chase, ahora que Emma ya no estaba con él.

En cambio, dirigió su atención a Alfie y Matthew, que estaban investigando los productos de un puesto de pastelería con Abigaíl Brookes. Evangeline se acercó lo suficiente como para escuchar a los niños debatir las ventajas de los pasteles Blackburn sobre el pan de jengibre. Mientras tanto, Owen y la señora Dawson admiraban la habilidad del señor Brookes en el puesto de lanzamiento de anillos. La señora Thorpe, la señora Leveson y el señor Webster estaban sentados a la sombra bebiendo sidra. Owen pronto los acompañó, dejando que el vicario y la señora Dawson se fueran solos.

Un rato más tarde, Evangeline estaba observando a Alfie y Matthew turnarse para lanzar una pelota grande a un balde, cuando la señorita Anstruther se acercó a ella con una expresión tormentosa en el rostro.

—Tú ahí... institutriz, parece que estás vigilando a todos. ¿Adónde se ha ido Verity?

Aunque no conocía bien a la compañera de la señorita Anstruther, Evangeline se sentía extrañamente protectora con la pequeña y mansa viuda, tal como lo había hecho con sus amigas de la escuela. Quizás eso se debía al duro desprecio con el que había visto que ella trataba a Verity Dawson. Si las circunstancias no permitían que el vicario le propusiera matrimonio, Evangeline quería que al menos disfrutaran de esta salida juntos.

Hizo todo lo posible por dar una respuesta cortés, pero no le resultó fácil después de la aguda pregunta de la señorita Anstruther.

—La última vez que vi a la señora Dawson, el vicario y ella estaban admirando las exhibiciones de costura. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarle?

La dama hizo caso omiso ante esta idea:

—¿Para qué necesitaría a una institutriz? ¡Quiero que Verity me traiga una bebida fría! Me importa muchísimo por este calor.

Evangeline pensó que la temperatura era bastante agradable. Pero no podía negar que el rostro de la otra mujer se había puesto dolorosamente rojo, a pesar de la sombrilla que sostenía en una mano, mientras agitaba su abanico con la otra.

Sin una palabra de agradecimiento, la señorita Anstruther se alejó en la dirección que Evangeline le había indicado, como un acorazado a toda vela.

¿Qué pudo haberla puesto de tan mal humor? Se preguntó Evangeline. ¿Había dejado finalmente claro el señor Chase que no tenía el más mínimo interés en cortejarla? Fuera lo que fuese lo que la había molestado, la señorita Anstruther probablemente se desquitaría con la pobre Verity, una vez que la encontrara.

Evangeline miró a su alrededor para asegurarse que todos sus alumnos estuvieran en compañía de un adulto y luego salió tras la dama a una distancia discreta. No estaba segura de lo que pretendía hacer, pero se sentía obligada a estar disponible en caso que Verity la necesitara.

Después de una breve búsqueda, Penélope Anstruther alcanzó a su compañera y al vicario, que estaban, en el borde del recinto ferial, conversando en voz baja.

—Te he estado buscando, Verity. —El abanico de la señorita Anstruther agitó con tanta fuerza que provocó un vendaval—. ¿Por qué te escondes así, cuando deberías ocuparte de mi comodidad?

—No me estaba escondiendo —Verity Dawson expresó una débil protesta. Tenía los ojos bajos y las mejillas enrojecidas—. No pensé que querías que te siguiera a ti y al señor Chase.

Su leve contradicción pareció inflamar a la señorita Anstruther.

—Por supuesto, que no pensaste. ¡Nunca lo haces! Por lo que podrías notar, podría haberme desmayado por el calor. En cambio, te estás arrojando a la cabeza de un hombre que no siente por ti más que lástima.

Verity Dawson se apartó de la otra mujer, como si su afilada lengua fuera un interruptor y cada palabra se clavara profundamente en su tierna carne.

—A-ahora mira aquí —tartamudeó el vicario. Estaba claro que quería defender a Verity, pero no estaba acostumbrado a enfrentarse a una oponente tan contundente.

Penélope Anstruther lo despidió con un movimiento de su abanico.

—No intente ser galante, señor. Es obvio que no puedes permitirte el lujo de casarte con alguien sin dinero como Verity. Si tuviera algo de sentido común, perseguiría a la señorita

Webster. Al menos, ella podría mejorar tu situación.

Incluso desde cierta distancia, Evangeline pudo ver que el labio inferior de Verity comenzaba a temblar. La indignación la invadió de una manera que no había sentido desde sus días escolares. No podía soportar ver al vicario y a Verity intimidados por esta mujer rencorosa.

Ella voló para interponerse entre ellos y su torturadora.

—¡Ya es suficiente, señorita Anstruther! Solicite la ayuda de su compañera si es necesario, pero no hay necesidad de insultarla a ella ni al vicario.

Las fosas nasales de la señorita Anstruther se dilataron.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? ¡Esto no es asunto tuyo! Incluso si lo fuera, ¡tú eres poco mejor que una sirvienta! Mientras que yo soy una huésped en la casa de tu amo...

Evangeline se negó a dejarse intimidar.

—¡Me atrevo a hablar con usted porque es la verdad y es necesario decirlo! ¿Acusando a Verity de arrojarle a la cabeza de un hombre? Usted lo ha estado haciendo al señor Chase, durante días, con mucho menos estímulo del que le ha dado el señor Brookes. Todos los demás en el grupo saben que él preferiría casarse con cualquiera de las otras damas que con usted.

El color de Penélope Anstruther pasó del rojo a un tono casi violeta.

—Eso no es... nunca me lancé a él... no tienes derecho...

Su tartamudeo nervioso dejó claro que no estaba acostumbrada a ser confrontada, especialmente por alguien a quien consideraba inferior.

Por el contrario, Evangeline se esforzó por controlar sus agitadas emociones y hablar con firmeza, como lo haría con uno de sus alumnos si se portaba mal.

—Si deseas atraer un marido en el futuro, te sugiero que cuides tu temperamento y tu lengua.

—¿Hay algún problema? —El sonido de la voz resonante de Jasper Chase hizo que Evangeline se diera cuenta de lo que acababa de hacer y de la vergüenza que podría haberle causado—. Escuché voces en un tono alto.

Ella volteó para verlo acercarse. Sus rasgos atrevidos estaban tensos en una mirada de preocupación.

Su aparición pareció devolverle a la señorita Anstruther la capacidad de hablar.

—Ciertamente, hay un problema, señor. ¡Esta institutriz suya me ha insultado abominablemente! —ella infundió a la palabra “institutriz” un mordaz desprecio, como si la profesión de Evangeline fuera de algún modo vergonzosa—. Si algún sirviente mío se atreviera a hablarle a un huésped, en mi casa, con tanta insolencia, ¡lo despediría en el acto!

—¿Estás sugiriendo que haga lo mismo? —El feroz ceño fruncido en el rostro del señor Chase hizo que Evangeline temiera que así fuera.

No tenía motivos para temer por su futuro, como la mayoría de las mujeres en su posición, pero Evangeline lamentaba no haber manejado esta situación con mayor tacto. Su vigorosa defensa de Verity solo podría empeorar la situación de la pobre mujer. Además de eso, lamentaba haber avergonzado a su empleador.

La posibilidad que Jasper Chase pensara mal de ella consternó a Evangeline más de lo que podía soportar.

* * *

¿Despedir a Evangeline Fairfax? Jasper no podía concebir ninguna acción que encontrara más aborrecible. Había oído lo suficiente de su conversación con la señorita Anstruther para darse cuenta que había estado defendiendo a Norton y a la señora Dawson, del mismo modo que una

vez había acudido a ayudar a sus amigas de la escuela.

La admiración por Evangeline estalló en su interior. Él luchó contra el desconcertante impulso de agarrarla y besarla profundamente. ¿Era porque tal gesto podría sobresaltar a la señorita Anstruther... o podría ser algo más?

Una cosa que sí sabía, con sorprendente certeza, era que sus hijos habían sido increíblemente afortunados de contar con su ejemplo todos estos años. La forma en que reaccionaron al enterarse de las condiciones de la industria algodonera demostró que habían aprendido mucho de ello. ¿Su plan de mantenerlos refugiados en Amberwood socavaría las lecciones vitales, que habían aprendido de su valiente y compasiva institutriz?

Esos pensamientos pasaron por su mente, cuando Jasper se interpuso entre las dos mujeres. Apenas escuchó la rencorosa diatriba de Penélope Anstruther, más allá de sus repetidas exigencias para que despidiera a Evangeline, lo cual lo enfureció.

—Lamento que la señorita Fairfax se haya visto obligada a hablarle como lo hizo. Puesto que yo podría haber dicho exactamente las mismas cosas en su lugar, y no puedo pensar en despedirla. ¡Yo sentiría lo mismo! Incluso si ella no fuera esencial para la felicidad de mi familia.

—¿Defiendes a esta criatura insolente? —La señorita Anstruther bramó—. ¡Este insulto no lo puedo soportar! ¡Ven, Verity! ¡Nos vamos de inmediato! Me niego a pasar otra noche entre gente tan descortés y mal educada.

Con una mirada venenosa a Jasper y Evangeline, ella se alejó.

El comienzo de un sollozo surgió de los labios de la señora Dawson, pero fue rápidamente sofocado. Con la cabeza gacha y los hombros caídos, la siguió con evidente dejadez.

¿Evangeline y él habían empeorado las cosas para la pobre dama al tratar de defenderla? De ser así, Jasper se arrepintió, pero, ¿qué más podría haber hecho? No tenía intención de separarse de la institutriz de sus hijos ni un momento antes de lo previsto, ¡y menos aún por orden de Penélope Anstruther!

—¡Espera! —gritó Norton Brookes. El pobre hombre parecía desgarrado en varias partes a la vez, como si le estuvieran descuartizando el corazón—. Verity, por favor, no puedo soportar verte partir con esa mujer insoportable.

Penélope Anstruther se volvió hacia el vicario con una mueca desdeñosa.

—Debería cuidar su lengua, señor. Por supuesto que Verity debe venir conmigo. No tiene a dónde ir y no hay nada que puedas hacer al respecto.

Por un momento, Jasper temió que su amigo flaqueara, ante tan cáustico desprecio. Pero después de una breve lucha, Norton se enderezó hasta alcanzar su plena y elevada estatura, y habló en un tono resonante, que habría sonado impresionante desde un púlpito.

—De hecho, hay algo que puedo hacer y tengo la intención de hacerlo.

Sus largas piernas lo llevaron rápidamente hacia la señora Dawson, y luego se flexionaron para bajarse, ante ella, sobre una rodilla.

—Mi querida Verity, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa? Poco puedo ofrecerte en términos de comodidades materiales, pero te prometo que mientras viva, siempre serás atesorada y tratada con la amabilidad que te mereces.

Antes que su compañera pudiera responder, la señorita Anstruther resopló burlonamente:

—Verity tiene sentido común y no renunciará a las ventajas que puedo brindarle... No vivirá en su hogar con un clérigo sin un centavo y su marimacho de hermana.

La forma en que Norton hizo una mueca, ante sus palabras, dejó claro que hacía eco de sus peores temores.

Jasper miró hacia Evangeline y la encontró mirándolo fijamente. En sus ojos vislumbró una súplica tácita para intervenir en nombre de la otra pareja. Por mucho que quisiera complacerla, no podía. Alguna intuición le advirtió que para que su unión tuviera éxito, ambos debían estar dispuestos a luchar por ella.

Desafortunadamente, la vida parecía haberle dado una paliza a Verity Dawson hace mucho tiempo.

¿O lo tenía merecido? Algo en su porte, cuando dio la vuelta para responder a la señorita Anstruther, hizo que Jasper se preguntara si se había equivocado.

—¿Ventajas? —Pronunció la palabra en una imitación burlona del tono desdeñoso de la otra mujer—. ¿Qué significan esas ventajas sin respeto ni cariño? No creo que la señorita Brookes sea una marimacho e incluso si lo fuera, ¡preferiría vivir con una marimacho que con... una... arpía!

Las facciones de la señorita Anstruther se relajaron por la sorpresa. Luego lanzó un grito de irritación y se alejó.

Verity volvió a centrar su atención en Norton, que de repente parecía esperanzado.

—Estimado señor Brookes, espero que no me haya propuesto matrimonio por lástima por mi situación. No podría soportar ser una carga para usted.

Norton le estrechó la mano.

—Te lo ruego, no se hable de lástima ni de cargas entre nosotros. Creo con todo mi corazón que cualquier carga que lleve en esta vida solo será aligerada por tu apoyo... y amor.

La dama respiró hondo y apoyó los hombros.

—En ese caso, será un honor para mí casarme con usted, señor Brookes.

Norton se puso de pie y se llevó ambas manos a los labios.

—¡Me has hecho el hombre más feliz del mundo!

Su rostro alargado resplandeció de alegría. Sin embargo, Jasper detectó una leve onda de ansiedad en los ojos de su amigo. ¿Se preguntaba cómo podría mantener a una hermana y a una esposa con su modesta vida, sin mencionar cómo podría mantener a sus hijos, si fueran tan bendecidos?

—¡Felicidades mi amigo! —Jasper se acercó a la pareja recién comprometida—. Insisto en que la señora Dawson se quede en Amberwood como mi invitada hasta que usted pueda organizar la boda.

—¡Gracias, señor! —Verity Dawson pareció asombrada que la trataran con tanta cortesía—. ¡Eso es muy amable de su parte! Espero que no hayamos arruinado su fiesta, provocando que la señorita Anstruther se marchara.

Jasper negó con la cabeza.

—Dudo que su partida ensombrezca las festividades. Todo lo contrario, diría yo. Además, fui yo quien la provocó para que se fuera, no usted.

Evangeline dio un paso adelante para felicitarla. Luego le dijo:

—Si me disculpan, debo ir a comprobar que los niños no se hayan mareado con los dulces.

—Nosotros también deberíamos volver a unirnos al grupo —expresó Norton—. Quiero compartir nuestra feliz noticia con Abigaíl. Estoy seguro que estará encantada por nosotros.

Verlos tan felices juntos hizo que Jasper estuviera ansioso por recuperar una alegría similar... pero no con Margaret Webster.

Le ofreció el brazo a Evangeline.

—Señorita Fairfax, ¿puedo acompañarla de regreso a la feria?

—Gracias, señor. —Deslizó una mano delgada por el hueco de su codo para descansar

ligeramente sobre su antebrazo—. Usted fue muy amable al no despedirme, después de la forma en que hablé con la señorita Anstruther. No me correspondía sermonear a uno de sus invitados.

—¡Espero que no hayas creído que había algún peligro de eso! —A Jasper le resultó difícil encontrar una respuesta coherente porque gran parte de su conciencia estaba concentrada en el toque de su mano. Lo llenó de una extraña y dulce ligereza, como la espuma de una taza de sidra fresca—. En cuanto a tu lugar, siempre es el deber de una verdadera dama hablar en defensa de aquellos que están siendo maltratados. Pensé que eres bastante... ¡magnífica!

Su rostro se iluminó con una sonrisa tan radiante que le hizo desear... hacer algo muy tonto.

—Tú también te comportaste bien. Si ella no se hubiera portado tan mal, tal vez sentiría lástima por la señorita Anstruther.

—Esperemos que preste atención a algo de lo que le dijeron y enmiende su conducta. Temo que la señora Thorpe se enoje conmigo por haber obligado a su ahijada a abandonar la fiesta.

Evangeline se rió entre dientes.

—Si tu suegra te regaña, te prometo que saldré en tu defensa.

—¿Lo quieres hacer? —Imaginar la escena hizo que Jasper sonriera de oreja a oreja—. Entonces, creo que no tengo nada de qué preocuparme.

Regresaron para reunirse con la multitud, que todavía disfrutaba del entretenimiento de un excelente día de verano. Desde el público apiñado en torno al espectáculo de marionetas, Margaret Webster los saludó con la mano.

Evangeline se tensó y soltó el brazo de Jasper.

—Deberías acompañar a la señorita Webster y a las chicas. Debo ir a descubrir qué están haciendo Alfie y Matthew.

Antes que él pudiera protestar, ella desapareció entre la multitud, dejándole en el brazo un leve dolor que él creía que solo su toque podría aliviar.

Capítulo doce

Jasper Chase le había ofrecido su brazo y le dijo que era magnífica por enfrentarse a la señorita Anstruther. El recuerdo hizo que Evangeline esbozara una sonrisa furtiva, cada vez que lo recordaba esa noche. Durante la noche, revivió ese momento en sus sueños.

La razón le advirtió que un incidente tan trivial no debería significar tanto para sí misma. Trató de desterrar eso de sus pensamientos con la familiar letanía que Jasper no quería una esposa como ella, y a la vez, ella no quería un marido de ningún tipo.

Pero esas convicciones parecían haber perdido su poder protector. En su lugar surgieron nuevas ideas que la intrigaron y la inquietaron. Por ejemplo, lo agradable que se había sentido tener a alguien, en quien podía confiar, para que acudiera en su ayuda. Aunque Jasper afirmó desear a una esposa dócil, ella no estaba segura que realmente quisiera una así. No había nada de complaciente en la forma en que había confrontado a la señorita Anstruther. Sin embargo, él no la había reprendido por ello. En todo caso, parecía respetarla más.

Si hubiera necesitado más pruebas que él no le echaba en cara sus acciones, Jasper apareció en la guardería, como de costumbre a la mañana siguiente, luciendo demasiado apuesto.

—Bebe tu café rápido. —Se sirvió una taza y tomó un largo trago—. Le he pedido a Jane que vigile a los niños, mientras damos un paseo.

Evangeline se esforzó por moderar su reacción ante sus palabras, pero no pudo evitar que el corazón le diera un vuelco.

—¿Tenemos un tema delicado que discutir?

—Acerca de Norton y la señora Dawson. Pensé que querías saberlo. —Jaspe asintió.

—De hecho, quiero. —Evangeline estaba encantada con la unión entre Verity y el señor Brookes, quien le recordaba a su padre erudito y de voz suave—. Espero que puedan encontrar una manera de vivir con cierta comodidad sin tener que casar a su hermana, cuando ella preferiría ganarse la vida.

La cabeza de Jasper se levantó de golpe.

—¿Ella lo haría? ¿Cómo sabes eso?

—Ella me lo dijo. —Evangeline apuró su taza y se puso de pie—. A la señorita Brookes le gustaría trabajar como institutriz, pero su hermano no quiere ni oír hablar de ello. Eso tiene algo que ver con su madre.

Jane apareció en ese momento. Aunque intentó aparentar que era algo común que su jefe y la institutriz dieran paseos juntos, temprano en la mañana, Evangeline se preguntó si la niñera habría comentado sobre eso debajo de las escaleras.

—Voy a buscar mi sombrero. —Evangeline se apresuró a salir, antes que Jane notara el color de sus mejillas y adivinara más sobre sus sentimientos de lo que podía soportar.

Regresó tan pronto como se ató el sombrero... y su rubor se había desvanecido. Sabía que no estaba bien que se sintiera tan eufórica por irse sola con Jasper. Después de todo, ella estaba tratando de hacer una unión entre otra mujer y él. Incluso no tenía por qué pensar en él por su nombre de pila. No estaba segura de cuándo había comenzado esto, solo que ahora parecía no poder detenerse.

El campo estaba envuelto en niebla, cuando salieron de la casa, pero el cielo tenía un brillo nacarado que prometía que la neblina pronto se disiparía.

Evangeline estaba agradecida por el velo de niebla que los envolvía a ella y a Jasper,

ocultándolos de miradas curiosas. Esto creó una atractiva ilusión que estaban en su propio mundo privado sin obligaciones, planes ni expectativas.

—¿La marcha de la señorita Anstruther hizo que el ambiente durante la cena de anoche fuera muy incómodo? —Ella esperaba que no. A pesar de la insistencia de Jasper en lo contrario, ella se sentía responsable de provocar la desagradable irrupción de su fiesta en casa.

—Mi suegra estaba bastante consternada. —Él no parecía preocupado por la reacción de la señora Thorpe—. Pero, el resto del grupo parecía más feliz por su ausencia. Norton y la señora Dawson anunciaron su compromiso, lo que puso a todos de buen humor.

—¿Incluso su hermana?

—Especialmente su hermana. A ella le gusta la señora Dawson y después de lo que me ha contado, puede suponer que su hermano se verá obligado a dejarla ganarse la vida ahora. Me pregunto... —La voz de Jasper se apagó.

—¿Te preguntas...? —insistió Evangeline.

—Si Abigaíl podría considerar ocupar tu puesto en Amberwood —continuó en tono desconcertado—, los niños, así como Norton y ella podrían resistirse menos a que ella se convierta en institutriz, y eso nos ayudará.

Parecía una solución razonable para todos. Sin embargo, a Evangeline le preocupaba más que nunca pensar que alguien más ocuparía su lugar en Amberwood, incluso alguien tan agradable como Abigaíl Brookes. ¿Podría infundir el respeto que necesitaba una institutriz, después de haber sido más bien una compañera de juegos de los niños?

Se le ocurrió otra idea.

—Quizás la señorita Brookes podría venir a enseñar en mi escuela. A su hermano podría importarle menos eso que ella se convirtiera en institutriz privada. Sería beneficioso para nuestros alumnos tener una maestra con su buen humor. Mis amigos querían que Leah Shaw me ayudara a dirigir la escuela, precisamente por esa razón. Pero, luego Leah se casó con el duque.

—¿Leah? —Jasper repitió el nombre en tono desconcertado—. ¿No es ella también una de tus amigas de la escuela de caridad que se convirtió en institutriz?

—Todas trabajamos así —ella respondió—. La enseñanza es uno de los pocos medios respetables que tiene una mujer para ganarse la vida, por modesta que eso sea.

Su respuesta no hizo nada para disipar la mirada de perplejidad de Jasper.

—¿Una alumna de una escuela caridad convertida en institutriz casada con un duque?

Evangeline asintió.

—Puede que te sorprenda que Leah se haya casado tan bien, pero a mí me sorprende más que se haya casado. Pensé que ella valoraba demasiado su independencia, como para estar atada de esa manera. Pero, ella suena feliz en sus cartas. Las demás también, aunque eso no me extraña. Rebecca, Grace y Hannah estaban todas bien preparadas para el matrimonio. Nunca esperé que hicieran uniones tan ventajosas, pero, estoy encantada por ellas.

Cerró los labios para evitar más palabras. No había sido su intención extenderse tanto.

Pero a Jasper no pareció importarle eso. De hecho, parecía estar escuchando con mucha atención. Cuando ella hizo una pausa, él no aprovechó la oportunidad para volver a centrar la conversación en Verity y el señor Brookes. En lugar de eso, preguntó:

—¿Alguna vez has envidiado a tus amigas por la felicidad que han encontrado?

—¡Nunca! —insistió—. Mis amigas merecen toda la seguridad, el consuelo y la felicidad con la que las mujeres puedan ser bendecidas.

—Quizás envidia sea la palabra equivocada. —Los pasos de Jasper disminuyeron, mientras buscaba el término correcto—. Lo que quise decir es: ¿nunca desearías poder experimentar ese

tipo de felicidad por ti misma? ¿Un hogar propio, el amor de un marido y de unos hijos?

¿Se atrevió a responder honestamente a su pregunta? Evangeline no temía. Últimamente había empezado a anhelar cada vez más precisamente esas cosas: el amor de un marido, especialmente. Pero no un marido cualquiera. ¿Eran esos sentimientos una prueba para demostrar que era digna de asumir la vocación que pretendía?

¿Cómo podía pensar en decepcionar a sus amigas que dependían de ella y a las niñas huérfanas que la necesitaban? ¿Sin mencionar a su difunta madre, que había estado tan segura de que estaba destinada a realizar alguna tarea importante en la vida?

—Te lo dije, mis amigas estaban bien preparadas para el matrimonio. —Elegió sus palabras con cuidado para poder decir la verdad sin traicionar sus sentimientos—. No tengo ni nunca he sentido envidia de sus matrimonios. Estoy destinada a un rol diferente.

—Pero, ¿no estás destinada a ser feliz? —preguntó en un tono de melancólica lástima que raspó su orgullo—. No puedo creer que así sea como debe ser tu vida.

—¿Quién dice que no seré feliz? —Evangeline se enfureció, aunque temía que eso fuera cierto. Ahora que sus sentimientos por Jasper Chase habían despertado, ¿podría alguna vez ser verdaderamente feliz si se separara de él y de los niños? Pero sus preguntas inquisitivas la obligaron a negarlo—. Espero ser muy feliz haciendo un trabajo tan valioso y marcando una diferencia en las vidas de tantos niños. Espero ser feliz cumpliendo el propósito para el cual me he estado preparando todo este tiempo.

Ella lanzó una mirada fugaz a Jasper, mientras él caminaba a su lado, sin estar segura de estar persuadiendo a ninguno de los dos.

Hizo un último esfuerzo.

—¿Crees que me haría más feliz renunciar a todas mis esperanzas y planes para someterme a la voluntad de un marido? Estaríamos en desacuerdo todo el tiempo. Tú mismo me dijiste que eso solo puede conducir a la infelicidad.

Mientras caminaban, el dobladillo de sus faldas se humedecía cada vez más por la hierba mojada, hasta que le pareció que la pesaba.

Esperaba que Jasper la contradijera. Eso demostraría que tenía razón al decir que estarían en constante conflicto. Sin embargo, una parte traidora de ella quería que él la convenciera que el matrimonio podría traerle felicidad en lugar de arrepentimiento.

Pero Jasper no respondió. Quizás se dio cuenta que ella tenía razón.

—¿Por qué perdemos el tiempo hablando de mí? —ella protestó—. Querías contarme algo sobre Verity y el señor Brookes. ¿Fue solo que anunciaron su compromiso?

Jasper se detuvo y la miró fijamente hasta que ella lo miró a los ojos.

—Hablar de ti nunca es una pérdida de tiempo.

Mientras permanecían allí en la niebla, Evangeline sintió el peso de las palabras no dichas cayendo sobre ellos. Ella cerró los labios con fuerza para no romper el silencio.

Justo cuando temía traicionarse a sí misma, Jasper dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso por donde habían venido.

—Había algo más que quería contarte sobre nuestros amigos. Invité a Norton para que me ayudara con mi trabajo en New Hope Mills. Él puede predicar a mis trabajadores y ayudarme a ocuparme de su bienestar. Quizás podría contratar a algunos de los muchachos más brillantes para que enseñen, como lo hizo Parson Ward.

—¿Solo los muchachos? —murmuró Evangeline.

Puede que Jasper no la hubiera escuchado, o tal vez no quería iniciar otra discusión entre ellos.

—No puedo pagarle a Norton un salario grande, pero sí más que el sustento de su parroquia actual. ¡Parece ansioso por participar!

Su felicidad por Verity y el señor Brookes calmó las agitadas emociones de Evangeline.

—Estoy seguro que eso le será de gran ayuda al vicario.

—Eso espero —replicó Jasper—. Lo que no esperaba era el entusiasmo renovado que siento por mi trabajo en el ingenio, sabiendo que contaré con su apoyo. Ojalá se me hubiera ocurrido preguntarle antes...

Aunque sabía que tal colaboración beneficiaría al señor Brookes, a Jasper y especialmente a sus empleados en New Hope Mills, la idea le dio a Evangeline una punzada de nostalgia. Deseó que a ella y a Leah Shaw les hubiera sido posible dirigir juntas la nueva escuela benéfica, como sus amigas esperaban. Sin duda las dos habrían estado en desacuerdo en alguna ocasión, de una manera que Jasper claramente aborrecía. Pero de todos modos se habrían apoyado mutuamente, como lo habían hecho durante su juventud. Incluso sus disputas podrían haber resultado en un valioso compromiso, en beneficio de sus alumnos.

—¿Por qué me trajiste aquí para decirme eso? —Evangeline señaló la casa, cuya forma se hacía más clara con cada paso que daban—. No es un tema que deba preocupar a los niños, si lo escuchan. Les agradan el señor Brookes y Verity, y su compromiso es un acontecimiento feliz.

Jasper meditó su respuesta mucho más tiempo del que debería haber necesitado.

—No quería que me oyeran hablar del molino y empezaran a molestarme para que los llevara a Manchester.

Su explicación era perfectamente razonable, pero Evangeline intuyó que tal vez no fuera del todo cierta.

* * *

Por supuesto, él no quería que sus hijos tuvieran más ideas problemáticas sobre mudarse a Manchester. Así que Jasper insistió eso para sí mismo, mientras Evangeline y él regresaban a la casa. Sin embargo, esa no era la razón principal por la que la había invitado a dar un paseo matutino. Ahora que se había dado cuenta de la verdadera naturaleza de sus sentimientos por la dama, quería pasar tiempo a solas con ella, sin temor a ser escuchado ni interrumpido.

Estando solos, él había esperado que contarle sobre el compromiso de su amigo le brindara la oportunidad de hablar de sus sentimientos y preguntarle sobre los de ella. Pero cuando surgió el tema del matrimonio, la enfática declaración de Evangeline no fue en absoluto lo que él esperaba. Ella había insistido en que nunca se casaría, y mucho menos con un hombre autoritario como él.

Por supuesto, no se había referido a él por su nombre. Pero cuando ella habló de tener que someterse a la voluntad de un marido, él supo a quién se refería. ¿Había percibido sus sentimientos alterados hacia ella y había tratado de desanimarlo? De ser así, ella no conocía su carácter tan bien como a menudo parecía. No había llegado a ser dueño de su propio molino porque fácilmente lo desanimaran de perseguir lo que quería.

Y quería que Evangeline Fairfax fuera su esposa, cada hora que pasaba estaba más seguro de ello.

Al observarla con sus hijos, mientras desayunaban juntos, pudo ver la forma especial en que interactuaba con cada uno de ellos. Sintió lo mucho que significaban para ella y lo difícil que le sería dejarlos. Entonces, ¿por qué debería hacerlo?

Todas sus amigas habían encontrado la felicidad con sus propias familias. ¿Por qué no animaron a Evangeline a hacer lo mismo, después de todo lo que había hecho por ellas? No

importa cuán valiosa haya sido cada una de sus contribuciones al grupo, Evangeline fue quien las unió y las convirtió en un grupo. ¿Habían apreciado su liderazgo, como se merecía, o en secreto, lo habían resentido? ¿Podría ser por eso que querían que ella dirigiera la escuela fundada por sus maridos, para que estuviera obligada a recibir órdenes de ellas?

Rosie sacó a su padre de sus cavilaciones subiéndose a su regazo, y rodeándole el cuello con los brazos.

Por mucho que sus acciones sorprendieron a Jasper, sus palabras lo hicieron aún más.

—¿Hemos hecho algo mal, papá? Si lo hicimos, lo sentimos mucho.

Envolvió a su hija en un abrazo tranquilizador.

—No han hecho nada malo en absoluto. ¿Por qué se te ocurrió esa idea?

Echó un rápido vistazo alrededor de la mesa, a los hermanos de Rosie, y los encontró a todos mirándolo con expresiones ansiosas.

—Parecías enojado por algo hace un momento, papá —le informó Owen en tono solemne.

—¿Parecía? —Jasper sabía que eso debía ser verdad. Cuando recordó sus pensamientos sobre las amigas de Evangeline, sus rasgos comenzaron a tensarse. En cambio, luchó por esbozar una sonrisa—. Si lo estaba, pueden estar seguros que ninguno de ustedes fue responsable.

Sintió que los niños solo le creerían si les ofrecía otra explicación.

—Estaba pensando en algo injusto: una persona que merece mucho más de la vida de lo que recibe, una persona cuyas amigas tal vez se lo hayan impuesto. Me indigné bastante por su parte. Lamento si los molesté.

Jasper no se atrevió a mirar a Evangeline por si ella adivinaba que se refería a ella.

Emma tenía otras ideas.

Quieres decir... la señora Dawson, ¿no es así, papá? Se suponía que la señorita Anstruther era su amiga, pero no la trataba muy bien.

Los otros niños asintieron. Jasper no se había dado cuenta que estaban al tanto de tales sutilezas en el comportamiento de sus invitados. Por otra parte, Penélope Anstruther no había sido particularmente sutil.

Antes que pudiera decidir qué responder, Matthew intervino:

—La despediste, ¿no, papá, porque era muy desagradable con la señora Dawson?

Jasper respondió en un tono gentil, pero decidido:

—No despedí a la señorita Anstruther. La decisión de irse fue suya, aunque no puedo decir que lamente verla partir. Las personas que se burlan de los demás no se ganan el cariño de nadie. Todos haríamos bien en tener esto en cuenta.

Los niños digirieron su consejo con miradas tan solemnes como la de Owen. Eso hizo que Jasper se decidiera a levantarles el ánimo.

—Tengo una buena noticia que compartir. El señor Brookes y la señora Dawson se han comprometido. Eso significa que se casarán muy pronto.

Evitó cualquier mención que la feliz pareja se estableciera en Manchester después de la boda.

—Pensé que podríamos hacer que el concierto que la señorita Webster está organizando sea una celebración de su feliz noticia.

Su mención del concierto pareció animar a sus hijos más que la noticia del compromiso de Norton. Quizás no entendían lo feliz que podía ser un matrimonio. Ciertamente, su institutriz no habría elogiado los beneficios del matrimonio.

¿Cómo podría hacerle ver que el matrimonio y la vida familiar podrían ser tan gratificantes como dirigir una escuela de caridad? Quizás debería aprovechar las lecciones que ella le había

enseñado. Debía cortejarla sin que parezca que está siendo cortejada. Si ella sospechaba de sus intenciones, antes que él lograra ganarse su corazón, Jasper temía que lo excluiría y él nunca tendría otra oportunidad.

Esa noche, después de escuchar las oraciones de sus hijos y darles un beso de buenas noches, se dirigió a Evangeline.

—Sin duda sabes que hay un pequeño salón de actos en el pueblo donde se baila los lunes y jueves.

—Así me han informado, señor —ella replicó sin dudarle, aunque pareció sorprendida por su comentario—. ¿Por qué lo preguntas?

Jasper descubrió que ya no le gustaba que ella lo llamara señor. Destacó la diferencia en sus posiciones, cuando prefirió concentrarse en las muchas cosas que tenían en común.

—Planeo asistir a la asamblea mañana por la tarde con mis invitados y me gustaría que nos acompañaras.

—¿A mí? —Su nariz se arrugó de una manera que Jasper encontró bastante entrañable—. Pero, ¿por qué? No es que a su grupo le falten damas. ¡Todo lo contrario! Además, hay quienes podrían oponerse a la inclusión de una simple institutriz en tal evento.

A pesar de sus objeciones, Jasper vislumbró un brillo dorado, en sus ojos marrones, que le hizo sospechar que ella secretamente quería ir.

—Creo que la única persona que podría haberse opuesto a la idea ya no está con nosotros.

Evangeline se esforzó por reprimir una sonrisa, pero no lo consiguió.

—Además —él continuó, percibiendo su receptividad y queriendo aprovecharla—, a excepción de mi suegra y de mí, todos los miembros de nuestro grupo somos extraños aquí. Tu ayuda para hacer las presentaciones será invaluable.

—Supongo...

—Hay otra razón por la que me gustaría que vinieras —dijo—. Usted ha asumido una tremenda responsabilidad en mi hogar durante los últimos seis años. No tengo ninguna duda de que soportarás aún más como directora de tu escuela de caridad. Mereces divertirte por una noche, ¿cierto?

¿Se dio cuenta Evangeline que merecía esto y mucho más? ¿O sus años en esa miserable escuela le habían hecho creer lo contrario?

—¡Por favor! —concluyó, antes que ella pudiera plantear más objeciones—. ¡Di que vendrás!

Su mirada incondicional vaciló ante la de él. ¿Vio algo en sus ojos que no quería ver?

¡Muy bien! —ella respondió—. Si usted desea que los acompañe.

—¡Sí! —dijo Jasper—. ¡Mucho!

En ese momento, él también deseaba algo más: un beso de sus labios carnosos y generosos. Pero sabía que era demasiado pronto y que aquel no era el lugar adecuado. No se arriesgaría a arruinar sus posibilidades, actuando prematuramente. Sus años en los negocios le habían enseñado a esperar el momento oportuno hasta que se presentara la oportunidad adecuada, y después actuar con firmeza cuando la misma se presentara. Debía aplicar esas lecciones aprendidas con tanto esfuerzo en su búsqueda de Evangeline.

—Hasta entonces. —Hizo una reverencia cortés y se retiró, antes que sus inclinaciones románticas vencieran su prudencia.

Jasper bajó para reunirse con sus invitados en el comedor con paso alegre y una misteriosa sonrisa en sus labios. Conquistar a una mujer maravillosa pero reacia como Evangeline Fairfax sería un desafío, sin duda alguna.

No obstante, a él siempre le habían gustado los desafíos.

* * *

Evangeline apenas podía recordar la última vez que había bailado en una asamblea. Ciertamente, eso fue mucho antes que ella llegara a Amberwood. Aunque le gustaba bailar, se había resignado a evitar esos entretenimientos. No quería que otro caballero, como el señor Preston, tuviera la idea equivocada que ella deseaba que la cortejaran.

Pero, como Jasper le había recordado, pronto estaría cómodamente instalada en su escuela sin necesidad de preocuparse más por esos asuntos. ¿Qué daño le haría disfrutar de aquella noche, antes de asumir sus nuevas responsabilidades?

Su sentido de cautela le advirtió que tal vez no fuera prudente mezclarse socialmente con un hombre que la atraía tanto como Jasper Chase. Sobre todo porque los niños no estarían allí para ocupar su atención y actuar como amortiguador entre ellos.

Ella descartó esos escrúpulos con un movimiento de cabeza confiado. Su conversación sobre el matrimonio había reforzado sus prioridades y le había hecho ver su situación desde una perspectiva clara y racional. Si bien era cierto que sentía más por Jasper Chase de lo que jamás había esperado, o deseado sentir por cualquier hombre, sabía que no podía haber ninguna posibilidad de un futuro, juntos.

Incluso si hubiera estado dispuesta a renunciar a la importante tarea para la que la vida la había preparado, nunca podría ser el tipo de esposa que él quería. Había encontrado una mujer así en Margaret Webster. Evangeline ahora reconoció que sus anteriores reservas sobre la idoneidad de la dama habían surgido de unos celos indignos, que no tenía derecho a albergar. Habiendo vuelto a dedicarse a fundar una nueva escuela benéfica, debía renovar sus esfuerzos para fomentar una unión entre Jasper y la señorita Webster. Un evento nocturno, sin niños a quienes supervisar, podría brindarle la oportunidad perfecta para impulsar sus esfuerzos en la búsqueda de una pareja.

Habiendo tomado una decisión al respecto, Evangeline aprovechó una oportunidad que se presentó cuando los niños estaban en el gran salón, practicando para el concierto.

—¿Hay alguna dificultad, señorita Webster? —preguntó, cuando notó que la dama fruncía el ceño, ante una lista cuidadosamente escrita de los artistas.

—Así digan lo que quieran sobre la señorita Anstruther, ella tiene una voz excelente. Su ausencia ha dejado algunos huecos en nuestro programa —Margaret Webster suspiró.

—Seguramente, usted puede cantar en su lugar —sugirió Evangeline—. O, mejor aún, usted y el señor Chase podrían actuar a dúo. Sé que canta muy bien. Lo he oído muchas veces en la iglesia.

La consternó recordar que pronto perdería la oportunidad de estar cerca de él en el banco familiar y beber de la rica resonancia de su voz de barítono. Pero ella resueltamente apartó ese pensamiento de su mente.

—¿El señor Chase lo haría? —Margaret Webster llamó a Jasper, que estaba ayudando a Alfie a memorizar su recitación.

—Supongo que podría —respondió—, siempre que la canción no sea demasiado difícil.

—Tocaré para ti —ofreció Evangeline cuando se le ocurrió otra idea—. Estoy de acuerdo con el señor Chase en que la canción debe ser una que los tres conozcamos.

Ella hizo una pausa, fingiendo considerar las posibilidades.

—¡Lo tengo! Ambos deben estar familiarizados con *Ellen la justa*. Es una opción ideal para celebrar un compromiso.

A diferencia de la mayoría de las baladas de amor populares, esta no era demasiado larga y tenía un final feliz. Si algo podía despertar sentimientos tiernos entre Jasper y la señorita Webster, seguramente era cantar juntos una canción de amor.

Al principio, ninguno de los dos parecía tan receptivo a la idea, como ella esperaba, pero Evangeline logró persuadirlos.

—Aquí está la música. ¿Por qué no hacemos una práctica rápida ahora?

Antes que pudieran objetar, ella se sentó al piano y empezó a tocar.

Aunque se felicitó por su plan bien ejecutado, Evangeline no estaba preparada para el espasmo que le retorció el corazón, cuando escuchó a Jasper cantarle a otra mujer:

—Y mientras estaba contemplando mi corazón, declaro, Ellen la justa tomó un cautivo.

Sus dedos juguetearon con las teclas, creando una amarga discordia con la melodiosa voz de Jasper. Rosie se tapó los oídos con las manos.

Alfie señaló con el dedo a su institutriz, en una imitación descarada de la forma en que ella a veces lo reprendía.

—Debe concentrarse en lo que está haciendo, señorita Fairfax, y no dejar que su mente divague.

Evangeline le hizo una mueca a Alfie, pero siguió su consejo y mantuvo sus pensamientos firmemente enfocados en las claves durante el resto de la canción.

Cuando concluyó la pieza, se escuchó un fuerte aplauso y el señor Webster exclamó:

—¡Bien hecho, por cierto! Siempre he sido partidario de esa vieja canción. ¡Sus voces combinan tan bien que no tengo ninguna duda que será el punto culminante del concierto!

—Fue elección de la señorita Fairfax, papá. —Margaret Webster hizo que pareciera que Evangeline merecía todo el crédito por su actuación.

—Ella es una dama inteligente —confirmó el dueño del molino—. Incluso si su forma de tocar no está a la altura de tu nivel, querida.

Aunque Evangeline no pudo negar el comentario del señor Webster, todavía le dolía más de lo que quería admitir.

Sus palabras apenas tuvieron oportunidad de asimilarse, antes que Jasper hablara.

—Esa no es una comparación justa, señor. La señorita Fairfax no tuvo oportunidad de ensayar la pieza, antes de tocarla, hace un momento. Con cinco hijos que educar, no puedo imaginar cuándo encontrará tiempo para practicar.

A Evangeline le calentó oírle levantarse tan rápidamente en su defensa. Sin embargo, temía que la señorita Webster se ofendiera porque su pretendiente le hubiera cuestionado un cumplido.

La dama demostró tener un humor más bondadoso de lo que Evangeline había esperado... o merecido.

—El señor Chase tiene razón, papá. Tengo todo el tiempo del mundo para dedicarlo a mi música. La señorita Fairfax apenas tiene ninguno, pero aún así se las arregla para tocar y cantar maravillosamente.

Sus amables palabras hicieron que Evangeline se avergonzara de las dudas egoístas que había albergado sobre la idoneidad de la señorita Webster para casarse con Jasper Chase. Claramente, la dama sería una mejor esposa para él que alguien como ella. Sin embargo, eso no alivió el dolor en su corazón, cuando miró hacia el futuro e imaginó a Margaret Webster en el corazón de su casa, mientras ella asumía su satisfactorio, pero solitario puesto como directora de su escuela.

Capítulo trece

Esa noche, mientras Jasper esperaba que sus invitados se reunieran para viajar al pueblo, cada uno de sus órganos internos parecía agitado en una manera extraña.

Su corazón sentía como si algo lo hubiera sacado de su latido confiable, llevándolo a un ritmo más rápido y complejo. Sus pulmones realizaron su función habitual, pero se encontró profundamente consciente de cada respiración que respiraba, como si ya no pudiera dar eso por sentado. Su estómago daba vueltas como un barril rodando cuesta abajo, y no estaba convencido que su hígado se estuviera comportando como debía.

Sus pensamientos eran igualmente inquietos, revoloteando del pasado al futuro y viceversa, apenas conscientes de lo que estaba sucediendo en el presente.

Cuando su mirada se posó en el piano, se imaginó a Evangeline sentada ante él, tocando esa canción de amor. Aunque le había cantado la letra a Margaret Webster, que era tan hermosa como el tema de la balada, su corazón se había concentrado en la vívida y rojiza belleza de Evangeline.

A diferencia del noble superficial de la canción, Jasper se sentía atraído por mucho más que su belleza. De hecho, apenas se había dado cuenta de lo atractiva que era hasta que recientemente había descubierto sus muchas otras cualidades admirables. Evangeline Fairfax es inteligente y exitosa, rebotante de capacidad de liderazgo, quien inspira a otros a seguirla en lugar de obligarlos. Aunque ella también tiene un lado cálido y cariñoso, así como una inesperada sensación de diversión.

Más que cualquier mujer que hubiera conocido, ella compartía su compasión por cualquiera que fuera reprimido o maltratado. Para ella, la compasión no era una emoción pasiva y sentimental, sino un llamado urgente a corregir los errores y mejorar la vida de las personas. ¿Había alguna manera de hacerle ver que ella era mucho mejor pareja para él, que cualquiera de las otras que habían intentado conquistarlo?

Mientras reflexionaba sobre esa pregunta, Evangeline entró en el salón con un aire de discreción, que no pedía disculpas por su presencia ni buscaba llamar la atención sobre ella. Jasper no estaba seguro de poder evitar esto último. Para él, ella eclipsaba a todas las demás damas de la sala sin el menor esfuerzo. ¿Cómo pudo haber estado tan ciego, durante tanto tiempo, ante el tesoro que estaba escondido bajo su techo?

Durante su primer año, debió haber sido el amor por su esposa lo que le impidió fijarse en cualquier otra mujer. Después de la muerte de Susan, el dolor y tal vez la culpa lo habían envuelto como una niebla privada, haciéndole imposible ver muchas cosas. Últimamente, él se había sumergido tan profundamente, en su trabajo, que no tenía tiempo de fijarse en nada más que en sus hijos. Ahora deseaba haber notado a Evangeline, antes que sus amigos la reclutaran para dirigir su escuela de caridad.

La naturaleza práctica de Jasper silenció sus arrepentimientos. No servía de nada perder el tiempo en lo que podría haber sido. Debía actuar de inmediato para descubrir si ella podría sentir por él más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Señorita Fairfax. —Se acercó a ella y le hizo una reverencia, como si fuera una invitada de honor... y para él lo era—. Gracias por aceptar acompañarnos esta noche. Sé que puedo confiar en usted para hacer las presentaciones necesarias a nuestros invitados, y hacer que se sientan cómodos.

Ella agradeció su saludo con una sonrisa confiada.

—Haré lo mejor que pueda, señor Chase. Espero que la asistencia de varias damas nuevas cause una sensación bastante agradable en la asamblea.

Su comentario hizo que Jasper se diera cuenta que todos sus invitados estaban reunidos.

—En ese caso, no debemos hacer esperar a los caballeros locales.

Condujo al grupo hasta los vagones que esperaban y ayudó a su suegra a subir al primero con el señor Webster, la señora Leveson y su hija. Margaret Webster iba en el siguiente vehículo, seguida por Norton Brookes, su hermana y su prometida.

Cuando el segundo carruaje se alejó, Jasper se volvió hacia Evangeline.

—Espero que no le importe ir a la retaguardia conmigo en el carruaje, señorita Fairfax. Siempre prefiero conducir yo mismo, cuando es posible.

Por un instante, ella pareció desconcertada, pero pronto reunió la compostura suficiente para animarlo.

—Dada tu naturaleza independiente, supongo que eso no debería sorprenderme. No tengo ningún inconveniente en ir a ver un concierto, en una tarde tan agradable. Pero, me siento obligada a señalar que yo debería haber detenido a la señorita Webster para que ustedes dos pudieran pasar un tiempo a solas en el camino.

—¿Entonces voy a reprobar mis lecciones de cortejo? —Una risa profunda retumbó en el pecho de Jasper. Acomodó sus órganos agitados, pero pareció inflarlos como globos de aire. Su pecho se hinchó y su paso mostró una vivaz ligereza—. No se preocupe. Estoy seguro que tendré todo el tiempo que quiera a solas con Margaret Webster.

Antes que Evangeline tuviera la oportunidad de entender a qué se refería, él la ayudó a subir al carruaje. Luego, ascendió a su lado y se alejaron hacia el campo en penumbra. Hacia el oeste, el sol se ponía en franjas de colores brillantes sobre las montañas de Cumbria, repletas de lagos. Hacia el este, una luna nacarada y diminutas estrellas de diamantes se hacían visibles en el cielo aterciopelado negro sobre los Peninos.

Jasper deseaba que el viaje hasta el pueblo fuera más largo, pero como no lo era, se negó a perder un tiempo precioso admirando la puesta de sol.

—Sabe, señorita Fairfax... ahora que pronto dejará Amberwood, lamento lo poco que sé de usted. Todos estos años has vivido bajo mi techo y criado a mis hijos, pero mucho de ti sigue siendo un misterio para mí.

—Le aseguro, señor, que no hay nada misterioso en mí. Mi vida ha sido bastante normal. He sufrido mi parte de desgracias, pero, ¿quién no? —Ella respondió con una suave risa.

—¿Desgracias? ¿Es eso lo que piensas porque te enviaron a esa miserable escuela de caridad? —Jasper la miraba frecuentemente, mientras conducían, confiando en que el caballo podría encontrar el camino a la aldea sin que él le diera instrucciones—. ¿Qué pasó con tu vida antes de eso? ¿Cómo terminaste en un lugar así?

Evangeline vaciló por un momento y luego respiró una bocanada de aire tranquilo del atardecer.

—Al igual que la mayoría de mis compañeras de estudios, espero... Mi padre era un clérigo de medios modestos, cuya generosidad excedía sus ingresos. Mi madre murió, cuando yo tenía ocho años, y mi padre la siguió al año. No tenían parientes que pudieran ofrecerme un hogar, así que me enviaron a la escuela Pendergast.

—¿Eras cercana a tu madre y a tu padre? —preguntó Jasper. A pesar de las peleas entre sus padres, sabía que lo habían amado a su manera y querían lo mejor para él. Estaba seguro de que estarían orgullosos de lo que había hecho con su vida—. ¿Cómo eran ellos?

No estaba seguro que Evangeline fuera a responder. Este no era el tipo de conversación animada que normalmente precede a una velada de entretenimiento.

Pero tal vez ella sintió que sus preguntas surgían de algo más que una mera curiosidad.

—Mi padre era un hombre tranquilo de profunda fe y un predicador inspirador. Mi madre lo ayudó mucho con el trabajo práctico de la parroquia: visitar a los enfermos y ayudar a los pobres. Desde temprana edad la acompañé en sus visitas. Ella me inculcó la importancia de ayudar a los demás.

—Suena como una mujer extraordinaria —dijo Jasper—. ¡Qué bendición debe haber sido para tu padre tener a una socia tan dispuesta en su trabajo! ¡Cómo debe haber valorado su ayuda!

—Él confiaba en ella mucho más de lo que yo sabía en ese momento. No estoy segura que mi padre se diera cuenta hasta que ella... se fue. —Evangeline asintió brevemente.

Al pronunciar esas dos últimas palabras, simples y llena de dolor, sonó desconsolada, como bien debía estarlo. La pérdida de alguien tan capaz y compasivo debe haber dejado un doloroso vacío en las vidas de sus seres más cercanos. Si los niños y él perdían a Evangeline, Jasper sentía que sería como si el corazón de Amberwood dejara de latir.

—¿Cómo murió tu madre? —preguntó suavemente, aunque él podría adivinarlo.

—Influenza. Ese invierno hubo una epidemia. Mi madre insistió en que me quedara en casa, mientras ella hacía sus visitas, para que no me contagiara. Mi padre intentó persuadirla para que también se quedara en casa, pero mi madre insistió en que no podía descuidar sus deberes, cuando más la necesitaban. Ella iba y venía a todas horas hasta que pasó lo peor. Luego, cayó enferma.

—Lamento oírlo. —Jasper deseaba poder hacer algo más que ofrecer sus condolencias verbales, veinte años tarde. Le dolían los brazos por acercar a Evangeline hasta que su cabeza descansara contra su hombro—. Entonces, ¿tu padre también se enfermó?

—No en ese entonces. —Se le escapó un suave suspiro—. Pero, nunca se recuperó realmente de la muerte de mi madre. Era como si hubiera confiado tanto en ella que no sabía cómo arreglárselas sin ella. Algunas personas afirman que es imposible morir con el corazón roto, pero no tengo ninguna duda que mi padre sí lo hizo.

Un pensamiento se le ocurrió a Jasper en ese momento. Nunca había sido dado a analizar los motivos de otras personas ni siquiera los suyos propios. Quizás por eso esta intuición desacostumbrada tuvo tal impacto en él que no pudo guardársela para sí.

—¿Fue entonces cuando decidiste que nunca te casarías? —Volteó para mirarla, esperando haber descubierto la clave para superar la resistencia de Evangeline—. ¿Fue por eso? ¿Porque tenías miedo de preocuparte tanto por alguien que perderlo amenazaría tu propia existencia?

Eso tenía algo de sentido. Evangeline no era una persona que hiciera nada a medias. Cualquier tarea que se proponía, la dedicaba con todo su corazón y alma, ya fuera criar a sus hijos, guiar a sus amigos de la escuela o encontrarle una esposa. Si se permitía cuidar de él, Jasper sentía que no ocultaría nada. Un compromiso tan absorbente podría ser una fuerza poderosa... tal vez incluso peligrosa.

No se le ocurrió que debería haber guardado sus pensamientos para sí mismo hasta que Evangeline se puso rígida e inhaló un pequeño grito ahogado. Cuando giró para mirarla, su tez rosa y crema estaba pálida como la nieve, con pequeñas manchas lívidas, ardiendo en lo alto de cada mejilla.

Sus grandes ojos marrones brillaron con chispas de relámpagos de color ámbar, que Jasper pudo distinguir incluso en la creciente oscuridad.

—Señor, esta conversación se está volviendo demasiado personal. Le agradeceré que no

especule sobre mis motivos. ¡No son asunto tuyo!

La magnitud de su error descendió sobre Jasper como una avalancha.

—¡Perdóname, Evangeline! No era mi intención ofenderte.

Sintiendo que su disculpa requería más que palabras, tomó su mano, pero ella se la arrebató.

—¡No hablemos más de esas cosas! ¿Cuál es el punto de conocerme mejor, cuando pronto dejaré su empleo? Sería mejor que profundizara su relación con la señorita Webster.

No podía haber duda que estaba enfadada con él, pero Jasper vislumbró algo más detrás de su mirada indignada. Tristeza, tal vez, y... ¿anhelo? ¿O solo imaginaba un reflejo de sus propios sentimientos, queriendo creer que ella podría compartir los suyos?

—¡No es a la señorita Webster a quien deseo conocer mejor! —Su vehemente declaración violaba todas las lecciones que Evangeline había tratado de enseñarle sobre el noviazgo adecuado. Pero en ese momento, con ella tan cerca y la oscuridad cayendo a su alrededor, Jasper ya no tenía paciencia para las lecciones y reglas—. No es a la señorita Webster a quien quiero conmigo ahora ni para bailar esta noche.

Antes que él pudiera llegar a su conclusión obvia, Evangeline miró alarmada a su alrededor y gritó:

—¡Aquí estamos en la asamblea! Parece que fue un viaje muy corto.

Salió del carruaje y se fue corriendo para unirse al resto del grupo. Mientras la veía huir con la rápida gracia de una cierva, eludiendo a un cazador, Jasper se maldijo a sí mismo en voz baja.

Pero ahora que se había comprometido hasta aquí, estaba decidido a continuar hasta que Evangeline cediera a su petición, o la convenciera sin lugar a dudas que nunca debería abandonarlo.

* * *

Ella estaba huyendo de un hombre que amaba de una manera que nunca había creído posible: uno que podría haber estado a punto de declararle sus sentimientos, si tan solo se hubiera quedado a escucharlo. ¿Eso demostraba que él tenía razón y que ella era una cobarde, cuando se trataba de asuntos del corazón?

Mientras Evangeline se acercaba a los otros dos vagones, desaceleró sus pasos y obligó a su respiración acelerada a un ritmo menos frenético. Luego esbozó una sonrisa y trató de sacar de su mente las desafiantes preguntas de Jasper.

El señor Brookes estaba ayudando a las damas a salir del carruaje, mientras el señor Webster hacía lo mismo con sus compañeras de viaje. Evangeline se sintió intensamente consciente de la tierna mirada que intercambiaron el vicario y Verity, cuando él la acompañó al pasillo. La llenó de un dolor melancólico que no era envidia, solo un anhelo de experimentar esa conexión profunda y tácita que sin duda era una de las mayores bendiciones de la humanidad.

¡Este no era momento para volverse soñadora y distraída! Evangeline se reprendió a sí misma con tanta severidad, como solían hacerlo sus maestros. Había prometido presentarles a los invitados de Jasper a sus vecinos y tranquilizarlos.

—Vamos damas. —Hizo una seña a la señorita Leveson, a la señorita Webster y a la señorita Brookes—. No hagamos esperar a los caballeros.

Su predicción que su llegada causaría sensación resultó correcta. En un instante, las mujeres se vieron rodeadas de admiradores y prometieron los primeros bailes. Incluso Evangeline recibió una invitación y saltó a la pista con una mezcla de alivio y temor. Después de haber evitado bailar durante muchos años, tuvo que ejercitar toda su capacidad de concentración para no hacer el ridículo.

Sin embargo, al poco tiempo quedó atrapada en el movimiento y la energía de los otros bailarines. Su falsa sonrisa se convirtió en una genuina. Cuando terminó una actuación y un baile country, había dejado su inquietante conversación con Jasper Chase, en el fondo de su mente, donde esperaba que permaneciera.

Pero cuando él se acercó a ella con una taza de ponche, las cosas que había dicho volvieron a inundarla, y ella no pudo descartarlas de plano.

Jasper debió haber detectado signos de alarma en su expresión, ya que preguntó:

—¿He desperdiciado alguna posibilidad de que vuelvas a hablarme, y mucho menos que me hagas el honor de un baile?

—No completamente. —Evangeline cogió la taza de ponche que él le tendió—. Esto de alguna manera te redimirá.

Ella lo bebió agradecida y complacida.

Jasper sonrió, una expresión que era tan difícil de resistir como el puñetazo, ya que contenía una mezcla igualmente refrescante de dulzura y sabor.

—Si alguna vez le das a alguien lecciones sobre cómo cortejar, debes agregar una sobre el valor de brindarle una bebida en el momento adecuado. Me felicito por haberlo logrado todo por mi cuenta.

Evangeline trató de evitar devolverle la sonrisa a Jasper, en caso de que lo tomara como un estímulo para continuar en la línea que había comenzado antes. Ella no quería eso.

¿O sí lo quería?

El deber y la precaución le advirtieron que no debía hacerlo. Pero, ¿podría su cautela nacer del miedo, como había sugerido Jasper? Siempre se había enorgullecido de su obstinada negativa a dejarse dominar por el miedo. Sin embargo, la repentina atención de su empleador le causó al menos tanta alarma como euforia. La había hecho dar media vuelta y correr, como nunca antes lo había hecho, ni siquiera ante el maestro más duro ni a los abusadores más desagradables de la escuela.

—Las acciones reflexivas son siempre una buena manera de ganarse la consideración de los demás. —Interiormente, Evangeline hizo una mueca, ante su tono remilgado y pedante. Claramente, a ella le vendrían bien lecciones del sutil arte del coqueteo inocente.

Jasper se rió entre dientes, como si creyera que ella pretendía bromear con él. Asintió hacia la pista de baile.

—Me complace ver que la compañía de la señorita Webster tiene tanta demanda.

—Eso no es de extrañar. —Evangeline observó a la dama moverse con gracia y ánimos, siguiendo los pasos de un largo baile country—. Es hermosa, excelente bailarina y una compañera muy agradable. ¿Qué más podría desear un compañero?

—Supongo que eso depende del compañero. —Jasper bajó la voz—. Ella puede ser la idea que muchos hombres tienen de una dama ideal. Me inclinaba a pensar que sí, no hace mucho. Pero ahora sé lo que realmente quiero. Me alegra que se haya hecho suficientes presentaciones a la señorita Webster para que no extrañen mi nombre en su tarjeta de baile. Eso me deja libre para concentrar mi atención... en otra parte.

Mientras bajaba la voz, se inclinó más hacia Evangeline, hasta que sus palabras murmuradas parecieron acariciar su oído.

Se le puso la piel de gallina en la nuca.

—¡No es por esto que le presenté a la señorita Webster! —ella insistió.

—Lo sé —le aseguró Jasper—. Pero, si lo hubieras hecho, no me disgustaría. Ahora, si no he desperdiciado mi oportunidad de conseguir un baile contigo, me gustaría solicitar el honor.

¿Probarás tu valentía complaciéndome?

¿Demostrar su coraje? Claramente Jasper conocía el medio perfecto para persuadirla de hacer lo que él quería. No servía de nada pretender que ella deseaba bailar con él menos que él con ella. Pero la forma de su petición salvó un poco su orgullo.

—¿Cómo puedo resistir semejante desafío? —preguntó con un intrépido movimiento de barbilla.

Dejaron sus poncheras vacías en una mesa cercana. Luego, él tomó su mano y la llevó a la pista de baile, donde comenzaba a formarse un nuevo set.

La calidez de su sonrisa recompensó a Evangeline por aceptar su invitación, por lo que no necesitaba algo más que el placer de bailar con él. Encendió un brillo chispeante que la hizo olvidar a dónde podrían llevarla sus sentimientos descarriados, si no tenía cuidado. Lo único que importaba era ese momento y su alegría en su compañía.

Se unieron a dos largas filas de hombres y mujeres, cada uno frente a la otra. Evangeline vislumbró a varios de los invitados de Jasper entre los demás bailarines. Una rápida punzada de vergüenza se apoderó de ella, cuando se encontró con la mirada de reproche del señor Webster. Pero su hija no pareció darse cuenta que su pretendiente estaba prestando considerable atención a otra dama. ¿O era la señorita Webster demasiado orgullosa para revelar cualquier signo de sentimiento herido?

Los acordes iniciales de la música desterraron esas dudas de la mente de Evangeline. Concentrarse en la secuencia de pasos y seguir a los bailarines más experimentados, que la rodeaban, no dejaba lugar para pensar en la señorita Webster. Su corazón estaba demasiado lleno de placer en la compañía de Jasper como para contener una sola gota de culpa.

Algunos de los otros bailarines aprovecharon la oportunidad para conversar, mientras se inclinaban, cruzaban y giraban, pero Evangeline y Jasper no lo hicieron. Quizás sintió que ella no podía tolerar ninguna distracción, o tal vez también necesitaba concentrarse en los pasos, que hacía mucho tiempo que no practicaba. Pero cada vez que sus miradas se encontraban, él le sonreía y su mirada brillaba de placer. Cada vez que le estrechaba la mano para inclinarse sobre ella o realizar un giro, le daba a sus dedos un apretón sutil, que sugería una conexión especial entre ellos. Mientras el baile llegaba a su fin, Evangeline sintió como si sus pies apenas tocaran el suelo.

Cuando concluyó el baile, Jasper aplaudió y soltó una risita sin aliento.

—Espero no haberme deshonrado demasiado ni a mí, ni a ti con mi actuación.

Ella sacudió su cabeza.

—No más que yo. ¿Te arrepientes ahora de haber insistido en tomar un turno conmigo?

Él respondió con una mirada de burla burlona templada con cariño.

—Si crees eso, eres mucho menos inteligente de lo que pensaba.

—Debo admitir que no parecías arrepentido. —Su inesperada atención la hizo sentir mareada, como si la hubiera hecho girar demasiado rápido durante el baile—. De hecho, diste todos los indicios que te estabas divirtiendo.

—¿Eso está mejor! —Los ojos de Jasper se centraron en ella con tanta intensidad, que apenas parecía consciente sobre si había más gente en el salón—. Después de todo, tu capacidad de observación no parece haber sufrido. Por supuesto, si deseas demostrar que disfrutaste nuestro baile tanto como yo, aceptarás acompañarme en otro.

—¿Todo debe ser un desafío para ti? —bromeó con un toque de aspereza.

—Conociendo mi naturaleza competitiva, ¿te sorprende? —Jasper hizo una mueca irónica.

Evangeline no pudo contener la risa, que brotó de ella, la cual amenazaba con contagiarla.

—Yo diría que... usted y yo somos muy compatibles en ese sentido. Ahora que lo pienso, somos muy compatibles en muchos sentidos... —Parecía como si quisiera decir más, pero él logró contenerse—. Incluso en la pista de baile. ¿Qué dices? ¿Lo intentamos de nuevo y vemos si podemos mejorar?

El poder de su personalidad y la inclinación de ella impulsaron a Evangeline a aceptar de inmediato. Pero su prudencia y discreción estaban decididas a oponer cierta resistencia.

—Volveré a bailar contigo si lo deseas, pero no de inmediato. Seguramente provocaría comentarios y enojaría aún más al señor Webster conmigo. Realmente no deberías descuidar a su hija tan vergonzosamente, sin importar que extraña compulsión te haya invadido esta noche.

Mientras los músicos se preparaban para el siguiente baile y nuevas líneas comenzaban a formarse, Jasper la alejó de la pista.

—Esta extraña compulsión, como tú la llamas, es mucho más que eso, Evangeline. Y no se me ocurrió precisamente esta noche. Lleva un tiempo creciendo sin que yo me diera cuenta. Ojalá la hubiera reconocido antes.

Sus palabras hicieron que el corazón de ella se estremeciera porque describían sus sentimientos hacia él con perfecta precisión. ¿Cómo podía dudar de su sinceridad, cuando había experimentado las mismas emociones que él decía?

Aunque Jasper habló en voz baja y la gente a su alrededor parecía demasiado concentrada en sus propios asuntos, como para darse cuenta, Evangeline se llevó un dedo a los labios.

—Este no es el lugar para hablar de estas cosas.

Jasper miró a su alrededor, como si por primera vez se diera cuenta del resto de la gente.

—Estás en lo correcto, por supuesto. Pero, sí quiero hablar de esto lo antes posible. Mientras tanto, si no vuelves a bailar conmigo tan pronto, ¿al menos déjame traerte otra taza de ponche?

—Te lo agradecería mucho. Había olvidado lo sedienta que quedo al bailar.

Tal vez un trago frío de ponche apagaría las peligrosas chispas de ardor que sus atenciones encendían en ella. Si ardían fuera de control, podrían amenazar el trabajo de toda su vida al que ella se había dedicado.

Jasper pareció tomar su aceptación como un estímulo más.

—Regresaré en un momento.

No había recorrido ninguna distancia, cuando el terrateniente Brunskill apareció ante Evangeline y le pidió el honor del siguiente baile. El terrateniente era un viudo jovial, que a menudo hablaba amablemente con ella y con los niños, después de la iglesia. Ella aceptó su invitación con un grado de entusiasmo, que podría haber parecido bastante atrevido.

Mientras esperaban para tomar su turno en la pista de baile, Jasper regresó con el golpe prometido.

El terrateniente aceptó por error ambas copas, la de Evangeline y la otra para él.

—Bueno, gracias, señor Chase. Es muy bueno ver a la señorita Fairfax disfrutando de un poco de sociedad local. Es muy devota de sus queridos hijos, pero seguramente la dama merece un poco de vida propia.

El pobre hombre parecía ajeno a la mirada siniestra que recibió de Jasper. Por un momento, Evangeline temió que su patrón pudiera agarrar a su vecino por el cuello y sacudirlo con fuerza.

Antes que tuviera la oportunidad de lanzar un puñetazo, el terrateniente empujó la copa vacía nuevamente en la mano extendida de Jasper.

—Beba, señorita Fairfax. El siguiente grupo está a punto de formarse. Si nos disculpa, señor Chase, quiero aprovechar su inesperada presencia esta noche.

Evangeline hizo lo que le ordenó el terrateniente. Ella se encontraba dividida entre la alarma, el alivio y una salvaje necesidad de reírse. ¡Volverse repentinamente un objeto de rivalidad masculina era simplemente demasiado ridículo!

* * *

¿Tenía idea el terrateniente de lo ridículo que parecía adúltero a una dama de casi la mitad de su edad?

Hasta esa noche, a Jasper le había gustado el llano campesino del norte que asumía un papel benévolo en las actividades del pueblo. El terrateniente Brunskill lo había aceptado como miembro de la comunidad, a pesar que fue criado en la ciudad y había mejorado su fortuna con el matrimonio. Sin familia propia, el terrateniente claramente adoraba a los hijos de Jasper, y no perdía oportunidad de elogiar su apariencia, inteligencia y comportamiento.

Pero mientras Jasper observaba a su vecino bailar con Evangeline, esa noche, y acosarla con una rústica galantería, descubrió que detestaba al hombre. Estaba claro que le había gustado la dama, desde hacía algún tiempo, pero nunca encontró la oportunidad de perseguirla. El cementerio no era el lugar adecuado para celebrar un cortejo. Esta noche, como había proclamado el terrateniente, estaba ansioso por aprovechar su presencia.

¡Peor que eso, Evangeline parecía estar alentando al terrateniente en un esfuerzo deliberado por evitar a Jasper! ¿Podría ser porque ella no tenía ningún interés romántico en él y encontraba desagradables sus atenciones? ¿O sus sentimientos eran todo lo contrario: tan fuertes que la alarmaron? Después de la comunicación silenciosa que había pasado entre ellos, durante el baile, Jasper se inclinaba a creer lo último.

Debía hacerle entender a Evangeline que no tenía nada que temer de él. Pero, ¿cómo podría convencerla de ello, si el terrateniente insistía en monopolizar su compañía?

En una fiebre de ansiedad, Jasper buscó a Norton Brookes y lo llevó aparte para hablarle brevemente.

—¿Puedo convencerte para que reclames el próximo baile con la señorita Fairfax? Un vecino mío se está volviendo un fastidio.

Su amigo miró hacia la pista de baile.

—Siempre estaré feliz de ayudar a la señorita Fairfax, aunque no me parece una damisela indefensa que necesite ser rescatada.

—¡Por supuesto que no es indefensa! —Jasper se enfrentó ante la sugerencia. Incluso cuando era niña, en esa escuela represiva, Evangeline había encontrado maneras de defenderse a sí misma y a sus amigas—. Pero, me temo que se aprovechará de su buen carácter para imponerse a ella.

Aún así, su amigo no pareció apreciar la gravedad de la situación.

—Si estás tan preocupado, ¿por qué no hablas con ese tipo? ¿O pídele a la señorita Fairfax que baile con usted? ¿Seguramente, eso no sería ninguna dificultad?

¡Por supuesto que no sería una dificultad! Jasper luchó contra el impulso de enojarse con Norton. Sus emociones se sentían crudas e inflamadas con demasiada facilidad. No era una sensación agradable, pero, de alguna manera, se sentía más plenamente vivo que en mucho tiempo. Quizás esto era parte de lo que Evangeline temía al permitirse preocuparse demasiado por alguien.

—Si no me haces el favor, supongo que tendré que pedirselo a ella —murmuró sombríamente.

Lo peor que podía hacer era negarse. Jasper se dijo a sí mismo que eso sería un revés

menor, aunque su corazón lo consideraba de otra manera. Quizás un soplo de aire fresco le ayudaría a poner el asunto en la perspectiva adecuada.

Se alejó de su amigo y caminó hacia la puerta, haciendo un esfuerzo decidido para desviar la vista de la pista de baile. Si veía a Evangeline, disfrutando más de la compañía del terrateniente que de la suya, temía hacer algo de lo que se arrepentiría.

Un momento después, salió del salón de actos hacia el aire fresco y la relativa tranquilidad de la plaza del pueblo. Unos cuantos cocheros se habían congregado a la vista de la puerta, disfrutando de una pequeña conversación y un refrigerio, mientras esperaban a sus pasajeros. Jasper dio la vuelta en la dirección opuesta y respiró profundamente, varias veces, en un esfuerzo por aclarar su cabeza.

Antes que pudiera calmarse adecuadamente, apareció Piers Webster. Jasper dudaba que su encuentro fuera una coincidencia.

El señor Webster no perdió tiempo en confirmar su sospecha.

—¿Entonces Margaret y tú han tenido una pelea?

—Nada de eso —insistió Jasper.

Era perfectamente cierto. Margaret Webster le gustaba más que nunca. Nunca habían tenido el más mínimo desacuerdo, a diferencia de sus frecuentes enfrentamientos con Evangeline. Había creído que eso era lo que quería del matrimonio: tranquilidad inquebrantable. Ahora sentía que eso solo haría que su corazón volviera a dormirse. Si bien ese podría ser un estado cómodo, ¿cuánto se perdería como consecuencia?

Piers Webster resopló dudoso.

—Entonces, ¿por qué te escondes aquí, mientras mi hija está adentro bailando con todos los palurdos de la parroquia?

Jasper vaciló. Quería decirle al padre de Margaret que no podía haber pareja entre ellos porque su corazón estaba comprometido en otra parte. Pero este no era el momento adecuado. Quizás debería volver a entrar, bailar con la señorita Webster y fingir que sus intenciones hacia ella no habían cambiado. Sin embargo, él no quería engañar a la dama más de lo que ya lo había hecho. Tampoco quería avergonzarla con su evidente negligencia. Evangeline ya lo había reprendido por eso.

—No es fácil acercarse a ella. —Jasper ofreció la primera excusa que le vino a la mente, insistiendo a su conciencia que era verdad—. Tu hija es la hermosura del baile y con mucha razón. No deseo privar a la señorita Webster de su triunfo, manteniéndola para mí solo.

El señor Webster bajó la voz hasta producir un rugido amenazador.

—No hice mi fortuna siendo tonto, ¿lo sabes? No has tenido problemas para acercarte a esa institutriz. Parece que hay más entre ustedes de lo que es apropiado entre amo y sirviente.

—¡La señorita Fairfax no es una sirvienta! —Jasper no podía soportar escuchar que se mencionara a Evangeline de esa manera desdeñosa—. No hay nada entre nosotros ni lo ha habido nunca.

No del modo sórdido que quería decir el señor Webster, desde luego. Lo último que Jasper quería era que los chismes desagradables sobre ellos mancharan la reputación de Evangeline.

—Me siento aliviado de escucharlo. —El hombre mayor retrocedió ante la enfática negativa de Jasper—. ¿Puedes prometerme que tus intenciones hacia mi hija son honorables? ¿No has estado simplemente jugando con ella, divirtiéndote a sus expensas?

—¡Por supuesto que no! —Jasper gritó.

Eso sonó tan deliberadamente insensible. La verdad era mucho más complicada. Había creído sinceramente que Margaret Webster y él formarían una pareja armoniosa, aunque no la

amaba.

—Tengo el mayor respeto por su hija. Nunca desearía lastimarla o avergonzarla. Te prometo que mis intenciones hacia ella nunca han sido deshonrosas.

La sinceridad de su tono pareció persuadir al hombre mayor.

—¡Eso es lo que quería escuchar! —Piers Webster agarró la mano derecha de Jasper y la movió vigorosamente hacia arriba y abajo—. Si así es como te sientes, será mejor que dejes de ser tímido y le propongas matrimonio a mi hija en la primera oportunidad.

—¿P-proponer? —El pensamiento sacudió a Jasper, haciéndole imposible hacer más que repetir la palabra como un tonto que no entendía su significado.

—¡Sí! ¿Qué otra cosa? —Piers Webster se rió entre dientes—. Considera que es una bendición preguntarle... ¡Espero verlos comprometidos, antes que dejemos tu encantadora casa al final de la semana!

Capítulo catorce

—¡Le pido perdón, señor! —Evangeline exclamó, mientras le pisaba los dedos de los pies al pobre terrateniente, por segunda vez, en otros tantos minutos—. Usted debe estar arrepentido de haber invitado a bailar a una pareja tan torpe.

Cuando bailaba con Jasper, la necesidad de concentrarse en los pasos la había ayudado a dejar los pensamientos problemáticos en el fondo de su mente. Pero ahora los mismos se apiñaban para distraerla, cuando más necesitaba prestar atención a lo que estaba haciendo. Cada palabra que él pronunció y que sugería sentimientos tiernos por ella, recorrió su mente, una y otra vez. Ella era incapaz de desterrar esos pensamientos. ¿Podría ser porque ella no quería?

Un sentimiento particular que él había mencionado tocó una fibra sensible en ella. Jasper Chase afirmó que sus sentimientos habían estado creciendo durante mucho más tiempo del que creía. Quizás eso también fuera cierto para ella. En los últimos años, mientras había sido testigo de su devoción por los niños que amaba, ¿se habían sembrado las semillas de la confianza y la ternura? ¿Habían permanecido en barbecho, dentro de su corazón, esperando a que floreciera un cambio de estación?

El terrateniente hizo una mueca, pero rápidamente la cubrió con una sonrisa forzada.

—No te preocupes, querida. Estás fuera de práctica. Eso es todo. Espero que podamos remediarlo en el futuro.

Evangeline no lo contradijo, aunque sabía que era muy improbable. Pronto dejaría Amberwood para montar su escuela.

¿Dejar a Jasper y los niños? Su corazón protestó dolorosamente. ¿Cómo podía pensar en ir ahora, que sabía que él se preocupaba por ella, como ella por él?

La sola idea sumió su corazón y su alma en un conflicto tan angustioso que giró a la izquierda, cuando debería haber ido a la derecha y se topó con Gemma Leveson.

—¡Perdóname! —Ella se apresuró a corregirse—. Parece que esta noche tengo dos pies izquierdos.

Sus mejillas ardieron. Todos en el salón de actos debían estar mirándola fijamente, susurrando entre ellos, detrás de manos levantadas y abanicos. ¿Qué la había poseído para venir allí esa noche, cuando no podía ejecutar un simple paso sin herir a uno de los otros bailarines?

Jasper Chase... la acusó su conciencia. Él era la razón por la que había venido. Ella quería que él la viera con sus modestas galas, conversara y bailara con ella. ¿Había esperado secretamente que él se enamorara de ella, como el joven señor de esa balada romántica?

De ser así, no había sido más que una fantasía vana. Si Jasper realmente se preocupaba por ella y declaraba esos sentimientos, complicaría su vida y su futuro de manera insoportable. Solo había permitido que su tonto enamoramiento por él no fuera controlado porque estaba segura que él nunca correspondería a sus sentimientos. Ahora que parecía que podría hacerlo, podría verse obligada a tomar decisiones muy desgarradoras.

Evangeline suspiró aliviada, cuando el baile finalmente llegó a su fin sin más desastres. El terrateniente la escoltó desde la pista, poniendo todo tipo de excusas amables por su incomodidad. Sus palabras inundaron a Evangeline, apenas registradas en su mente, mientras su mirada se movía de aquí para allá en busca de Jasper.

¿Se burlaría de ella por su terrible actuación, desafiándola a hacerlo mejor, cuando volviera a tomar la palabra con él? La perspectiva casi la hizo olvidar su vergüenza.

Pero Jasper no estaba a la vista.

¿Estaba enojado con ella por aceptar la invitación del terrateniente? ¿Su reacción asustadiza, ante sus atenciones, le había hecho pensar que no le importaba? Eso podría facilitar su situación: quitarle de encima el peso de la decisión. Sin embargo, sus sentimientos exigían algún tipo de expresión y reconocimiento, incluso si nada pudiera salir de ellos.

El terrateniente Brunskill debió percibir su falta de atención, porque le tomó las manos y alzó la voz para llamar su atención:

—Sería un honor para mí poner mi carruaje, a su disposición, cualquier noche que desee honrar esta asamblea con su presencia, señorita Fairfax.

No cabía duda del interés que el anciano sentía por ella. Evangeline se preguntó por qué no lo había notado antes. Un escrúpulo de vergüenza se apoderó de ella por haberlo tomado a la ligera antes. No había nada divertido en esos sentimientos, especialmente cuando no podían ser correspondidos. El terrateniente era un hombre bueno y amable, y ella no quería hacerle daño. Pero si había un hombre al que se atrevía a animar, no era él.

—Esa es una oferta muy generosa, señor. —Ella eligió sus palabras con cuidado—. Lo tendré en cuenta, si deseo asistir a otra asamblea.

El terrateniente sonrió y le apretó las manos, antes de soltarlas. Evangeline luchó por ocultar su disgusto. Afortunadamente, el señor Brookes apareció en ese momento, brindándoles una distracción, que era bienvenida para ella.

Hizo una reverencia ante ella y el terrateniente.

Le pido perdón, señorita Fairfax, pero me pregunto si podría hacerme el honor de concederme un baile.

El terrateniente Brunskill parecía tan molesto con el vicario, como Jasper con él.

—La dama tal vez prefiera un poco de descanso y un refrigerio, antes de volver a la pista, señor.

Su presunción al responder en su nombre hizo que Evangeline se preocupara menos por perdonar los sentimientos del terrateniente. Le hizo preguntarse si incluso los hombres más amables eran propensos a dominar a las mujeres que decían interesarlas.

—No estoy cansada en lo más mínimo. —Tomó al señor Brookes del brazo—. Bailar requiere menos energía que seguir el ritmo de cinco niños. Si eres lo suficientemente valiente, como para arriesgarte a mi torpe baile, estaré encantada de complacerlo.

Mientras caminaban hacia la pista, ella murmuró:

—Usted es mi héroe, señor. En agradecimiento por rescatarme, haré todo lo posible para evitar pisarle los dedos de los pies.

El vicario se rió entre dientes.

—Lo agradecería, pero cualquier gratitud que le deba es al señor Chase. Fue él quien me pidió ayuda para sacarte de una situación incómoda. Parecía bastante preocupado por ti. Me temo que no fui todo lo servicial que podría haber sido. Le sugerí que él mismo debería hacer los honores, si tanto le importaba. Pensé que tenía la intención de hacerlo, pero luego se fue a alguna parte.

¿Por qué Jasper le había pedido a su amigo que interviniera en lugar de hacerlo él mismo? Se preguntó Evangeline, mientras ella y el señor Brookes ocupaban sus lugares.

Durante el baile, ella logró cumplir su promesa de no lastimar a su pareja, pero esto requirió un esfuerzo considerable. Luego, recibió algunas invitaciones más y así pudo evitar al terrateniente Brunskill.

Pero incluso mientras bailaba con esos otros compañeros, Evangeline estuvo muy

consciente, cuando Jasper se reincorporó al grupo. ¿Le pediría que bailara de nuevo o se había tomado en serio su anterior rechazo?

Ella estaba disponible para aceptar una invitación de él, pero no recibió ninguna. Los latidos de su corazón se aceleraron cada vez que Jasper daba un paso en su dirección. La velocidad volvió a disminuir, cuando se acercó a una de las otras damas del grupo. Claramente, consideraba que era deber de él tomar un turno con cada uno de ellas, incluso con la señora Leveson y la señora Thorpe. ¿Había bailado con ellas solo por sentido del deber? ¿Todas las cosas emocionantes que ella creía que él había dicho, no habían sido más que productos de su inútil anhelo?

Al fin, Jasper logró atrapar a Margaret Webster, entre los compañeros, y la invitó a bailar. Evangeline rechazó una invitación para bailar ese set, porque sabía que sería imposible mantener la mente en los pasos. En lugar de eso, tomó un sorbo de ponche y fingió conversar con Abigaíl Brookes, quien se contentó al disfrutar la conversación.

Evangeline no podía negar que Jasper y la señorita Webster formaban una hermosa pareja. Esa tez oscura contrastaba atractivamente con la belleza rubia y dorada de ella. También bailaban bien juntos. La señorita Webster era tan segura y elegante en sus movimientos, por lo que Jasper parecía más relajado y confiado.

La razón le recordó a Evangeline que prácticamente le había ordenado a Jasper que le prestara más atención a la señorita Webster. Pero la razón no pudo hacer nada para aliviar el dolor punzante, que le desgarraba el corazón, cuando los veía estrecharse las manos o intercambiando una sonrisa.

—P-perdóneme. —Interrumpió a Abigaíl a mitad de una palabra—. Debo disculparme. No estoy acostumbrada a horas tan tardías y a tanta emoción. Debería llegar a casa... es decir... regresar a Amberwood.

Intentó escabullirse, pero Abigaíl la siguió.

—¿Se encuentra mal, señorita Fairfax? ¿Puedo ayudarle de alguna manera?

—No estoy enferma. —Evangeline intentó despedir a la hermana del vicario—. Solo estoy cansada y me duele la cabeza. No está muy lejos para regresar y el aire fresco puede ser todo el remedio que necesito.

—¡Tonterías! —Abigaíl se negó a abandonarla—. No puedes caminar esa distancia sola después del anochecer. Te llevaré a casa en el carruaje del señor Chase.

—Por favor, no te molestes —suplicó Evangeline—. Esta parte del campo es perfectamente segura. No quiero estropear la velada.

—No harás nada de eso —insistió Abigaíl, mientras Evangeline recogía su sombrero y su chal—. Si tomo otro sorbo de ponche, me convertiré en un limón y no podré bailar un paso más con estas pantuflas porque pellizcarán algo vicioso. Espera aquí, mientras les digo a los demás que nos vamos.

Por mucho que apreciara la preocupación de Abigaíl, Evangeline no pudo hacer lo que le pedía. Era vital que pudiera escaparse sola a la noche fresca y tranquila, donde pudiera recomponerse. Si eso fallaba, al menos la oscuridad ocultaría cualquier lágrima que ella fuera lo suficientemente tonta como para derramar.

En el instante en que Abigaíl desapareció de la vista, Evangeline salió y se alejó rápidamente. Ni siquiera los cocheros que esperaban se dieron cuenta de su partida anticipada. Caminó por el pueblo a oscuras, con cuidado de no llamar la atención. Una vez en el campo salpicado por la luna, en el camino a Amberwood, lanzó un gran suspiro que fue tanto alivio como angustia.

La noche parecía querer consolarla. La brisa susurrando entre las hojas y el gorgoteo distante del río eran dos de los sonidos más relajantes que podía imaginar. El aire del verano estaba perfumado con la saludable dulzura del heno y el trébol recién cortados. Desde el cielo, la dama de la luna la miró con mirada compasiva.

Pero antes que tuviera la oportunidad adecuada de reflexionar sobre los acontecimientos de la noche, Evangeline escuchó un vehículo, que se le acercaba por detrás, y vislumbró el brillo oscilante de una linterna. Un momento después, la calesa la alcanzó.

—De verdad, señorita Brookes —dijo con una voz más aguda de lo que pretendía—. ¡No era necesario que viniera detrás de mí de esta manera!

—No soy la señorita Brookes —replicó Jasper—. Y creo que era totalmente necesario que te encontrara.

* * *

Al escuchar la voz de Evangeline, tan intrépida como siempre, el corazón de Jasper volvió a latir correctamente por primera vez desde que salió tras ella. Estaba dividido entre el impulso de enojarse con ella por haberlo asustado al salir corriendo, y uno igualmente poderoso de tomarla en sus brazos, e inundar su rostro con besos.

Dudaba que ella reaccionara bien, ante cualquiera de esas cosas.

En lugar de eso, él dijo:

—Sube. Yo te llevaré el resto del camino a casa.

Esa no era una oferta muy cortés, pero la dama había logrado salir del carruaje con mucha habilidad hacía apenas unas horas. Además, él no confiaba en sí mismo para ayudarla a levantarse sin ceder a la tentación de abrazarla.

Para su alivio, Evangeline hizo lo que le pidió sin discutir. Cuando estuvo sentada, a salvo a su lado, Jasper accionó las riendas y el caballo continuó su camino a un ritmo más tranquilo que el que había venido del pueblo.

Después de considerar y descartar varias posibles aperturas, Jasper dijo:

—No deberías haberte ido sola. Lo sabes, ¿no?

—Por supuesto que no —respondió con firmeza, aunque su voz sonaba como si hubiera sido estirada—. Lo que sí sé es que, en primer lugar, nunca debería haber venido.

—Por favor, no digas eso —le rogó.

—¿Por qué no? —ella protestó—. Es verdad. Me puse en ridículo dando tumbos por la pista de baile toda la noche.

Jasper sintió que había más que eso. ¿Su comportamiento atrevido la había hecho arrepentirse de haber asistido a la asamblea?

—Dudo que alguien más se diera cuenta. La gente del pueblo sabe que tienes cosas más importantes que hacer que practicar los bailes.

—Así que... —Evangeline se movió un poco en el asiento a su lado. ¿Estaba tratando de alejarse lo más posible de él?—. Soy una mujer trabajadora con responsabilidades y planes, no una buena dama, cuyo único objetivo en la vida es conseguir un marido. No tenía por qué estar deambulando por una asamblea a todas horas, bebiendo ponche y charlando sobre un montón de tonterías.

Jasper se estremeció. ¿Se había engañado pensando que ella podría ser receptiva a sus acercamientos? Quizás debería haberle pedido a su maestra de cortejo una lección sobre cómo saber cuándo se estaba ganando el respeto de una dama... o si ella intentaba desanimarlo cortésmente.

—¿Supongo que crees que estaba diciendo tonterías esta noche cuando intenté decirte cómo me siento?

—Quizás... estabas... Es posible que usted haya estado practicando su técnica de cortejo conmigo para prepararse para proponerle matrimonio a la señorita Webster. Ustedes dos formaban una pareja muy bien combinada en la pista de baile. —No podía haber ninguna duda sobre la nota lastimera de su voz. Le retorció el corazón a Jasper incluso, cuando la misma le dio un dulce sabor de esperanza.

—¿Nosotros, formamos? ¿Es por eso que te fuiste temprano, porque vernos a la señorita Webster y a mí juntos te hizo sentir igual que yo cuando vi al terrateniente atacarte?

—¿Por qué deberías preocuparte por el terrateniente? —ella aclaró—. ¡Él no significa nada para mí!

—Quizás no, pero tú significas mucho para mí, Evangeline. —De esa manera, él lo había dicho tan claro y atrevido como podía hacerlo: eso era lo que había estado tratando de decirle toda la noche, a pesar de sus esfuerzos por desanimarlo. ¿Fue demasiado pronto para declarar sus sentimientos, o después de tantos años, era muy tarde?

Evangeline no respondió, lo que le hizo temer a él que debería haberse callado. Lo último que quería era que ella lo clasificara junto con el terrateniente Brunskill, un hombre al que conocía desde hacía mucho tiempo, y que había arruinado su estima por él con sus repentinas y torpes insinuaciones.

Como era imposible retractarse de su declaración, Jasper siguió adelante, incluso si eso significaba profundizar más.

—La vida no es una pista de baile, ¿lo sabes? No importa qué tan bien aparejada pueda parecer una pareja. Lo importante es qué tan bien están al día en lo esencial y cuánto se preocupan el uno por el otro.

Cómo deseaba que hubiera luz para poder ver la expresión de Evangeline y mirarla a los ojos. Estos le dirían si se atrevía o no a tener esperanzas, incluso si ella se negaba a hablar... o no se atrevía a hacerlo.

Desesperado por provocar alguna respuesta por parte de ella, preguntó:

—¿Quieres que me case con la señorita Webster, incluso si eres tú quien me importa?

—¡Sí! —ella gritó, como si él le hubiera arrancado la confesión atormentada. Ese arrebató pareció descorchar una jarra de emoción potentemente fermentada, el cual estalló en un torrente de llanto frenético, en medio del cual Jasper creyó oírla sollozar—. ¡No!

Casi no había prestado atención a su forma de conducir, confiando en que el caballo encontraría el camino a casa, a cualquier velocidad que le conviniera. Ahora, abandonó cualquier pretensión de atención. Soltando las riendas, alcanzó a Evangeline, como había deseado hacerlo toda la noche. Nunca había pensado que la escucharía llorar. No hace mucho, la habría creído incapaz de llorar. Ya sabía que eso debía requerir una provocación terrible. Encantado como estaba de vislumbrar por fin sus sentimientos, se reprochó por haberla angustiado.

—¡Sh! —La rodeó con sus brazos, como lo haría con uno de sus hijos, si estaban heridos o molestos. Sus sentimientos por ella eran tan fuertes, como los que sentía por ellos. Quería mantener a Evangeline y protegerla, consolarla y cuidarla. Después de toda una vida, cuidando a los demás, ella merecía todo eso y más—. Ahora, querido corazón, todo estará bien. No haré nada que no quieras. Después de todo, me quieres un poco, ¿no?

Ella todavía lloraba demasiado para hablar, pero él podía sentir su cabeza moverse arriba y abajo contra su hombro, en un bienvenido gesto de asentimiento.

—¡Esa es la mejor noticia que he escuchado en años! —Una poderosa ola de felicidad se

apoderó de Jasper, dejando una película de humedad salada en sus ojos.

—Estábamos hechos el uno para el otro, tú y yo. —Saboreó la sensación de ella en sus brazos, donde tan obviamente pertenecía—. Ojalá lo hubiera visto antes, pero agradezco haberlo descubierto, antes que fuera demasiado tarde.

El llanto de Evangeline se convirtió en una serie de sollozos. Sin duda se dio cuenta que no tenía nada por qué llorar ahora que se entendían. Por delante se extendía una vida feliz y plena, una que él estaba ansioso por comenzar.

Sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara en la oscuridad, su tacto era incómodo, pero tierno.

—Sécate los ojos ahora, cariño, y haré todo lo que esté en mi poder para que no vuelvas a tener motivos para llorar.

Evangeline extendió la mano y le quitó el pañuelo. Se secó bien los ojos y luego se sonó la nariz. Su sombrero se había deslizado hacia atrás de su cabello, permitiendo a Jasper presionar su mejilla contra los sedosos mechones.

Eso no proporcionó suficiente salida para la ternura que sentía hacia ella. Cuando Evangeline terminó de secarse las lágrimas, Jasper tomó su barbilla y levantó su rostro hacia el suyo para poder besarla apropiadamente en los labios.

Comenzó con un enfoque suave, casi vacilante. Una parte de él todavía no podía creer que hubiera tenido la suerte de encontrar el amor por segunda vez, especialmente con una mujer tan excelente, que era como cada pulgada de su pareja anterior. Se maravilló de poder recordar todavía cómo besar a una mujer, después de años de duelo, durante los cuales se había esforzado en olvidar lo que se estaba perdiendo.

Pero al primer roce de sus labios suaves y carnosos, todo volvió a él. La respuesta de Evangeline, vacilante pero dulcemente ansiosa, le dijo que ningún otro hombre la había besado. Jasper lo consideró un regalo precioso y una responsabilidad preciada. Intentó convertirlo en una experiencia, que despertara sus sentidos y su corazón, dejándola sin lugar a dudas sobre la profundidad de sus sentimientos por ella.

Antes, Jasper había deseado que fuera de día para poder adivinar los sentimientos de Evangeline mirándola. Ahora se dio cuenta que la vista era un sentido demasiado limitado para comunicar plenamente todas las sutiles complejidades que albergaban sus corazones. Bendijo la cálida y fragante noche de verano, que arrojaba sobre ellos un velo de privacidad, dándoles la deliciosa ilusión que nada ni nadie existía fuera del círculo de su abrazo.

Entonces, de repente, la calesa dio un bandazo y aceleró a medida que el caballo se acercaba a casa. Arrastró a Jasper y Evangeline al patio bien iluminado de Amberwood. Un joven mozo de cuadra debía haber estado esperando su regreso de la fiesta. Corrió hacia el carruaje, llamándolos.

Sacado de las silenciosas sombras de la intimidad, Jasper se separó de Evangeline y tomó las riendas. Ella retrocedió tan abruptamente como él, ajustándose el sombrero para cubrir los mechones castaños, que él había besado hacía solo unos momentos. Parecía que había transcurrido mucho más tiempo. Y ellos sentían que habían partido hacia una nueva vida, desde la asamblea del pueblo.

Mucho había cambiado desde entonces y un nuevo y brillante futuro se extendía ante ellos. Jasper apenas podía esperar para compartir su felicidad con los niños, porque sabía que ellos estarían casi tan encantados como él de hacer de Evangeline parte de su familia.

* * *

Durante doce maravillosas horas, Evangeline vivió en un sueño confuso de perfecta felicidad.

El beso de Jasper hormigueó en sus labios. Su sincera declaración de sus sentimientos y las tiernas palabras cariñosas, que le había dirigido, resonaron en sus pensamientos, ahogando cualquier molestia. Las emociones que había reprimido, durante mucho tiempo, brotaron de su corazón, sin dejar lugar al miedo o la duda. Solo sabía que el hombre que amaba correspondía a sus sentimientos sin reservas.

Su corazón parecía flotar en el aire, encerrado en una delicada pompa de jabón de brillantes arcoíris. Se quedó dormida con el pañuelo de Jasper en la mano y se despertó del sueño más dulce para encontrarlo todavía allí, prueba de que los acontecimientos de la noche anterior fueron más que una fantasía, a la luz de la luna.

Los niños ya estaban despiertos y desayunando con Jane, cuando Evangeline salió, somnolienta, pero sonriente para acompañarlos.

—¿Disfrutaste el baile de anoche? —preguntó Matthew, con la cabeza inclinada hacia un lado de una manera burlona, que a Evangeline le recordó a un pájaro de ojos brillantes.

—Mucho —dijo ella, revolviendo su cabello oscuro. ¡Qué parecido era al de su querido padre!

—¿Bailaste con papá? —preguntó Emma, con su manera tímida que parecía pedir algo más. ¿Había percibido la perspicaz niña los sentimientos que su padre y su institutriz habían logrado ocultar, incluso a sí mismos, hasta la noche anterior?

—Por supuesto. —Rozando la mejilla de Emma con el dorso de los dedos, Evangeline recordó la forma en que Jasper le había estrechado la mano, como si fuera un tesoro de valor incalculable, que estuviera orgulloso de tocar con cuidado—. Tu padre tuvo la amabilidad de bailar con todas las damas.

Sin embargo, ella era con quien había querido bailar. Evangeline sabía que él habría reclamado su compañía exclusivamente, si el decoro no hubiera decretado lo contrario.

—Me pregunto si es por eso que papá no vino a desayunar con nosotros esta mañana —reflexionó Alfie entre bocados de avena—. Tal vez bailar con todas esas damas lo cansó y necesita descansar.

—Quizás. —Evangeline sonrió a Alfie, como si hubiera hecho el comentario más inteligente, que jamás había oído.

En verdad, pensó que lo más probable era que Jasper no quisiera que los niños los vieran juntos y adivinaran sus sentimientos, antes de llegar a un acuerdo.

La noche anterior les había impedido hablar de su futuro, debido a la llegada de los otros carruajes tan pronto, después de ellos. Como no quería correr el riesgo de avergonzar a Jasper o a la señorita Webster, Evangeline se había escabullido a la guardería, antes que ninguno de los invitados notara su rostro manchado de lágrimas y la sonrisa radiante que no podía ocultar.

—Te ves diferente esta mañana. —Owen la miró con semblante grave.

Evangeline intentó calmar el cosquilleo en sus mejillas, sin éxito.

—Probablemente sea el efecto de mi noche: palidez, círculos oscuros debajo de mis ojos. Esa es una de las razones por las que es importante dormir bien.

La nariz de Owen se arrugó de una manera que a ella le dio ganas de besarla.

—Eso no tiene sentido. Te ves mejor... más bonita.

—Tiene razón. —Asintió Rosie, antes que Evangeline pudiera pretender descartar el cumplido que secretamente apreciaba—. Pareces una de las princesas de mi libro de cuentos de hadas.

Evangeline le dio un beso en la mejilla regordeta a Rosie, algo que no hacía con sus alumnos con tanta frecuencia, como le hubiera gustado.

—Creo que tú y tu hermano deben quitarse el sueño de los ojos. Ahora terminemos de comer para salir a caminar. ¡Es una mañana gloriosa!

Mientras terminaban de desayunar, Evangeline sorprendió a Matthew y Emma intercambiando miradas perplejas.

—¿Vamos a practicar más para el concierto con la señorita Webster? —preguntó Rosie, mientras salían a caminar un rato más tarde.

—Tal vez. —Evangeline le sonrió a la niña, tratando de no traicionar su incertidumbre.

¿Se llevaría a cabo el concierto, según lo planeado, con Jasper y la señorita Webster cantando una balada de amor, después que él hubiera declarado sus sentimientos por otra persona?

Evangeline se preguntó cómo reaccionaría la dama, cuando se enterara. ¿Margaret Webster había llegado a preocuparse por Jasper como ella lo había hecho? Por supuesto que debía ser de esa manera. ¿Qué mujer con un corazón en funcionamiento podría evitar perder a un hombre así, especialmente si él hacía el más mínimo esfuerzo por conquistarla? Jasper había hecho todo lo posible para ganarse el afecto de la señorita Webster, incluso buscando lecciones de cortejo para ayudarlo en sus esfuerzos.

Una oleada de vergüenza biliosa recorrió el estómago de Evangeline. Nunca en su vida había robado nada que perteneciera a otra persona, pero de repente supo cómo debía sentirse un ladrón con conciencia. Parecía como si su alma se estuviera reduciendo a algo pequeño y duro.

Mientras los niños arrancaban frambuesas silvestres de un macizo de zarzas, que habían descubierto, Evangeline se dijo a sí misma que no le había robado el corazón de Jasper a Margaret Webster. Ella nunca había tenido la intención de preocuparse por él ni había intentado que él la cuidara; de hecho, todo lo contrario. No era culpa suya que él hubiera desarrollado sentimientos por ella.

Pero por mucho que intentara calmar su conciencia, el hecho era que su felicidad seguramente causaría dolor, tal vez incluso angustia, a una mujer inocente que siempre había sido muy amable con ella.

El brillo de la frágil pompa de jabón de Evangeline comenzaba a desprenderse rápidamente, cuando ella y los niños regresaron de su paseo.

—Vayan a lavarse las manos, ahora, para no mancharse la ropa —les dijo a sus pupilos en un tono serio, al que estaban más acostumbrados a escuchar de ella—. Y debes cambiarte las medias, Alfie. Esas zarzas las atraparon terriblemente.

Entonces, apareció Jane para ayudar a atender a los niños. Pero primero le entregó una carta a Evangeline.

—Esto llegó por correo para usted, señorita.

Evangeline le dio las gracias y se sentó en la silla más cercana para leer unas líneas, mientras sus jóvenes alumnos estaban ocupados. Regresaron poco después y la encontraron todavía leyendo y mordiéndose el labio inferior.

—¿Son malas noticias? —preguntó Emma en tono ansioso.

—No le pasa nada a Kit, ¿cierto? —añadió Matthew, refiriéndose al hijastro de la amiga de Evangeline, Leah, con quien Alfie y él mantenían correspondencia.

—Estoy segura que Kit está bastante bien. —Evangeline hizo todo lo posible por ocultar su angustia por el bien de los niños—. Mi carta no es de Leah... quiero decir, Lady Northam.

—¿Quién la envió entonces? —Rosie miró la carta.

—Grace... eh... Lady Steadwell. —Aunque Rebecca llevaba cuatro años casada, a Evangeline todavía le resultaba difícil pensar en ella y en las demás por sus apellidos de casadas

—. Recuerden, les hablé de ella... Vive en Berkshire. Su hijastra menor, Sophie, también le escribe cartas a Kit.

Mientras hablaba, trató de pensar en una manera de conseguir unos momentos de privacidad para poder terminar de leer la carta de Grace y digerir su contenido.

—Jane, ¿podrías llevar a los niños al jardín, por favor? Estaré allí en breve.

—Sí, señorita. —La niñera hizo una seña a los jóvenes Chase—. ¡Vengan todos!

Un grupo muy tranquilo la siguió. ¡Pobres niños queridos! Deben preguntarse qué misteriosos acontecimientos estaban sacudiendo su pequeño y seguro mundo esta mañana.

Evangeline leyó algunas palabras más de la carta de Grace, y luego se dio cuenta que no estaba sola. Levantó la vista y encontró a Owen observándola desde la puerta.

Antes que ella tuviera la oportunidad de pedirle que se reuniera con sus hermanos, el niño habló en una extraña imitación de las palabras y el tono que a veces usaba con él:

—¿Hay algo que quieras decirme?

A pesar de la tempestad que la invadía, Evangeline no pudo evitar sonreír. Ella sacudió su cabeza.

—Más tarde, tal vez, pero gracias por preguntar.

Él pareció aceptar su respuesta.

—Continúa, entonces —expresó en una forma suave, que era casi cariñosa.

Owen asintió, pero en lugar de alejarse, corrió hacia ella y le rodeó el cuello con los brazos. Al instante siguiente, él se escabulló, dejando a Evangeline al borde de las lágrimas por segunda vez, desde que tenía uso de la razón. Leer el resto de la carta de su amiga no hizo nada para restaurar su compostura.

Cuando escuchó pasos acercándose por la puerta que Owen había dejado entreabierta, pensó que debía ser Jane que regresaba con los niños. ¿Había estado sentada allí tanto tiempo?

El mundo tranquilo y ordinario que habitaba su cuerpo parecía estar a millas de distancia del tormentoso reino interior de sus pensamientos y emociones. Se obligó a levantarse de la silla, incluso mientras luchaba con una horda de arrepentimientos, preguntas y anhelos que luchaban por su corazón y alma.

La puerta se abrió del todo. Jasper la atravesó, luciendo tan guapo y feliz, como una exquisita daga enjoyada clavada en el pecho de Evangeline. Casi gritó de tormento agriado.

—¡Querida Evangeline! —Se acercó a ella, le tomó la mano y se la llevó a los labios—. Jane me dijo que te encontraría aquí. Perdóname por no haber venido antes. Iba de camino, cuando te vi marcharte con los niños. Aún no les has contado, ¿verdad... sobre nosotros?

Ella sacudió la cabeza lentamente, como si perteneciera a una marioneta que le costaba moverla.

—¿Qué se puede decir?

—Mucho, diría yo. —Jasper se rió entre dientes, como si ella estuviera burlándose de él y presionó su mano en su mejilla. Solo las partes de ella que estaban en contacto con él se sentían completamente vivas—. Supongo que no querrás anunciar nada hasta que se resuelvan las formalidades. No puedo creer que te dejé escapar anoche sin preguntar... sin estar seguro. Todo se entiende, por supuesto, pero no quiero privarte de este momento especial.

Aún agarrando su mano, se dejó caer al suelo sobre una rodilla. Evangeline sabía lo que iba a decir a continuación, pero no pudo pronunciar una palabra para impedirse. Eso se debía a que una parte de ella deseaba muchísimo oírlo.

—Evangeline Fairfax —comenzó, sonriéndole, y siguió—, ¿puedo solicitar el honor y la maravillosa felicidad de tu mano en matrimonio?

Su lengua parecía paralizada por el conflicto de dos respuestas muy diferentes, las cuales se sintió poderosamente obligada a darle.

El resplandor de su sonrisa vaciló y sus cejas negras se juntaron sobre unos ojos que de repente se volvieron cautelosos.

—No me hagas esperar, querido corazón. Di que te casarás conmigo.

¡Si él supiera cuánto ansiaba hacer exactamente eso!

El apretón de su mano derecha tiró de ella en una dirección, pero la carta que sostenía en su izquierda la empujó aún más fuerte en la otra dirección.

—Perdóneme, señor Chase... No puedo casarme con usted...

Capítulo quince

—¿Qué dijiste? —Jasper exigió una explicación, mirando a Evangeline.

Si esta era su idea de una broma, la misma era escueta. Pero ningún movimiento de sus labios ni ningún brillo en sus profundos ojos castaños la traicionaron, ni siquiera había un atisbo de ligereza.

Quizás sus oídos le estaban jugando una mala pasada. O tal vez todo esto fue un mal sueño.

—¿Debes obligarme a repetirlo? —Evangeline soltó los dedos. Apenas se dio cuenta que estaban fríos—. Ya fue bastante difícil decirlo la primera vez... No puedo casarme contigo... ¡Ojalá pudiera, pero es imposible!

¿Tuvo el descaro de parecer enfadada con él? Jasper nunca se había sentido tan tonto como ahora, arrodillado ante la mujer que había rechazado su propuesta, después que él le había ofrecido su corazón.

Ese órgano, tan tierno y vulnerable, lo sentía como si le hubiera dado una patada en el pecho con una bota con punta de cobre. Se preguntó cómo se las arregló para seguir latiendo, pero de alguna manera lo hizo.

Se puso de pie tambaleándose.

—¿Cómo puedes rechazarme? Anoche me dijiste que te preocupabas por mí. Me dejaste besarte. Una dama no tiene derecho a dejar que un hombre la bese de esa manera, a menos que esté dispuesta a casarse con él.

Evangeline se irguió, con la columna rígida y la barbilla inclinada en un ángulo desafiante.

—¿Estás cuestionando mi virtud? Te aseguro que nunca he permitido que ningún otro hombre me bese como tú lo hiciste anoche. Tampoco es mi intención volver a hacerlo nunca más. Fue un grave error de juicio, que lamento mucho.

Su voz se quebró con esa última palabra, como si pudiera no ser verdad. Jasper esperaba que no lo fuera, porque la idea que ella se arrepintiera de ese maravilloso momento entre ellos era más de lo que podía soportar.

Por mucho que su orgullo herido lo impulsara a arremeter contra ella, respiró hondo y moderó su tono.

—¿Fue todo eso una mentira anoche? ¿No te importo nada? Entonces, ¿por qué me hiciste creer que sí?

Sus vibrantes rasgos se torcieron en una expresión de desdichada miseria que desgarró su corazón herido.

—No fue mentira... Me importas, aunque desearía que no fuera así... Esto solo hace que lo que debo hacer sea más difícil.

Sus palabras atormentaron a Jasper con una pizca de esperanza.

—¿Qué debes hacer?

—¿Lo has olvidado? —Su mirada herida le reprochó, mientras sostenía en su mano una hoja de papel, que él no había notado—. Mi escuela. Esta carta es de mi amiga Grace, Lady Steadwell. Ella dice que los fideicomisarios no pueden esperar más. Si no puedo emprender el proyecto inmediatamente, se verán obligados a buscar a otra persona que pueda hacerlo.

—¿Eso es todo? —El alivio casi volvió a hacer caer las rodillas de Jasper debajo de él—. ¡Entonces, que encuentren a alguien más, por supuesto! Es un proyecto digno y con mucho gusto contribuiré a él, pero no es necesario que sacrifiques tu felicidad y la mía por una pequeña

escuela de caridad.

Sus labios carnosos y generosos se comprimieron en una línea fina y obstinada.

—¿No estarías dispuesto a sacrificar nuestra felicidad por el bien de tu vieja fábrica de algodón llena de hollín? Estos últimos años no has dudado en sacrificar tu vida familiar por ello.

—¡Esa no es una comparación justa y lo sabes! —Jasper apuñaló el aire con su dedo índice para enfatizar sus palabras—. New Hope es más que una simple fábrica de algodón. Es el medio para una vida mejor y algún tipo de dignidad para cada persona que trabaja allí... y para sus familias.

Evangeline se cruzó de brazos frente a él, como si fuera un escudo.

—Eso es exactamente lo que mi escuela proporcionará a los huérfanos a los que enseñará y cuidará. Los hombres trabajadores tienen muchas más oportunidades para mejorar sus vidas que las niñas pobres.

Por mucho que quisiera negarlo, Jasper no pudo hacerlo. El pensamiento de sus queridas hijas, sin amigos y sin dinero, lo sacudió hasta lo más profundo de su alma. Pero también lo hizo la perspectiva del futuro de su familia sin Evangeline.

—New Hope Mills es una especie de faro que oro para que otros lo sigan hasta que la industria de este país funcione de acuerdo con principios verdaderamente cristianos.

Evangeline se negó a dar marcha atrás. Jasper supuso que esto no debería sorprenderlo. Esa era una de las cosas que más admiraba de ella, por mucho que a veces pusiera a prueba su paciencia.

—¿No crees que tener una escuela de caridad, que funcione según verdaderos principios cristianos, podría inspirar a otros a hacer lo mismo?

—Quizás —admitió—. Reconozco que es un trabajo importante. Pero, ¿debes renunciar a tu propia felicidad, a la mía y a la de los niños? Seguramente, hay alguien más que podría hacerlo igual de bien: una mujer que no tiene la oportunidad ni el deseo de casarse y formar una familia.

Él se dio cuenta que la flecha había encontrado su objetivo. La postura de rígido desafío de Evangeline se suavizó. Sus hombros cuadrados se hundieron un poco y su rostro revelaba cierta incertidumbre. Sin embargo, ella todavía se negó a rendirse.

—Sabiendo lo que piensas de mi carácter y mi pasado, ¿crees honestamente que hay alguna mujer más adecuada que yo para esta tarea?

Algo en la forma en que hizo la pregunta hizo que Jasper se preguntara, si esperaba que él pudiera sugerir a alguien más que pudiera desempeñar ese rol. Deseaba con todo su corazón poder hacerlo, pero no podía mentir sobre algo tan importante, y menos a ella.

Por eso se negó a contestarle, así lo viera como un obstinado.

Evangeline desdobló la carta de su amiga. Su mirada recorrió de un lado a otro las líneas de escritura pequeña y precisa.

—Según Grace, el invierno pasado hubo una epidemia de tifus en la escuela Pendergast. Varias niñas murieron. Ha habido algún tipo de investigación y es posible que el lugar sea cerrado.

—¡Adiós! —gruñó Jasper. Después del trato que habían recibido Evangeline y sus amigas en aquel miserable pretexto de escuela, a él le hubiera gustado derribarla, piedra por piedra, con sus propias manos—. Seguramente, es una buena noticia que el lugar sea clausurado.

—¿No lo ves? —Ella le agitó la carta—. Es más vital que nunca preparar un lugar para aquellas niñas que no tendrán a dónde ir.

Un gran suspiro salió de Evangeline, lo que pareció desinflarla por completo. Se recostó en la silla, donde a menudo les leía cuentos a sus pupilos, antes de dormir, y los abrazaba cuando

estaban enfermos.

—Si yo no hubiera pensado tanto en la conveniencia de usted, en los sentimientos de sus hijos y en mi propia renuencia egoísta a dejar Amberwood, la nueva escuela ya estaría construida. Y esas pobres niñas no habrían muerto de frío, hambre y abandono, como sé que debió haber sido así...

—¿Estás tratando de decir que esas muertes fueron culpa tuya? —Jasper protestó—. ¿O mía? ¿Y qué debemos ser castigados por ello?

—Solo puedo hablar por mí —respondió Evangeline en voz baja. ¿Por qué su tono triste lo cargaba con más culpa que cualquier cantidad de recriminación aguda?—. Siento que debo compartir la responsabilidad con el personal y los administradores de la escuela Pendergast. ¡No te culpo! Debería haber insistido en irme de aquí hace mucho tiempo.

—¡Usted no tiene la culpa! —Jasper cayó de rodillas junto a su silla—. Estabas tratando de hacer lo mejor que podías para mis hijos. Hiciste todo lo que estuvo a tu alcance para que dejara de arrastrarme y poder irte... incluso organizaste esta tonta fiesta en casa para encontrarme una esposa. Pero, no resultó como esperabas, ¿cierto?

—Ni la mitad de lo esperado. —Evangeline hizo un valiente intento de sonreír, lo que le afectó más que las lágrimas—. Te lo prometo, no estoy tratando de castigar a nadie, Jasper, y mucho menos a tus hijos. Pero, no puedo soportar tener más muertes o miseria sobre mi conciencia. Usted y sus hijos se tienen los unos a los otros. Puede que no sea fácil al principio, pero sé que ustedes podrán arreglárselas sin mí. No puedo decir lo mismo de las niñas que necesitan la atención que una nueva escuela podría brindarles.

Por mucho que el filántropo de New Hope Mills simpatizara con su misión, el padre de sus cinco jóvenes alumnos y el hombre que había venido a cuidarla no podían dejar ir a Evangeline sin luchar.

—¿Puede que no sea fácil? ¡Un buen eufemismo! ¿Recuerdas cómo fue para los niños y para mí después de la muerte de Susan?

—Mejor que tú, tal vez... Recuerdo haber respondido las interminables preguntas de Matthew sobre el Cielo, y por qué su madre no pudo llevárselo a él también, si era un lugar tan hermoso... Recuerdo cómo Emma lloraba por las noches, después que los demás se habían ido a dormir, y no me dejaban consolarla... Recuerdo a Alfie actuando como el tonto tratando de hacer sonreír al resto de nosotros. —Ella asintió.

Evangeline tenía razón. Él no recordaba las consecuencias de la muerte de Susan con tanto detalle y dolor. Más bien se había escapado a Manchester para ahogar el dolor de su pérdida, en su trabajo, dejándola a ella para consolar a sus hijos y unir a su fracturada familia. ¿Cómo podrían soportar perderla?

—Mi partida no será así —continuó Evangeline; la forma distraída en que dobló y desdobló la carta de su amiga sugería que estaba menos segura de lo que intentaba parecer—, les escribiré a los niños con frecuencia y los visitaré cuando pueda, si usted me lo permite.

—Por supuesto —murmuró con brusquedad—. No te lo prohibiré, solo para que te quedes.

Sin embargo, aceptar cartas y visitas le preocupaba, porque sugería que estaba renunciando a intentar hacerla cambiar de opinión.

Evangeline pareció entenderlo de esa manera.

—Estoy segura que eso será lo mejor... Un matrimonio entre nosotros nunca habría funcionado.

Jasper sacudió la cabeza vigorosamente.

—Me niego a creer eso. Somos más compatibles que Susan y yo, por mucho que la amaba.

Entiendes la importancia de mi trabajo. Me apoyarías en ello y no intentarías distraerme de esto.

¿No era esto último lo que él estaba tratando de hacerle a Evangeline? Su conciencia lo delató.

Ella soltó una risa amarga.

—Si crees que me habría sentado pacientemente en Amberwood, siendo padre y madre de tus hijos, para que pudieras dedicar aún más tiempo a New Hope Mills, estás realmente equivocado. Como tu esposa, habría insistido en que te llevaras a la familia contigo a Manchester, y nos dejaras compartir tu trabajo.

¿Estaba diciendo eso solo para suavizar el golpe de perderla? Jasper quería creerlo, pero sentía que Evangeline era perfectamente sincera.

—Sabes por qué eso no sería posible. Ya hemos hablado de todo esto antes.

—Así lo hicimos y de manera bastante acalorada, si recuerdas. Por eso, también sería mejor no casarnos. Quieres una esposa que esté de acuerdo contigo todo el tiempo y yo no puedo...

—¿Por qué? ¿Soy tan irrazonable?

—En la mayoría de los aspectos, ¡no! Pero, mis sentimientos por ti no pueden cegarme, ante el hecho que no siempre tienes la razón. Estaríamos obligados a discutir, lo cual usted no podría soportar, o yo tendría que suprimir mi verdadera naturaleza, lo cual tampoco podría soportar.

Él odiaba la idea que siempre discutieran, como sus padres. Sin embargo, la idea de una Evangeline sin ánimos, que aceptaba todos sus edictos sin cuestionarlo lo perturbaba aún más.

—¿No hay nada que pueda hacer para convencerte que te quedes y te cases conmigo?

—¿Prometerías llevarnos a los niños y a mí a Manchester, una vez que nos casemos? —ella preguntó—. Si pudieras, entonces, tal vez...

Todas las razones por las que no podía considerar tal cosa inundaron la mente de Jasper, desafiando sus decisiones pasadas, cuestionando su amor por sus hijos y provocando su indignación.

Se puso de pie de un salto.

—¿No quieres decir eso! Solo estás exigiendo lo imposible para transferirme la responsabilidad de tu marcha.

—¿Lo estoy? —Ella pareció sopesar su acusación imparcialmente, únicamente para rechazarla—. No lo creo. Lo que intento es hacerles entender lo difícil que es esto para mí, y cómo desearía poder encontrar otra manera. Pero, debo hacer lo que creo que es correcto y tú también debes hacerlo.

Habiendo dedicado su vida a corregir tantos males de la sociedad, ¿cómo podría persuadir a Evangeline para que hiciera lo contrario?

* * *

Cuando Jasper dio la vuelta y se alejó, a Evangeline le pareció que se estaba llevando toda la luz, el color, la música y el sabor de su vida con él. Su corazón latía contra sus costillas, como si quisiera salir de su pecho y seguirlo.

Mientras discutían sobre si ella podía renunciar a sus planes y su destino para casarse con él, Evangeline había podido resistirse. Pero en el momento en que él dejó de oponérsele, ella se vio inundada de dudas. ¿Había querido decir lo que expresó acerca de reconsiderar su respuesta, si Jasper prometía trasladar a la familia a Manchester? ¿O simplemente, había estado tratando de evitar la responsabilidad por una decisión que dañaría a las personas, que más le importaban en el mundo? No obstante, ahora ella se daba cuenta que no sería más fácil escapar de eso que de su responsabilidad por aquellas pequeñas y solitarias tumbas en el cementerio, cerca de la escuela

Pendergast.

¿Realmente le estaba dando la espalda a Jasper y a los niños por las nobles y desinteresadas razones que le había dado, o porque tenía miedo, como él la había acusado de tener? ¿Temía entregarles su corazón por temor a perderlos, como había perdido a sus padres? Sin embargo, sabiendo el dolor que esa pérdida podría causar, ¿cómo podría salir de sus vidas?

El deber le recordaba severamente que no podía quedarse sentada todo el día, dándole vueltas a un problema que bien podría ser insoluble. Respirando entrecortadamente y esbozando una sonrisa, se levantó y fue al jardín, metiéndose la carta de Grace en el bolsillo, mientras avanzaba. Considerando lo mucho que le pesaba, esa endeble hoja de papel podría haber sido un saco de ladrillos.

En su tonta euforia anterior, sus jóvenes alumnos se sentían especialmente queridos por ella. Ahora, ante la perspectiva inmediata de dejarlos, todos le parecían aún más queridos. Incluso sus pequeños defectos, que a veces la habían molestado, adquirirían un extraño atractivo.

Por mucho que lo intentó, no pudo engañarlos. Sintieron que algo andaba mal. Matthew claramente estaba haciendo un esfuerzo por no molestar a Evangeline con demasiadas preguntas. Emma le ofreció un ramillete de flores, recogidas en el jardín, mientras Alfie hacía una impresionante serie de volteretas. Los niños más pequeños simplemente permanecían cerca y le sonreían a Evangeline, cada vez que lograban llamar su atención.

Sus esfuerzos por animarla tuvieron todo el efecto contrario. ¿Cómo podía dejarlos a ellos y a su querido padre por un grupo de jóvenes desconocidos? Algunas de las niñas huérfanas, que necesitan atención, podrían ser como ella y sus amigas a esa edad, mientras que otras podrían estar en peor situación, sin un círculo de amor y lealtad que las sostuviera. Pero algunas podrían ser como las “grandes niñas” acosadoras que recordaba con tanto disgusto de sus días escolares. Necesitarían una mano amable, pero muy firme, para mantenerlas a raya y mostrarles el error de sus caminos. ¿Valió la pena abandonar su oportunidad de ser madre de estos cinco preciosos jóvenes y esposa de un buen hombre?

La esperanza y el miedo, la resolución y las dudas se arremolinaban y daban vueltas en la mente de Evangeline, mientras sacaba a los niños del jardín y les daba algo de comer.

Estaban terminando, cuando Abigaíl Brookes apareció en la puerta de la guardería.

—La señorita Webster pregunta si los niños pueden venir a practicar sus piezas de concierto.

—Sí, por supuesto —replicó Evangeline—. Los traeré tan pronto como terminemos aquí.

—Todos hemos terminado. —Matthew señaló los platos vacíos de los niños y el de ella, que apenas había tocado la comida—. Tú eres la que todavía necesita comer.

—No tengo mucho apetito hoy. —Evangeline se levantó de su lugar—. No hagamos esperar a la señorita Webster.

—No debes dejar comida en el plato —dijo Owen, en un tono respetuoso, pero extrañamente autoritario, que era difícil de ignorar—. Hay mucha gente a la que le encantaría tener el estómago lleno. Eso es lo que siempre nos dices.

¿Qué podría decir ella ante eso?

La señorita Brookes acudió en su ayuda.

—¿Por qué los niños no vienen conmigo, mientras limpias tu plato?

Evangeline asintió.

—Esa es una excelente idea, ¡gracias! Sigán adelante, niños... Sé que puedo confiar en que ustedes se portarán bien con la señorita Brookes y la señorita Webster.

Sus pupilos se alejaron en tropel con aire apagado. Cuando se fueron, Evangeline se metió

un tenedor tras otro de comida en los labios hasta que su asustadizo estómago se rebeló. El deber la instaba a acompañar a sus alumnos lo antes posible, pero la perspectiva de ver el dueto de baladas de amor de Jasper y la señorita Webster era demasiado dolorosa para contemplarla.

Por fin, ella supo que no podía demorarse más sin plantear preguntas incómodas. Inhalando lentamente varias veces para recuperar la compostura, practicó su expresión facial frente al espejo. Claramente, su miserable intento de sonreír no engañaba a nadie. Quizás un semblante plácido y sobrio despertaría menos sospechas. Colocó uno en su lugar, como si fuera una máscara, y se dirigió al gran salón.

Mientras bajaba las escaleras, se encontró con el señor Webster que subía.

—¿Qué suerte tendríamos, si nos conociéramos, señorita Fairfax! —declaró el propietario del gran molino, aunque Evangeline sospechaba que la había estado esperando—. Me agradecería poder hablar con usted, si me lo permite.

—Por supuesto señor. —Aprovechando las duras lecciones de su niñez, Evangeline se negó a permitir que él la intimidara—. Primero, debo estar con los niños en su práctica de concierto. Pero tan pronto como terminen...

El señor Webster la interrumpió sin ceremonias.

—Los niños están en excelentes manos con mi hija. Les tiene mucho cariño a todos y se llevan bien con ella, ¿no le parece?

—Por supuesto que sí, señor —respondió con sinceridad.

Si hacía caso a la razón, en lugar de a su corazón rebelde y egoísta, sabía que Margaret Webster sería una esposa y madre para los Chase mucho mejor que ella.

El señor Webster suavizó su tono.

—No le quitaré mucho tiempo, señorita Fairfax. Solo hay un par de cosas que deseo decirle.

—Muy bien entonces. —Continuó bajando las escaleras—. La pequeña sala de estar debería estar vacía. Podré escuchar a los niños desde allí si me necesitan.

Un momento después, se dirigió al señor Webster, que había cerrado la puerta de la sala detrás de ellos:

—Señor, ¿qué es lo que desea discutir conmigo?

Él plantó sus pies y juntó las manos detrás de la espalda.

—No andaré con rodeos. Es de usted y del señor Chase de quien quiero hablar. ¿Qué significa él para usted y usted para él?

—Soy la institutriz de sus hijos. —Su sonrojo culpable seguramente contradijo su remilgada respuesta—. He trabajado para él estos últimos seis años.

—¿Y usted no siente por él más de lo que siente cualquier trabajador leal por un empleador bueno y justo? —El señor Webster sacudió la cabeza—. ¿Crees que soy ciego o tonto, jovencita? Vi la forma en que te iluminaste, cuando él bailó contigo anoche. Los he visto a los dos caminando más de una mañana temprano. Anoche te escapaste de la asamblea para que él fuera a por ti. Eso, no servirá, ¿sabes? Jasper Chase se va a casar con mi hija... ¡no permitiré que lo estropees!

Mientras hablaba, el ardiente rubor de Evangeline se enfrió hasta que sintió su rostro, como si hubiera sido tallado en nieve compacta.

—No tengo intención de estropear nada, señor Webster, y ciertamente no quería que el señor Chase me siguiera, cuando me fui de la asamblea. Si desea casarse con su hija, no haré nada para interponerse en su camino, más bien será todo lo contrario...

—¿Quieres decir qué...? —El señor Webster parecía dudar.

—Esta fiesta en casa fue idea mía —respondió Evangeline—. Pregúntele a la señora Thorpe

si no me cree. Cuando me vio caminando con el señor Chase, le estaba dando consejos sobre cómo cortejar a su hija.

Saboreó la expresión de confusión en el rostro fornido del señor Webster.

—¿Qué te hizo hacer todo eso?

Hablando lo más brevemente posible, Evangeline explicó su plan de encontrarle una esposa a Jasper para que pudiera comenzar su escuela de caridad. Cuando terminó, el señor Webster parecía tan arrepentido como Alfie, después de haber cometido alguna travesura grave.

—Bueno, me equivoqué en mi opinión, y eso no es un error en sí. Le pido perdón, muchacha, por sospechar alguna irregularidad de usted. Solo quiero ver a Margaret casada con un hombre bueno y estable como Jasper Chase, que no tolerará ninguna tontería. Convertirse en madre de su prole la tranquilizará muy pronto.

Aunque no estaba del todo segura de lo que él quiso decir, Evangeline asintió.

—Así que anoche me estaba diciendo la verdad —continuó el señor Webster, más para sí mismo que a ella.

—¿La verdad sobre qué? —Las palabras brotaron de Evangeline, antes que pudiera recordar que eso no era asunto suyo.

—Sobre querer casarse con Margaret. Me pidió mi bendición para proponerle matrimonio.

Las palabras del señor Webster parecieron congelar todo el cuerpo de Evangeline para que coincidiera con su rostro. ¿Por qué Jasper la había besado anoche, si tenía intención de proponerle matrimonio a otra mujer? ¿Por qué le había pedido que se casara con él, apenas unas horas antes? ¿Había pensado mantener a Margaret Webster en reserva, en caso de que ella lo rechazara?

Si ese fuera el caso, ¿cómo se atrevía a suplicarle e instarla a que abandonara el trabajo de su vida, partiéndole el corazón en dos, mientras él tenía otros planes de matrimonio, esperando entre bastidores?

Su indignación denunció a Jasper en sus pensamientos tan fuerte, que casi se perdió las siguientes palabras del señor Webster.

—¿Cuándo tendrás que dejar Amberwood para empezar esta escuela tuya?

Le explicó cuánto tiempo la había retrasado Jasper y le contó al señor Webster la reciente necesidad de darse prisa.

—¡Bendíceme! —él manifestó—. Parece que no hay un momento que perder.

Fue bueno escuchar a alguien más reconocer eso.

Evangeline asintió.

—Entonces, deberías irte de inmediato.

—¿Ahora? ¿Por qué? —ella gritó—. ¿Hoy?

—¿Cuándo es mejor? Hay muchas otras personas que se ocuparán de los niños hasta que su padre pueda hacer arreglos para conseguir una nueva institutriz. Con el concierto y todo, apenas notarán que te has ido.

Evangeline lo sabía, el señor Webster pretendía tranquilizarla, pero en cambio sus palabras le asestaron un golpe cruel. ¿Podría tener razón? Por mucho que amaba a los niños, ¿acaso no era tan indispensable para ellos, como le gustaba creer?

—Haré todo lo que pueda para ayudarte, querida —le ofreció con un aire de solicitud paternal, que ella encontró difícil de resistir—. Te debo eso y más después de la forma en que te juzgué mal. Cuando necesites ir, pondré mi cochero y mi carruaje a tu disposición.

¿A dónde iría para comenzar su misión y su nueva vida?

—¿Incluso hasta Berkshire? ¡No podría imponerle tanto!

—No te angusties por eso. —El señor Webster hizo caso omiso de sus objeciones. Rebuscó en sus bolsillos y empezó a desplegar los billetes. Mi conductor puede llevarte a Berkshire y regresar antes que mi carruaje vuelva a ser útil. Aquí necesitarás un poco de latón para posadas, comidas y lo demás. Lo que no gastes, considéralo una donación a tu escuela. Escríbeme cuando estés instalada y arreglaré una contribución más sustancial.

Evangeline parpadeó ante el valor de los billetes que él puso en su mano.

—Eso es muy generoso de su parte, señor.

—Hay cosas que valen mucho más que el dinero, señorita Fairfax. Dormiré mejor por la noche, sabiendo que esas pobres niñas huérfanas están recibiendo el cuidado adecuado. Ahora, querrás empezar mientras todavía tienes un poco de luz del día para seguir tu camino... Prepara las maletas, mientras yo le digo al cochero que enjae los caballos.

—Pero, los niños... —Evangeline sabía que no debía rechazar esta bendita oportunidad. Sin embargo, la idea de dejar a Emma, Matthew, Alfie, Owen y Rosie tan abruptamente era casi más de lo que podía soportar—. ¿Qué les diré? ¿Y el concierto?

—Todos lo lograremos, querida. —El señor Webster le dio unas palmaditas en el brazo—. Probablemente será más fácil para los jóvenes si te vas rápido, y no prolongas tu despedida.

Él tenía razón, por supuesto. ¿No había visto eso con las partidas de Jasper a Manchester? Los niños se recuperaban antes, cuando el adiós era rápido y limpio. Cuanto más lo prolongaba, más les molestaba.

Eso era lo último que ella quería.

* * *

—¿Qué es todo esto? —Jasper observó a sus hijos, alineados afuera de la guardería con sus mejores ropas, sus caras lavadas y su cabello cuidadosamente cepillado—. Parece que van a un funeral, no a un concierto. ¿Dónde está la señorita Fairfax? Quizás ella pueda decirme qué les pasa...

Apenas habló, el labio inferior de Rosie comenzó a temblar siniestramente y sus ojos se llenaron de lágrimas. Emma se apresuró a consolar a su hermana pequeña. Aunque no lloró, su delicado rostro parecía claramente afligido. Los ojos de los chicos estaban todos bajos y sus labios apretados con fuerza, como si se aferraran a su compostura por un hilo. ¿Qué les había pasado a todos? ¿Y por qué Abigaíl Brookes y Verity Dawson rondaban cerca con caras de culpabilidad?

Mientras Jasper se arrodillaba para abrazar a sus hijas, Owen anunció:

—Ella se fue, papá.

Matthew también encontró su voz:

—Dijo que tal vez no fuera por mucho tiempo, pero se llevó todas sus cosas. Ella no haría eso si quisiera regresar, ¿verdad?

Jasper no tuvo que preguntar a qué se referían. Una parte de él lo sabía, incluso antes que los niños hablaran.

Alfie perdió la batalla por mantener una frente valiente:

—¡No quiero el concierto sin la señorita Fairfax! —él gimió.

—Yo tampoco. —Owen negó con la cabeza—. No puedo cantar ni recitar porque tengo un gran nudo en la garganta.

—Yo también tengo uno —dijo Matthew—. Me pregunto qué es y por qué aparece cuando me siento más triste.

Jasper no sabía qué decirle a su hijo. Ese mismo nudo de miseria se había alojado en su

garganta desde que salió de la guardería esa mañana. No estaba seguro que alguna vez desapareciera.

Reunió a todos los niños cerca de él y trató de consolarlos lo mejor que pudo. Pronto todos estaban llorando, incluso Owen, de una manera que le desgarró el corazón. Lanzó una mirada inquisitiva y de reproche a Abigail Brookes.

—¡Lo lamento! —ella gritó—. La señorita Fairfax nos hizo prometer que no se lo diríamos. Ella se fue hace unas horas. No dijo a dónde iba.

—Ella se fue en el carruaje del señor Webster —manifestó Verity con aire vacilante, como si temiera meterse en problemas por hablar.

¿El carruaje de Piers Webster? Las preguntas urgentes alejaron la conmoción y la tristeza de Jasper.

—Estoy de acuerdo en que deberíamos posponer nuestro concierto, dadas las circunstancias. Ahora necesito su ayuda, queridos. ¿Harían algo por mí?

Los niños lo miraban con rostros surcados de lágrimas que le dolían el corazón. Pero todos asintieron con valentía.

—Séquense los ojos y vayan con la señorita Brookes y la señora Dawson. Tomen té temprano y luego prepárense para ir a dormir.

—Pero, ¿por qué, papá? —preguntó Matthew.

—Se los explicaré más tarde... —Jasper besó a cada uno de ellos en la frente—. Por ahora confíen en mí y hagan lo que les pido. Volveré más tarde para escuchar sus oraciones y arroparlos.

Alfie se secó los ojos llenos de lágrimas con el dorso de la mano y anunció con fiereza:

—Sé por qué rezaré.

—Yo también. —Jasper revolvió el cabello de su hijo—. Nosotros también lo haremos... todos...

Los vio alejarse con las damas y luego se dirigió al gran salón, donde encontró a los Webster, los Leveson, su suegra y Norton Brookes.

Jasper se acercó a Piers Webster y le preguntó:

—¿Quién te dio el derecho de entrometerte en mi vida?

—¿Le ruego me disculpe? —Webster tuvo el descaro de parecer desconcertado por su pregunta.

—Señor Chase... ¿Qué has hecho padre? —Cuando Margaret Webster se acercó a ellos, los demás se retiraron discretamente de la habitación.

—No he hecho nada que le concierna a él o a usted —protestó el señor Webster, ante su hija.

—¿Estás diciendo que Evangeline Fairfax robó tu carruaje para salir de Amberwood? —Jasper tronó.

—¡Nada de eso! —El hombre mayor frunció el ceño, como si estuviera gravemente ofendido—. La dama me pidió ayuda y yo la complací felizmente. Si tienes conciencia, habrías hecho lo mismo hace dos años.

Jasper se estremeció. ¿Estaba tan mal querer mantener a Evangeline aquí con él y sus hijos, cuando otros niños podrían necesitarla aún más? Desde su encuentro de esa mañana, no había podido dejar de pensar en lo que ella había dicho y en el desafío imposible que le había planteado. Había empezado a vislumbrar un posible compromiso, pero ahora la oportunidad de arreglar las cosas se había esfumado con ella.

—Quizás debería haberlo hecho. —Reconoció su error y pidió perdón en silencio—. Pero,

algo me dice que fue algo más que una caridad desinteresada lo que te hizo enviar a la señorita Fairfax, a quién sabe dónde, sin mi conocimiento.

La culpa ardía en los amplios rasgos de Piers Webster.

—¿Qué importa que ella se haya ido? Tú y Margaret pueden contratar una nueva institutriz para los niños. Si tienes sentido, contratarás a una que sea mayor y no tan bonita.

—Padre —habló Margaret Webster en un tono tranquilo, pero siniestro—. ¿Qué has hecho? ¿Y por qué debería tener yo algo que ver con la contratación de una institutriz para los hijos del señor Chase?

—Ya sabes... cuando ustedes dos estén... casados. A estas alturas, ya él te habría propuesto matrimonio, si no lo hubiera distraído esa señorita Fairfax. No es que ella lo quisiera, eso sí. La dama hizo todo lo posible para lograr un matrimonio entre ustedes dos. —El señor Webster volteó hacia Jasper—. Ahora que ella ya no está, lo menos que usted puede hacer es honrar sus deseos, proponiéndole matrimonio a mi hija.

Jasper le lanzó a Margaret Webster una mirada de disculpa. Ella era una pobre dama, atrapada en el medio de todo esto, mientras que él le había prestado muy poca atención a sus sentimientos. Quizás, en aras de la paz, debería ceder y hacer lo que todos parecían esperar de él.

¿Debería intentar olvidar a Evangeline Fairfax y pedirle a Margaret Webster que se casara con él?

Capítulo dieciséis

Sentada en la biblioteca de Nethercross, Evangeline se inclinó hacia adelante y le dio un afectuoso apretón a la mano de Lady Steadwell. —Espero que usted y su esposo puedan perdonarme por aparecer en su puerta sin una palabra de advertencia. Fue usted muy amable al hacerme tan bienvenida, dadas las circunstancias.

—¡Tonterías! —Grace se rió entre dientes, mientras retrocedía y comenzaba a servirles té—. Fue una agradable sorpresa. Desearía que nuestras otras amigas vinieran a verme así, pero no es tan fácil, ahora que todas tenemos familias que atender. Esa es una razón egoísta por la que me complacerá tanto poner en marcha nuestra escuela, para que podamos estar todas juntas, en las reuniones periódicas de los administradores.

—Ah, sí, la escuela. —Evangeline hizo una mueca irónica. Ver a Grace de nuevo, después de tantos años, la acercó mucho más a sus días escolares y la hizo sentir más culpable que nunca por haber descuidado su deber—. No puedo expresar cuánto lamento haber tardado tanto en empezar. Cuando pienso en esas pobres niñas de Pendergast, enfermas y moribundas, me pregunto si algún día podré perdonarme a mí misma.

—Eso no fue tu culpa —dijo Grace en una forma tranquilizadora que Evangeline siempre recordaba tan bien—. Espero que mi carta no parezca como si te culpara.

Le pasó a Evangeline una humeante taza de té.

—No era mi intención alejarte de los Chase. Solo me preguntaba, bueno, todas lo hacíamos, si habrías cambiado de opinión acerca de querer dirigir la escuela. Nos preocupaba que pensaras que nos decepcionarías, pero, por supuesto sé que no lo harías... Pero, queríamos darte una excusa para que cambiaras de opinión, si así lo deseas...

Fijó en Evangeline su mirada perspicaz, que siempre tenía la costumbre de llegar a la verdad.

—¿Estás tan dispuesta? Créeme, ninguna de nosotras pensará menos de ti en caso contrario.

—¡Quiero hacer esto! —Evangeline se esforzó por convencer a su amiga de su certeza... y tal vez a sí misma también.

Durante el largo viaje desde Amberwood, leyendo, una y otra vez, la última carta de Grace, se había aferrado a la seguridad del señor Webster que establecer la escuela era un asunto de gran urgencia e importancia. Los paisajes que había vislumbrado, mientras viajaba por las Tierras Medias industriales de Inglaterra, le habían abierto los ojos a las dificultades que prevalecían fuera del pacífico Valle del Edén. Todas esas cosas habían reforzado su compromiso con el trabajo que sabía que debía realizar.

Pero incluso en el poco tiempo que había sido invitada en Nethercross, las dudas habían comenzado a corroer su decisión. Ver lo felices que eran Grace y Lord Steadwell, en su matrimonio y en su familia, le hizo desear experimentar esa dulce y doméstica satisfacción por sí misma. Cuando pasaba tiempo con las hijastras y el hijo pequeño de Grace sentía la pérdida de Emma, Matthew, Alfie, Owen y Rosie, como si le hubieran amputado los cinco dedos de la mano derecha.

—No dudo que quieras. —El tono de gentil simpatía de Grace hizo que pareciera que entendía mucho más de la situación de Evangeline de lo que su amiga le había dicho—. Pero, ¿eso es todo lo que quieres?

Era inútil tratar de ocultarle nada a alguien que parecía saber tanto de ella. Evangeline negó

con la cabeza.

—No puedo negar que quiero más que eso. Pero, no puedo tener todo lo que quiero y como sea, debo elegir...

—Las otras cosas que quieras —la incitó Grace—. ¿Incluyen el amor de un marido y de sus hijos? Ninguno de tus amigas querría que renunciaras a eso.

Evangeline deseaba poder compartir la firme certeza de su amiga.

—Hay algo más que eso. Siento que si renuncio a uno por el otro, perdería una parte de mí misma.

—¿Por qué es eso? —La frente de Grace se arrugó con una mirada de cariñosa preocupación.

Su súplica era demasiado poderosa para que Evangeline pudiera resistirla. Exponer toda la complicada situación, ante su amiga, tal vez no arrojara una solución, pero al menos podría confirmar, en su propia mente, que había hecho lo correcto al venir aquí.

—¿Recuerdas que cuando estábamos en la escuela los maestros solían decir que nunca conseguiría marido, si no dominaba mi fuerte voluntad y mi carácter rebelde?

Grace soltó una suave risita, que pareció sonar con una nota de regocijo.

—Según ellos, ninguno de nosotras tenía posibilidades de casarnos. Rebecca y Hannah no eran lo suficientemente bonitas. Tú y Leah eran demasiado testarudas. Y yo fui demasiado vanidosa. Todas sabíamos que era una tontería cuando se trataba de los demás. Pero, en lo que respecta a nosotras, creo que nos tomamos más en serio esas predicciones. Créeme, Evangeline. No fueron más ciertas para usted que para cualquiera de nosotras.

—¿No lo eran? —Ella acunó su taza de té en sus frías manos—. Me gustaría poder estar segura.

Le contó a Grace sobre Jasper, lo fuerte y compasivo que era. Cómo quería una esposa que lo apoyara y estuviera de acuerdo con él, en todo lo que hacía.

—¿Y el señor Chase se preocupa por usted? —preguntó Grace, cuando Evangeline se quedó en silencio—. Pensamos que debía hacerlo, por la forma en que siguió retrasando tu partida. ¡Qué buen trabajo está haciendo con su molino! He oído hablar de un filántropo en Escocia que está haciendo algo similar. ¡Ojalá hubiera más hombres de negocios como ellos! Debo decir que usted y él parecen muy compatibles en su fuerza, determinación y preocupación práctica por aquellos que necesitan ayuda.

—Esa es la mitad del problema —Evangeline suspiró—. Éramos demasiado parecidos: ambos líderes, no seguidores. Un matrimonio entre nosotros nunca podría funcionar.

—Quizás no sea fácil. —Grace pareció estar de acuerdo, mientras hacía exactamente lo contrario—. Aquí en el campo he visto a menudo cómo una yunta fuerte de caballos o bueyes puede trabajar mejor cuando se los enjaeza, uno al lado del otro, que cuando uno está detrás del otro.

Evangeline no pudo reprimir una sonrisa agri dulce, ante la imagen de ella y Jasper unidos para tirar de una carga.

—Eso solo funciona cuando las criaturas tienen un conductor experto que las dirija.

—¡Exactamente! —Grace levantó la mirada hacia arriba—. ¿Necesitamos un buen conductor como un pastor? Al fin y al cabo, los caballos son animales inteligentes, pero las pobres ovejas son muy tontas.

Las palabras de su amiga hicieron reír a Evangeline, pero también arrojaron un rayo de sol a su alma. Durante un dulce e impresionante instante, nada pareció imposible.

Luego recordó cómo había dejado a los hijos de Jasper llorando, y los había abandonado sin

siquiera una palabra de despedida.

—No hay duda que puede ser así. —Dejó su taza con manos temblorosas y el corazón apesadumbrado—. Pero, ya es demasiado tarde para Jasper... y para mí.

—¿Estás segura? —preguntó Grace.

Mientras Evangeline reflexionaba sobre el gentil desafío de su amiga, sonó un golpe en la puerta de la biblioteca.

—¿Sí? —Grace replicó.

Entró un lacayo.

—Una persona que viene a verla, señorita.

—¿Pueden esperar o volver más tarde? —preguntó Grace—. Estoy ocupada en este momento.

El sirviente negó con la cabeza.

—No es a usted, a quien quieren, mi señora. Es a la señorita Fairfax y han recorrido un largo camino.

—El señor Chase, ¿cierto? —Grace se levantó con los ojos encendidos.

Cuando el lacayo asintió, ella gritó:

—¡Por supuesto, que el caballero venga inmediato!

* * *

¿Había cometido un gran error al actuar por impulso y llegar tan lejos para presentarse sin ser invitado, en la puerta de Lord y Lady Steadwell? Mientras Jasper esperaba que su lacayo llamara a Evangeline, las dudas comenzaron a asaltarlo. ¿Consideraría que si él la perseguía, esto era una señal que él no respetaba su elección? ¿Pensaría que él pretendía obligarla a seguir sus deseos? ¿Estaría enfadada con él por imponerse sobre sus amigas?

Él silenció esos pensamientos, recordándose a sí mismo que podría verla. Incluso si ella lo rechazaba de nuevo, al menos él podría despedirse como es debido.

En ese momento, un caballero bajó las escaleras con dos muchachas agarradas de la mano. Una parecía un poco mayor que Emma, pero con un aire soñador más parecido a Rosie. Jasper supuso que la otra chica sería dos o tres años mayor. Su paso ágil y su brillante sonrisa le recordaron a Alfie.

—Bienvenido a Nethercross. —El hombre le tendió la mano a Jasper—. Soy Rupert Kendrick. ¿En qué puedo ayudarle?

Jasper estrechó cálidamente la mano del capitán.

—Mi nombre es Jasper Chase. He venido desde el norte para ver a la señorita Fairfax. Creo que ella es una invitada aquí. Uno de tus sirvientes ha ido a buscarla para mí.

—Lo veo. —Lord Steadwell asintió, como si entendiera mucho más sobre el encargo de Jasper de lo que le habían dicho—. Le deseo lo mejor, señor Chase. Si te quedas en esta parte del campo, espero que seas nuestro invitado en Nethercross. A Phoebe y Sophie les encanta la compañía, ¿no es así, chicas?

Las niñas asintieron, una más vigorosamente que la otra, pero ambas con sonrisas encantadoras, que le aseguraron a Jasper una cálida bienvenida.

—Es muy amable de su parte, pero me temo que podría ser más inconveniente de lo que usted cree. —Brevemente, Jasper le explicó por qué.

—¡Esa no es excusa para no quedarse! —La niña mayor se dirigió hacia la puerta—. De hecho, es una mejor razón para hacerlo.

—¡Phoebe! —El barón sacudió la cabeza ante su atrevimiento, lo que no ofendió a Jasper

en lo más mínimo—. Me temo que ahora ella no podrá escaparse, señor Chase.

Jasper quería creer que eso era verdad. Pero, ¿cómo podría quedarse si Evangeline lo rechazaba?

El lacayo reapareció en ese momento, seguido por una belleza de cabello dorado y aire bastante indomable.

—Señor Chase. —Ella lo saludó, como si se conocieran afectuosamente desde hacía mucho tiempo—. Soy amiga de la señorita Fairfax, Grace. Veo que has conocido a mi marido y a dos de nuestras hijas. Entra y ve a Evangeline. Estábamos tomando té en la biblioteca. Allí no los molestarán. Tómense el tiempo que necesiten.

Sin dejar que Jasper dijera una palabra, lo condujo hacia la biblioteca, y luego, prácticamente lo empujó a través de la puerta, que cerró detrás de él con algo de fuerza.

Al ver a Evangeline levantándose de un estrecho sofá, Jasper pareció perder su capacidad de hablar y moverse. Esta era su última oportunidad, y su éxito o fracaso mucho dependía de la misma.

—Debes disculpar a mi amiga —ella dijo—. No recuerdo que ella fuera tan mandona, cuando estábamos en la escuela. Ese era mi rol. Creo que el matrimonio ha tenido un efecto desafortunado en Grace, en ese sentido.

Agradeciendo a la Providencia por una oportunidad tan prometedora, Jasper se obligó a acercarse a Evangeline.

—¿Crees que el matrimonio ha hecho que Lady Steadwell tenga una mentalidad más firme? ¿Cómo puede ser eso? Conocí a su marido hace un momento y él también parece tener un carácter decidido.

Evangeline asintió.

—Es un caballero muy amable, pero administrar una propiedad tan grande no es una tarea para débiles de corazón.

—A pesar de todo, ¿él y su esposa se llevan bien?

—Muy bien, por cierto. —Evangeline parecía sorprendida, mientras se dejaba caer en el sofá—. Grace no está bajo el control de Lord Steadwell ni él bajo el de ella. Por todo lo que he visto, desde que llegué, parecen muy felices juntos.

Jasper miró alrededor de la biblioteca de Nethercross y no vio sillas lo suficientemente cerca como para permitir una conversación cómoda.

Lanzando a Evangeline una mirada de disculpa, tomó asiento junto a ella en el sofá.

—Perdóname por seguirte hasta aquí. No podía dejar las cosas entre nosotros como estaban, después de nuestra última conversación.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —Ella lo miró con recelo, haciendo que Jasper se preguntara si se sentía halagada o molesta por su persecución.

—Obligué a Piers Webster para que me dijera dónde habías ido. No tenía por qué alejarte de esa manera, con tantas cosas sin resolver entre nosotros.

—Pensé que eso se había resuelto, cuando saliste de la guardería —replicó Evangeline—. Además, el señor Webster no me animó a ninguna parte. Tuvo la amabilidad de ofrecerme su ayuda y acepté.

—¡Piers Webster no estaba siendo amable! —Jasper puso los ojos en blanco. Para ser una mujer tan autosuficiente, Evangeline a veces se mostraba demasiado confiada. ¿Pero podría convencerla que confiara en él?—. ¡Quería que te fueras de Amberwood, para que yo pudiera olvidarte! Y le propusiera matrimonio a su hija...

—¿Por qué no lo complaciste? —El temperamento de Evangeline estalló—. Pensé que ese

era tu plan: mantener a la señorita Webster en reserva, ¡pobre dama! En caso que te rechazara...

—¿De dónde sacaste una idea tan absurda como esa? —Jasper protestó, aunque podía adivinar quién lo había planteado.

—El señor Webster. —Parecía como si considerara al hombre una fuente intachable—. Me dijo que usted solicitó su permiso para proponerle matrimonio a su hija la noche, antes de pedírmelo a mí.

—Él me dio ese permiso —insistió Jasper—. ¡Yo nunca se lo solicité!

Evangeline se cruzó de brazos, frente a él.

—¿Y supongo que no le dio ninguna razón para creer que quisiera casarse con la señorita Webster?

Jasper se retorció un poco en el pequeño sofá. Fue un ajuste perfecto para los dos. Además, su conciencia no estaba del todo tranquila. Tal vez no fuera culpable de lo que Evangeline lo había acusado, pero no era del todo inocente.

—Pude haberlo hecho, aunque no tenía intención de engañarte. La noche de la asamblea, el señor Webster me preguntó si mis intenciones hacia su hija eran honorables, o si solo estaba jugando con su afecto. Lo negué, por supuesto, sin pensar en lo que él podría suponer que quería decir.

—¿Así que nunca pensaste en pedirle matrimonio a la pobre señorita Webster? —Evangeline parecía dudar de su explicación.

Jasper no estaba seguro de lo que quería escuchar. Una respuesta menospreciaría sus sentimientos por ella. Pero la otra podría hacerle parecer insensible hacia Margaret Webster. La verdad se encontraba en algún punto intermedio y lo dejaba en una mala posición con ambas mujeres.

—No puedo negar que lo consideré, después que te fuiste tan repentinamente. Por el bien de mis hijos y de mi trabajo, estuve tentado de conseguir una esposa que se encargara de todo en casa, y me dejara libre para concentrarme en el molino.

—Esa debe haber sido una tentación poderosa. —Evangeline no parecía tan molesta por su admisión, como Jasper había esperado—. Sin embargo, no sucumbiste a ello. En lugar de eso, viniste hasta Berkshire. ¡Pobre señorita Webster!

—Sigues llamándola así. —Jasper negó con la cabeza—. La dama no es tan digna de lástima como usted imagina. Tampoco es tan mansa y servicial, como ambos creíamos.

Evangeline arqueó sus cejas oscuras y bien formadas.

—¿Qué te hace decir eso?

Los labios de Jasper se torcieron al recordar la escena en su salón.

—Fui testigo de un intercambio muy esclarecedor entre la señorita Webster y su padre, después que hablé con él por haberte despedido. Ella le dijo que no se casaría conmigo, si se lo pedía, y que debía quitarse esa idea de la cabeza de una vez por todas.

—¿Ella no se casará contigo? —Evangeline parecía incrédula y bastante ofendida por su parte—. ¿Por qué?

Hizo una mueca irónica.

—Es difícil imaginarla rechazando una conquista tan buena, ¿no? ... ¡Eres un buen tipo! Si hubiera estado en su posición, te habría aceptado de inmediato.

—Gracias por salvar mi orgullo. —Una sonrisa esperanzada apareció en la comisura de la boca de Jasper, aunque temía que no estuviera justificada—. Después de escuchar a dos mujeres decir que no se casarían conmigo, en el transcurso de unas horas, ¡esto fue bastante duro! Pero, no podía sentirme demasiado ofendido por el rechazo de la señorita Webster, ya que nunca le

propuse matrimonio... Resulta que está enamorada de otra persona: un maestro de música de Bath, de quien su padre está convencido que debe ser un cazador de fortunas. Ella solo vino a Amberwood para complacer al señor Webster... para que él mirara más favorablemente a su pretendiente. No le agradó descubrir lo mucho que había estado intentando casarla conmigo y se lo dijo en términos muy claros.

—¡Oh, querido! —Un trino de risa sorprendida surgió de Evangeline—. Eso explica muchas cosas. ¡Bravo por la señorita Webster! ¡Por enfrentarse a su padre!

Aunque Jasper se sintió agradecido con los Webster por proporcionarle un tema de conversación para romper el hielo entre Evangeline y él. Ahora, debía aprovechar el deshielo.

—Pensé que esa noticia podría interesarte, pero no viajé hasta aquí solo para compartir esto. La risa desapareció del rostro de Evangeline.

—Sospeché que podría haber algo más...

¿Era esta su oportunidad, se preguntó, de ofrecerle a Evangeline un tipo diferente de propuesta, un compromiso que podría ser mejor de lo que cualquiera de los dos había querido originalmente? ¿O había venido hasta aquí para nada?

* * *

Jasper Chase era un hombre de palabra. Evangeline creía eso con todo su corazón. Si dijo que nunca tuvo la intención de proponerle matrimonio a Margaret Webster, eso debía ser cierto.

Sin embargo, ¿eso cambió algo entre ellos? Su creencia errónea que él había planeado pedir la mano de la otra mujer pudo haber provocado su repentina huida de Amberwood, pero no tuvo nada que ver con su rechazo original de la propuesta de Jasper.

¿Había venido hasta allí para decirle algo que marcaría la diferencia entre ellos? ¿O esperaba que la resolución de ese malentendido y su anhelo por sus hijos la hicieran olvidar todo lo que se interponía entre ellos?

Ella recordó el comentario de Grace acerca que los animales de tiro trabajan mejor en conjunto. Eso había tocado una fibra sensible en su interior, pero, ¿podría un hombre dinámico como Jasper Chase estar dispuesto a compartir un rol protagonista? ¿El hecho que hubiera llegado tan lejos persiguiéndola solo demostraba hasta dónde llegaría para salirse con la suya? Si cedía a sus sentimientos por él y sus hijos, sus deberes como esposa y madre y su contribución a su importante trabajo podrían mantenerla contenta por un tiempo. No obstante, tarde o temprano, Evangeline estaba segura que comenzaría a irritarse por su rol como subordinada, y a resentirse por lo que se había visto obligada a renunciar.

Ella no quería eso para ninguno de los dos, y menos aún para los niños.

—Quiero que sepas —dijo Jasper—. Que pensé mucho en lo que dijiste cuando... rechazaste mi propuesta.

Evangeline se dio cuenta que esas palabras le resultaban difíciles de pronunciar. Era evidente que su referencia a su orgullo herido no había sido del todo una broma.

—Incluso antes de que... te fueras —continuó—, debatí conmigo mismo, si podía hacer lo que me pediste.

—¿Quieres decir instalar a tu familia en Manchester? —Después de sus recientes malentendidos, Evangeline quería que ambos fueran bastante claros.

—No puedo negar que al principio no creía que pudiera hacerlo. —Jaspe asintió.

¿Esto es lo primero? Evangeline intentó mantener bajo control sus crecientes esperanzas.

—No fue solo porque soy testarudo y debo hacer todo a mi manera. —Él parecía decidido a explicarse. ¿Fue eso para persuadirla que él tenía razón... o por alguna otra razón?—. Para mí,

Manchester es un lugar de peligros y dificultades, un lugar que haría cualquier cosa por olvidar. No quería eso para mis hijos. Amberwood parecía un refugio donde ellos podrían crecer lo más lejos posible de mi pasado.

Una parte de ella quería discutir su razonamiento, pero la otra simpatizaba demasiado profundamente con él. Una cosa que Evangeline se dio cuenta, sin ninguna duda, fue que le había pedido a Jasper que hiciera una de las tareas más difíciles posibles para él. Ella lo había puesto como condición para su oferta de matrimonio, sin ninguna seguridad que la aceptaría. Su sentido de la justicia se lo reprochó.

—¡Oh! Jasper... —Ella extendió la mano y la puso sobre la de él, que estaba fuertemente apretada sobre sus rodillas.

—Por favor, déjame terminar —le rogó—. Una vez que hayas escuchado todo, di lo que quieras.

Ella respondió, asintiendo en silencio, pero no movió la mano. Jasper no dio ninguna indicación de querer que ella lo hiciera.

—Cuanto más lo pensaba —él siguió hablando—, más me di cuenta que me estaba dejando dominar por el miedo, tal como te acusé de hacerlo.

—¡Tenías razón acerca de mí! —Por mucho que lo intentó, Evangeline no pudo contener las palabras—. He tenido miedo de lo que pasaría, si me permitiera amar demasiado a alguien. ¡Miedo que si lo hiciera, lo perdería!

Él no la reprendió por su arrebato, pero asintió, como si comprendiera la profundidad de sus temores tan bien como ella los de él.

—Fue entonces cuando decidí que debía superar mi miedo. No solo para demostrar lo mucho que significas para mí, sino por mi propio bien y el de mi familia.

Hasta ese momento, la atención de Evangeline había estado tan centrada en Jasper, que no había sido consciente de nada más. Aunque de repente escuchó el sonido de voces de niños, las cuales llegaban desde el jardín de Nethercross.

No eran solo las tres hijastras de Grace. Podrían ser nada menos que media docena de jóvenes. Las cadencias de sus voces eran algunas de las más familiares y amadas por su devota institutriz.

—¿Alfie? —Evangeline se levantó de un salto y corrió hacia la ventana que daba al jardín—. ¿Rosie? ¿Están todos aquí?

De hecho lo estaban, porque ahora podía verlos y oírlos, mientras corrían con las chicas Kendrick. Solo cuando volvió a vislumbrarlos se dio cuenta de lo terriblemente que los había extrañado en unos pocos días.

Volteó hacia Jasper, quien se había levantado y la siguió hasta la ventana.

—¿Los arrastraste hasta aquí? ¡Pobres niños queridos! ¡Qué cansados deben estar! ¿Y qué les has estado dando de comer? ¿Comida de posada?

Jasper soltó una risa exasperante ante su arrebato, tal vez porque reconoció el amor protector detrás de él: el amor por sus hijos, que era uno de sus vínculos comunes más fuertes.

—Míralos. ¿Parecen peores por el viaje? Tuve que traerlos. Cuando les dije a dónde iba, no me dieron un momento de paz hasta que les prometí que podían venir. Además, esperaba que esto te convenciera de mi sincera voluntad de hacer lo que me pedías.

Ella sintió un ligero toque en la parte baja de su espalda, mientras estaban allí, junto a la ventana de la biblioteca, contemplando el jardín lleno de niños. Jasper era un hombre fuerte y contundente, pero también tenía un lado amable, al igual que ella. Tal vez...

—Paramos una noche en Manchester de camino hacia aquí —continuó—, mientras

estábamos allí, hice lo que me sugeriste. Les mostré el molino y los pisos de los trabajadores. Les conté más sobre mis esperanzas y planes para el lugar. Usted tiene razón. ¡Quieren involucrarse! ¡Quieren ayudar ahora! ¡Y cuando sean mayores!

Evangeline asintió, reflexionando sobre sus amados, mientras los veía jugando.

—Serán un activo invaluable para usted con todos sus diferentes talentos. Pueden llegar a ser su legado más valioso para la gente de Manchester y más allá...

—¡En efecto! —El orgullo y el amor paternal calentaron la voz de Jasper—. Pero, eso es solo una parte de lo que pasó.

—¿Hay algo más? —La mirada de Evangeline se apartó de los niños para posarse en su padre.

Jasper le devolvió la mirada con amor manifiesto y un misterioso resplandor de asombro.

—Después de mostrarles el lugar a los niños, me informaron que los hijos de mis trabajadores necesitan una escuela. No solo una escuela sabática para algunos de los niños, sino también un lugar para que las niñas aprendan. Me di cuenta que la educación es la pieza que faltaba en mi plan.

—Por supuesto —murmuró Evangeline, su imaginación permanecía encendida por las posibilidades—. Con una educación, esos niños realmente tendrán una nueva esperanza, tal como la tuvo usted.

—Solo hay una dificultad —dijo Jasper.

Ante su mirada inquisitiva, él respondió:

—No tengo experiencia en educación. Necesitaría que alguien me organizara una escuela.

Ahora fue su mirada la que conllevó a que ella formulara la pregunta:

—¿A mí? —La perspectiva de ayudarlo en una tarea tan vital la atraía—. Pero, ¿qué pasa con mi escuela? ¿Se supone que debo simplemente olvidarme de eso?

—Realmente, ¡no! —Jasper tomó sus manos y las estrechó entre las suyas—. Un lugar así es muy necesario y no hay nadie mejor calificado que usted para dirigirlo. Pero, ¿no podríamos combinar tu escuela y la mía? Tengo un edificio vacío que podríamos arreglar muy bien para ese propósito. Se encuentra en las afueras del pueblo, donde el aire es más saludable.

¿Combinar el trabajo que era tan importante para cada uno de ellos y ayudarse mutuamente a lograr sus sueños? ¡Eso sonaba demasiado bueno para ser verdad!

Jasper pareció confundir su mudo asombro con resistencia.

—Sé que una vez te dije que quería una esposa que siempre estuviera de acuerdo conmigo y nunca discutiera. Pero, usted me ha demostrado que una oposición inteligente puede producir un compromiso mejor que cualquiera de las dos ideas originales. ¡Creo que este es un gran compromiso! ¿Estás dispuesta a dar un poco para ganar tanto para nosotros y para aquellos que nos importan?

Evangeline recuperó su voz:

—Es una idea verdaderamente inspirada. Estoy dispuesta a recomendarla a mis amigas. Creo que estarán a favor, ya que un edificio sería uno de nuestros mayores gastos. Pero, ¿eso es todo lo que me pides, que establezca esta escuela combinada?

—Debo admitir que hay más. —Los ojos de Jasper brillaron con entusiasmo, incluso cuando el conjunto de sus cejas oscuras y llenas transmitía aprensión de dejar su corazón abierto al rechazo una vez más—. La verdad es que te amo, Evangeline. ¡No como una madre conveniente para mis hijos, sino como la mujer encantadora y decidida que es más que rival para mí en muchos sentidos!

Sus palabras hicieron que se le cerrara la garganta, pero la última barrera alrededor de su

corazón comenzó a desmoronarse.

Antes que ella pudiera responder, él siguió:

—Sé que tienes miedo de perderte si vuelves a formar parte de una familia. Pero, no creo que eso suceda más de lo que sucedió cuando eso reunió al círculo de tus amigas. Mira lo bien que quedó. Espero que sí pueda demostrar que soy capaz de ser el tipo de marido que necesitas y mereces, cambies de opinión acerca de casarte conmigo.

Evangeline miró hacia el jardín, donde Grace supervisaba a sus hijos, mientras jugaban. Eran sus niños. De repente, su corazón reconoció el deseo secreto, negado durante mucho tiempo, que Emma, Matthew, Alfie, Owen y Rosie le pertenecieran.

Abrumada por la felicidad y la gratitud por esta segunda oportunidad, Evangeline levantó las manos de Jasper y presionó sus labios contra ellas.

—Ya no tengo tanto miedo de lo que podría perder al entregarte mi corazón. Ahora te pertenece junto con todo el amor que puede contener. Siempre que elijas proponerme matrimonio nuevamente, será un honor y un placer aceptarlo.

Sus rasgos oscuros y ásperos brillaban con una alegría tan brillante y tierna, como la que brotaba de su corazón.

Jasper soltó sus manos solo para poder abrir los brazos y acercarla a ella. Evangeline levantó su rostro hacia el de él, y besó a un hombre al que amaba con todo su corazón, sin ocultarle nada.

Un breve tiempo de vida después, cuando Jasper la abrazó, con la mejilla presionada contra su cabello, él murmuró:

—¿Aún es demasiado pronto para proponerte matrimonio?

Evangeline se hundió más profundamente en su abrazo.

—No es demasiado pronto.

Epílogo

Manchester, Inglaterra.

Octubre 1817.

Una multitud entusiasta se había reunido para observar a Hannah, condesa de Hawkehurst, desatar una gran cinta ceremonial, extendida a lo largo de la entrada principal de un gran y hermoso edificio de piedra.

Después de un breve discurso sobre cómo ella y sus compañeras de confianza se habían conocido y unido, durante sus años en la escuela, anunció:

—¡Hoy es un honor y un placer para mí declarar oficialmente abierta la escuela Fe y Amistad!

Los espectadores aplaudieron, ninguno más fuerte que Jasper Chase, mientras Evangeline estaba a su lado sonriendo.

Su amiga, la condesa, se hizo a un lado para permitir que la multitud entrara para hacer un recorrido por la escuela y tomaran refrigerios. Pronto los únicos que se quedaron afuera eran los del círculo original de amigas y sus maridos. Lady Steadwell las había bautizado como: “las novias con zapatillas de cristal”; en honor a la heroína del cuento de hadas favorito de su hijastra.

Rebecca, conocida como Lady Benedict, sacudió la cabeza con aire de asombro y admiración.

—¡Bien hecho, Evangeline! Compensaste con creces cualquier retraso anterior al hacer que este lugar funcionara tan rápidamente.

Hannah, Grace y Leah asintieron.

Jasper habló en defensa de Evangeline, aunque sabía que ella era más que capaz de ponerse de su parte:

—La responsabilidad por cualquier retraso recae enteramente en mí, señoras, y les pido perdón de todo corazón. Aunque puede que al principio no reconociera mis sentimientos por su amiga, fui lo suficientemente sabio como para saber que no quería perderla.

Todos los demás caballeros le sonrieron a Jasper, como si lo entendieran perfectamente. Aunque los cuatro tenían títulos nobiliarios, Jasper los consideraba como buenas personas, y esperaba conocerlos mejor.

—¡Suficiente, querido! —Evangeline le dio una palmada juguetona en el brazo y luego lo agarró cálidamente—. Me harás sonrojar.

Para los demás, él añadió:

—Quería recuperar el tiempo perdido, una vez que hubiéramos llegado a un acuerdo. Pero, no puedo llevarme todo el crédito. El señor y la señora Brookes y su hermana brindaron una ayuda invaluable. De hecho, una vez que la escuela funcione sin problemas, podemos dejarle la operación diaria a la señorita Brookes.

Las damas murmuraron que estaban de acuerdo. Habían conocido a Abigaíl antes, y claramente creían que ella sería una excelente directora.

Evangeline miró hacia Jasper y continuó:

—No debo olvidar agradecer la ayuda de cierto caballero. Nunca podríamos haber logrado lo que hicimos sin su energía, entusiasmo y consejos prácticos.

La duquesa de Northam asintió dignamente, iluminada por una sonrisa traviesa.

—Parece como si usted hubiera expiado con creces cualquier retraso que haya causado,

señor Chase. Está claro que usted y su futura esposa forman un equipo excelente.

Cuando Jasper, Evangeline y Grace se rieron, la duquesa protestó:

—¿Qué es tan divertido? Por una vez no quise burlarme de ustedes.

—Te lo explicaré más tarde —le murmuró Grace a su amiga.

—¿No será mejor si entramos? —sugirió Hannah—. Antes que los niños devoren toda la comida.

—Excelente idea, querida —dijo su marido, mientras le ofrecía el brazo.

—Hablando de los niños... —El duque de Northam se dirigió a Jasper, mientras él y su esposa seguían a los Steadwell—. Mi hijo Kit quedó encantado, cuando recibimos su invitación. Le ha gustado intercambiar cartas con sus hijos, y no podía esperar a conocerlos en persona. Espero que algún día su familia nos visite en Renforth Abbey.

—Gracias, Su Excelencia. —Jasper se maravilló ante la idea de un ex trabajador de bobinas codeándose con un duque—. Eso es muy amable de su parte.

—Por favor, llámame Hayden —insistió el duque—. O Northam si lo prefieres. Después de todo, pronto seremos como una familia.

—Muy pronto por cierto. —Su esposa le guiñó un ojo a Evangeline con alegría poco femenina—. Pensar que todas estaremos casadas, confundiendo por completo las predicciones de nuestros maestros.

—Ahora, Leah —replicó la futura esposa de Jasper—. No creo que nuestros maestros sean los únicos a los que les sorprendería vernos a ti y a mí casadas.

Las otras damas asintieron y se rieron entre dientes.

—Estoy tan asombrada como cualquiera. —Evangeline apretó la mano de Jasper y le sonrió—. Nunca esperé casarme y tener una familia... especialmente una tan grande, pero no podría estar más feliz de poder tenerla pronto.

El corazón de Jasper hizo eco de sus palabras. Los últimos tres meses habían sido los más felices y satisfactorios de su vida, trabajando, codo a codo, con Evangeline, para hacer realidad sus esperanzas y sueños, ser un padre de tiempo completo para sus hijos y hacerlos parte de su mundo.

Como él lo había previsto, una vez que Evangeline superó sus miedos y se comprometió a amarlo a él y a sus hijos, se sumergió sin ocultar nada. Lo único que les quedaba para coronar su alegría era la boda.

* * *

—¿No fue ayer una celebración maravillosa? —reflexionó Hannah, mientras ella y sus amigas ayudaban a preparar a la intrépida líder para su boda—. Fue la consecución de un sueño y un triunfo final sobre nuestro pasado.

—Y así fue. —Grace abrazó a su amiga con un cálido abrazo—. ¡Y hoy será otro!

Leah cubrió el sombrero de Evangeline con un velo de encaje transparente.

—¡No había visto una novia tan hermosa desde que me miré al espejo el día de mi boda!

Evangeline se rió con las demás.

—Es gracias a todas ustedes que luzco remotamente presentable para mis nupcias. Estaba tan ocupada preparándome para la inauguración de la escuela, que apenas pensé en prepararme para mi boda.

—Mi vestido te queda perfecto —dijo Rebecca—. Significa mucho para mí que lo uses hoy.

—Lo mismo ocurre con mi velo —expresó Hannah.

Todos habían contribuido con algo a su traje de boda: Grace con un par de delicadas

zapatillas de cabritilla y Leah con un espléndido ramo de rosas del invernadero de Renforth Abbey.

Una vez que Evangeline estuvo lista, todas la besaron y le desearon la misma alegría en el matrimonio que ellas habían encontrado.

—Estoy segura que la tendré en abundancia —manifestó con confianza—. Estos últimos meses han sido un anticipo.

Las amigas caminaron juntas hasta la capilla cercana, donde Jasper y los invitados a su boda las estaban esperando. En el vestíbulo, Emma y Rosie saludaron a la novia.

—Te ves preciosa —indicó Emma con un suspiro de felicidad.

—Tú también, querida. —Evangeline le acarició la mejilla.

—Después de la boda, ¿podemos llamarte mamá? —preguntó Rosie.

Evangeline asintió con una mirada de reojo a Emma.

—Si lo deseas, pero solo si realmente lo deseas. Ahora, creo que será mejor que entremos, antes que Alfie y Matthew se inquieten demasiado.

Las niñas caminaron delante de ella por el pasillo. Rosie esparció pétalos fragantes de la flor que lleva su mismo nombre.

Al pie del altar estaban Jasper y sus hijos, todos muy elegantes. La radiante sonrisa en el rostro de Jasper y el cálido brillo de amor en sus ojos hicieron que Evangeline sintiera que era la mujer más feliz y afortunada del mundo.

El reverendo Brookes abrió su libro de oraciones y se aclaró la garganta.

—Queridos hermanos, estamos reunidos aquí ante los ojos del Señor y ante esta congregación, para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio.

Él preguntó:

—¿Quién da a esta mujer para que se case con este hombre?

—Yo. —Evangeline respondió con voz firme y clara.

Detrás de ella, escuchó susurros y risas apagadas de sus invitados, pero Jasper asintió con decisión para señalar su aprobación de su declaración poco ortodoxa. Ella se estaba entregando en matrimonio a él, tal como él se estaba entregando a ella, para compartir el resto de sus vidas.

Mientras repetían sus votos, Jasper y ella se miraron profundamente a los ojos, haciendo promesas privadas y tácitas sobre respetarse, apoyarse y desafiarse mutuamente, en los años venideros.

Cuando el señor Brookes los declaró marido y mujer, los niños aplaudieron.

—¿Quién pensaría que dos uniones surgieron de la fiesta, en tu casa, en Amberwood? ¡Y puede haber otra, porque he oído que el señor Webster está cortejando a la señora Leveson! —dijo Verity, cuando concluyó la ceremonia.

—No me sorprende que los esfuerzos de mi esposa para unir parejas fueran tan exitosos. —Jasper pareció saborear esas palabras—. ¡Incluso si el resultado no fue exactamente como ella lo planeó!

El fin.